Publio Virgilio Marón

ENEIDA

CLÁSICOS DE HISTORIA 582

PUBLIO VIRGILIO MARÓN

ENEIDA

(19 a. de C.)

Obras completas de P. Virgilio Marón
Traducción y notas de Eugenio de Ochoa
Madrid 1869

https://books.google.es/books?id=nH2ZJ6y0LVIC&hl=es

CLÁSICOS DE HISTORIA 582

ÍNDICE

LA ENEIDA, por Eugenio Ochoa.....7

LIBRO I.....9

Anuncia Virgilio el argumento de su obra e invoca a las Musas.—Movida Juno de su afición a Cartago y de su odio a los troyanos, concita contra ellos en su navegación por el mar de Sicilia el furor de los vientos, desatados por su rey Eolo.—Descripción de una furiosa tempestad; la sosiega Neptuno.—Perdidas algunas de sus naves, arriban los troyanos a las costas de África.—Implora Venus a Júpiter en favor de los troyanos, y él la consuela, revelándole el glorioso destino que aguarda a la descendencia de su hijo Eneas.—Venus se aparece a Eneas en figura de cazadora; le cuenta la historia de Dido, y rodeado de una niebla, que la hace invisible, lo mismo que a su fiel Acates, encamínase el héroe a Cartago, donde admira las grandes obras de la naciente ciudad; ve representados en las puertas del templo los principales sucesos de la guerra de Troya, y encuentra a sus compañeros, los náufragos en la tempestad antes descrita.—Penetran todos en el templo, y allí Ilioneo refiere a Dido el desastre de Troya, y le pide favor para los suyos, que ella promete gustosa.—Eneas envía a Acates en busca de Ascanio y de los regalos que destina a la reina Dido; mas temerosa Venus de los peligros que podría correr el niño en Cartago por las asechanzas de Juno, se lo lleva, dormido, a su bosque de Idalia, y en su lugar, y bajo la figura de Ascanio, envía a Cupido para que inflame de amor el corazón de la reina.—Descripción del festín que ésta da a Eneas y a sus principales caudillos, y en el que pide al héroe que le refiera la historia de sus viajes y aventuras.

LIBRO II.....21

Cuenta Eneas a Dido el incendio de Troya y los horrores de la noche fatal en que, a los diez años de asedio, la entraron los griegos a sangre y fuego validos del colosal caballo, en cuyo vientre emboscó Ulises a sus más valerosos capitanes, y que los troyanos mismos, engañados por el astuto Sinón, introdujeron en la ciudad.—Muerte de Laoconte y sus dos hijos.—Penetra el fatal caballo en Troya por la brecha abierta al efecto, y llegada la noche, salen de su vientre los griegos y se desparraman por toda la ciudad, causando horrible estrago.—Aparécese a Eneas en sueños la sombra de Héctor, le anuncia el desastre de la patria y le entrega la estatua de Vesta y el fuego sagrado.—Saco de Troya: episodios de aquella última y tremenda noche. Muerte de Polites. Fin desastroso de Príamo.—Perdido el regio alcázar, resuelve Eneas abandonar la ciudad; se encuentra con Helena y quiere inmolarla, propósito de que le aparta Venus, aconsejándole que salve a su padre, a su esposa y al niño Ascanio, última esperanza de la patria.—Resistencia de Anquises a abandonar a Troya; mas, decidido en vista de un prodigio celeste, llévaselo Eneas, seguido de Ascanio y de su esposa Creúsa, que se le pierde en la confusión, y después de buscarla inútilmente, y de aparecérsele su sombra para anunciarle que ya no existe, sale por fin de la ciudad, llevando de la mano a su hijo y en hombros a su padre, y se encamina a las montañas.

LIBRO III.....34

Refugiado Eneas en la ciudad de Antandro, al pie del monte Ida, con sus compañeros fugitivos de Troya, construye una armada, en la cual se dirige a las costas de Tracia, donde se le aparece el alma de Polidoro en medio de tremendos prodigios y le refiere su lamentable fin.—Prosiguen los troyanos su viaje y llegan a la isla de Delos, con objeto de consultar el oráculo de Febo; de allí pasan a Creta, la cual tienen que abandonar por haberse declarado una gran peste en su campamento, y por consejos de sus dioses penates, endereza Eneas el rumbo a Italia.—Llega a las islas Estrofadas; encuentro fatal con las arpías; vaticinio de Celeno.—Llegada a Epiro,

donde encuentra Eneas a Andrómaca y a Heleno, que le vaticina su futura grandeza y le aconseja el rumbo que debe seguir y los peligros que debe evitar en su navegación a Italia.—Continuando su viaje, siguen las costas de Sicilia hasta llegar enfrente del Etna, donde el griego Aqueménides, abandonado allí por Ulises, les cuenta las crueldades del cíclope Polifemo, que se presenta después y los persigue en vano por el mar.—Dando un rodeo, para evitar los escollos de Escila y Caribdis, según les aconsejó Heleno, llegan por fin los troyanos al puerto de Drépani, donde muere Anquises. Una tempestad arroja a los troyanos a la costa de África, con lo que termina el largo relato de Eneas.

LIBRO IV.....45

Perdidamente enamorada de Eneas, descubre Dido a su hermana Ana la pasión que la abrasa.—Juno, puesta la mira en apartar de Italia a los troyanos, ajusta paces con Venus para concertar aquellas bodas, y a este fin suscita una tempestad, durante la cual Eneas y Dido, extraviados en una cacería, se encuentran en una cueva, donde se consuma su himeneo; suceso que la Fama pregona y difunde por toda la Libia.—Furor de Iarbas, rey de los gétulos, y su magnífica invocación a Júpiter, el cual envía desde el cielo a Mercurio para llevar a Eneas la orden de abandonar el África y dirigirse a Italia.—Prepara Eneas secretamente la partida, de lo que noticiosa Dido, le acosa con sus súplicas, acerbas reconvenciones y amenazas, sin lograr disuadirle, hasta que resuelve por último quitarse la vida; y aparentando que va a ofrecer un gran sacrificio a los dioses infernales, se traspasa el pecho con la espada de Eneas.

LIBRO V.....56

Dirígese Eneas a Italia, y por segunda vez arriba, impelido por una tempestad, a las costas de Sicilia, donde le acoge amistoso el rey Acestes; celebra sacrificios y grandes juegos fúnebres en el sepulcro de su padre Anquises.—Regatas.—Carreras a pie.—Luchas con el cesto; victoria de Entelo.—Tiro al blanco.—Carreras de caballos y simulacro de un combate de caballería, dirigido por el niño Ascanio y los demás mancebos troyanos y sicilianos; origen de los juegos de este nombre, renovados en tiempo de Augusto.—Concitadas por Iris, bajo la figura de la anciana Béroe, las matronas troyanas intentan incendiar la armada para poner término a sus peregrinaciones, y destruyen cuatro bajeles, habiendo impedido el incendio de los demás un deshecho aguacero enviado por Júpiter.—Aparécese en sueños a Eneas la sombra de Anquises, y le aconseja que deje en Sicilia parte de su gente, se dirija a Italia con los más animosos y vaya a consultar el oráculo de la Sibila de Cumas, la cual le conducirá a los Campos Elíseos, donde verá la larga serie de sus descendientes.—Funda Eneas la ciudad de Acesta para los troyanos que deja en Sicilia, da la vela con rumbo a Italia, favorecido por Neptuno a ruegos de Venus, y pierde en la travesía a su piloto Palinuro, que, vencido del sueño, cae al mar. Eneas rige la nave en medio de las tinieblas.

LIBRO VI.....69

Llegada de Eneas a la costa de Italia; se encamina a la cueva de la Sibila, y oído su oráculo, implora de ella que lo conduzca a las mansiones infernales para ver a su padre Anquises.—Respuesta de la Sibila.—Encuentra Eneas el cadáver de Miseno, al cual da sepultura; descubre el ramo de oro que debía ofrecer a Proserpina, y, acompañado de la Sibila, baja a los infiernos.—Encuéntrase a su entrada con la sombra de Palinuro, que le refiere la historia de su muerte y le pide sepultura. Prosiguiendo su camino, llegan a la laguna Estigia, que cruzan en la barca de Caronte, adormece la Sibila al Cancerbero con una torta de miel y adormideras y llegan a los Campos llorosos, donde se encuentran a Dido, a una multitud de guerreros muertos en la guerra de Troya, y entre ellos a Deífobo, que refiere a Eneas su lamentable historia.—Descripción del Tártaro, donde padecen horribles tormentos los grandes criminales.—Pintura de los Campos Elíseos, morada de los héroes y de los grandes bienhechores de la humanidad; en ellos encuentra Eneas a su padre Anquises, el cual le explica el origen del mundo, los misterios de la otra vida y le revela los altos destinos reservados a sus descendientes.—Elogio admirable del joven Marcelo, yerno de Augusto.—Sale Eneas de los infiernos por la puerta de marfil.

LIBRO VII.....83

Da Eneas sepultura a su nodriza Cayeta, y costeando las riberas de Italia, pasa por junto a la isla de Circe y llega a la boca del Tíber, por el cual penetra en sus naves, y desemboca en la costa del Lacio, regido a la sazón por el rey Latino; allí ve cumplido el vaticinio de la cruel Celeno, y reconoce que aquella es la tierra que le destinan los Hados.—Envía emisarios al rey Latino para pedirle alianza. Descripción del templo de Pico.—Acoge con bondad Latino las proposiciones de Eneas, le envía magníficos presentes y le ofrece la mano de su hija Lavinia, que los oráculos de su padre Fauno y las respuestas de los augures destinan a un príncipe extranjero.—Irritada Juno, recurre a la infernal Alecto para que suscite discordias entre teucros y latinos, con el fin de impedir aquellas bodas, a que es también opuesta la reina Amata, esposa de Latino, empeñada en casar a Lavinia con Turno, rey de los rútulos.—Nace en efecto la discordia entre ambos pueblos, con ocasión de un hermoso ciervo de la pastora Silvia, muerto por Ascanio en una cacería, y en la primera refriega mueren Almón y el rico Galeso.—Levántase contra los troyanos toda aquella parte de Italia, por instigación de Juno, y como el rey Latino se negase a abrir el templo de Jano, ábrele la diosa con sus propias manos y se declara por fin la guerra.—Sigue una invocación a las Musas y la enumeración de las fuerzas auxiliares de Turno que de todas partes acuden a reforzar su ejército.—Pintura de sus principales caudillos y de la guerrera virgen Camila, reina de los volscos.

LIBRO VIII.....95

Levanta Turno en Laurento el pendón de la guerra y envía a pedir auxilios a los pueblos del Lacio.—Aparécese en sueños a Eneas el dios del Tíber, le recuerda las profecías de Heleno y le aconseja que solicite la alianza de Evandro, rey de los Árcades, establecido en el monte Palatino, cuna de la futura Roma.—Pasa Eneas a la ciudad de Evandro, que le acoge con paternal bondad, le refiere el origen de las fiestas instituidas en honor de Alcides, por la muerte dada a Caco en aquellos mismos sitios, y juntos los visitan, recordando su historia.—Pide Venus a Vulcano armas para su hijo Eneas, que al punto forjan los Cíclopes por mandato del dios.—Por consejo de Evandro va Eneas, acompañado de Palante, hijo de aquel rey, a ponerse al frente de los tirrenos, rebelados contra su impío rey Mecencio.—Venus se aparece a Eneas y le entrega las armas forjadas por Vulcano, en que están esculpidas con divino arte las futuras grandezas romanas.

LIBRO IX.....106

Aprovechando la ausencia de Eneas e instigado por Iris, mensajera de la inexorable Juno, asedia Turno a los troyanos en sus reales y prende fuego a sus naves, las cuales transforma Cibeles en ninfas del mar.—Niso y Eurídalo se ofrecen a llevar a Eneas nuevas del apretado trance en que se encuentran los suyos; salen una noche del campamento, penetran secretamente en el de los rútulos y hacen en ellos gran matanza; pero, descubiertos a la mañana por Volscente, mueren ambos después de una heroica lucha de generosidad, en que uno y otro quieren sacrificarse por salvar la vida a su amigo.—Sube de punto con la nueva de aquel suceso la consternación de los troyanos, conmovidos además por los desesperados lamentos de la madre de Eurídalo.—En aquel aprieto, ataca Turno su campamento por todos lados, a que se sigue un porfiadísimo combate, en el que hace Ascanio sus primeras armas, dando muerte a Numano.—Los gigantescos Pándaro y Bitias abren la puerta que les está confiada y arremeten a los sitiadores.—Penetra Turno por ella en los reales, y hace terrible destrozo en sus enemigos; pero, rechazado por la muchedumbre de estos, se arroja armado al Tíber y logra llegar salvo a la opuesta orilla.

LIBRO X.....119

Convoca Júpiter el concilio de los dioses para tratar de las cosas de Italia, y en él abogan Venus y Juno por sus protegidos, concluyendo el padre de los dioses, vista la imposibilidad de una avenencia, por declararse neutral, abandonando al hado la suerte de la guerra.—Preparan los rútulos un segundo ataque al campamento troyano, cuando llega Eneas con un poderoso ejército auxiliar y una escuadra de treinta bajeles, habiéndose encontrado en la travesía con las ninfas

del mar que antes fueron sus naves y que le refirieron los motivos de su transformación y el grande apuro en que se encontraban los troyanos.—Desembarca Eneas y forma sus huestes en batalla; trábase la lid, y en ella muere Palante a manos de Turno; muerte que Eneas venga haciendo espantoso estrago en los rútulos.—Obtiene Juno de su esposo Júpiter que saque a Turno del campo de batalla para sustraerle al furor de Eneas, y a este fin pone delante del guerrero rútulo un fantasma del héroe troyano, al cual va persiguiendo por tierra y por mar en una barca, tomándole por el mismo Eneas, hasta que, llegado a la playa de Árdea, reconoce su error.—Toma Mecencio el mando del ejército latino por ausencia de Turno, y hace grandes proezas, hasta que se ve forzado a retirarse, herido por Eneas, que poco después da muerte a su hijo Lauso, con cuya terrible nueva vuelve Mecencio al campo de batalla y muere a manos de Eneas.

LIBRO XI.....134

Después de consagrar a Marte las armas de Mecencio, envía Eneas con gran pompa a la corte de Evandro los despojos mortales de Palante.—Llegan mensajeros del rey Latino, pidiendo una tregua para enterrar a sus muertos, que les concede Eneas.—Dolor del anciano rey Evandro al recibir el cadáver de su hijo.—Exequias de los guerreros muertos en el anterior combate.—Vuelven Vénulo y los demás embajadores enviados a Diomedes para solicitar su alianza, anunciando que no han podido conseguirla; con lo que, descorazonado el rey Latino, reúne un gran consejo para discutir la paz o la guerra; maltrátanse en él duramente de palabras Drances y Turno.—Llega en esto la nueva de que Eneas, al frente de su ejército, marcha sobre Laurento, y disuelto con esto de pronto el consejo, sólo se piensa en defender la ciudad; con cuyo objeto sale Camila con su caballería de amazonas al encuentro del enemigo.—Cuenta Diana a su ninfa Opis la historia de Camila y le confía el cuidado de vengar a la virgen guerrera destinada a temprana muerte.—Trábase la lid, y en ella muere, después de grandes hazañas, la virgen Camila de un flechazo disparado a traición por el alevoso Arrunte, al cual insulta y da muerte la ninfa Opis.—Dispersión del ejército latino, aterrado con la muerte de Camila; acude Turno en su auxilio, y llega al campo de batalla casi al mismo tiempo que Eneas, pero la oscuridad de la noche impide a los dos ejércitos venir a las manos y ambos acampan en sus respectivos reales, bajo las murallas de Laurento.

LIBRO XII.....147

Acepta Turno el combate singular a que le desafía Eneas para terminar la guerra, y se ajustan solemnes pactos, en cuya virtud obtendrá el vencedor la mano de Lavinia y el cetro del Lacio.—Persuade Juno a Iuturna que rompa aquellos tratos y suscitando un falso presagio, con el que mueve a Tolumnio a disparar un dardo contra los troyanos provoca entre los dos ejércitos una furiosa refriega en que es herido Eneas.—Aprovecha Turno su ausencia para hacer espantoso estrago en los troyanos.—Sanado Eneas por unas hierbas que le envía su madre Venus, vuelve al campo de batalla, donde vanamente busca a Turno, a quien su hermana Iuturna, bajo la figura del auriga Metisco, aleja del combate. Irritado con esto Eneas, aproxima su gente a la ciudad para dar el asalto.—Desesperada la reina Amata, se ahorca en su palacio.—Decídese por fin Turno a medir sus armas con Eneas bajo tristísimos auspicios, y después de un largo y terrible combate, sucumbe, traspasado por la espada del héroe troyano, inmolado a los manes de Palante.

Índice de todos los personajes de la *Eneida*.....161

LA ENEIDA,
por Eugenio Ochoa

Hemos llegado a la última, a la más importante y celebrada de las composiciones de Virgilio, por la que es más conocido en el mundo como príncipe de los poetas latinos, y que constituye una de las pocas verdaderamente grandes epopeyas nacionales, que registra en sus páginas la historia de la literatura general. Realmente, en mi sentir, no hay más que dos: la *Ilíada* y la *Eneida*, pues ni la misma *Odisea*, ni la *Farsalia*, ni los *Argonautas*, entre los antiguos, ni el inmortal poema filosófico del Dante, entre los modernos, ni los *Lusiadas* de Camoens, ni la *Araucana* de nuestro Ercilla, ni los poemas del Tasso y el Ariosto, ni, menos aún, la *Enriada* de Voltaire, ni, en suma, otro alguno, antiguo ni moderno, que yo recuerde, tiene el gran carácter de nacionalidad que se requiere para merecer aquel dictado. Más lo tienen, si bien no puede dárseles el nombre de epopeyas, nuestros *Romanceros*, considerados en conjunto, y los *Niebelungen* de Alemania.

Es tanto lo que se ha escrito acerca del inmortal poema de Virgilio, que muy poca es ya, creo yo, lo que a ello podrían añadir de nuevo o de interesante, ni aun los más doctos, y con mucha más razón los que no lo somos. Prescindiendo de los antiguos comentadores, que lo han desmenuzado verso por verso y palabra por palabra, bastan los prolijos análisis de los modernos, desde La Harpe, Le Batteux y Blair, en sus respectivos tratados de literatura, que ya nadie lee (lo cual me parece una injusticia, pues hay en ellos mucho bueno que aprender), hasta los recientes estudios de Michaud, Tissot, Magnier, Patin, Sainte-Beuve y tantos otros, para dar una idea tan cabal como creo posible darla, de todas y cada una de las bellezas de composición y detalle, o sea de pensamiento y de dicción, que hay que admirar en la *Eneida*, y hacen de ella una de las obras más cercanas a la perfección con que se honra el ingenio humano.

Reúne este poema, en su indisputable unidad, por más que algunos críticos descontentadizos se la disputen, lo que pudiéramos llamar una fusión de los dos pensamientos que dan asunto y vida a los dos más grandes poemas de la antigüedad pagana, la *Odisea* y la *Ilíada* de Homero; los seis primeros libros de la *Eneida*, destinados a referir las peregrinaciones del héroe troyano, son, así puede decirse, su *Odisea*, y los otros seis, en que se cuentan sus afanes y batallas en el Lacio, son su *Ilíada*: dos acciones en realidad, o mejor dicho, dos grandes períodos distintos de una misma acción, desarrollada en un poema perfectamente uno. De la propia manera se refunden también en la obra del poeta, con maravilloso artificio, el mundo de la fábula griega y el de la fábula ausonia; en ella, por último, señaladamente en su incomparable libro IV, se nos revela, por primera y única vez, en la literatura gentílica, el sentimiento del *amor*, no menos que el de la *amistad*, en el bellísimo episodio de la muerte de Niso y Eurialo, con algo del idealismo sublime que caracteriza a esos, como a los demás afectos del alma, en las sociedades cristianas. Por esta razón ha dicho con profundo sentido un ilustre poeta moderno que Virgilio es un coloso del mundo antiguo, cuya cima iluminan un poco los primeros fulgores de la estrella de Belén. Virgilio, en efecto, es ya casi un poeta cristiano. Tales son, creo yo, los grandes rasgos característicos de la *Eneida*, considerada en conjunto.

Pasan por sus tres libros más excelentes, si se me permite este pleonasmo, el I, el IV y el VI. Son realmente los más acabados, pero no hay uno solo entre los demás que no contenga bellezas de primer orden, entre las cuales descuellan, en mi sentir, la pintura de la muerte de Príamo, en el II; la

de la ciudad del rey Evandro, y la descripción de las armas forjadas por Vulcano para Eneas, en el VIII; el episodio (si tal puede llamarse) de la expedición y muerte de Niso y Eurialo, en el IX, y la encantadora historia de Camila, en el XI.

A vueltas de grandes alabanzas, tampoco han faltado a la *Eneida* severas censuras, y algunas merece realmente, como toda obra humana. Ya he dicho que se ha puesto en duda su unidad, primera y esencialísima condición de toda composición literaria; cargo que considero injusto. Hase puesto también en tela de juicio el carácter mismo del protagonista, motejado por muchos de nimiamente piadoso, débil y llorón; hasta se ha discutido su probidad con relación a la infeliz y burlada Dido, al mismo tiempo que otros ¡contradicción palmaria! le acusan de ser demasiado perfecto para hombre. Los que tales cargos dirigen al poeta y a su creación, no consideran que Eneas, como hijo de una diosa, y personaje, por consiguiente, más mitológico que histórico o real, no debe ser juzgado por las reglas comunes que rigen a la flaca humanidad, y que al consumar el gran sacrificio de abandonar a su demasiado tierna amante, no hacía más que obedecer el mandato directo de Júpiter, absolutamente obligatorio para él, en las creencias paganas, por cuanto en ellas, como en todas las religiones, inclusa la nuestra, verdadera, las leyes divinas van siempre por delante y por encima de las humanas.

Hanse notado también en el poema algunos descuidos. Guerreros muertos lastimosamente en un libro reaparecen llenos de vida y sembrando estragos pocos libros después. Cierto que queda el recurso de suponer piadosamente que son otros del mismo nombre; pero tampoco es violento, y juzgo más verosímil, admitir (¿por qué no?) que también a Virgilio es aplicable el *aliquando bonus dormitat* de Horacio. Hay, con efecto, en la *Eneida* trozos bastante descuidados, notoriamente faltos de lima, como hay algunos versos sin concluir: ¿qué prueba esto? que la muerte no le dejó tiempo para dar la última mano a su obra, lo cual consta por irrecusables testimonios. Los que tal *descubrimiento* hacen pues hoy, no nos dicen nada nuevo. Cierto es también que se nota un poco de monotonía en la descripción de las batallas y de los combates singulares; defecto inherente a la materia, y de que no está exento ni aun el mismo Homero; y con esto creo haber apuntado de buena fe todo lo sustancial que se ha dicho contra la *Eneida*: para recordar las merecidas alabanzas de que ha sido objeto, necesitaría llenar volúmenes.

La mejor traducción castellana de la *Eneida* que conozco es la de Gregorio Hernández de Velasco, de que se han hecho varias ediciones. Está en verso suelto, con los discursos en octavas, y ofrece la singularidad de que esta parte del trabajo del traductor, seguramente la más difícil, es también la que más vale. Otra traducción hizo, bastante compendiada, y también en verso, años atrás, mi querido amigo D. Sinibaldo de Mas y Sanz, recientemente arrebatado a las letras. Entre las traducciones extranjeras, la que mayor celebridad alcanza en Europa, a lo que entiendo, es la italiana, en verso, de Aníbal Caro.

LIBRO I

Anuncia Virgilio el argumento de su obra e invoca a las Musas.—Movida Juno de su afición a Cartago y de su odio a los troyanos, concita contra ellos en su navegación por el mar de Sicilia el furor de los vientos, desatados por su rey Eolo.—Descripción de una furiosa tempestad; la sosiega Neptuno.—Perdidas algunas de sus naves, arriban los troyanos a las costas de África.—Implora Venus a Júpiter en favor de los troyanos, y él la consuela, revelándole el glorioso destino que aguarda a la descendencia de su hijo Eneas.—Venus se aparece a Eneas en figura de cazadora; le cuenta la historia de Dido, y rodeado de una niebla, que la hace invisible, lo mismo que a su fiel Acates, encamínase el héroe a Cartago, donde admira las grandes obras de la naciente ciudad; ve representados en las puertas del templo los principales sucesos de la guerra de Troya, y encuentra a sus compañeros, los náufragos en la tempestad antes descrita.—Penetran todos en el templo, y allí Ilioneo refiere a Dido el desastre de Troya, y le pide favor para los suyos, que ella promete gustosa.—Eneas envía a Acates en busca de Ascanio y de los regalos que destina a la reina Dido; mas temerosa Venus de los peligros que podría correr el niño en Cartago por las asechanzas de Juno, se lo lleva, dormido, a su bosque de Idalia, y en su lugar, y bajo la figura de Ascanio, envía a Cupido para que inflame de amor el corazón de la reina.—Descripción del festín que ésta da a Eneas y a sus principales caudillos, y en el que pide al héroe que le refiera la historia de sus viajes y aventuras.

Yo aquel que en otro tiempo modulé cantares al son de la leve avena, y dejando luego las selvas, obligué a los vecinos campos a que obedeciesen al labrador, aunque avariento, obra grata a los agricultores, ahora[1], canto las terribles armas de Marte y el varón que, huyendo de las riberas de Troya por el rigor de los hados, pisó el primero la Italia y las costas Lavinias. Largo tiempo anduvo errante por tierra y por mar, arrastrado a impulso de los dioses, por el furor de la rencorosa Juno. Mucho padeció en la guerra antes de que lograse edificar la gran ciudad y llevar a sus dioses al Lacio, de donde vienen el linaje latino y los senadores Albanos, y las murallas de la soberbia Roma.

Musa, recuérdame por qué causas, dime por cuál numen agraviado, por cuál ofensa, la reina de los dioses impulsó a un varón insigne por su piedad a arrostrar tantas aventuras, a pasar tantos afanes. ¡Tan grandes iras caben en los celestes pechos![2]

---

1 «*Ille ego, qui quondam gracili modulatus avena /carmen, et, egressus silvis, vicina coegi / ut quamvis avido parerent arva colono: / gratum opus agricolis: at nunc horrentia Martis*». Es dudoso si los cuatro primeros versos de la *Eneida*, que en esta edición van escritos en cursiva, son o no de Virgilio. La cuestión dura desde los tiempos de Donato, el cual supone los compuso Virgilio, y los suprimió su albacea Varo; otros suponen lo contrario: la historia de siempre, y con la particularidad de que las opiniones de los comentadores discrepan entre sí tanto más, cuanto más fútil es el punto sobre que versan, pues no parece sino que el tesón de los disputadores está en razón inversa de la importancia que en sí tiene la cosa disputada. Mayans niega rotundamente que los versos de que se trata sean de Virgilio; lo mismo opinan Heyne, Heinsio, Markland, Burmanny otros cien; pero otros tantos por lo menos, y entre ellos el ilustre Wagner, se los atribuyen, y a esto me inclino.

2 Esta breve exposición es un modelo en el género, por cuanto nada falta en ella de lo que constituye esencialmente la obra, a que da, por decirlo así, magnífico ingreso; todo lo esencial está apuntado con alguna palabra grandemente expresiva. Sucede con las exposiciones lo mismo que con las descripciones: en unas y otras, la poesía no puede presentar más que un brevísimo bosquejo, cuyos vacíos tiene que suplir y llenarla imaginación del lector; ésta es la que ha de completar el cuadro, y nada abrevia y facilita tanto esta operación mental, fuente de sumo deleite, como el orden en la exposición de las ideas, y la atinada elección de los rasgos característicos, que es uno de los triunfos de Virgilio. Nunca en él hay confusión, vicio el más común de las descripciones vulgares.

Hubo una ciudad antigua, Cartago, poblada por colonos tirios, enfrente y a gran distancia de Italia y de las bocas del Tíber, opulenta y bravísima en el arte de la guerra. Es fama que Juno la habitaba con preferencia a todas las demás ciudades, y aun a la misma Samos; allí tenía sus armas y su carro, y ya de antiguo revolvía en su mente el propósito y la esperanza de que llegase a ser señora de todas las gentes, si lo consintiesen los hados; pero había oído que del linaje de los Troyanos procedería una raza que, andando el tiempo, había de derribar las fortalezas tirias, y que de ella nacería un pueblo dominador del mundo, soberbio en la guerra y destinado a exterminar la Libia; así lo tenían hilado las Parcas. Temerosa de esto, y recordando la hija de Saturno aquella antigua guerra que ella la primera suscitó a Troya por sus amados Griegos, tenía también presentes en su ánimo las causas de su enojo y sus crudos resentimientos. Vivos perseveraban en su alta mente el juicio de Paris y el desprecio hecho a su hermosura, y su odio al linaje troyano y las honras tributadas al arrebatado Ganímedes. Exasperada por estos recuerdos, apartaba a gran trecho del Lacio, haciéndolos juguete de las olas, a los Troyanos, reliquias de los Griegos y del cruel Aquiles; y así, a impulso de los hados, andaban, hacía muchos años, errantes por todos los mares. ¡Tan ardua empresa era fundar el linaje Romano!

Apenas perdidas ya de vista las costas de Sicilia, bogaban alegres los Troyanos por la alta mar, cortando las salobres espumas con la acerada proa, cuando Juno, viva en lo hondo de su pecho la eterna herida, exclamó, hablando consigo misma:

—¿Habré de desistir, vencida de lo comenzado, y no podré apartar de Italia al Rey de los Teucros? Los hados me lo impiden; mas ¿no pudo Palas incendiar la armada de los Griegos y anegarlos a todos en el Ponto por sólo la culpa y los furores de Áyax, hijo de Oileo? Ella misma, arrojando desde las nubes el rápido fuego de Júpiter, desbarató las naves y revolvió los mares con los vientos, y arrebatándole expirante en un torbellino, traspasado el pecho y arrojando llamas, le estrelló en un agudo peñasco. ¡Y yo, reina de los dioses y hermana y esposa de Júpiter, sostengo guerra por tantos años contra una sola nación! ¿Quién, después de esto, adorará al numen de Juno, o suplicante llevará ofrendas a sus altares?

Revolviendo consigo misma la diosa tales pensamientos en su acalorada fantasía, partióse a la Eolia, patria de las tempestades, lugares henchidos de furiosos vendavales; allí el rey Eolo en su espaciosa cueva rige los revoltosos vientos y las sonoras tempestades, y los subyuga con cárcel y cadenas; ellos, indignados, braman, con gran murmullo del monte, alrededor de su prisión. Sentado está Eolo en su excelso alcázar, empuñado el cetro, amasando sus bríos y templando sus iras, porque si tal no hiciese, arrebatarían rápidos consigo mares y tierras y el alto firmamento, y los barrerían por los espacios; de lo cual, temeroso el Padre omnipotente, los encerró en negras cavernas, y les puso encima la mole de altos montes, y les dio un rey que, obediente a sus mandatos, supiese con recta mano tirarles y aflojarles las riendas. Dirigiose a él entonces suplicante Juno con estas razones:

—¡Oh, Eolo, a quien el padre de los dioses y rey de los hombres concedió sosegar las olas y revolverlas con los vientos! Una raza enemiga mía navega por el mar Tirreno, llevando a Italia su Ilión y sus vencidos penates. Infunde vigor a los vientos y sumerge sus destrozadas naves, o dispérsala y esparce sus cuerpos por el mar. Tengo catorce hermosísimas ninfas, de las cuales te daré en estable himeneo y te destinaré para esposa a la más gallarda de todas, Deyopea, a fin de que, en recompensa de tales favores, more perpetuamente contigo y te haga padre de hermosa prole.

Eolo respondió:

—A ti corresponde ¡oh Reina! ver lo que deseas; a mí tan sólo obedecer tus mandatos. Por ti me es dado este mi reino, tal cual es; por ti el cetro y el favor de Jove; tú me otorgas sentarme a la mesa de los dioses y me haces árbitro de las lluvias y de las tempestades.

Apenas hubo pronunciado estas palabras, empujó a un lado con la punta de su cetro un hueco monte, y los vientos, como en escuadrón cerrado, se precipitan por la puerta que les ofrece, y levantan con sus remolinos nubes de polvo. Cerraron de tropel con el mar, y lo revolvieron hasta sus

más hondos abismos el Euro, el Noto y el Ábrego, preñado de tempestades, arrastrando a las costas enormes oleadas. Siguiese a esto el clamoreo de los hombres y el rechinar de las jarcias. De pronto las nubes roban el cielo y la luz a la vista de los Teucros; negra noche cubre el mar. Truenan los polos y resplandece el éter con frecuentes relámpagos; todo amenaza a los navegantes con una muerte segura. Afloja entonces de repente el frío los miembros de Eneas; gime, y tendiendo a los astros ambas palmas, prorrumpe en estos clamores:

—¡Oh, tres y cuatro veces venturosos, aquellos a quienes cupo en suerte morir a la vista de sus padres bajo las altas murallas de Troya! ¡Oh, hijo de Tideo, el más fuerte del linaje de los Dánaos! ¿No me valiera más haber sucumbido en los campos de Ilión, y entregado esta alma al golpe de tu diestra, allí donde Héctor yace traspasado por la lanza de Aquiles, donde yace también el corpulento Sarpedonte, donde arrastra el Simois bajo sus ondas tantos escudos arrebatados y tantos yelmos y tantos fuertes cuerpos de guerreros?

Mientras así exclamaba, la tempestad, rechinante con el vendaval, embiste la vela y levanta las olas hasta el firmamento. Pártense los remos, vuélvese con esto la proa y ofrece el costado al empuje de las olas; un escarpado monte de agua se desploma de pronto sobre el bajel. Unos quedan suspendidos en la cima de las olas, que, abriéndose, les descubren el fondo del mar, cuyas arenas arden en furioso remolino. A tres naves impele el noto contra unos escollos ocultos debajo de las aguas, y que forman como una inmensa espalda en la superficie del mar, a que llaman Aras los Ítalos; a otras tres arrastra el euro desde la alta mar a los estrechos y las sirtes del fondo, ¡miserable espectáculo!, y las encalla entre bajíos y las rodea con un banco de arena. A la vista de Eneas, una enorme oleada se desploma en la popa de la nave que llevaba los Licios y al fiel Oronte; ábrese, y el piloto cae de cabeza en el mar; tres veces las olas voltean la nave, girando en su derredor; hasta que al fin se la traga un rápido torbellino. Vénse algunos pocos nadando por el inmenso piélago, armas de guerreros, tablones y preseas troyanas. Ceden ya al temporal, vencidas, la pujante nao de Ilioneo, la del fuerte Acates y las que montan Abante y el anciano Aletes; todas reciben al enemigo mar por las flojas junturas de sus costados, y se rajan por todas partes.

Entre tanto Neptuno advierte que anda revuelto el mar con gran murmullo, ve la tempestad desatada y las aguas que rebotan desde los más hondos abismos, con lo que, gravemente conmovido y mirando a lo alto, sacó la serena cabeza por cima de las olas, y contempló la armada de Eneas esparcida por todo el mar, y a los Troyanos acosados de la tempestad y por el estrago del cielo. No se ocultaron al hermano de Juno los engaños y las iras de esta, y llamando a sí al Euro y al Céfiro, les habla de esta manera:

—¿Tal soberbia os infunde vuestro linaje? ¿Ya ¡oh vientos! osáis, sin contar con mi numen, mezclar el cielo con la tierra y levantar tamañas moles? Yo os juro... Mas antes importa sosegar las alborotadas olas; luego me pagaréis el desacato con sin igual castigo. Huid de aquí, y decid a vuestro rey que no a él, sino a mí, dio la suerte el imperio del mar y el fiero tridente. Él domina en sus ásperos riscos, morada tuya, ¡oh, Euro! Blasone Eolo en aquella mansión como señor, y reine en la cerrada cárcel de los vientos.

Dice, y aun antes de concluir, aplaca las hinchadas olas, ahuyenta las apiñadas nubes y descubre de nuevo el sol; Cimotoe y Tritón desencallan las naves de entre los agudos escollo; el mismo dios las levanta con su tridente y descubre los grandes bajíos, y sosiega la mar, y con las ligeras ruedas de su carro se desliza por la superficie de las olas. Como muchas veces sucede en un gran pueblo cuando estalla una sedición y embravece el ánimo del grosero vulgo, vuelan las teas y las piedras, y el furor improvisa armas, que si por ventura sobreviene un varón grave por su virtud y méritos, todos callan y le escuchan atentos, y él con sus palabras compone las voluntades y amansa las iras; tal calló todo el estruendo de las olas, apenas el padre Neptuno, tendiendo a lo lejos la vista sobre el mar bajo un cielo ya sereno, da la vuelta a sus caballos y les larga las riendas, volando en su propicio carro.

Procuran los cansados compañeros de Eneas enderezar el rumbo a las costas más cercanas, y vuelven a las playas de la Libia. Hay en ellas una oculta y profunda bahía, en que se abre un puerto, formado por las opuestas laderas de una isla, en las cuales se rompen las olas que vienen de la alta mar y van a dividirse en reducidos senos. Aquí y allí vastas rocas y dos escollos gemelos amenazan el cielo; debajo de ellos, y a gran distancia, entorno yace la mar callada. Más allá se descubren selvas de espléndida verdura, y entre ellas un negro bosque, cubierto de pavorosa sombra. Ábrese a la parte opuesta una caverna, formada de pendientes riscos, en que hay aguas dulces y asientos en la peña viva: aquella es la morada de las Ninfas. Allí las cansadas naves no han menester cadenas que la amarren, ni las sujeta el ancla con su corvo diente. En ella penetra Eneas con siete naos que ha recogido de la escuadra toda, y arrastrados por el grande afán de tocar tierra, saltan los Troyanos a la ansiada arena y tienden en la playa sus miembros, entumecidos por las salobres aguas. Acates hace brotar el primero chispas de un pedernal, recoge el fuego en un montón de hojas, y poniéndole alrededor áridos pábulos, levanta una gran llamarada; entonces los fatigados náufragos sacan de las naves el trigo mareado y los instrumentos de Ceres, y se aprestan a tostar en la llama y a moler con piedras los granos salvados de la tempestad.

Sube entre tanto Eneas a lo alto de una peña, y tiende a lo lejos sus miradas sobre el mar, por si logra ver a Ateneo, trabajado por los vientos, las birremes frigias, a Capis o las armas de Caico en las enhiestas popas. Ningún bajel se divisaba; errantes por las playas vio tres ciervos, a los que sigue toda la manada, que en largo tropel va pastando por los valles. Párase y empuña el arco y las veloces flechas, armas que llevaba el fiel Acates, y derriba primero a los guiones de cabeza erguida con sus ramosas cornamentas; luego acomete a los demás, y disparándoles sus saetas, revuelve toda la turba por los frondosos bosques, y no cesa hasta que, vencedor, postra en tierra siete corpulentos ciervos, número igual al de sus naves; con esto se encamina al puerto y reparte la caza con sus compañeros, entre los cuales distribuye además los vinos con que el generoso héroe Acestes cargó las bodegas de sus barcos al despedirlos en las playas de Sicilia. Al mismo tiempo procura con sus palabras consolar aquellos ánimos afligidos:

—¡Oh, compañeros! —les dice— ¡oh, vosotros, que habéis pasado conmigo tan grandes trabajos! Un dios pondrá término también a los que pasamos ahora. Habéis arrostrado la rabia de Escila y sus escollos, que resuenan profundamente; habéis probado también las rocas de los Cíclopes; recobrad el ánimo y deponed el triste miedo; acaso algún día nos será grato recordar estas cosas. Corriendo varias fortunas, atravesando los mayores peligros, nos encaminamos al Lacio, donde los hados nos prometen sosegado asiento; allí deben resucitar los reinos de Troya. Armaos de valor y conservaos para la próspera fortuna.

Dice, y aunque oprimido con grandes cuidados, simula en su rostro la esperanza y encierra en el pecho un profundo dolor. Échanse ellos, en tanto, sobre la caza y preparan el festín; desuellan las reses y les sacan las entrañas; unos las trinchan en tasajos y las espetan palpitantes en los asadores; otros disponen calderas en la playa y atizan la lumbre. Recobran las fuerzas con el alimento, y tendidos sobre la hierba, se hartan de vino añejo y de la suculenta carne de los venados; luego que han saciado el hambre y quitado las mesas, recuerdan en largas pláticas a sus perdidos amigos, y dudosos entre la esperanza y el temor, ora los juzgan vivos, ora se imaginan que, después de pasar los últimos trabajos, no pueden ya oír a quien los llama. Sobre todo, el piadoso Eneas lamenta entre sí la desastrosa suerte del fogoso Oronte, la de Amico, el destino cruel de Lico, y al fuerte Gias y al fuerte Cloanto.

Ya era acabado el día cuando Júpiter, mirando desde lo más alto del firmamento el mar cruzado de rápidas velas, y las dilatadas tierras, y las playas, y los remotos pueblos, se paró en la cumbre del Olimpo y clavó sus ojos en los reinos de la Libia. Mientras tales cuidados revolvía en su mente, Venus, en extremo triste y, arrasados los ojos de lágrimas, le habló de esta manera:

—¡Oh, tú, que riges los destinos de los hombres y de los dioses con eterno imperio y los aterras con tu rayo! ¿En qué pudo mi Eneas, en qué pudieron ofenderte tanto los Troyanos, para que

así, después de pasar tantos trabajos, se les cierre el paso a Italia por todo el orbe? Me habías prometido que de ellos, andando los años, saldrían los Romanos, guías del mundo, descendencia de la sangre de Teucro, los cuales dominarían el mar y la tierra con soberano imperio. ¿Qué te ha hecho ¡oh, Padre! mudar de resolución? Con esto, en verdad, me consolaba yo de la caída de Troya y de su triste ruina, compensando los hados adversos con los prósperos. Ahora la misma suerte contraria persigue a unos hombres trabajados ya por tantas aventuras. ¿Qué término das ¡oh, Gran Rey! a sus desgracias? Antenor pudo, escapándose de en medio de los Griegos, penetrar en los golfos de la Iliria, y llegar con seguridad al corazón del país de los Liburnos y a la fuente del Timavo, de donde, precipitándose por nueve bocas, de lo alto de un monte, con gran murmullo, va al mar y oprime los campos con resonantes ondas. Allí, además, edificó la ciudad de Padua y las moradas de los Teucros, y dio nombre a su gente, y fijó las armas de Troya; ahora, sosegado, descansa en plácida paz. Y nosotros, progenie tuya; nosotros, a quienes concedes morar en los alcázares del cielo, perdemos nuestras naves ¡oh dolor! Por la ira de una sola diosa, y nos vemos constantemente alejados de las costas italianas. ¿Este es premio de nuestra piedad? ¿Así nos repones en nuestro señorío?

Besó a su hija el padre de los hombres y de los dioses, sonriéndose con aquel apacible semblante con que serena el cielo y las tempestades, y en seguida le habló así:

—Depón el miedo, ¡oh Citerea!; inmotos perseveran para ti los hados de los tuyos. Verás la ciudad y las murallas prometidas de Lavino, y levantarás hasta las estrellas del cielo al magnánimo Eneas; no he cambiado de resolución. Mas, pues te aqueja este cuidado, voy a descubrirte, tomándolos desde muy atrás, los arcanos del porvenir. Tu Eneas sostendrá en Italia grandes guerras, y domará pueblos feroces, y les dará leyes y murallas; tres veranos pasarán y tres inviernos antes de que reine en el Lacio y logre sojuzgar a los Rútulos. Y el niño Ascanio, que ahora lleva el sobrenombre de Iulo (Ilo se llamaba mientras existió el reino de Ilión); llenará con su imperio treinta años largos, un mes tras otro, y trasladará la capital de su reino de Lavino a Alba Longa, que guarnecerá con gran fuerza. Allí reinará por espacio de trescientos años el linaje de Héctor, hasta que la reina sacerdotisa Ilia, fecundada por el dios Marte, pariere de un parto dos hijos. Luego Rómulo, engalanado con la roja piel de la loba, su nodriza, dominará a aquella gente y levantará las murallas de la ciudad de Marte, y dará su nombre a los Romanos. No pongo a las conquistas de este pueblo límite ni plazo; desde el principio de las cosas les concedí un imperio sin fin. La misma áspera Juno, que ahora revuelve con espanto el mar, la tierra y el firmamento, vendrá a mejor consejo y favorecerá conmigo a los Romanos, señores del mundo, a la nación togada. Pláceme así. Llegará una edad, andando los lustros, en que la casa de Asáraco subyugará a Ftias y a la ilustre Micenas, y dominará a la vencida Argos. Troyano de esta noble generación, nacerá César Julio, nombre derivado del gran Iulo, y llevará su imperio hasta el Océano y su fama hasta las estrellas. Tú, segura, le recibirás algún día en el Olimpo, cargado con los despojos del Oriente, y los hombres le invocarán con votos; entonces también, suspensas las guerras, se amansarán los ásperos siglos. La cándida Fe, y Vesta y Quirino, con su hermano Remo, dictarán leyes; las terribles puertas del templo de la guerra se cerrarán con hierro y apretadas trabes; dentro el impío Furor, sentado sobre sus crueles armas, y atadas las manos detrás de la espalda con cien cadenas, bramará, espantoso con sangrienta boca.

Dice, y desde la altura envía al hijo de Maya a fin de que las tierras y los nuevos alcázares de Cartago se abran como asilo para los Teucros; no fuese que, ignorante Dido de lo dispuesto por los hados, los rechazase de sus confines. Tiende el mensajero su vuelo por el inmenso éter, batiendo las alas, y pronto se paró en las playas de la Libia, cumpliendo al punto su mandado; los Penos, porque lo quiere el dios, deponen su fiero natural, y la Reina principalmente se apresta a recibir con benevolencia suma a los Teucros.

Entre tanto el piadoso Eneas, revolviendo mil cuidados en su cabeza toda la noche, apenas empezó a despuntar la vivificadora luz del día, determinó salir a reconocer por sí mismo aquellos

sitios desconocidos, y saber a qué playas le han impelido los vientos; si las habitan (pues las ve incultas) hombres o fieras, y llevar a sus compañeros cabal noticia de todo. Oculta sus naves en un hueco de los bosques, debajo de una socavada peña, cercada de árboles y opacas sombras, y sale acompañado solamente de Acates, blandiendo en su mano dos jabalinas con grandes puntas de hierro. En medio de la selva le sale al encuentro su madre, disfrazada con rostro, traje y armas de virgen espartana, o semejante a Harpálice de Tracia cuando fatiga sus caballos y vence en la carrera al rápido Euro, pues llevaba pendiente de los hombros, a modo de cazadora, el certero arco y daba al viento la suelta cabellera, desnuda la rodilla y prendida con un broche la flotante túnica.

—Hola, mancebos —les dice, hablándoles la primera— ¿habéis visto aquí por acaso errante alguna de mis hermanas, ceñidas la aljaba y la piel de manchado lince, o acosando con sus gritos la carrera de espumeante jabalí?

Dijo Venus; a lo que respondió su hijo:

—A ninguna de tus hermanas he oído ni visto, ¡oh virgen! Que no sé cuál nombre darte, pues ni tu rostro es de mortal, ni parece humana tu voz; ¡oh diosa seguramente! ¿Eres acaso la hermana de Febo o del linaje de las Ninfas? Quienquiera que seas, sénos propicia, alivia nuestro grave afán y dinos bajo qué cielo por fin, a qué playas del mundo nos ha arrojado la suerte. Ignorantes del sitio en que estamos y de los pueblos que la habitan, vagamos perdidos, arrastrados aquí por el viento y las inmensas olas; dinos dónde nos hallamos, y nuestra mano, agradecida, ofrecerá en tus altares numerosos sacrificios.

Venus contestó:

—A la verdad no soy digna de tales honores; uso es de las doncellas tirias ceñir aljaba y calzar altos borceguíes de púrpura. Viendo estás los púnicos dominios, los Tirios y la ciudad de Agenor; estos son los lindes africanos, poblados por una raza muy belicosa. Rige este imperio la reina Dido, que abandonó su ciudad de Tiro, huyendo de su hermano; larga es la historia de estas disensiones, muchos sus accidentes, pero sólo recordaré los puntos principales. Era Dido esposa de Siqueo, el más rico señor de tierras entre los Fenicios, y a quien profesaba la infeliz grande amor; virgen se la había dado su padre al unirla con él bajo felices auspicios; pero, como reinase en Tiro su hermano Pigmalión, el más perverso de los hombres, suscitóse entre ellos un odio terrible, y el impío Pigmalión, ciego con el amor del oro, asesinó al desprevenido Siqueo delante de los altares, despreciando el dolor de su amante hermana. Por largo tiempo tuvo encubierto el crimen, e inventando mil pretextos, burló con vanas esperanzas a la triste esposa; mas vio esta en sueños la imagen de su marido insepulto, el cual, levantando la faz maravillosamente pálida, le descubrió su pecho traspasado por el hierro al pie del ara, y le reveló todo el oculto crimen de su familia. Persuádela en seguida a acelerar la fuga y abandonar su patria, y para auxilio del viaje le descubre antiguos tesoros que tenía enterrados, en cantidad inmensa de plata y oro. Agitada con esto Dido, preparaba su fuga y reunía los que habían de acompañarla, señalados entre los que más detestaban o temían al tirano; apodéranse de unas naves que por dicha estaban aparejadas, y las cargan de oro; las riquezas del avaro Pigmalión van por el mar, y una mujer capitanea la empresa. Llegaron los fugitivos a estos sitios, donde ahora ves las altas murallas y el alcázar, ya comenzado a levantar, de la nueva Cartago, y compraron una porción de terreno, tal que pudiera toda ella cercarse con la piel de un toro, de donde le vino el nombre de Birsa. Pero vosotros, decidme, ¿quiénes sois, de qué playas venís, adónde enderezáis el camino?

Él, suspirando arrancando la voz de lo más hondo del pecho, respondió a estas preguntas:

—¡Oh diosa! Si he de referiros nuestras desgracias desde su origen, y tenéis vagar para oír los anales de nuestros trabajos, antes de que concluya, véspero sepultará la luz del día en el cerrado cielo. Después de andar errantes por diversos mares, un capricho de la tempestad nos ha arrojado a las costas africanas desde la antigua Troya (si por dicha el nombre de Troya ha llegado a vuestros oídos). Yo soy el piadoso Eneas, cuya fama llega al cielo; traigo conmigo en mis naves los patrios penates, arrebatados del furor de los enemigos, y voy buscando mi patria, Italia, y el linaje del

supremo Júpiter, de quien desciendo. Con veinte bajeles di la vela en el mar frigio, y mostrándome el camino la diosa Venus, mi madre, seguí la suerte que me estaba deparada; hoy apenas me quedan siete naves maltratadas del euro y de las olas; yo mismo, desconocido, menesteroso, ando perdido por los desiertos de África, repelido de Europa y Asia.

No pudo Venus oír más tiempo a su doliente hijo, y le interrumpió en estos términos, en medio de su dolor:

—Quienquiera que seas, ¡oh tú! Que acabas de llegar a la ciudad tiria, no creo que vivas aborrecido de los dioses. Prosigue tu camino y ve desde aquí a los dinteles de la reina Dido, porque te anuncio que recobrarás tus compañeros y tu armada dispersa, que han llevado a puerto seguro los vientos ya mudados, a menos de que mis padres me enseñasen en vano la ciencia de los agüeros. Mira esos doce alegres cisnes, cuya aérea bandada perseguía en el sereno cielo el ave de Júpiter, desprendida de la altura; mira cómo ahora, o andan por la tierra en larga hilera, o parece que eligen sitio donde posarse, y ya reunidos, baten las sonoras alas y forman círculos en el aire y sueltan el canto; no de otra suerte tus naves y la flor de tus guerreros o están ya en el puerto o entran en él a toda vela. Ve, pues, y dirige el paso adonde conduce ese camino.

Dijo, y volviendo el rosado cuello, resplandeció como una estrella, y sus cabellos esparcieron un divino olor de ambrosía; soltó el ropaje hasta los pies, y se reveló en su porte que verdaderamente era una diosa. Eneas, en cuanto conoció a su madre, la siguió en su fuga, con estos clamores:

—¿Por qué tú también, cruel, alucinas tantas veces a tu hijo con imágenes engañosas? ¿Por qué no me es dado juntar mi diestra con la tuya, y oír tu voz y hablar contigo sin falaces apariencias?

Mientras con tales razones acusa a su madre, va, seguido de Acates, andando hacia la ciudad; mas a ambos los rodea Venus de un oscuro ambiente, extendiendo en torno una densa capa de niebla, con que nadie pudiese verlos, ni tocarlos, ni detenerlos, ni preguntarles las causas de su venida. Ella, por los aires, se dirige a Pafos y torna alegre a ver su morada, donde tiene un templo, en que humean cien altares con el incienso sabeo y embalsaman el aire guirnaldas de flores recién cortadas.

Prosiguen ellos en tanto su camino por la senda indicada, y suben el collado que domina la ciudad por cima de todos los demás, y desde cuya altura se ven de frente fortificaciones. Maravíllase Eneas de ver aquellas grandes moles, chozas de pastores en otro tiempo; admira las puertas y el bullicio de tanta gente y la disposición de las calles. Con ardor sumo trabajan los Tirios, unos en levantar las murallas, en construir la ciudadela y en arrastrar a brazo grandes piedras; otros eligen solar para labrarse casa y acotarla con una zanja; estos atienden a la elección de jueces y magistrados y del venerado senado. Unos aquí cavan un puerto, otros allí disponen los hondos cimientos de los teatros y arrancan de las canteras enormes columnas, alto ornamento de los futuros espectáculos. Tal en la primavera ejercitan las abejas su trabajo al sol por los floridos campos, cuando sacan los enjambres ya crecidos, o cuando labran la líquida miel, o llenan sus celdillas con el dulce néctar, o reciben las cargas de las que llegan, o en batallón cerrado embisten a la indolente turba de los zánganos y los ahuyentan de las colmenas. Hierve la faena; la fragante miel esparce un fuerte olor de tomillo.

—¡Oh, afortunados aquellos, cuyas murallas se están ya levantando! —exclama Eneas, y contempla las cimas de la ciudad naciente; luego se entra por medio, encubierto con la niebla, y se mezcla entre la multitud (¡oh maravilla!) sin que ninguno le vea.

Hubo en medio de la ciudad un bosque de muy apacible sombra, que fue el sitio en que los Penos, después de sus grandes trabajos por las olas y los temporales, hallaron una primera señal que les mostrara la regia Juno, y era la cabeza de un fuerte caballo, para indicar que aquella nación había de ser en todo tiempo ilustre en la guerra y rica de mantenimientos. Allí la sidonia Dido hacía labrar un gran templo, consagrado a Juno, riquísimo con sus dones y con la presencia de la diosa.

Ya se levantaban en las gradas los dinteles de bronce y las vigas ensambladas con el mismo metal; los quicios rechinaban con las puertas de hierro. En este bosque fue donde por primera vez se le ofreció un objeto que mitigó sus temores; allí fue donde por primera vez se atrevió Eneas a esperar alivio a sus males y a confiar en mejor suerte, porque mientras, aguardando a la Reina, lo examina todo cosa por cosa en el gran templo; mientras admira la rara fortuna de aquella ciudad y el primor de las obras y la habilidad de los artífices, ve representadas por su orden las batallas troyanas y toda aquella gran guerra que la fama ha divulgado ya por todo el orbe. Ve al hijo de Atreo y a Príamo, y a Aquiles, terrible para ambos. Paróse, y llenos de lágrimas en los ojos, exclama:

—¿Cuál lugar, ¡oh Acates!, qué región hay ya en la tierra adonde no haya llegado la fama de nuestras desventuras? Ve ahí a Príamo; también aquí reciben su recompensa las virtudes; aquí hay lágrimas para las desgracias y compasión para los grandes desastres. Depón el temor; esta celebridad te servirá de algún consuelo.

Dice y, apacienta su ánimo con la vista de aquellas vanas pinturas, sollozando amargamente y vertiendo largo raudal de llanto. Veía aquí a los Griegos huyendo alrededor de las murallas de Pérgamo, acosados por la juventud troyana; allí huían los Troyanos, a quienes estrechaba desde su carro el penachudo Aquiles. No lejos de allí reconoció con lágrimas las tiendas de Reso con sus blancos pabellones, que sorprendidas traidoramente durante el primer sueño, el sangriento hijo de Tideo asolaba con espantosa carnicería, llevándose luego a sus reales los fogosos caballos del infeliz vencido, antes de que hubiesen gustado los pastos de Troya y bebido las aguas del Janto. En otra parte ve a Troilo, que huye, perdidas las armas; mancebo infeliz, empeñado con Aquiles en desigual pelea; arrástranle sus caballos tendido boca arriba en su carro vacío, llevando todavía, sin embargo, las riendas en la mano, barriendo van el suelo su cuello y su cabellera, y vuelta la punta de la lanza va trazando un surco en el polvo. Entre tanto las Troyanas desgreñadas iban al templo de la airada Palas, y tristemente suplicantes, le llevaban en ofrenda una rica vestidura y se golpeaban los pechos con las manos; la diosa, vuelta la cabeza, clavaba los ojos en el suelo. Tres veces Aquiles había arrastrado a Héctor alrededor de los muros de Troya, y vendía por oro el exánime cuerpo. Entonces Eneas exhala un gran gemido de lo hondo del pecho, al ver los despojos, el carro y hasta el cuerpo mismo de su amigo, y a Príamo tendiendo sus manos inermes. También se reconoció a sí propio mezclado entre los príncipes aquivos, y reconoció las falanges orientales y las armas del negro Memnón. La fogosa Pentesilea conduce las huestes de las Amazonas, con sus broqueles en forma de media luna, y brilla por su ardor en medio de la muchedumbre, atando el dorado ceñidor bajo el descubierto pecho, y guerrera virgen, osa competir en denuedo con los hombres.

Mientras admira estas cosas el dardanio Eneas, y pasmado, no acierta a apartar sus ojos de ninguna de ellas, llega al templo la reina Dido, hermosísima y rodeada de una numerosa comitiva de mancebos. Cual Diana, cuando en las riberas del Eurotas o en los collados del monte Cinto ejercita los coros de sus oreadas, que en gran tropel se agolpan en torno suyo; lleva la diosa su aljaba pendiente del hombro, y al andar sobresale por cima de las otras diosas: un secreto placer conmueve el pecho de Latona; tal aparecía Dido, tal circulaba satisfecha por en medio de los suyos, activando las obras y la futura grandeza de su reino. Entonces, en los umbrales de la diosa, y en medio de la bóveda del templo, rodeada de armas, se sentó en un alto solio, desde donde dictaba sentencias y leyes a su pueblo, y ajustaba por partes iguales o sacaba por suerte las tareas de las obras.

En esto Eneas vio de repente llegar con grande acompañamiento de gente a Anteo, a Sergesto, al fuerte Cloanto y a los demás Troyanos, a quienes había dispersado la tempestad en el revuelto piélago y arrojado a otras costas. Pasmáronse a una Eneas y Acates, suspensos entre la alegría y el miedo; ansiaban por darles las manos, pero lo desconocido del caso les conturbaba el ánimo. Disimulan, y guarecidos con la niebla que los rodea, están a la expectativa de lo que anhelan saber: qué suerte ha cabido a sus compañeros, en qué playa han dejado sus naves, a qué vienen, pues los que se dirigían implorando favor con sus clamores eran gente elegida de todos los bajeles. Luego que estuvieron dentro y se les permitió hablar delante del pueblo, el más anciano de todos comenzó

así con sosegado continente:

—¡Oh Reina! A quien Júpiter concedió edificar una nueva ciudad y refrenar con sus leyes a pueblos bravíos, los míseros Troyanos, trabajados por los vientos en todos los mares, te dirigimos nuestras súplicas. No permitas que infandos incendios abrasen nuestras naves; perdona a una generación piadosa y mira propicia nuestra suerte. No venimos a asolar con el hierro los líbicos hogares, o a llevarnos a la costa las robadas presas; no hay fuerza para tanto en nuestro ánimo, ni cabe tanta soberbia en los vencidos. Hay una región que los Griegos denominan Hesperia, tierra antigua, poderosa por sus armas y por la fertilidad de sus frutos, poblada un día por los Enotrios; mas hoy es fama que los descendientes de estos la llaman Italia, nombre tomado del de su caudillo. A ella enderezábamos el rumbo, cuando el borrascoso Orión, levantándose con súbito remolino, nos estrelló en ocultos bajíos y nos dispersó enteramente por en medio de las ondas y de inaccesibles riscos, a impulso de los tenaces vientos, cubriendo nuestras naves el mar. Unos pocos hemos podido llegar aquí a vuestras playas. Pero ¿qué linaje de hombres es este, cuál es esta bárbara nación, que tolera tales costumbres? ¡Se nos veda refugiarnos en la costa! ¡Nos mueven guerra, y no nos permiten tomar la primera tierra que vemos! Si menospreciáis a los hombres y las armas mortales, pensad a lo menos en los dioses, atentos a lo justo y a lo injusto. Teníamos por rey a Eneas, el más justiciero, el más piadoso, el más grande de los hombres en la guerra, y el más valeroso; si los hados nos le conservan, si aun respira el aura vital, y no ha bajado todavía a las crueles tinieblas, no temas, que no te pesará de haberte adelantado a favorecernos. Todavía contamos con la ciudad de Sicilia y con sus armas y con el ilustre Acestes, descendiente de la sangre troyana. Permítenos sacar a tierra nuestra armada, quebrantada por los vientos, y repararla con maderas de tus bosques y surtirla de remos, si nos es dado proseguir nuestro viaje a Italia con nuestros compañeros, después de haber recobrado nuestro rey, para que alegres caminemos a aquella tierra y al Lacio. Pero si se nos niega toda salvación, y te tiene en su seno el mar de África, ¡oh padre excelente de los Teucros! Y no nos queda ni aun la esperanza de recobrar a Iulo, concédenos a lo menos volver a los estrechos de Sicilia y a las moradas que nos están dispuestas, de donde hemos sido arrojados acá; concédenos volver a la corte del buen Acestes.

Esto dijo Ilioneo ente los sordos murmullos que a la par se alzaban entre todos los Troyanos. Entonces Dido, inclinada la cabeza, respondió en breves palabras:

—Deponed el temor, ¡oh Teucros!, desechad los cuidados. La dura ley de la necesidad, en los principios de un reinado, me precisa a estas cosas y a mirar mucho por la seguridad de mis confines. ¿Quién no tiene noticia del linaje de Eneas y de los suyos? ¿Quién no ha oído hablar de la ciudad de Troya, y de sus proezas, y de sus héroes, y de los desastres de tan terrible guerra? No somos los Penos tan rudos como imagináis, ni unce el sol sus caballos tan apartado de la ciudad tiria. Ya os encaminéis a la grande Hesperia y a los campos de Saturno, ya a los confines del monte Érix, donde reina Acestes, yo os despacharé seguros con mis auxilios y os ayudaré con mis riquezas. ¿Queréis quedaros conmigo en estos reinos? Vuestra es esta ciudad que estoy edificando; sacad a tierra vuestras naves; sin diferencia alguna gobernaré a los Troyanos y a los Tirios. Y ¡ojalá que vuestro mismo rey Eneas, impelido por el viento que os ha traído a vosotros, estuviese también aquí! Ciertamente enviaré exploradores por las costas y mandaré registrar los términos del África, por si vaga perdido en las selvas o en los pueblos.

Reanimados con estas palabras el fuerte Acates y el padre Eneas, ansiaban ya hacía tiempo por romper la nube que los rodeaba. Acates, el primero, dice a Eneas:

—Hijo de una diosa, ¿qué te parece de esto? Todo lo ves ya en seguridad; ya has recobrado tu armada y tus compañeros. Uno sólo falta, a quien nosotros vimos con nuestros propios ojos sumergido en las olas; todo lo demás se ajusta puntualmente con lo que dijo tu madre.

Apenas pronunció estas palabras, cuando, deshaciéndose de pronto, se abre la nube que los rodeaba y se resuelve en aire puro. Apareció Eneas, resplandeciente en medio de una viva luz, semejante en rostro y apostura a un dios, porque su misma madre había infundido en su hermosa

cabellera y en sus ojos el resplandor purpúreo y la alegre lozanía de la juventud; así la mano del artífice añade belleza al marfil o engasta con amarillo oro la plata y la piedra de Paros. Entonces habló así a la Reina, apareciéndose a todos de improviso:

—Ved aquí presente al Eneas que buscáis, libertado de las ondas africanas. ¡Oh! Tú, la sola que te has apiadado de los infandos desastres de Troya, y que nos das ciudad y hogar a nosotros, reliquias de los Griegos, vencidos ya por todo linaje de desgracias en tierra y en mar y necesitados de todo! No es en nuestra mano ¡oh Dido! demostrarte la gratitud de que eres digna, ni bastaría a tanto lo que aun queda de la gente dardania, desparramada por el ancho mundo. Los dioses te den digno premio, si hay númenes que respetan a los piadosos, si hay en alguna parte justicia y conciencia de lo recto. ¡Oh!, ¿qué felices siglos te dieron al mundo? ¿Qué padres tan grandes fueron los que tal te informaron? Mientras corran los ríos hacia el mar, mientras las sombras cubran los huecos de los montes, mientras el polo apaciente estrellas[3], siempre durarán en el mundo tu gloria, tu nombre y tus loores en cualquier parte adonde me lleven los hados.

Dice, y tiende la diestra mano a su amigo Ilioneo, y la izquierda a Seresto, y luego a los demás y al fuerte Gías y al fuerte Cloanto. Pasmose la sidonia Dido con la súbita aparición, no menos que con el prodigioso caso de tan grande héroe, y exclamó:

—¿Cuál hado te persigue ¡oh hijo de Venus! por medio de tantos peligros? ¿Qué fuerza te arroja a estas despiadadas costas? ¿Eres tú aquel Eneas a quien la alma Venus concibió del troyano Anquises a la margen del frigio Simois? Me acuerdo de que Teucro fue a Tiro, echado de los confines patrios, en busca de un nuevo reino, con el auxilio de Belo; entonces mi padre Belo estaba talando la ópima isla de Chipre, y vencedor, la dominaba toda. Ya en aquella época supe la desgracia de la ciudad troyana, y conocí tu nombre y los de los reyes griegos; vuestro enemigo mismo ensalzaba con grandes alabanzas a los Teucros, y se decía oriundo de la antigua estirpe troyana. Así, pues, adelante, ¡Oh guerreros! Entrad en nuestras moradas. También a mí una fortuna semejante a la vuestra, después de haberme hecho juguete de grandes trabajos, ha querido por fin darme asiento en este suelo; conocedora de la desgracia, he aprendido a socorrer a los desgraciados.[4]

Dice, y conduce a Eneas a las regias mansiones, y dispone que se hagan sacrificios en los templos de los dioses. Al mismo tiempo envía a los compañeros de Eneas que habían quedado en la playa, veinte toros, cien cerdosas canales de corpulentos jabalíes y cien gruesos corderos con sus madres, a lo que unió los dones de Baco, la alegría de los festines. Decórase además el interior del palacio con regio aparato, y se dispone todo para los convites en las salas del centro, y ricas alfombras y colgaduras, labradas con espléndida grana; mucha plata en las mesas: vense representadas en oro cincelado las grandes hazañas de los progenitores, larguísima serie trasmitida por tantos héroes desde el origen de un antiguo linaje.

Eneas (a quien no dejaba sosegar un punto el amor de padre) envía a Acates con toda prisa a las naves, a fin de que refiera a Ascanio aquellos sucesos y le conduzca a la ciudad; en Ascanio se cifran todos los cuidados de aquel buen padre. Manda además traer unas preseas, salvadas de las ruinas de Ilión: una falda recamada de figuras de oro y un manto bordado en derredor de rojo acanto, galas de la argiva Helena, que llevó de Micenas cuando fue a Troya tras un infando

---

3 «*Polus dum sidera pascet*.» «Mientras que el polo del cielo se apacentare de espigas de estrellas...» Así traduce este verso Fr. Luis de León. La traducción es mala, pero tampoco el verso me parece de gusto muy puro. Ya lo he dicho: Virgilio, con todo su exquisito gusto, suele propender un poco a lo conceptuoso, muy poco seguramente, y nada más que *en cuanto hace gracia,* sin llegar nunca al abuso, en que han naufragado tantos grandes ingenios, señaladamente españoles-

4 «*Non ignara mali miseris succurrere disco.*» Se ha dicho que este hermoso verso, expresión consagrada ya de la humana misericordia, no es de Virgilio; y con efecto, el mismo pensamiento se encierra, casi con las mismas palabras, en un epigrama, o madrigal más bien, del poeta griego Meleagro, pero en ocasión tan distinta, y sobre todo tan repugnante, que ni términos hay para establecer comparación entre el verso griego y el latino. De aquél sólo se acuerda algún erudito licencioso, y éste anda en boca de todas las personas cultas.

himeneo, admirable presente de su madre Leda; además el cetro que en otro tiempo empuñó Ilione, la mayor de las hijas de Príamo, un collar de perlas y una diadema de oro y piedras preciosas. Con este objeto se encaminaba Acates rápidamente a las naves.

Entre tanto Citerea revuelve en su pensamiento nuevos artificios, nuevos planes; decide que Cupido, tomando la apariencia y el rostro del dulce Ascanio, venga en lugar de él, inflame con aquellas dádivas a la apasionada Reina, y le infunda su fuego en las entrañas, por cuanto se recela de aquella poco segura casa y de los falaces Tirios; la abrasa el temor de la vengativa Juno, y toda la noche la atormenta aquel cuidado. Estas palabras dice, pues, al alígero Amor:

—¡Oh hijo, en quien cifro mi única fuerza, mi gran poder! ¡Oh hijo, único que desprecias los dardos del sumo padre, que debelaron a Tifeo, a ti me acojo y suplicante invoco tu numen! Bien sabes cómo tu hermano Eneas anda errante por todos los mares, víctima de los odios de la inicua Juno, y muchas veces te condoliste de mi aflicción. Ahora le tiene en su poder la fenicia Dido y le cautiva con blandas palabras; temo que ha de parar en mal ese hospedaje, obra de Juno; no creo que se descuide en tan crítico trance. Medito, pues, ganarla por la mano en sus ardides, y abrasar de amor el corazón de la Reina, de modo que no se trueque a impulso de otra divinidad; antes me esté sujeta por su irresistible pasión a Eneas. Para que hagas esto, oye mi pensamiento: el regio niño, que es el que me da mayor cuidado, se dispone a ir a la ciudad sidonia, llamado por su amoroso padre, a llevar unas preseas salvadas del mar y de las llamas de Troya. Sepultado en un profundo sueño, yo me le llevaré a la alta Citeres o al bosque Idalio, y le ocultaré en un sitio sagrado, de suerte que nadie pueda descubrir este engaño ni oponerle obstáculo. Tú disfrázate, por una noche no más, con la figura de Ascanio y, niño, toma la conocida semejanza de un niño, a fin de que cuando Dido gozosísima te reciba en su regazo y en medio de los regios festines y de los licores de Lieo te estreche en sus brazos y te dé dulces besos, le infundas un oculto fuego y la enloquezcas con tu veneno.

Obedece al punto el Amor las palabras de su madre querida, y depuestas las alas, echa a andar muy contento, parecido en un todo a Iulo, mientras que Venus derrama un plácido sopor por los miembros de Ascanio, y se lo lleva abrigado en su regazo a las profundas selvas de Idalia, donde la suave y olorosa mejorana le brinda un lecho lleno de flores y de apacible sombra. Ya Cupido, obediente al mandato de su madre, caminaba contento, conducido por Acates, llevando a los tirios los regios dones, y llega en el momento en que la Reina tomaba asiento en áureo lecho, cubierto de magníficos tapices, y en medio de sus convidados, y en que Eneas y la juventud troyana llegaban también y se recuestan en purpúreos estrados. Danles los criados aguamanos, sacan el pan de los canastillos y tienden manteles de fino vellón. En el interior de la sala, cincuenta doncellas tienen a su cuidado los grandes aprestos de las provisiones y perfuman con aromas los penates; otras ciento e igual número de mancebos colocan los manjares en las mesas y distribuyen las copas. Reúnense además, por los alegres zaguanes multitud de Tirios convidados por las Reina y se tienden en cojines de varios colores.

Maravíllanse de los regalos de Eneas, admiran la hermosura de Iulo, su rostro, que brilla con un resplandor divino, y sus fingidas palabras, su vestidura y su manto, bordado de rojo acanto. Principalmente la infeliz Dido, presa del fuego que la ha de perder, no se sacia de contemplarle, y arde mirándole, movida igualmente por el influjo del niño y de los presentes que ha recibido. Él, después de haberse colgado al cuello de Eneas y de haber inundado de ternura el corazón de su supuesto padre, se dirigió a la Reina, la cual clava en él sus ojos y toda su alma, y de cuando en cuando le aprieta a su regazo: ¡No sabe la desgraciada Dido cuán poderoso es el dios que se sienta en sus rodillas! Recordando el precepto de su madre Venus, empieza el dios a borrar poco a poco la imagen de Siqueo, y prueba a inflamar en vivo amor aquel espíritu, por tanto tiempo sosegado, y aquel corazón, ya desacostumbrado de amar. Acabado el primer servicio y levantadas todas las mesas, traen las grandes copas y las llenan de vino hasta los bordes; empieza el estrépito y retumba la gritería por los espaciosos atrios; las lámparas encendidas penden de los dorados artesones, y

vencen con sus luces la oscuridad de la noche.

Pidió en esto la Reina una copa muy maciza de oro y piedras preciosas, y la llenó de vino: copa de que habían usado Belo y todos sus descendientes; y en medio del silencio general exclamó:

—¡Oh Júpiter, pues es fama que dictas leyes para el ejercicio de la hospitalidad, dispón que este día sea igualmente feliz para los Tirios y para los arrojados de Troya, y que nuestros descendientes celebren su memoria! Asístenos también, ¡Oh Baco, dador de la alegría! y tú, ¡oh bondadosa Juno! y vosotros, ¡oh Tirios! regocijaos y favoreced también a nuestros huéspedes!

Dijo, y derramó en la mesa la ofrenda del vino, y la primera acercó apenas la copa a sus labios; luego se la pasó a Bicias, provocándole a beber; él, nada perezoso, apuró la espumeante copa de oro y se bañó en vino toda la cara; en seguida bebieron los demás magnates. El crinado Iopas pulsa la áurea cítara, que le enseñó a tocar el grande Atlante, y canta las mudanzas de la luna y los eclipses del sol, el origen del linaje humano y de los brutos; de dónde nacen el agua y el fuego, y Arturo y las lluviosas Hiadas y las dos Osas; por qué el sol en invierno se apresura tanto a ir a bañarse en el Océano, y por cuál causa son entonces tan largas las noches. Prorrumpen en aplausos los Tirios y siguen su ejemplo los Troyanos. También la desventurada Dido pasaba la noche entretenida en varias pláticas, y en ellas bebía raudales de amor, preguntando a Eneas mil cosas de Príamo, mil de Héctor; qué armas llevaba el hijo de la Aurora, por qué eran tan famosos los caballos de Diomedes, cuán grande era el esfuerzo de Aquiles. Al fin le dijo:

—Cuéntanos, ¡oh huésped! tomándolas desde su primer origen, las insidias de los Griegos, las varias fortunas de los tuyos y tus propias aventuras, en que llevas ya siete años de andar errante por todas las tierras y todos los mares.

LIBRO II

Cuenta Eneas a Dido el incendio de Troya y los horrores de la noche fatal en que, a los diez años de asedio, la entraron los griegos a sangre y fuego validos del colosal caballo, en cuyo vientre emboscó Ulises a sus más valerosos capitanes, y que los troyanos mismos, engañados por el astuto Sinón, introdujeron en la ciudad.—Muerte de Laoconte y sus dos hijos.—Penetra el fatal caballo en Troya por la brecha abierta al efecto, y llegada la noche, salen de su vientre los griegos y se desparraman por toda la ciudad, causando horrible estrago.—Aparécese a Eneas en sueños la sombra de Héctor, le anuncia el desastre de la patria y le entrega la estatua de Vesta y el fuego sagrado.—Saco de Troya: episodios de aquella última y tremenda noche. Muerte de Polites. Fin desastroso de Príamo.—Perdido el regio alcázar, resuelve Eneas abandonar la ciudad; se encuentra con Helena y quiere inmolarla, propósito de que le aparta Venus, aconsejándole que salve a su padre, a su esposa y al niño Ascanio, última esperanza de la patria.—Resistencia de Anquises a abandonar a Troya; mas, decidido en vista de un prodigio celeste, llévaselo Eneas, seguido de Ascanio y de su esposa Creúsa, que se le pierde en la confusión, y después de buscarla inútilmente, y de aparecérsele su sombra para anunciarle que ya no existe, sale por fin de la ciudad, llevando de la mano a su hijo y en hombros a su padre, y se encamina a las montañas.

Callaron todos, puestos a escuchar con profunda atención, y en seguida el gran caudillo Eneas habló así desde su alto lecho:

—Mándasme ¡oh Reina! que renueve inefables dolores, refiriéndote cómo los Dánaos asolaron las grandezas troyanas y aquel miserando reino; espantosa catástrofe, que yo presencié y en que fui gran parte. ¿Quién al narrar tales desastres; quién, ni aun cuando fuera uno de los Mirmidones o de los Dólopes, o soldado del duro Ulises, podría refrenar el llanto? Y ya la húmeda noche se precipita del cielo, y las estrellas que van declinando convidan al sueño. Mas si tanto deseo tienes de saber nuestras tristes aventuras, y de oír brevemente el supremo trance de Troya, aunque el ánimo se horroriza a su solo recuerdo y retrocede espantado, empezaré. Quebrantados por la guerra y contrariados por el destino en tantos años ya pasados, los caudillos de los Griegos construyen, por arte divino de Palas, un caballo tamaño como un monte, cuyos costados forman con tablas de abeto bien ajustadas, y haciendo correr la voz de que aquello es un voto para obtener feliz regreso, consiguen que así se crea. Allí, en aquellos tenebrosos senos, ocultan con gran sigilo la flor de los guerreros, designados al efecto por la suerte, y en un momento llenan de gente armada las hondas cavidades y el vientre todo de la gran máquina.

Hay a la vista de Troya una isla, llamada Ténedos, muy afamada y rica en los tiempos en que estaban en pie los reinos de Príamo, y que hoy no es más que una ensenada, fondeadero poco seguro para las naves. Allí avanzan los Griegos y se ocultan en la desierta playa, mientras nosotros creíamos que habían levantado el campo y enderezado el rumbo a Micenas: con esto, toda Troya empieza a respirar tras su largo luto. Ábrense las puertas; para todos es un placer salir de la ciudad y ver los campamentos dóricos, los lugares ya libres de enemigos y la abandonada playa; aquí acampaba la hueste de los Dólopes; allí tenía sus tiendas el feroz Aquiles; en aquel punto fondeaba la escuadra, por aquel otro solía embestir el ejército. Unos se maravillan en vista de la funesta ofrenda consagrada a la virginal Minerva, y se pasman de la enorme mole del caballo, siendo Timetes el primero en aconsejar que se lleve a la ciudad y se coloque en el alcázar, ya fuese traición, ya que así lo tenían dispuesto los hados de Troya; pero Capis, y con él los más avisados, querían, o que se arrojase al mar aquella traidora celada, sospechoso don de los Griegos, o que se le prendiese

fuego por debajo, o que se barrenase el vientre del caballo y registrasen sus hondas cavidades. El inconstante vulgo se divide en encontrados pareceres.

Baja entonces corriendo del encumbrado alcázar, seguido de gran multitud, el fogoso Laoconte, el cual desde lejos empezó a gritarles:

—¡Oh miserables ciudadanos! ¿Qué increíble locura es esta? ¿Pensáis que se han alejado los enemigos y os parece que puede estar exento de fraude don alguno de los Dánaos? ¿Así conocéis a Ulises? O en esa armazón de madera hay gente aquiva oculta, o se ha fabricado en daño de nuestros muros, con objeto de explorar nuestras moradas y dominar desde su altura la ciudad, o algún otro engaño esconde. ¡Troyanos, no creáis en el caballo! ¡Sea de él lo que fuere, temo a los griegos hasta en sus dones![5]

Dicho esto, arrojó con briosa pujanza un gran venablo contra los costados y el combo vientre del caballo, en el cual se hincó retemblando y haciendo resonar con hondo gemido sus sacudidas cavidades; y a no habernos sido adversos los decretos de los dioses, si nosotros mismos no nos hubiéramos conjurado en nuestro daño, aquel ejemplo nos habría impelido a acuchillar a los Griegos en sus traidoras guaridas, y aun subsistieras, ¡Oh Troya! y aun estarías en pie, ¡oh alto alcázar de Príamo!

Llegan en esto unos pastores troyanos, trayendo maniatado por la espalda, a presencia del Rey, con gran vocerío, un mancebo desconocido, que se les había presentado de improviso para mejor encubrir aquella traza y abrir a los Griegos las puertas de Troya, fiado en su valor e igualmente dispuesto, o a valerse de engaños, o a arrostrar una muerte seguro. Por todas partes la juventud troyana, con el afán de verle, se precipita en derredor del preso, insultándole a porfía. Ve aquí ¡oh Reina! las traiciones y maldades de los Dánaos, y juzga por esta todas las demás... Turbado, inerme, párase en medio de la muchedumbre, que le contempla, y tiende sus miradas sobre los apiñados Frigios.

—¡Ah! exclama, ¿qué tierra, qué mares pueden ahora ampararme, o qué me queda ya en fin, mísero de mí? Ya no puedo acogerme entre los Griegos, y además los mismos Troyanos, irritados, piden mi castigo y mi sangre.

Estos lamentos cambian los ánimos y sosiegan todos los ímpetus; le exhortamos a que hable, a que nos diga cuál es su origen, qué se propone, qué confianza le movió a dejarse prender. Depuesto, en fin, el temor, nos habló de esta manera:

—Suceda lo que suceda, voy a confesarte ¡oh Rey! toda la verdad. No negaré, en primer lugar, que pertenezco al linaje argólico, pues no porque la impía fortuna haya hecho desgraciado a Sinón, ha de hacerle también vano y falaz. Acaso alguna vez habrá llegado a tus oídos el nombre de Palamedes, del linaje de Belo, y su ínclita fama, al cual, inocente, por una falsa delación, y sólo porque se oponía a la guerra, dieron muerte los Griegos, alucinados por un fatal indicio. Ahora, que está privado de la luz del día, le lloran. A su lado, como su compañero y su pariente cercano, mi padre, que era pobre, me envió aquí desde mis primeros años a ejercitarme en el oficio de las armas, y en los consejos de los reyes, algo de su nombre y de su lustre recayó sobre mí; mas luego que por la envidia del pérfido Ulises (harto notorio es lo que os refiero) desapareció de la mansión de los vivos, empecé a arrastrar una miserable existencia en la oscuridad y el llanto, devorando la indignación que me causaba el desastre de mi inocente amigo. Insensato, no acerté a callar; hice propósito de vengarle si me ayudaba la fortuna, si algún día tornaba vencedor al patrio suelo de Argos, y con mis palabras suscité contra mí violentos odios. Tal fue el origen de mis desgracias; de aquí nació que continuamente me acosase Ulises con nuevas calumnias, de aquí que difundiese por el vulgo contra mí vagos rumores y labrase astutamente mi ruina; y no paró hasta que, auxiliado por Calcas... Pero ¿a qué fin evoco vanamente estos ingratos recuerdos? ¿A qué me detengo? Si tenéis en un mismo concepto a todos los Griegos, bastante habéis oído ya; acabad pronto conmigo. Eso

5 *Timeo Danaos et dona ferentes.*

desea el rey de Ítaca, y con grandes mercedes os lo pagarán los Átridas.

Avívase con esto nuestro afán por averiguar los motivos de aquellos sucesos, sin sospechar las maldades y artificios de que es capaz la perfidia griega. Él prosiguió así, aparentando pavura:

—Muchas veces los Griegos, cansados de tan larga guerra, desearon levantar el sitio de Troya y volverse a su patria. ¡Ojalá lo hubiesen hecho! Muchas veces recios temporales les cerraron el camino del mar, y el austro los aterró en su emprendida fuga; principalmente cuando se acabó de labrar con trabados maderos de alerce este caballo, todo el firmamento estalló en estrepitosos aguaceros. Suspensos con aquel prodigio, enviamos a Euripilo sin pérdida de momento a consultar los oráculos de Febo, y he aquí la triste respuesta que nos trajo del santuario: «Con sangre ¡oh Griegos! e inmolando una virgen aplacasteis los vientos cuando por primera vez vinisteis a las playas de Ilión; ¡con sangre habéis de obtener el regreso y sacrificando a un Griego!» Cuando cundió este oráculo por la multitud, fue general la consternación y un helado espanto corrió por los huesos de todos. ¿A quien designan los hados? ¿Cuál es la víctima que reclama Apolo? En esto se presenta el rey de Ítaca en medio de la muchedumbre, trayendo con gran tumulto al adivino Calcas, y le insta a que declare la voluntad de los dioses; ya muchos anunciaban la cruel perfidia tramada contra mí, y sin decírmelo preveían lo que me iba a suceder. Por espacio de diez días guardó silencio, resistiéndose a denunciar a alguno de palabra y destinarlo a la muerte, hasta que, acosado en fin por los grandes clamores del Ítaco, rompió a hablar según lo pactado con él, y me designó para el sacrificio. Todos asintieron, viendo con gusto convertirse en la perdición de un infeliz la desgracia que cada cual temía para sí. Ya era llegado el infando día; ya se preparaban para mí el sacrificio y las saladas ofrendas, y me ceñían con ínfulas las sienes, cuando, lo confieso, me sustraje a la muerte y rompí mis ligaduras, y a favor de la oscuridad de la noche, me escondí entre las algas de un cenagoso lago mientras daban la vela, si por ventura llegaban a darla; y ya no me queda esperanza alguna de ver mi antigua patria, ni a mis dulces hijos, ni a mi queridísimo padre, en quienes acaso los Griegos vengarán mi fuga, haciendo a aquellos infelices expiar esta culpa con la muerte. Así, ¡oh Rey! Por los dioses, sabedores de la verdad con que te hablo, por la inmaculada fe, si aun queda alguna que lo sea en los mortales, te ruego que te compadezcas de tantas desventuras, que te apiades de un hombre a quien persigue una desgracia inmerecida.

Grandemente compadecidos de sus lágrimas, le concedemos la vida; el mismo Príamo manda el primero que le quiten las esposas y los apretados cordeles, y le dirige estas amistosas palabras:

—Quien quiera que seas, olvídate ya de los Griegos, ausentes de aquí para siempre; serás uno de los nuestros; pero responde la verdad, te ruego, a lo que voy a preguntarte. ¿Con qué objeto construyeron los Griegos la enorme mole de ese caballo? ¿Quién le construyó? ¿A qué le destinaban? ¿Era un voto religioso, o una máquina de guerra?

Dijo; y Sinón, amaestrado en los engaños y artificios de los Griegos, exclamó levantando al cielo las manos, libres ya de sus prisiones:

—¡Oh eternos fuegos y oh númenes inviolables a que están consagrados! ¡Oh altares y nefandos cuchillos a que logré sustraerme! ¡Oh ínfulas de los dioses, que ya ceñían mi frente, destinada al sacrificio, sed testigos de la verdad de mis palabras! Séame lícito romper los sagrados vínculos que me unían a los Griegos, séame lícito detestarlos y divulgar sus ocultas tramas; ninguna obligación me liga ya a la patria; mas tú ¡oh Rey! cúmpleme lo prometido, y tú ¡oh Troya, libertada por mí!, guárdame tu fe si digo verdad, si logro recompensar tan gran beneficio. Toda la esperanza de los Dánaos, y su confianza en la emprendida guerra, estribaron siempre en los auxilios de Palas; pero desde que el impío hijo de Tideo y Ulises, inventor de maldades, acometieron sustraer del sacro templo el fatal Paladión, después de haber dado muerte a los guardias del sumo alcázar, y arrebataron a la sacra efigie, y con ensangrentadas manos osaron tocar las virginales ínfulas de la deidad, empezaron a decaer y se desvanecieron aquellas esperanzas, y se quebrantaron sus fuerzas, apartada ya de ellos la protección de la diosa. Pronto dio Tritonia manifiestas y horribles señales de su cólera; apenas se colocó su estatua en el campamento, ardieron rechinantes llamas en sus ojos,

clavados en nosotros, y por todos sus miembros corrió un sudor salado, y tres veces ¡oh prodigio! se levantó por sí sola del suelo, blandiendo el broquel y la trémula lanza. Al punto Calcas anuncia que es preciso cruzar los mares y huir, pues Pérgamo no puede ser debelado por las armas argólicas, si no vuelven a Argos a renovar sus votos, y de nuevo se llevan al numen que trajeron consigo por el mar en sus huecas naves. Y ahora que, impelidos por el viento, han llegado al patrio suelo de Micenas, aprestan sus armas y solicitan el favor de los dioses para volver de improviso surcando nuevamente el mar; así interpretó Calcas la voluntad de los númenes. Persuadidos de sus palabras, labraron esa efigie para reemplazar el Paladión, desagravio de la diosa ultrajada y como expiación de su nefando sacrilegio; Calcas les mandó erigir con trabados maderos esa inmensa mole y elevarla hasta el cielo, para que no pudiese caber por las puertas ni penetrar dentro de las murallas de vuestra ciudad, ni cobijar a vuestro pueblo, seguro bajo el amparo de un antiguo culto. Porque, si vuestras manos, dijo, violan los dones de Minerva, un inmenso desastre (¡antes conviertan los dioses contra él su funesto presagio!) caerá sobre el imperio de Príamo y sobre los Troyanos; mas si levantado por ellas ese inmenso simulacro, llega a penetrar en vuestra ciudad, el Asia será la que a favor de una gran guerra dominará el Peloponeso; destino fatal, reservado a nuestros descendientes.

¡Con tales insidias y con el perjuro artificio de Sinón, creímoslo todo, y así fueron vencidos con engaños y fingidas lágrimas aquellos a quienes no pudieron domar ni el hijo de Tideo, ni Aquiles de Larisa, ni diez años de combates, ni mil bajeles!

Sobreviene en esto de pronto un nuevo y terrible accidente, que acaba de conturbar los desprevenidos ánimos. Laoconte, designado por la suerte para sacerdote de Neptuno, estaba inmolando en aquel solemne día un corpulento toro en los altares, cuando he aquí que desde la isla de Ténedos se precipitan en el mar dos serpientes (¡de recordarlo me horrorizo!), y extendiendo por las serenas aguas sus inmensas roscas, se dirigen juntas a la playa; sus erguidos pechos y sangrientas crestas sobresalen por cima de las ondas; el resto de su cuerpo se arrastra por el piélago, encrespando sus inmensos lomos, hácese en el espumoso mar un grande estruendo; ya eran llegadas a tierra; inyectados de sangre y fuego los encendidos ojos, esgrimían en las silbadoras fauces las vibrantes lenguas. Consternados con aquel espectáculo, echamos a huir; ellas, sin titubear, se lanzan juntas hacia Laoconte; primero se rodean a los cuerpos de sus dos hijos mancebos y atarazan a dentelladas sus miserables miembros; luego arrebatan al padre, que, armado de un dardo, acudía en su auxilio, y le amarran con grandes ligaduras, y aunque ceñidas ya con dos vueltas sus escamosas espaldas a la mitad de su cuerpo, y con otras dos a su cuello, todavía sobresalen por encima sus cabezas y sus erguidas cervices. Él pugna por desatar con ambas manos aquellos nudos, chorreando sangre y negro veneno las vendas de su frente, y eleva a los astros al mismo tiempo horrendos clamores, semejantes al mugido del toro cuando, herido, huye del ara y sacude del cuello la segur asestada con golpe no certero. Luego los dos dragones se escapan, rastreando con dirección al alto templo y alcázar de la cruenta Tritónide, y se esconden bajo los pies y el redondo escudo de la diosa.

Nuevas zozobras penetran entonces en nuestros aterrados pechos, y todos se dicen que Laoconte ha merecido su desastre por haber ultrajado la sacra imagen de madera, lanzando contra ella su impía lanza; todos claman también que es preciso llevar al templo la imagen e implorar el favor de la deidad ofendida. Al punto hacemos una gran brecha en las murallas, abriendo así la ciudad; todos ponen mano a la obra, encajan bajo los pies del caballo ruedas con que se arrastre fácilmente, y le echan al cuello fuertes maromas; así escala nuestros muros la fatal máquina, preñada de guerreros; en torno niños y doncellas van entonando sagrados cánticos, y recreándose a porfía en tocar la cuerda con su mano. Avanza aquella en tanto, y penetra amenazadora hasta el centro de la ciudad. ¡Oh patria, oh Ilión, morada de los dioses! ¡Oh murallas de los Dárdanos, ínclitas en la guerra! Cuatro veces se paró la enemiga máquina en el mismo dintel de la puerta, y cuatro veces se oyó resonar en su vientre un crujido de armas. Avanzamos, no obstante, desatentados y ciegos en nuestro delirio, y colocamos el fatal monstruo en el sagrado alcázar. Entonces también abrió la boca para revelarnos nuestros futuros destinos Casandra, jamás creída de

los Troyanos por voluntad de Apolo; y nosotros, infelices, para quienes era aquel el último día, íbamos por la ciudad, ornando con festivas enramadas los templos de los dioses. Gira en tanto el cielo, y la noche se precipita en el Océano, envolviendo en sus dilatadas sombras la tierra y el firmamento y las insidias de los Mirmidones. Esparcidos por la ciudad, quedan en silencio los Troyanos; un profundo letargo se apodera de sus fatigados cuerpos.

Ya la falange de los Argivos se encaminaba desde Ténedos a nuestras conocidas playas en sus bien armadas naves, a favor del silencio y de la protectora luz de la luna, y apenas la real encendió una hoguera en su popa para dar la señal, cuando Sinón, defendido por los hados de los dioses, crueles para nosotros, abre furtivamente a los Griegos encerrados en el vientre del coloso su prisión de madera; devuélvelos al aire libre el ya abierto caballo, y alegres salen del hueco roble, descolgándose por una maroma, los caudillos Tesandro y Esténelo y el cruel Ulises, Acamante, Toas y Neptólemo, nieto de Peleo, y Macaón el primero, y Menelao, y el mismo Epeos, artífice de aquella traidora máquina. Invaden la ciudad, sepultada en el sueño y el vino, matan a los centinelas, abren las puertas, dan entrada a todos sus compañeros, y se unen a las huestes que los esperan para dar el golpe.

Era la hora en que empieza para los dolientes mortales y se difunde por sus cuerpos el primer sopor, dulcísimo don de los dioses, cuando me pareció que veía entre sueños a Héctor en ademán tristísimo, derramando copioso llanto, cual le vi en otro tiempo, arrebatado por un carro de dos caballos manchado de sangre y polvo, arrastrado por los pies, entumecidos con sus ligaduras de correas. ¡Cuál estaba, ay de mí! ¡Cuán distinto de aquel Héctor cuando volvía cubierto con los despojos de Aquiles o después de arrojar las frigias teas a las naves de los Dánaos! Escuálida la barba, cuajados con sangre los cabellos, mostraba aquellas numerosas heridas que recibió en derredor de los patrios muros; entonces me pareció que, llorando yo también, le dirigía el primero estas doloridas palabras:

—¡Oh luz de la ciudad dardania, oh firmísima esperanza de los Teucros! ¿Cómo te tardaste tanto? ¿De qué playas vuelves, ¡oh deseado Héctor! que al fin te vemos, rendidos después de tanta mortandad de los tuyos, después de tantos varios trabajos para la ciudad y sus defensores? Mas ¿cuál indigna causa ha desfigurado tu sereno rostro? ¿Por qué veo en tu cuerpo esas heridas? Nada me responde, ni aun parece atender a mis vanas preguntas; mas exhalando gravemente de lo hondo del pecho un gemido:

—Huye, ay, ¡oh hijo de una diosa! —dice—; huye y líbrate de esas llamas. El enemigo ocupa la ciudad. Troya se derrumba desde su alta cumbre. Bastante hemos hecho por la patria y por Príamo; si Pérgamo hubiera podido ser defendido por manos mortales, mi mano le hubiera defendido. Troya te confía sus númenes y penates, toma contigo esos compañeros de sus futuros hados, y busca para ellos nuevas murallas, que fundarás, grandes por fin, después de andar errante mucho tiempo por los mares.

Dice, y él mismo con sus manos se lleva la poderosa Vesta y las ínfulas y el eterno fuego que arde en el profundo santuario.

Resuenan en tanto por la ciudad confusos y tristes lamentos, y aunque la morada de mi padre Anquises estaba en lugar retirado y cubierta de árboles, cada vez las voces iban llegando a ella más penetrantes y se oía mejor el horroroso estrépito de las armas. Despiértome sobresaltado, y subiendo al punto a la más alta azotea, me pongo a escuchar con profunda atención, no de otra suerte cuando la llama, impelida por el furioso austro, se precipita sobre las mieses, o cuando un torrente acrecido con los raudales que bajan de los montes arrasa los campos, arrasa los lozanos sembrados, y arrebata el trabajo de los bueyes y las desgajadas selvas, aturdido el pastor escucha el impensado estrago desde la alta cima de un peñasco. Entonces conocí la traición de que éramos víctimas, y vi patente la perfidia de los Dánaos. Ya se había derrumbado a impulso de las llamas el gran palacio de Deífobo; ya estaba ardiendo también el inmediato de Ucalegonte; los dilatados mares de Sigeo se iluminan con los resplandores del incendio. Óyense los clamores de los guerreros y el sonido de las

trompetas. Fuera de mi, empuño mis armas, mas de poco sirven ya las armas; mi único pensamiento es volar a la lid y acudir con mis compañeros a la defensa del alcázar; el furor y la ira me arrebatan; sólo anhelo alcanzar, peleando, una honrosa muerte.[6]

En esto me encuentro con Panto, hijo de Otreo y sacerdote del templo de Febo, que libertado de los dardos enemigos y llevando en sus brazos los ornamentos sagrados, las imágenes de nuestros vencidos dioses y un nietecillo suyo, corría desatentado hacia las puertas de la ciudad.

—¿En qué estado van nuestras cosas —exclamé—, oh Panto? ¿Nos queda todavía alguna fortaleza?

A estas palabras replicó, exhalando un gemido:

—¡Llegado es ya nuestro último día, llegado es ya el inevitable término de la ciudad dardania! ¡Los Troyanos fuimos, fue Ilión, fue la gran gloria de los Teucros! Fiero Júpiter lo ha transferido todo a Argos; los Dánaos se señorean de nuestra ciudad, incendiada. El colosal caballo, colocado en medio de nuestras murallas, arroja torrentes de guerreros, y Sinón, vencedor e insultante, lleva doquiera el incendio; otros ocupan las puertas, abiertas de par en par, en tan numerosa muchedumbre, cual nunca vino mayor de las poderosa Micenas. Otros cierran con una lluvia de flechas las angostas calles; por todas partes el filo de las espadas y las centelleantes puntas fulminan la muerte; apenas si los primeros centinelas de las puertas prueban a pelear y en medio de las tinieblas resisten en desesperada lid.

Arrebatado por estas palabras del hijo de Otreo y por la voluntad de los dioses, me lanzo al incendio y a la pelea, adonde me llaman las tristes Euménides, el crujido de las armas y los clamores que se levantan hasta el cielo. Unense a mí Ripeo y Epito, el más anciano de nuestros guerreros, y guiados por la claridad de la luna, se nos agregan también Hipanis y Dimante, y el joven Corebo, hijo de Migdon, que por aquellos días acababa de llegar a Troya, abrasado en un inmenso amor a Casandra; considerándose ya como yerno de Príamo, había acudido en auxilio suyo y de los Troyanos. ¡Infeliz, que desoyó los vaticinios de su inspirada amante!... Al verlos aparejados a la lid, les hablé de esta manera:

—¡Oh mancebos, corazones fortísimos, pero en vano! si estáis decididos a seguirme en mi desesperada empresa, ya veis cuál es la situación de nuestras cosas; todos los dioses, por cuyo favor subsistía este imperio, han abandonado sus santuarios y sus altares; vais a acudir en socorro de una ciudad incendiada; muramos, pues, sucumbamos en medio de la pelea. La única salvación para los vencidos es no esperar ninguna.[7]

Con estas palabras inflamé más y más el ánimo de los mancebos. Entonces, como rapaces lobos en negra noche, a quienes hambre horrible arroja rabiosos de sus guaridas, donde los aguardan, secas las fauces, sus abandonados cachorros, por en medio de los dardos y de los enemigos volamos a una muerte segura, dirigiéndonos al centro de la ciudad, rodeados por las tinieblas de la noche. ¡Quién podría narrar dignamente la mortandad y los horrores de aquella noche y ajustar sus lágrimas a tantos desastres! Cayó la antigua ciudad, libre y poderosa por tantos años; por todas partes se ven tendidos cadáveres inertes en las calles, delante de las casas y en los sagrados umbrales de los dioses. Mas no son sólo los Teucros los que derraman su sangre; también a veces renace el valor en el corazón de los vencidos, y sucumben los vencedores Dánaos. Por todas partes lamentos y horror; por todas partes la muerte, bajo innumerables formas.

El primer enemigo que encontramos fue Androgeo, que, acompañado de muchedumbre de Griegos y creyéndonos de los suyos, nos increpa con estas amistosas palabras:

—Daos prisa, compañeros; ¿cómo os habéis retardado tanto? ¿Otros están ya saqueando los incendiados palacios de Pérgamo, y vosotros bajáis ahora de las altas naves!

---

6 *Pulcrumque mori succurrit in armis.*

7 *Una salus victis, nullam sperare salutem.*

Dijo; y conociendo al punto, por nuestra ambigua respuesta, que había tropezado con gente enemiga, quedó estupefacto y calló, y retrocedió espantado, semejante al que de improviso pisa una culebra escondida entre ásperos abrojos y de repente retira el pie tembloroso, viendo al reptil alzarse lleno de ira, hinchado el cerúleo cuello; no de otra suerte Androgeo, aterrado al vernos, se disponía a huir. Precipitámonos sobre ellos y los envolvemos con nuestras espadas, haciéndolos sucumbir, validos del terror que los embarga y de su ignorancia del terreno; la fortuna favorece aquella nuestra primera empresa. Alentado Corebo con el triunfo, exclama:

—¡Oh compañeros!, sigamos este camino de salvación que por primera vez nos enseña la fortuna, y por el que se nos muestra propicia. Troquemos broqueles y cubrámonos con los arreos de los Griegos; astucia o valor, ¿qué más da cuando se emplean contra los enemigos? Ellos mismos nos darán armas.

Esto diciendo, cúbrese al punto con el penachudo yelmo de Androgeo, embraza su magnífico escudo y ciñe a su costado la espada argiva; lo mismo hacen Rifeo, el mismo Dimante y toda nuestra entusiasmada juventud, armándose cada cual con algunos recientes despojos. Avanzamos así, mezclados con los Griegos, bajo ajenos auspicios, y trabamos en medio de las tinieblas muchos recios combates, lanzando en ellos al Orco a muchos dánaos. Huyen unos a las naves, buscando un refugio en la playa; otros, con torpe miedo, escalan segunda vez el monstruoso caballo y se esconden en su conocido seno.

¡Ah! ¡En nada hay que fiar cuando los dioses son contrarios! Vemos en esto venir del templo de Minerva, tendido el cabello y casi arrastrada, a la virgen Casandra, hija de Príamo, alzando en vano al cielo sus inflamados ojos; sus ojos nada más, pues llevaba amarradas las tiernas manos.

No pudo el indignado Corebo soportar aquella vista, y resuelto a morir, se arrojó en medio de los enemigos; seguímosle todos y cerramos de tropel sobre ellos. En esto empieza a caer sobre nosotros desde la alta techumbre del templo, causándonos horrible mortandad, una lluvia de dardos, disparados por nuestra gente, engañada a la vista de nuestros escudos penachos griegos. Ciegos de dolor y rabia por verse arrebatar a Casandra, acuden entonces y nos embisten por todos lados los Griegos, el intrépido Áyax, los dos Atridas y toda la hueste de lo Dólopes; no de otra suerte se estrellan en deshecho torbellino los encontrados vientos, el céfiro, el noto y euro, ufano de cabalgar en los caballos de la Aurora; rechinan las selvas, el airado Nereo hace saltar la espuma bajo su tridente y revuelve los mares en sus más profundos abismos. Aun aquellos mismos a quienes sorprendimos a favor de la oscuridad de la noche y dispersamos por toda la ciudad, aparecen de nuevo; ellos los primeros reconocen el engaño de nuestros escudos y nuestras armas, y advierten nuestro lenguaje extraño. Abrumados por la muchedumbre de los contrarios, Corebo el primero sucumbió a manos de Peneleo, junto al altar de la armipotente diosa; también cayó Ripeo, el más justo de los Troyanos; ¡otro fue el sentir de los dioses! Traspasados por sus propios compañeros, perecieron también Hípanis y Dimante; ¡ni a ti, oh Panto alcanzaron a liberarte de la muerte tu eminente piedad ni las sagradas ínfulas de Apolo! ¡Oh, cenizas de Ilión! ¡Oh, postreras llamas de los míos! ¡Sedme testigos de que en vuestra caída no esquivé ni los dardos de los Griegos, ni ninguno de los trances de la guerra, y de que, si mi destino hubiera sido sucumbir, bien lo merecí por mis hechos! En seguida tuvimos que dispersarnos, siguiéndome Ifito y Pelias (Ifito, ya abrumado por los años, y Pelias, a quien apenas dejaba andar una herida que recibió de Ulises), llamados precipitadamente al palacio de Príamo por el gran clamoreo que se oía hacia aquella parte.

Allí vimos un combate tan porfiado y terrible, cual si sólo allí se pelease y no hubiese víctimas en ningún otro punto de la ciudad; formando con sus escudos trabados una inmensa tortuga, sitiaban los Griegos todas las puertas y pugnaban por escalar los tejados. Enganchando escalas en las paredes, trepan por ellas ante los mismos atrios, guareciéndose de los dardos con los broqueles, sostenidos con la izquierda, mientras con la diestra se asen a las techumbres. Por su parte, los Troyanos demuelen sus torres y los tejados de sus casas, de que sacan proyectiles con que defenderse en aquel desesperado trance, y arrojan sobre el enemigo dorados artesones, magníficos

ornamentos de sus mayores; otros, espada en mano, ocupan las puertas bajas y las defienden en apretado tropel; con esto nos alentamos a socorrer el palacio del Rey, a reforzar a sus defensores con nuestra ayuda e infundir a los vencidos.

Había a espaldas del palacio de Príamo una puerta falsa, por donde se comunicaba a todas las habitaciones, y por donde la desventurada Andrómaca, en los tiempos en que subsistía nuestro imperio, acostumbraba a pasar sin comitiva a la estancia de sus suegros, llevando al niño Astiánax a que su abuelo lo viese. Por aquella puerta subo al tejado del palacio, desde donde los míseros Teucros lanzaban dardos con omnipotente mano. Alzábase allí, como suspendida en los aires, una alta torre, desde donde Troya solía ir a contemplar las naves de los Griegos y los campamentos aqueos; socavándola en derredor con picos de hierro por las junturas, ya bastante desmoronadas, de los más altos sillares, la arrancamos de sus elevados cimientos y la empujamos, haciéndola derrumbarse de súbito con grande estrépito sobre los Griegos, causando en sus dilatadas huestes horrible estrago; pero otras al punto suceden a aquellas, y sobre ellas llueven entre tanto sin cesar piedras y todo linaje de proyectiles... Delante del vestíbulo, y en el primer umbral, estaba Pirro, lleno de júbilo, resplandeciente con los fulgores metálicos de sus armas: tal se aparece a la luz del día la culebra que, apacentada con hierbas ponzoñosas y entumecida, ocultaba el invierno bajo tierra, cuando, mudada la piel y brillante de juventud, enroscada la tersa espalda, levantando el pecho y erguida al sol, vibra en la boca la trisulca lengua. Juntamente con él, invaden el palacio y arrojan sus teas incendiarias hasta los techos, el corpulento Perifas y Automedonte, escudero y auriga de Aquiles, y toda la juventud esciria. A su frente, Pirro, blandiendo una hacha de dos filos, hace pedazos los duros dinteles, arranca de sus quicios las ferradas puertas, y rajando los robustos robles y haciéndoles astillas, abre una anchísima brecha. Aparecen entonces el interior del palacio y sus dilatadas galerías; aparece la morada de Príamo y de nuestros antiguos reyes, y se ve en el recién abierto portillo gente armada.

Entre tanto en el interior del palacio todo es tumulto y miserables lamentos; resuenan las bóvedas con llorosos alaridos de mujeres, que llegan hasta las fúlgidas estrellas. Despavoridas las madres, vagan por las espaciosas estancias, se abrazan a las puertas y estampan en ellas sus labios. Con su heredado brío arremete Pirro; ni barreras ni las guardias mismas bastan a atajarle el paso; titubean las puertas al continuo empuje del ariete, y caen arrancadas de sus goznes. La fuerza se abre camino, no hay entrada que no se rompa; los Griegos invasores acuchillan a los primeros que se les ponen delante y ocupan con su gente todo el palacio; no con tal violencia, cuando se desborda, rotos los diques, espumoso río, y cubre con sus raudales los opuestos collados, se derrama furioso y soberbio en su crecida por los campos, arrastrando en sus olas los ganados con sus rediles. Yo, vi a Neptólemo, ebrio de sangre, y a los dos Atridas en el umbral del palacio; vi a Hécuba y a sus cien nueras y a Príamo en los altares ensangrentando con sacrificios las hogueras que él propio había consagrado. Los cincuenta tálamos de sus hijos, esperanza de una numerosísima prole, los artesones de oro, ricos despojos de los bárbaros, todo es ruinas; lo que no abrasan las llamas es presa de los Griegos.

Pero acaso desearás saber ¡oh Reina! cuál fue la suerte de Príamo. Luego que vio el desastre de su ciudad tomada, los umbrales de su palacio derruidos, y posesionado el enemigo de sus hogares, rodea vanamente el anciano sus trémulos hombros con la desacostumbrada armadura, ciñe la inútil espada y se arroja a morir en medio de la muchedumbre enemiga.

Había en medio del palacio, bajo la desnuda bóveda del cielo, un gran altar, junto al cual inclinaba sus ramas un antiquísimo laurel, cobijando con su sombra a los dioses penates de la real familia; allí Hécuba y sus hijas, buscando vanamente un refugio alrededor de los altares, semejantes a una bandada de palomas impelidas por negra tempestad, se apiñaban, abrazadas a las imágenes de los dioses. En cuanto Hécuba vio a Príamo cubierto con aquellos atavíos juveniles, le dijo:

—¿Qué insensato frenesí, mísero esposo, te impele a ceñir esas armas? ¿Adónde te precipitas? No es esta ocasión para tal auxilio ni para tales defensores; ni aun la presencia de mi propio Héctor

bastaría para salvarnos. Ven, ven aquí con nosotras, este altar nos protegerá a todos, o a lo menos moriremos juntos.

Dicho esto, atrajo a sí al anciano y le colocó en el sagrado recinto.

He aquí en esto que Polites, uno de los hijos de Príamo, salvado de los estragos de Pirro, va huyendo, herido, por los largos pórticos, en medio de los dardos y de los enemigos, y cruza los ya desiertos atrios, perseguido de cerca por el fogoso Pirro, que ya casi se le echa encima y le acosa con su lanza. Logra, en fin, el mancebo llegar adonde están sus padres, y allí, ante sus ojos, a su vista cae y exhala la vida en raudales de sangre. Entonces Príamo, aunque presa casi ya de la muerte, no pudo contenerse y prorrumpió en iracundas voces:

—¡Ah, castiguen los dioses cual mereces tamaño crimen y tales atentados, si hay en el cielo algún numen vengador de las maldades! ¡Ellos te den el digno premio de haberme hecho presenciar la muerte del hijo mío, de haber manchado con su sangre la frente de un padre! No, no se condujo así con su enemigo Príamo aquel Aquiles de quien te mientes hijo, antes bien respetó los pactos y la fe de un suplicante, me devolvió, para que lo sepultara, el cadáver de Héctor y me dejó restituirme a mi palacio.

Dicho esto, disparóle el viejo un impotente dardo, incapaz de herirle, que repelido al punto por el sonoro metal, quedó inútilmente suspendido en el centro del combado broquel. Entonces Pirro:

—Pues ve tú mismo a contar esto que ves a mi padre Aquiles; refiérele mis tristes proezas, dile que Neptolemo ha degenerado[8]; pero ahora ¡muere!

Esto diciendo, arrastra hasta el mismo pie del altar al trémulo anciano, cuyos pies resbalan en la abundante sangre de su hijo, y asiéndole del cabello con la mano izquierda, desenvaina con la diestra el refulgente acero y se lo hunde en el costado hasta la empuñadura. Tal fue el fin de Príamo; de esta manera arrebató el destino, después de haber visto a Troya incendiada y a Pérgamo derruido; así acabó aquel soberbio dominador de tantos pueblos y territorios de Asia. Sus restos yacen ahora insepultos en las playas de Ilión; de aquel gran rey sólo quedan una cabeza separada de los hombros y un cuerpo sin nombre.

Entonces, por primera vez, me sentí penetrado de horror. Quedéme por de pronto sin sentido; luego me asaltó la imagen de mi querido padre, cuando vi a aquel rey, tan anciano como él, exhalar la vida a impulso de crueles heridas; me acordé de mi esposa Creúsa, a quien había dejado abandonada; de que tal vez estarían saqueando mi palacio, y de los peligros que corría mi pequeño Iulo. Miro en torno para ver qué gente me rodea; todos mis compañeros, rendidos, se habían precipitado por las ventanas, o arrojándose, acribillados de heridas en las llamas.

Hallábame solo, pues, cuando vi a la hija de Tíndaro, que andaba errante por junto a los umbrales del templo de Vesta, buscando silenciosa algún lugar apartado donde esconderse, iluminada por los resplandores del incendio y teniendo azorada la vista por todos lados. Temiendo aquella infeliz, común calamidad de su patria y de Troya, las iras de los Teucros, a quienes costara la destrucción de Pérgamo, la venganza de los Griegos y el enojo de su abandonado esposo, procuraba ocultarse, y aborrecida de todos, buscaba un refugio en los altares. Su presencia inflama mi ánimo; ciego de ira, quiero vengar en ella la ruina de mi padre y castigar de una vez tantas maldades.

—¿Y qué?, ¿será justo —exclamé—, que esta mujer vuelva incólume a Esparta y a su patria Micenas, como triunfante reina? ¿Será justo que vuelva a ver a su esposo, sus hogares, a sus padres, a sus hijos, acompañada de una muchedumbre de Troyanos y de doncellas frigias, mientras que

---

8 Claro está que no voy a apuntar en estas notas todas las bellezas de pensamiento y de dicción que ofrece la *Eneida*, pues sería interminable tarea; pero hay algunas de tanto bulto, que no deben pasar inadvertidas. Tal es la profunda intención irónica del epíteto *degenerem*, aplicado en este verso al terrible Pirro. Estos rasgos caracterizan a los grandes maestros.

Príamo ha muerto acuchillado y Troya es presa de las llamas, mientras que nuestras playas se han empapado tantas veces en sangre dárdana? No, no será; porque, si bien no hay gloria alguna en castigar a una mujer, ni tal victoria es honrosa, al cabo mereceré alabanza por haber exterminado a esta infame y dándole el merecido castigo, y confortará mi alma el deseo ardentísimo de vengar a mi patria y de aplacar los males de los míos.

Así exclamaba, arrebatado de furor, cuando se me apareció cual nunca tan patente la habían visto mis ojos, brillante con purísima luz en medio de la noche, mi divina madre Venus, con atavíos de diosa, tan soberana y bella cual suele mostrarse a los inmortales; contúvome asiendo mi diestra, y de su rosada boca dejó caer estas palabras:

—¿Cuál inmenso dolor, hijo mío, provoca tus indómitas iras? ¿Cómo así te ciega el furor? ¿Cómo te olvidas de mí y de los tuyos? ¿Por qué no atiendes más bien a buscar donde lo has dejado a tu padre Anquises, abrumado por la ancianidad, y a ver si aún viven Creúsa y el niño Ascanio? Por todas partes los rodean las desbandadas huestes griegas, y si no lo resistiera mi desvelo, ya los hubiera demorado las llamas o la enemiga espada habría derramado su sangre. No culpes en este trance a la odiosa Lacedemonia, hija de Tíndaro, ni a Paris; la inclemencia de los dioses, de los crueles dioses, es la que ha asolado todas esas grandezas y derribado a Troya de su alto asiento. Atiéndeme bien, porque voy a disipar la densa nube que con su húmeda sombra rodea y ofusca ahora tus ojos mortales; oye sin temor los mandatos de tu madre, y no titubees en obedecerlos. Allí donde ves aquellas moles derruidas y aquellos peñascos revueltos entre sí, y aquellos nubarrones de humo y polvo, está Neptuno batiendo con su poderoso tridente los muros y sus removidos cimientos; allí la crudelísima Juno ocupa al frente del enemigo las puertas Esceas, e hirviendo en ira, blandiendo su lanza, grita a sus amigas huestes griegas que acudan de las naves... Mira cómo la tritonia Palas, rodea de una esplendente nube y embrazada la aterradora égida, en que se ve la cabeza de la Gorgona, se asienta en la más eminente torre. El mismo padre de los dioses infunde aliento a los Dánaos y favorece sus esfuerzos; él mismo concita a los dioses contra las armas troyanas. Huye, pues, hijo mío, y pon fin a una vana resistencia. En donde quiera me tendrás a tu lado y te dejaré seguro en tus nativos umbrales.

Dijo y desapareció entre las densas sombras de la noche. Entonces vi patentes los irritados rostros de las grandes deidades enemigas de Troya… Entonces vi a todo Ilión ardiendo en vivas llamas, y revuelta hasta sus cimientos la ciudad de Neptuno, semejante al añoso roble de las altas cumbres, cuando, serrado ya por el pie, pugnan los labradores por derribarle a fuerza de hachazos; álzase todavía amenazante, y trémula en la sacudida copa, se cimbrea su pomposa cabellera; vencida poco a poco, al fin, con repetidos golpes, lanza un postrer gemido y se precipita, arrastrando sus ruinas por las laderas. Bajo entonces a la ciudad, y guiado por un numen, me abro paso por entre las llamas y los enemigos; delante de mí se apartan los dardos y retroceden las llamas.

Llegado que hube a los umbrales de la morada paterna, antiguo solar de mis mayores, mi padre, que era el primero a quien yo me proponía llevarme a los altos montes vecinos, y el primero a quien buscaba, se resiste a prolongar su vida después de la destrucción de Troya y a sufrir el destierro.

—Huid vosotros, exclama, que aun tenéis todo el vigor de la sangre juvenil, y cuyas fuerzas se conservan enteras; huid vosotros... Por lo que a mí toca, si los dioses quisieran que prolongase mi vida, me hubieran conservado estas moradas; basta y sobra par mí haber presenciado tantos estragos y sobrevivido a la toma de mi ciudad nativa. Dejadme aquí morir y decidme el último adiós; yo mismo sabré darme la muerte con mi propia mano. El enemigo se compadecerá de mí y buscará mis despojos; poco me importa quedar insepulto. Harto tiempo hace ya que odioso a las deidades, arrastro una inútil ancianidad, desde que el padre de los dioses y rey de los hombres sopló en mí con los vientos de su rayo y me tocó con su fuego.

Abstraído en estos recuerdo, mientras nosotros, todos bañados en lágrimas, mi esposa Creúsa, Ascanio y la servidumbre entera, le suplicamos que no nos haga perderlo todo por su causa, ni quiera agravar el peso de nuestro acerbo destino; pero él se niega, y persevera aferrado en su propósito de no moverse de aquellos sitios. Desesperado, lánzome segunda vez a la pelea, y anhelo la muerte; porque ¿qué otro arbitrio, qué otro recurso me quedaba?

—¿Y pudiste esperar, ¡oh padre!, exclamé, que huyera, abandonándote? ¿Tan impías palabras pudieron salir de la boca de un padre? Si es voluntad de los dioses que nada quede de una ciudad tan poderosa, y estás decidido a añadir a la perdición de Troya tu perdición y la de los tuyos, abierta tienes la puerta para que perezcamos todos; ahí tienes a Pirro, que sabe inmolar al hijo entre los ojos de su padre, y al padre al pie de los altares. ¿Para esto ¡oh divina madre mía! me libertaste de los dardos y de las llamas, para que viese al enemigo en el corazón de mis hogares, y a Ascanio y a mi padre y a Creúsa con ellos sacrificados en una común matanza? Traedme, escuderos, traedme mis armas; la postrera luz llama a los vencidos. ¡Restituidme a los Griegos, dejadme que vuelva a ver la recrudecida lid; no moriremos hoy todos sin venganza!

Con esto, empuño segunda vez la espada, embrazo el broquel con la siniestra mano, y ya iba a salir del palacio, cuando en el mismo umbral se me abraza a los pies mi esposa, tendiéndome nuestro tierno Iulo.

—Si vas a morir, llévanos también contigo adonde quiera que vayas; mas si pones todavía alguna esperanza en el probado esfuerzo de tus armas, empieza por asegurar este palacio. ¿A quién encomiendas la defensa de tu tierno Iulo, de tu padre y de la que en otro tiempo llamabas tu esposa querida?

Con estas voces llenaba todo el palacio la llorosa Creúsa, cuando de súbito se ofrece a nuestra vista una maravillosa visión, y fue que sobre la cabeza de Iulo, entre los brazos y a la vista de sus afligidos padres, alzose una leve llama, que, sin lastimarle con su contacto, blandamente acariciaba sus cabellos y parecía como que tomaba cuerpo alrededor de sus sienes. Despavoridos, nos echamos al punto sobre su encendida cabellera, y rociándola con agua, quisimos apagar aquel fuego milagroso; pero Anquises, lleno de júbilo, alzó los ojos al cielo, y exclamó:

—Omnipotente Júpiter, si hay preces que puedan moverte a compasión, vuelve hacia nosotros tus ojos; nada más te pedimos; y si somos dignos de piedad, danos en adelante tu auxilio y confirma estos felices agüeros.

Apenas pronunció estas palabras el anciano, retumbó de repente a nuestra izquierda el estampido de un trueno y recorrió el espacio, deslizándose del cielo, en medio de las tinieblas, una luminosa estrella. Después de resbalar por la cima de nuestro palacio, vímosle esconder sus fulgores en las selvas del monte Ida, señalándonos el camino, que habíamos de seguir; brilló entonces detrás de ella un largo rastro de luz y un fuerte olor de azufre se extendió por todos los sitios circunvecinos. Vencido mi padre por aquellas señales, se levanta, invoca a los dioses y adora la santa estrella.

—Pronto, pronto —exclama—; no haya detención; ya os sigo y voy adonde queráis llevarme. ¡Oh patrios dioses, conservad mi linaje, conservad a mi nieto! Vuestro es este agüero; por vuestro numen subsiste Troya. Cedo, pues, hijo mío, y no me opongo ya a acompañarte.

Dijo, y ya percibíamos más claramente el chirrido de las llamas en las murallas, ya nos llegaban más de cerca las ardientes bocanadas del incendio.

—Pronto, querido padre —le dije—, súbete sobre mi cuello, yo te llevaré en mis hombros, y esta carga no me será pesada; suceda lo que suceda, común será el peligro, común la salvación para ambos. Mi tierno Iulo vendrá conmigo y mi esposa seguirá de lejos nuestros pasos. Vosotros mis criados, advertid bien esto que voy a deciros. A la salida de la ciudad hay sobre un cerro un antiguo templo de Ceres, ya abandonado, y junto a él un añoso ciprés, que la devoción de nuestros mayores ha conservado por muchos años; allí nos dirigiremos todos, yendo cada cuál por su lado. Tú, padre

mío, lleva en tus manos los objetos sagrados y nuestros patrios penates; a mí que salgo de tan recias lides y de tan recientes matanzas, no me es lícito tocarlos hasta purificarme en las corrientes aguas de un río…

Dicho esto, me cubro los anchos hombros y el cuello con la piel de un rojo león, y me bajo para cargar con mi padre; el pequeño Iulo ase mi diestra y sigue a su padre con desiguales pasos; detrás viene mi esposa. Así cruzamos las oscuras calles, y a mí, que poco antes arrostraba impávido los de los Griegos y sus apiñadas huestes, me espanta ahora el menor soplo de viento; cualquier ruido me hace estremecer; apenas acierto a respirar, temblando igualmente por los que van conmigo y por la carga que llevo sobre mis hombros.

Próximo ya a la puerta, y cuando me figuraba haber salvado todos los peligros, pareciome oír un ruido como de muchas pisadas; entonces mi padre, tendiendo la vista por las sombras:

—¡Huye! —exclama— ¡huye, hijo mío! Por allí se acercan; ya diviso los relucientes broqueles, ya veo centellear las espadas.

En esto, no sé cuál numen adverso ofuscó mi confusa razón, dejándome sin sentido; porque mientras corro de aquí para allí sin dirección fija por sitios extraviados, ya fuese que me la arrebatasen los hados, ya por haber perdido el camino, ya rendida del cansancio, mi Creúsa, ¡ay! mi infeliz esposa se nos quedó atrás, y desde entonces no la he vuelto a ver; ni siquiera advertí su pérdida ni reflexioné en ella hasta que llegamos al cerro y al sagrado templo de Ceres; reunidos allí todos, en fin, la echamos de menos; ella sola faltaba a sus compañeros de fuga, a su hijo, a su esposo. Fuera de mí, ¿a cuál de los dioses o de los hombres no acusé entonces? ¿Cuál trance más cruel había visto en la asolada ciudad? Confío a mis compañeros la custodia de Ascanio, de mi padre Anquises y de los penates teucros, a quienes dejo escondidos en lo más hondo del valle, y ciñendo mis fulgentes armas, vuelvo a la ciudad, decidido a correr de nuevo todos los azares, a recorrer toda Troya y a ofrecer segunda vez mi cabeza a todos los peligros. Vuelvo primeramente a las murallas y a los oscuros umbrales de la puerta por donde habíamos salido, y siguiendo a la escasa claridad de la noche las huellas de nuestras pisadas, registro todos los contornos. Todo es horror, un silencio universal aterra el corazón.

De allí me dirijo a nuestra morada por si acaso ha dirigido allí su planta. Los Griegos la habían asaltado y la ocupaban toda entera; un voraz incendio, atizado por el viento, la envolvía hasta los tejados, coronados por las llamas, que furiosas se alzaban al firmamento. Sigo adelante y vuelvo a ver el palacio de Príamo y el alcázar; en los desiertos pórticos del templo de Juno, Fénix y el cruel Ulises, elegidos para custodiar el botín, velaban sobre él. Vense allí hacinados por todas partes los tesoros de Troya, arrebatados a los santuarios incendiados, las mesas de los dioses, macizas copas de oro, vestiduras y despojos de cautivos; alrededor se extienden en larga hilera los niños y las despavoridas madres... Aventuréme, no obstante, a gritar en la sombra, llenando las calles con mis clamores, y en vano con doloridas voces repetí una y cien veces el nombre de Creúsa. Mientras así clamaba en mi delirio, recorriendo inútilmente todas las casa, aparecióse ante mis ojos, cual un fantasma colosal, la triste sombra de Creúsa. Quedéme extático, mis cabellos se erizaron y la voz se me pegó a la garganta; entonces me dirigió estas palabras, desvaneciendo con ellas mis afanes:

—¿Por qué te entregas a ese insensato dolor, dulce esposo mío? Dispuesto estaba por la voluntad de los dioses lo que hoy nos sucede; ellos no quieren que te lleves de Troya a Creúsa por compañera; no lo consiente el Soberano del supremo Olimpo. Largos destierros te están destinados y largas navegaciones por el vasto mar; llegarás en fin, a la región Hesperia, donde el lidio Tíber fluye con mansa corriente entre fértiles campiñas, pobladas de fuertes varones. Allí te están prevenidos prósperos sucesos, un reino y una regia consorte; no llores más a tu amada Creúsa. No veré yo las soberbias moradas de los Mirmidones y de los Dólopes, no iré a servir a las matronas griegas, yo, del linaje de Dárdano y nuera de la diosa Venus; antes bien me retiene en estas playas la gran madre de los dioses. Adiós, pues, y guarda en tu corazón el amor de nuestro hijo.

Dicho esto, dejóme anegado en lágrimas, pugnando en vano por responderle las mil cosas que se agolpaban a mi mente, y se desvaneció en el aura leve.

Tres veces fui a echarle los brazos al cuello, y tres veces su imagen, vanamente asida, se deslizó de entre mis manos, como un viento sutil, como un fugaz ensueño. Pasada así, en fin, la noche, volví a reunirme con mis compañeros.

Allí vi que se les habían agregado otros muchos, admirándome de que su número fuese tan grande; allí había matronas, guerreros, niños, muchedumbre infeliz congregada para el destierro. De todas partes habían acudido a igual punto, trayendo consigo sus ajuares y aparejados a seguirme por mar a cualesquiera regiones adonde me pluguiera llevarlos. Ya en esto el lucero de la mañana se alzaba por cima de las altas cumbres del Ida, trayendo el día; los Griegos ocupaban las puertas de Troya; ninguna esperanza de socorrerla nos quedaba ya. Cedí, pues a la suerte, y levantando en hombros a mi padre, me encaminé al monte.

LIBRO III

Refugiado Eneas en la ciudad de Antandro, al pie del monte Ida, con sus compañeros fugitivos de Troya, construye una armada, en la cual se dirige a las costas de Tracia, donde se le aparece el alma de Polidoro en medio de tremendos prodigios y le refiere su lamentable fin.—Prosiguen los troyanos su viaje y llegan a la isla de Delos, con objeto de consultar el oráculo de Febo; de allí pasan a Creta, la cual tienen que abandonar por haberse declarado una gran peste en su campamento, y por consejos de sus dioses penates, endereza Eneas el rumbo a Italia.—Llega a las islas Estrofadas; encuentro fatal con las arpías; vaticinio de Celeno.—Llegada a Epiro, donde encuentra Eneas a Andrómaca y a Heleno, que le vaticina su futura grandeza y le aconseja el rumbo que debe seguir y los peligros que debe evitar en su navegación a Italia.—Continuando su viaje, siguen las costas de Sicilia hasta llegar enfrente del Etna, donde el griego Aqueménides, abandonado allí por Ulises, les cuenta las crueldades del cíclope Polifemo, que se presenta después y los persigue en vano por el mar.—Dando un rodeo, para evitar los escollos de Escila y Caribdis, según les aconsejó Heleno, llegan por fin los troyanos al puerto de Drépani, donde muere Anquises. Una tempestad arroja a los troyanos a la costa de África, con lo que termina el largo relato de Eneas.

Después que plugo a los dioses derruir el imperio de Asia y abrumar a la raza de Príamo con una desgracia inmerecida; luego que cayó la soberbia Ilión y toda Troya, la ciudad de Neptuno, quedó reducida a humeantes pavesas, decidímonos, por los agüeros de los dioses a buscar diversos destierros y regiones desiertas, a cuyo fin construimos una armada en el pueblo de Antandro, al pie de los montes del frigio Ida, sin saber adónde nos llevarán los hados, dónde nos será dado establecernos. Reúno, pues, toda mi gente: empezaba entonces apenas el verano, y como ya mi padre Anquises disponía que diésemos la vela a la aventura, abandoné, en fin, llorando, las costas y los puertos de la patria y los campos donde fue Troya; desterrado, surco el hondo mar con mis compañeros, mi hijo, mis penates y nuestros grandes dioses.

Hay distante de Troya una vasta región favorecida de Marte, poblada por los Tracios, en la cual reinó en otro tiempo el cruel Licurgo, y que en los días de prosperidad para nosotros fue de muy antiguo nuestra aliada y amiga. A ella enderezo el rumbo, y en sus corvas playas, impulsado por aciaga fortuna, asiento la primera cerca de una ciudad, a cuyos pobladores doy el nombre de Eneadas, tomado del mío.

Allí hice un sacrificio a mi madre Dione y a las deidades protectoras de las obras comenzadas, e inmolé en la playa al supremo rey de los dioses un corpulento toro. Alzábase por dicha allí cerca un túmulo, que cubría con sus espesas ramas un cerezo silvestre y un enorme arrayán. Lleguéme a él, y queriendo arrancar del suelo algunas verdes malezas para esparcir sus hojas sobre los altares, se aparece a mis ojos un horrendo prodigio: del primer arbusto que descuajo, destilan gotas de negra sangre, con que se empapa el suelo; un frío horror paraliza mis miembros; helada de espanto, se me cuaja la sangre en las venas. Segunda vez pruebo a arrancar el flexible tallo de otro arbusto para descubrir la causa de aquel misterio, y otra vez chorrea sangre la corteza. Revolviendo en mi mente mil pensamientos, invocaba a las ninfas de las selvas y al padre Gradivo, que protege los campos de los Getas, a fin de que trocasen aquella triste aparición en próspero agüero; pero cuando con mayor empuje pruebo a arrancar la tercera mata, y forcejeo, apoyada una rodilla en la arena (¿lo diré o no?), sale de lo más hondo del túmulo un gemido lastimero, y llegan a mis oídos estas palabras:

—¿Por qué, ¡oh Eneas!, despedazas a un infeliz? Deja en paz al que yace en el sepulcro; no manches con un crimen tus piadosas manos. Hijo de Troya como tú, no soy para ti un extranjero; esa sangre que ves, no mana de los arbustos. ¡Ah! huye de este despiadado suelo, huye de estas avaras playas. Yo soy Polidoro; aquí me encubre, clavado en tierra, una férrea mies de dardos, cuyas aceradas puntas han ido brotando sobre mi cuerpo acribillado.

Oprimido entonces el ánimo de un inquieto terror, quédeme yerto, mis cabellos se erizaron y la voz se me pegó a la garganta.

Era aquel Polidoro el mismo a quien el desventurado Príamo, cuando llegó a desconfiar del triunfo de las armas troyanas, viendo estrechamente cercada su ciudad, envió tiempo antes, con gran cantidad de oro, al Rey de Tracia para que cuidase de su crianza. El Rey, tan luego como vio mal paradas las cosas de los Troyanos, y que los abandonaba la fortuna, siguió el partido de Agamenón y de sus armadas vencedoras, y atropellando todos los deberes, degüella a Polidoro y se apodera por fuerza de su caudal. ¡A qué no arrastras a los mortales corazones, impía sed del oro![9] Luego que volví de mi espanto, fui a referir a los próceres elegidos del pueblo, y a mi padre, el primero entre ellos, el prodigio que me habían manifestado los dioses, y a pedirles su parecer sobre lo que debía hacerse. Todos estuvieron unánimes en que debíamos huir de aquel suelo criminal, abandonar aquellos sitios, en que se había profanado la hospitalidad, y dar las naves al viento; pero antes hacemos exequias funerales a Polidoro. Hacinamos gran porción de tierra para sepulcro, levantamos a sus manes altares enlutados con azules ínfulas y negro ciprés, colocándose en derredor las Troyanas, destrenzado el cabello, conforme al rito. Sobre ellos derramamos espumeantes cuernos de leche tibia y copas de sangre de las víctimas sacrificadas; encerramos su alma en el sepulcro, y con grandes clamores le damos el último adiós.

Apenas pudimos tener confianza en la mar, viendo sus olas en paz con los vientos y oyendo la apacible voz del austro, que nos convidaba a navegar, botaron al agua las naves mis compañeros, y con su muchedumbre llenaron las playas. Salimos, en fin, del puerto; pronto dejamos atrás tierras y ciudades. En medio del mar se alza una frondosa isla, tierra sagrada, gratísima a la madre de las Nereidas y a Neptuno egeo; errante en otro tiempo por los mares de playa en playa, el dios flechador, compadecido, la fijó entre Micón y la alta Giaro, concediéndole que permaneciese inmoble y arrostrase el furor de los vientos. Allí vamos a parar; aquella apacible isla nos recibe, fatigados navegantes, en su seguro puerto. Ya desembarcados, saludamos con veneración la ciudad de Apolo. El rey Anio, rey de aquellos pueblos y juntamente sacerdote de Febo, ceñidas las sienes de la real diadema y del sacro laurel, nos sale al encuentro y reconoce a su antiguo amigo Anquises; nos damos las manos en señal de hospitalidad y le seguimos a su palacio.

Voy luego a adorar a Apolo en su templo, labrado de vetustas piedras.

—Concédenos —le dije—, ¡oh Timbreo! morada propia. Concede a estos infelices fatigados murallas y ciudad donde tomar asiento y perpetuar su linaje; conserva a Troya un segundo Pérgamo en nosotros, reliquias de los Griegos y del cruel Aquiles. ¿A quién hemos de seguir? ¿Adónde nos mandas que vayamos? ¿Dónde quieres que nos fijemos? Danos ¡oh padre! un agüero e infunde tu numen en nuestras almas.

No bien hube pronunciado estas palabras, cuando de repente me pareció que retemblaba todo en derredor, los umbrales y el laurel del dios; que se estremecía el circunvecino monte y que crujía la trípode en el abierto santuario. Prosternámonos en tierra, y estas palabras llegan a nuestros oídos:

—Esforzados hijos de Dárdano, la primera tierra que produjo el linaje de vuestros padres, y con él a vosotros, esa misma os acogerá en su fecundo regazo cuando tornéis a ella; buscad, pues a vuestra antigua madre. Allí dominarán de uno a otro confín la casa de Eneas y los hijos de sus hijos y los que nacieran de ellos.

---

9 *Quid non mortalia pectora cogis, / auri sacra fames!*

Esto nos respondió Febo; todos prorrumpen en alborozada gritería y se echan a discutir qué murallas sean aquellas de que habla el dios, adónde quiere que encaminemos nuestros errantes pasos y adónde nos manda volver; entonces mi padre, evocando memorias de los antiguos varones dijo:

—Escuchad, ¡oh próceres!, y sabed el secreto de vuestras esperanzas. En medio del mar se extiende la isla de Creta, donde está el monte Ida, cuna del gran Jove y de nuestro linaje. Pueblan sus naturales cien grandes y riquísimas ciudades; de allí, si recuerdo bien lo que tengo oído, nuestro insigne antepasado Teucro llegó el primero a las bocas Reteas, donde eligió sitio para fundar un reino. Aun no se había levantado Ilión ni existía el alcázar de Pérgamo; sólo estaban poblados los hondos valles. De allí nos vinieron el culto de la madre Cibeles y los címbalos de los coribantes y los misterios del bosque Ideo; de allí el silencio de las ceremonias sagradas y los leones uncidos al carro de la diosa. Ea, pues, sigamos el rumbo que nos señalan los mandatos de los dioses; aplaquemos los vientos y encaminémonos a los reinos de Creta; ni creáis que distan de aquí gran trecho: con tal que Júpiter nos sea propicio, al tercer día arribará nuestra escuadra a las playas cretenses.

Dicho esto, inmoló en las aras los holocaustos debidos a los dioses: un toro a Neptuno, otro a ti, hermoso Apolo, una oveja negra a la Tempestad, y una blanca a los bonancibles Céfiros.

En alas de la fama llegan a nuestros oídos nuevas de que el caudillo Idomeneo, arrojado del reino de sus padres, ha huido, dejando desamparadas las playas de Creta; de que sus moradas están libres de enemigos, y de que allí nos esperan habitaciones abandonadas. Salimos del puerto de Ortigia, y volando por el piélago, dejamos atrás a Naxos con sus collados cubiertos de bacantes, a la verde Donusa, a Olearo y a la blanca Paros; las Cícladas, esparcidas por el mar y una multitud de estrechos y de lenguas de tierra. Nuestros marineros claman a porfía, encareciendo unos con otros sus deseos, de que lleguemos a Creta, cuna de nuestros antepasados; y favorecidos del viento, que se levantó a popa, llegamos en fin prósperamente a las playas de los antiguos Curetes.

Al punto, llevado de mi impaciencia, hago empezar a construir los muros de la anhelada ciudad, a la que pongo por nombre Pérgamo, exhortando a mi gente, entusiasmada de aquella denominación troyana, a que ame sus nuevos hogares y levante al punto una fortaleza. Ya habíamos sacado a la seca playa casi todas nuestras naves; ya nuestra juventud celebraba fiestas nupciales y atendía al cultivo de nuestros nuevos campos; yo empezaba a darles leyes y viviendas, cuando de repente sobrevino un año de horrible peste, producida por la corrupción del aire, mortífera para los hombres, los árboles y los sembrados. Los que no perdían la dulce vida, la arrastraban entre crueles enfermedades; pasaba esto en la estación en que Sirio abrasa con sus rayos los campos esterilizados; las hierbas estaban secas, y las mieses, agostadas, negaban todo sustento. Entonces mi padre me exhortó a que, cruzando el mar, fuese a consultar segunda vez el oráculo de Febo en su templo de Ortigia, y a implorar su clemencia, preguntándole qué término tiene señalado a nuestras cansadas peregrinaciones, de dónde nos manda que probemos a sacar remedio a nuestros trabajos, adónde en fin, hemos de enderezar el rumbo.

Era la noche, y el sueño embargaba en la tierra a todas las criaturas, cuando se me aparecieron en sueños, iluminadas por la clara luz de la luna llena, que penetraba por mis ventanas, las sagrados efigies de los dioses y los penates frigios que traje conmigo de Troya, sacándolos de entre las llamas de la ciudad; entonces me pareció que me hablaban así, disipando mis angustias con estas palabras:

—Lo que Apolo te diría si fueses a Ortigia a consultarle, te lo va a vaticinar aquí, y para eso nos envía a tus umbrales. Nosotros te hemos seguido después del incendio de Troya, a ti y a tus armas, y contigo y en tus naves hemos surcado el revuelto piélago; nosotros levantaremos hasta las estrellas a tus futuros descendientes, y daremos a su ciudad el señorío del mundo. Tú prepara grandes murallas para un gran pueblo, y no desmayes en el largo afán de tus peregrinaciones. Fuerza es que cambies de morada; no son estas las playas a que el delio Apolo te persuadió que fueras, ni te mandó fijar tu asiento en Creta. Hay una gran región (los Griegos le dan por nombre

Hesperia), tierra antigua, poderosa en armas y rica en frutos, poblada en otro tiempo por los Enotrios; ahora es fama que sus descendientes la llaman Italia, del nombre de su caudillo. Allí tenemos nuestras moradas propias; de allí proceden Dárdano y nuestro ascendiente Jasio, de quien desciende el linaje troyano. Levántate, pues, y ve jubiloso a contar estas cosas certísimas a tu anciano padre, y a decirle que se dirija a Corito y a las regiones ausonias. Júpiter no consiente que mores en los campos dicteos.

Atónito con tales visiones y con aquellas palabras de los dioses (porque aquello no era un sueño, antes se me figuraba que los tenía delante y que reconocía sus rostros y veía sus cabelleras, ceñidas de sacras vendas), un frío sudor corrió por todo mi cuerpo. Levántome del lecho, tiendo al cielo las manos y mi voz suplicantes, y libo en mi hogar puras ofrendas. Cumplido aquel deber, voy, lleno de alegría, a enterar de todo a Anquises, y se lo refiero por su orden; con esto reconoce la ambigüedad de nuestro linaje, nacida de sus dos troncos, y su nuevo error en confundir los antiguos lugares. Entonces repuso:

—Hijo mío, trabajado por los adversos hados de Ilión, Casandra era la única que me vaticinaba esos sucesos; ahora recuerdo que presagió a mi linaje la posesión de un imperio, al que unas veces daba el nombre de Hesperia, otras el de Italia; pero ¿quién había de creer que los Teucros irían a las playas de Hesperia? o ¿a quién entonces hacían fuerza los vaticinios de Casandra? Rindámonos a Febo, y persuadidos de su oráculo, sigamos mejores rumbos.

Dice, y todos con aplauso obedecemos sus palabras, abandonando también aquellos sitios, y dejando en ellos a unos pocos, damos la vela y surcamos el vasto piélago en nuestras huecas naves.

Luego que estuvimos en alta mar, y desaparecieron todas las costas, sin que viésemos por dondequiera más que cielo y agua, una azulada nube se paró encima de mi cabeza, trayendo en su seno la noche y la tempestad. Horribles tinieblas cubrieron las olas. Al punto los vientos revuelven la mar y se levantan enormes oleadas: juguete de su empuje, vagamos dispersos por el vasto abismo. Negros nubarrones envuelven el día, y una lluviosa oscuridad nos roba el cielo; de las rasgadas nubes brotan frecuentes relámpagos. Perdido el rumbo, andamos errantes por el tenebroso piélago; el mismo Palinuro no acierta a distinguir el día de la noche, ni recuerda el derrotero en medio de las olas. Todavía anduvimos errantes por el caliginoso mar durante tres días sin sol, y otras tantas noches sin estrellas; por fin, al cuarto día vimos por primera vez alzarse tierra en el horizonte, aparecer montes a lo lejos y algunas nubes de humo. Amainamos velas y echamos mano al remo sin perder momento; los marineros baten la espuma a fuerza de puños y barren las cerúleas ondas; las playas de las Strofadas me reciben las primeras, libertado del mar. Los Griegos denominan Strofadas unas islas del vasto mar Jónico, donde habitan la cruel Celeno y las otras arpías, desde que, cerrado para ellas el palacio de Tineo, el miedo les hizo abandonar sus abundosas mesas. Jamás salieron de las aguas estigias, suscitados por la cólera de los dioses, monstruos más tristes ni peste más repugnante; tienen cuerpo de pájaro con cara de virgen, expelen un fetidísimo excremento, sus manos son agudas garras, y llevan siempre el rostro descolorido de hambre...

Apenas desembarcamos en el puerto, vimos esparcidas por toda la campiña hermosas vacadas y rebaños de cabras sin pastor. Entrámoslos a cuchillo, ofreciendo a los dioses y al mismo Júpiter parte de aquella presa; luego disponemos en la corva playa los hechos y empezamos a comer aquellos óptimos manjares, cuando de pronto acuden desde los montes con horrible vuelo las arpías, y batiendo las alas con gran ruido, arrebatan nuestras viandas y las corrompen todas con su inmundo contacto, esparciendo en torno, entre sus fieros graznidos, insoportable hedor. Segunda vez ponemos las mesas a gran distancia de allí, en una honda gruta, cerrada por corpulentos árboles, que la cubren de espesísima sombra, y restablecemos el fuego en los altares; mas segunda vez también, desde diversos puntos del cielo, sale la resonante turba de sus lóbregos escondrijos, revolotea, esgrimiendo sus garras, alrededor de nuestros manjares y los ensucia con sus bocas. Mando entonces a mis compañeros que empuñen las armas y cierren con aquella familia maldita; hácenlo como lo dispongo, ocultando las espaldas y los broqueles entre la hierba, y apenas las

arpías se dispersan en ruidoso tropel por las corvas playas, y Miseno, desde un alto risco, da la señal con una trompeta, las acometen los míos, y en tan nuevo linaje de lid, acuchillan a aquellas sucias aves del mar; pero su plumaje impenetrable las preserva de toda herida, y tendiendo su vuelo por el firmamento en rápida fuga, abandonan la ya roída presa entre asquerosos rastros de su presencia. Sólo Celeno quedó posada en una eminente roca, desde donde, fatal agorera, rompió a hablar en estos términos:

—Hijos de Laomedonte, después de habernos movido guerra, destruyendo nuestros ganados, ¿todavía intentáis expulsar a las inocentes arpías del reino de sus padres? Oíd, pues, lo que os voy a decir, y guardad bien en la memoria estas palabras: Yo, la mayor de las furias, voy a revelaros las cosas que el Padre omnipotente tiene vaticinadas a Febo, y Febo me ha vaticinado a mí. A Italia enderezáis el rumbo, y a Italia os llevarán los vientos invocados; lograréis arribar a sus puertos, pero no rodearéis con murallas la ciudad que os conceden los hados, sin que antes horrible hambre, castigo de la matanza que habéis intentado en nosotras os haya obligado a morder y devorar vuestras propias mesas.

Dijo, y volando fue a refugiarse en la selva. Aquellas palabras helaron de súbito terror la sangre en las venas a mis compañeros; decayeron los ánimos, y renunciado al medio de las armas, con votos y preces determinan implorar la paz, ya sean diosas las arpías, ya crueles e inmundas aves. Mi padre Anquises, tendiendo en la playa sus manos al cielo, invoca a los grandes númenes[10] y prescribe los sacrificios que reclama el caso.

—¡Apartad, oh dioses —exclama—, esas amenazas! ¡Apartad de nosotros tamaño desastre, y salvad a estos hombres piadosos!

En seguida manda cortar los cables y tender las sacudidas jarcias. Hinchan los notos nuestras velas y bogamos por las espumosas olas, siguiendo el derrotero que nos señalan los vientos y el piloto. Ya aparecen en medio del mar la selvosa Zacinto, y Duliquio, y Samos, y Nerito, toda erizada de peñascos. Esquivamos los arrecifes de Ítaca, reino de Laertes, maldiciendo aquel suelo, que produjo al cruel Ulises. Pronto se descubren a nuestra vista las nebulosas cimas del monte Leucates y el promontorio de Apolo, tan temido de los marineros. Allí, sin embargo, nos dirigimos fatigados y entramos en la pequeña ciudad: echamos el ancla y amarramos las naves a la playa.

Desembarcados, por fin, impensadamente en aquella tierra, ofrecemos a Júpiter, encendiendo en sus altares llamas votivas, y celebramos juegos troyanos en la playa de Accio. Desnudos y ungido de aceite el cuerpo, nuestros compañeros se ejercitan en las luchas nacionales, regocijándose de haber escapado con bien de tantas ciudades argólicas, y de haber logrado la fuga por medio de sus enemigos. Entre tanto el sol iba llegando al término de su larga carrera en derredor del año, y el frío invierno con sus aquilones encrespaba las olas. Clavo en las puertas del templo un escudo de cóncavo bronce, antiguo arreo del grande Abante, y esculpo en él esta inscripción: *Eneas arrebató este trofeo a los Griegos vencedores*; en seguida mando a los remeros dejar el puerto y tomar asiento en sus bancos; ellos a porfía baten con los remos las aguas y barren la mar. Pronto perdemos de vista las enhiestas torres de los Feacios, seguimos las costas de Epiro, arribamos al puerto Caonio, y subimos a la eminente ciudad de Butroto.

Allí llegaron a nuestros oídos increíbles rumores de que Heleno, hijo de Príamo, reinaba en algunas ciudades griegas, por haberse casado con la viuda de Pirro, del linaje de Eaco, y sucedídole en el trono; y de que Andrómaca había contraído nuevo enlace con un troyano. Quedéme pasmado, y en mi pecho se encendió un vehementísimo deseo de hablar con Heleno y averiguar la verdad de tan grandes sucesos; salgo del puerto, dejando mis naves y la playa, y me adelanto tierra adentro.

---

10 «*Numina magna*». Los grandes dioses del paganismo eran doce: seis varones, Júpiter, Neptuno, Marte, Apolo, Vulcano y Mercurio, y seis hembras, Juno, Vesta, Ceres, Palas, Diana y Venus. Todos los demás, llamados dioses o númenes menores, desde el poderoso Plutón, rey de los infiernos, hasta las ninfas de las fuentes y de los ríos, e inclusos los lares, los penates, los genios, los faunos, etc., eran divinidades más o menos subalternas, que no podían asistir por derecho propio al concilio de los grandes dioses.

Por dicha, en aquel momento estaba Andrómaca en un bosque, a corta distancia de la ciudad, junto a la orilla de un imaginario Simois, ofreciendo libaciones solemnes, manjares y fúnebres dones a las cenizas de Héctor, evocando sus manes a un túmulo vacío, formado de verde césped, al que había consagrado dos altares, ocasión de su continuo llanto. En cuanto me vio dirigirme a ella, y reconoció, delirante, mis arreos troyanos, aterrada como a la vista de un fantasma, cayó de pronto exánime y yerta; mas recobrando al fin la voz tras largo desmayo, me habló así:

—¿Es realidad? ¿Eres tú verdaderamente, hijo de una diosa, el que viene a mí como mensajero? ¿Vives? o si la luz del cielo faltó ya para ti, ¿dónde está Héctor?

Dijo, prorrumpió en llanto y llenó todo el bosque con sus clamores. Turbado en vista de aquella acerba aflicción, apenas acierto a articular estas confusas palabras:

—Vivo, sí, arrastrando una miserable existencia entre crudos afanes. No lo dudes; lo que estás viendo es una realidad... Mas ¡ay! ¿qué trance cruel te derribó de la altura en que te puso tu primer marido? ¿Cuál fortuna, digna de él y de ti, es ahora la tuya? ¿Eres, ¡oh Andrómaca! la viuda de Héctor o la esposa de Pirro?

Bajó el rostro, avergonzada y me dijo con humilde acento:

—¡Oh feliz sobre todas la virgen hija de Príamo, condenada a morir ante un túmulo enemigo, bajo las altas murallas de Troya, que ni se vio sorteada, ni subió cautiva, al lecho de un amo vencedor! Yo, después del incendio de Troya, llevada por diversos mares, tuve que sufrir la insolencia de un mancebo soberbio, hijo de Aquiles, y concebí en la esclavitud; el cual, prendado al poco tiempo de Hermíone, nieta de Leda, y prefiriendo enlazarse con una Lacedemonia, me entregó a mí, su sierva, por esposa de su siervo Heleno. Pero Orestes, inflamado de un violento amor a su prometida esposa, que quieren arrebatarle, e impelido al crimen por las Furias, cayó de improviso sobre Pirro y le inmoló al pie de los patrios altares. Por muerte de Neptólemo, una parte de sus reinos pasó a poder de Heleno, que, del nombre del troyano Caón, denominó Caonia a toda esta tierra, y construyó en esos collados un nuevo Pérgamo y un alcázar como el de Ilión. Pero a ti, ¿qué vientos, qué hados te han impelido en tu derrotero? ¿Cuál dios te ha hecho arribar sin saberlo a nuestras playas? ¿Qué es del niño Ascanio? ¿Vive, respira aún? Nació cuando ya Troya... ¿Se acuerda con dolor de su perdida madre? ¿Le excita al culto de la antigua virtud y al varonil esfuerzo el ejemplo de su padre Eneas y de su tío Héctor?

Así decía llorando y exhalando en vano largos sollozos, cuando salió de las murallas con grande acompañamiento, y se encaminó a nosotros, el héroe Heleno, hijo de Príamo, y reconociendo a los suyos, nos condujo alborozado, a su palacio, llorando de alegría a cada palabra que nos dirige. Sigo adelante y me encuentro con una pequeña Troya, con una fortaleza construida a semejanza del grande alcázar de Pérgamo, con un seco arroyo denominado Janto, y abrazo los umbrales de una puerta Escea. También mis Teucros se regocijan, como yo, a la vista de aquella ciudad amiga, que les recuerda su patria. Recibíales el Rey en sus espaciosos pórticos, en medio de su palacio hacían libaciones a Baco, y la copa en la mano, apuraban sabrosos manjares, servidos en vajilla de oro.

Así pasamos un día; cuando ya las auras bonancibles nos brindan a navegar e hincha nuestras velas el impetuoso austro, dirijo estas palabras a Heleno, juntamente rey y adivino:

—Hijo de Troya, intérprete de los dioses, tú que descubres la voluntad de Febo en las trípodes, en el laurel de Claros, en las estrellas y en los agüeros del canto y del vuelo de las aves, habla, yo te lo ruego. En todo la religión me tiene vaticinado un próspero viaje; todos los númenes me han amonestado a que me encamine a Italia y penetre en aquellas repuestas regiones; sólo la arpía Celeno me ha anunciado un nefando y nunca visto prodigio, venganzas crueles y un hambre espantosa. ¿Qué peligros son los que debo evitar primero? ¿Qué he de hacer para superar tan grandes trabajos?

Entonces Héleno, después de inmolar, conforme al rito, algunos novillos, implora el favor de los dioses, desciñe las ínfulas de su sagrada cabeza, y él mismo me conduce por la mano, temblando yo a la idea de verme en presencia de tan gran numen, a los umbrales de su templo, ¡oh Febo!; en seguida el sacerdote pronunció con su inspirado labio este vaticinio:

—Hijo de una diosa, los más grandes auspicios me declaran patentemente que debes lanzarte al mar; así el rey de los dioses dispone tus hados y prepara tus futuros azares; tal es el orden que te señala. Pocas te declararé de las muchas cosas que te convendría saber para que te fuesen más seguros y hospitalarios los mares que vas a explorar, y los puertos ausonios en que has de hacer asiento, pues las Parcas vedan a Heleno saberlas todas, y Juno, hija de Saturno, le impide hablar. En primer lugar, la Italia, que tú te imaginas cercana, y esos puertos que te dispones a ocupar y que crees vecinos, está muy lejos, y de ellos te separan largos e intransitables caminos. Tus remos han de doblegarse en las olas trinacrias, han de surcar tus naves las aladas olas del mar Ausonio, los lagos infernales y las aguas de la isla de Circe, hija de Eea, antes de que te sea dado echar los cimientos de una ciudad en el suelo seguro. Yo te daré las señales por las que has de guiarte; grábalas bien en tu mente. Cuando engolfado en tristes pensamientos te encuentres a la margen de un desconocido río, tendida bajo las encinas de la ribera, una corpulenta cerda blanca dando de mamar a treinta lechoncillos, blancos como ella, habrás hallado el sitio en que has de edificar tu ciudad; aquel será el descanso cierto de tus trabajos. No te horrorice la idea de que habéis de devorar hasta vuestras mesas; los hados te sacarán de ese trance, y Apolo invocado será contigo. Evita, sin embargo, esas tierras, evita esas cercanas costas de Italia, que bañan las olas de nuestro mar; todas sus ciudades están habitadas por los pérfidos Griegos. Allí los Locrios han levantado las murallas de Naricia, y el lictio Idomeo ocupa con sus guerreros los campos salentinos; allí el caudillo Filoctetes, rey de Melibea, ha fortificado la reducida población de Petelia. Mas luego que, traspuestos los mares, hayan anclado tus naves en la costa, y levantadas las aras, pagues a los númenes los debidos votos, cúbrete la cabellera con un velo de púrpura, no sea que en medio de las sagradas llamas, encendidas en honor de los dioses, se te presente el rostro de un enemigo y turbe el agüero. Observad tus compañeros y tú esta práctica en las ceremonias sagradas, y perpetúese como una tradición religiosa entre vuestros piadosos descendientes. Mas cuando los vientos te impelan hacia las playas sicilianas y se ensanchen a tu vista las angostas bocas de Peloro, dirígete por un largo circuito a las tierras y a los mares que verás a tu izquierda; huye de las costas y de las olas que veas a tu derecha. Es fama que aquellos dos continentes, que en otro tiempo formaban uno solo; se separaron violentamente en un espantoso rompimiento, a impulso de las aguas del mar, que dividió a la Hesperia de la costa siciliana: ¡Tan poderosa es para producir mudanzas la larga sucesión de los siglos! y abriéndose un estrecho canal entre ellas, baña a la par los campos y las ciudades de ambas riberas. Señorease del diestro lado Escila, y del izquierdo la implacable Caribdis; esta se sorbe tres veces las vastas olas precipitadas en su profundo báratro, y tres veces las vuelve a arrojar a lo alto, batiendo con ellas el firmamento, mientras que Escila encerrada en las negras cavidades de una caverna, saca la cabeza por ella y arrastra las naves hacia sus peñascos. Tiene la primera rostro de hombre, y hasta medio cuerpo figura de hermosa virgen; el resto es de enorme pez, uniendo una doble cola de delfín a un vientre como el de los lobos. Más te valdrá, aunque sea más lento, enderezar el rumbo al promontorio siciliano de Paquino y dar un largo rodeo, que ver una sola vez a la horrible Escila en su enorme caverna, y sus riscos, siempre resonantes con los ladridos de sus perros marinos. Además, si alguna prudencia reconoces en Heleno, si tienes alguna fe en los vaticinios, y crees que Apolo infunde en mi mente el espíritu de la verdad, una cosa te aconsejaré, ¡oh hijo de una diosa!, y no me cansaré de repetirla: lo primero es que implores en tus preces el numen de la gran Juno; ofrece a Juno continuos votos, y aplaca a fuerza de suplicantes dones a aquella poderosa soberana, y así, en fin, vencedor, dejando la Sicilia, llegarás a los confines ítalos. Arribado que hayas allí, y entrando en la ciudad de Cumas y en los divinos lagos y en las resonantes selvas del Averno, verás una exaltada profetisa que anuncia los hados futuros bajo una hueca peña y escribe en hojas de árboles sus vaticinios, los cuales dispone en cierta manera, dejándolos así

encerrados en su caverna, donde permanecen quietos sin que varíe en nada el orden en que ella los ha dejado; mas apenas llega a entreabrirse la puerta y penetra en la cueva la menor ráfaga de viento, se dispersan, revoloteando por todo el ámbito aquellas hojas escritas, sin que ella se cure de recogerlas, de colocarlas nuevamente en su sitio, ni de coordinar, juntándolas, sus oráculos; los que han acudido a consultarla se vuelven sin respuesta, maldiciendo de la cueva de la Sibila. Nada te importe detenerte allí cuanto fuere preciso; aunque te increpen tus compañeros, aunque los vientos te brinden y aun te fuercen a darte a la vela, soplando prósperos, no dejes de ir a buscar a la Sibila y de implorar con preces sus oráculos; aguarda a que te los dé, aguarda que benévola te haga oír su voz. Ella te declarará los pueblos de Italia y las futuras guerras que te aguardan, y te dirá los medios de evitar o de vencer cualesquiera trabajos; si la veneras, ella hará prósperas tus aventuras. He aquí las cosas que a mi voz le es lícito declararte; ve, pues, y sublima hasta los astros con tus hechos el gran nombre de Troya.

Después de haberme dirigido estas palabras amigas, dispuso el adivino que llevasen a las naves cuantiosos regalos de oro y marfil; en ellas amontona además mucha plata, vasos de Dodona, una loriga de triples mallas de oro y un magnífico yelmo de undoso y largo crestón, armas de Neptólemo. También para mi padre hubo presentes; a ellos añade caballos y guías... nos proporciona remeros, y provee además de armas a mi gente.

Entre tanto que Anquises mandaba aparejar la escuadra para que no hubiese demora en aprovechar el primer viento favorable, el intérprete de Febo le habló así con respetuoso acento:

—¡Oh Anquises, digno de tu glorioso enlace con Venus, cuidado de los dioses, libertado por dos veces de las ruinas de Pérgamo! Ahí tienes delante la tierra de Ausonia; vuela a arrebatarla con tus naves. Y sin embargo, fuerza te será navegar largo rato antes de llegar a ella; lejos está todavía aquella parte de la Ausonia que Apolo designa en sus oráculos. Ve, ¡oh padre feliz por la piedad de tu hijo! ¿A qué he de extenderme más, impidiéndoos con mis palabras aprovechar los vientos que se levantan?

También Andrómaca, pesarosa de aquella suprema despedida, y no menos espléndida que Heleno, trae ropas recamadas de oro y una clámide frigia para Ascanio, le abruma de regalos de telas labradas, y le dice así:

—Recibe, niño, estas labores de mis manos, y consérvalas como un recuerdo y un testimonio del acendrado cariño de Andrómaca, esposa de Héctor. Recibe estos últimos dones de los tuyos, ¡oh única imagen que me queda de mi Astianax! Así levantaba los ojos, así movía las manos, ese era su porte; ahora tendría tu edad y crecería contigo.

Yo me despedí de ellos, diciéndoles entre lágrimas:

—¡Vivid felices, oh vosotros, cuyas vicisitudes han terminado ya! Nosotros estamos todavía destinados a ser juguete de la fortuna. Asegurado os está el descanso; no tenéis que surcar mar alguno, ni que buscar los campos de la Ausonia, que no parece sino que siempre van huyendo de nosotros. Viendo estáis una imagen del río Janto y una Troya, obra de vuestras manos; ¡ojalá viva bajo mejores auspicios que la primera, y menos expuesta que ella a las insidias de los Griegos! Si algún día llego a pisar las márgenes y las campiñas del Tíber; si algún día llego a ver las murallas prometidas a los míos, nuestras ciudades y nuestros pobladores, el Epiro y la Hesperia, unidos de antiguo por un mismo origen, pues todos, tienen por padre a Dárdano, y ligados por iguales infortunios, formaremos por nuestra estrecha unión una sola Troya. ¡Ojalá cundan estos sentimientos hasta nuestros últimos descendientes!

Damos por fin la vela y llegamos al cercano promontorio Ceraunio, camino el más breve por mar para Italia. En tanto el sol se precipita en el ocaso, y los montes de la costa se cubren de opacas sombras; desembarcamos, y designados por la suerte los remeros que han de velar, nos tendemos cabe la orilla en el regazo de la deseada tierra; desparramados en grupos por la seca playa, restauramos los fatigados cuerpos con un apacible sueño. Todavía la noche, conducida por las horas, no había llegado a la mitad de su carrera, cuando se levanta del lecho el diligente Palinuro, explora

todos los vientos y presta el oído al menor soplo de las auras; observa todas las estrellas que se deslizan por el callado cielo; Arturo, las lluviosas Híadas, los dos Triones y Orión, armado con su espada de oro. Cerciorado de todas las señales de un cielo sereno, dio desde la popa de su nave el toque sonoro, a cuya llamada levantamos los reales, y dándonos nuevamente al mar, desplegamos las alas de nuestras velas. Ya la Aurora sonrosaba los cielos, ahuyentadas las estrellas, cuando divisamos en lontananza unos nebulosos collados, y visible apenas sobre la superficie del mar, el suelo de Italia. *¡Italia!* clamó el primero Acates, y a Italia saludan con jubilosos clamores mis compañeros. Entonces mi padre Anquises enguirnalda una gran copa, la llena de vino, y puesto de pie en la más alta popa, invoca a los dioses en estos términos:

—Dioses del mar y de la tierra, árbitros de las altas tempestades, otorgadnos una fácil travesía y prósperos vientos.

Arrecian en esto las deseadas auras, descúbrese el puerto ya más cercano, y aparece en una altura un templo de Minerva; recogen mis compañeros las velas y enderezan las proas hacia la costa. Batido de las olas por la parte de Oriente, ábrese el puerto formando un arco, delante del cual oponen una barrera de salada espuma dos grandes escollos, que a manera de torres extienden en contorno una doble muralla; a medida que nos acercamos, parece que el templo se aleja de la playa. Allí, por primer agüero, vi cuatro caballos blancos como la nieve, que estaban paciendo en un extenso y hermoso prado. Entonces mi padre Anquises:

—Guerra nos traes, ¡oh tierra hospitalaria!, para la guerra se arman los caballos; esos brutos nos amenazan con la guerra. Mas sin embargo, esos mismos caballos se acostumbran a arrastrar un carro y a llevar uncidos al yugo acordes frenos, lo cual es también una esperanza de paz.

Dice, y al punto imploramos el santo numen de la armisonante Palas, primera deidad que acogió nuestros gritos de alegría. Prosternados delante de sus altares, nos cubrimos las cabezas con el velo frigio, y ajustándonos a los preceptos importantísimos de Heleno, tributamos a la argiva Juno los debidos honores.

Sin pérdida de momento, cumplidos por su orden los votos, hacemos girar las velas en las entenas, y abandonamos aquellos campos sospechosos, habitados por Griegos. Desde allí descubrimos el golfo de Tarento, ciudad edificada por Hércules, si no miente la fama; en frente se levanta el templo de la diosa Lacinia, los alcázares de Caulonia y el promontorio de Escila, donde tantas naves van a estrellarse. En seguida divisamos a lo lejos sobre las olas trinacrias el Etna, y oímos los grandes gemidos del piélago, los bramidos de las peñas batidas del mar, la voz de las olas que van a romperse en la playa; hierve el fondo del mar y se revuelven las arenas en remolinos. Entonces mi padre Anquises:

—Esa es sin duda, aquella Caribdis; esos son, sin duda, aquellos arrecifes, aquellas horrendas peñas que nos vaticinaba Heleno. Arrancadnos de aquí, compañeros, y todos a la par echaos sobre los remos.

Hácenlo todos así, y Palinuro el primero endereza la rechinante proa hacia las olas que se extienden a la izquierda; toda la tripulación pugna por dirigirse a la izquierda con remo y vela. Una enorme oleada nos levanta al firmamento, y aplanándose luego, descendemos con ella a la mansión de los profundos mares. Tres veces los escollos lanzaron un inmenso clamor de sus huecas cavernas; tres veces vimos desecha la espuma y rociados con ella los astros. Por fin, al ponerse el sol, la caída del viento trajo el término de nuestras fatigas, y perdido el derrotero, fuimos a parar a las costas de los Cíclopes.

Cerrado a los vientos el puerto, muy espacioso, es en extremo apacible, pero cerca de él truena el Etna en medio de horrorosas ruinas; unas veces arroja al firmamento una negra nube de huno como pez, mezclado con blancas pavesas, y levanta globos de llamas, que van a lamer las estrellas; otras vomita peñascos, desgajadas entrañas del monte, y apiña en el aire con gran gemido rocas derretidas, y rebosa hirviendo de su profundo centro. Es fama que aquella mole oprime el cuerpo de Encélado, medio abrasado por un rayo; sobre ella estriba además el enorme Etna, de

cuyos rotos hornos brotan llamas y cada vez que el gigante fatigoso se revuelve de otro lado, retiembla con sordo murmullo toda Sicilia y el cielo se cubre de humo. Escondidos en las selvas, toda la noche observamos con espanto aquellos horrendos prodigios, sin discurrir cuál podía ser la causa del estruendo que oíamos, pues ni aparecían los astros, ni iluminaba el firmamento la menor claridad, antes todo era nieblas en el oscuro cielo, y una borrascosa noche envolvía en sus sombras a la luna.

Ya el próximo día empezaba a despuntar en el Oriente, y la Aurora ahuyentaba del cielo las húmedas sombras, cuando de pronto sale de las selvas, dirigiéndose a nosotros, tendiendo suplicante sus manos hacia la playa, un desconocido de singular y lastimosa catadura, reducido a la última demacración. Atónitos quedamos contemplando su miseria espantosa, su larga barba, su andrajoso vestido, sujeto con espinas de pescado; por lo demás, se conocía que era un griego de los que en otro tiempo habían acudido con los ejércitos de su nación contra Troya. En cuanto vio de lejos nuestros atavíos dardanios y nuestras armas troyanas, paróse un momento, despavorido, sin poder dar un paso; en seguida se precipitó hacia la playa, llorando y dirigiéndonos estas súplicas:

—Por los astros, por los dioses, por ese aire del cielo que respiramos todos, os conjuro ¡oh Teucros! que me saquéis de estos sitios, y sean cualesquiera aquellos a que me llevéis, me daré por muy contento. No os ocultaré que he formado parte de las escuadras griegas, ni tampoco que fui uno de los que llevaron a la guerra a los penates de Ilión, por lo cual, si tan grande os parece mi delito, arrojad al mar mi despedazado cuerpo y sumergidlo en el inmenso abismo. Si perezco, me será grato al menos perecer a manos de hombres.

Dijo, y echándose a nuestros pies, se nos asía a las rodillas, como clavado en el suelo, mientras le instamos a que hable, a que nos declare quién es, qué linaje es el suyo, qué desgracias le persiguen; mi mismo padre Anquises, al cabo de breves momentos, tiende la diestra al mancebo, y con esta señal de bondad conforta su ánimo. Depuesto, en fin, el terror, nos habla en estos términos:

—Compañero del desgraciado Ulises, Ítaca es mi patria, mi nombre Aqueménides; la pobreza de mi padre Adamástor me impulsó a ir a la guerra de Troya (¡ojalá me durase todavía aquella pobreza!). Mientras huían despavoridos de estos terribles sitios, mis compañeros me dejaron olvidado en la vasta caverna del Cíclope, negra mansión, toda llena de podredumbre y de sangrientos manjares. El monstruo que la habita es tan alto, que llega con su frente al firmamento (¡oh dioses, apartad de la tierra tamaña calamidad!), nadie osa mirarle ni hablarle. Son su alimento las entrañas y la negra sangre de sus miserables víctimas. Yo mismo, yo le vi, cuando tendido en medio de su caverna, asió con su enorme mano a dos de los nuestros y los estrelló contra una peña, inundando con su sangre todo el suelo; le vi devorar sus sangrientos miembros, vi palpitar entre sus dientes las carnes tibias todavía. Mas no quedó impune; no consintió Ulises tales horrores, no se olvidó de los suyos en tan tremendo trance el Rey de Ítaca. Luego que Polifemo, atestado de comida y aletargado por el vino, reclinó la doblada cerviz y se tendió cuan inmenso era en su caverna, arrojando por la boca, entre sueños, inmundos despojos, mezclados con vino y sangre, nosotros, después de invocar a los grandes númenes, y designados por la suerte los que habían de acometer la empresa, nos arrojamos todos a la vez sobre él, y con una estaca aguzada le taladramos el enorme ojo, único que ocultaba bajo el entrecejo de su torva frente, semejante a una rodela argólica o al luminar de Febo; y alegres en fin, vengamos las sombras de nuestros compañeros. Pero huid, infelices, huid, y cortad el cable que os amarra a la costa... porque no es ese Polifemo, tal cual os le ha pintado, el único que recoge sus ovejas en la inmensa caverna y les exprime las ubres; otros cien infandos Cíclopes, tan gigantescos y fieros como él, habitan estas corvas playas y vagan por estos altos montes. Ya por tercera vez se han llenado de luz los cuernos de la luna desde que arrastro mi existencia por las selvas, entre las desiertas guaridas de las fieras, observando desde una roca cuándo asoman los gigantes Cíclopes, y temblando al ruido de sus pisadas y de su voz. Los arbustos me dan un miserable alimento de bayas y desabridas cerezas silvestres; las hierbas me sustentan con sus raíces, que arranco con mi mano. Atalayando estos contornos, descubrí vuestras naves, que se

dirigían a estas playas, y a ellas, fuesen de quien fuesen, resolví entregarme. Mi único afán es huir de esta monstruosa gente; ahora vosotros imponedme el género de muerte que os plazca.

No bien había pronunciado estas palabras, cuando en la cumbre de un monte vemos moverse entre su rebaño la enorme mole del mismo pastor Polifemo, que se encaminaba a las conocidas playas; monstruo horrendo, informe, colosal, privado de la vista. Lleva en la mano un pino despojado de sus ramas, en que apoya sus pasos, y le rodean sus lanudas ovejas, su único deleite, consuelo también en su desgracia... Luego que tocó las profundas olas y hubo penetrado en el mar, lavó con sus aguas la sangre que chorreaba de su ojo reventado, rechinándole los dientes de dolor; y avanzando en seguida a la alta mar, aun no mojaban las olas su enhiesta cintura. Temblando precipitamos la fuga, después de haber acogido en nuestro bordo al griego suplicante, que bien lo merecía; cortamos los cables en silencio, e inclinados sobre los remos, a porfía barremos la mar.

Oyónos él, y torció su marcha hacia donde sonaba el ruido que hacíamos; mas como no le fuese dado alcanzarnos con su mano, ni pudiese correr tan aprisa como las olas jónicas, levantó un inmenso clamor, conque se estremecieron el ponto y todas las olas, retembló en sus cimientos toda la tierra de Italia, y rugió el Etna en sus huecas cavernas. Concitados por aquel ruido, acuden los Cíclopes de las selvas y de los altos montes, y precipitándose en tropel hacia el puerto, llenan las playas; en ellas veíamos de pie y mirándonos en vano con feroces ojos, a aquellos hermanos, hijos del Etna, cuyas altas frentes se levantaban al firmamento. ¡Horrible compañía! Tales se alzan con sus excelsas copas las aéreas encina o los coníferos cipreses, en las altas selvas de Júpiter o en los bosques de Diana. Aguijados por el miedo, maniobramos, atentos sólo a precipitar la fuga, tendiendo las velas al viento favorable; mas recordando los preceptos contrarios de Heleno, que nos recomendaba evitar el rumbo entre Escila y Caribdis, como muy peligroso, determinamos volver atrás, cuando he aquí que empieza a soplar el Bóreas por el angosto promontorio de Peloro, y nos impele más allá de las bocas del río Pantago, formadas por peñas vivas del golfo de Megara y de la baja isla de Tapso. Todas aquellas playas que de nuevo recorría, nos iba enseñando Aqueménides, compañero del infeliz Ulises.

En el golfo de Sicilia, enfrente del undoso Plemirio, se extiende una isla, a la que sus primeros moradores pusieron por nombre Ortigia. Es fama que el río Alfeo de la Elide, abriéndose hasta allí secretas vías por debajo del mar, confunde ahora con sus aguas ¡oh Aretusa! sus ondas sicilianas. Obedeciendo a Anquises, ofrecemos sacrificios a los grandes númenes de aquellos sitios, y en seguida avanzo a las tierras que el Heloro fertiliza con sus aguas estancadas. De allí seguimos costeando los altos arrecifes y los peñascos de Paquino, que parecen suspendidos sobre el mar; a lo lejos aparece Camarina, a la que los hados no permiten que mude nunca de asiento, y los campos gelenses y la gran ciudad de Gela, así llamada del nombre de su río. A lo lejos, en una vasta extensión, ostenta sus magníficas murallas la alta Acragas, madre en otro tiempo de fogosos caballos. Impelidos por los vientos, te dejo atrás ¡oh Selinos! rica de palmas, y paso los vados Lilibeos, peligrosos por sus ocultos escollos. Luego me reciben el puerto de Drepani y su triste playa; allí, trabajado por tantas tempestades, perdí, ¡ay! a mi padre Anquises, consuelo único de mis trabajos; allí me dejaste abandonado a mis fatigas, ¡oh el mejor de los padres, libertado, ¡ay! en vano de tantos peligros! Ni el adivino Heleno, cuando me anunciaba tantos horrores, ni la cruel Celeno, me vaticinaron aquella dolorosa pérdida. Tal fue mi última desventura, tal fue el término de mis largas peregrinaciones, a mi salida de allí, fue cuando un dios me trajo a vuestras playas.

Así alzando él solo la voz en medio de la atención universal, recordaba el gran caudillo Eneas los hados que le depararan los dioses, y refería sus viajes. Calló por fin, dando aquí punto a su historia.

LIBRO IV

Perdidamente enamorada de Eneas, descubre Dido a su hermana Ana la pasión que la abrasa.—Juno, puesta la mira en apartar de Italia a los troyanos, ajusta paces con Venus para concertar aquellas bodas, y a este fin suscita una tempestad, durante la cual Eneas y Dido, extraviados en una cacería, se encuentran en una cueva, donde se consuma su himeneo; suceso que la Fama pregona y difunde por toda la Libia.—Furor de Iarbas, rey de los gétulos, y su magnífica invocación a Júpiter, el cual envía desde el cielo a Mercurio para llevar a Eneas la orden de abandonar el África y dirigirse a Italia.—Prepara Eneas secretamente la partida, de lo que noticiosa Dido, le acosa con sus súplicas, acerbas reconvenciones y amenazas, sin lograr disuadirle, hasta que resuelve por último quitarse la vida; y aparentando que va a ofrecer un gran sacrificio a los dioses infernales, se traspasa el pecho con la espada de Eneas.

En tanto la Reina, presa hacía tiempo de grave cuidado, abriga en sus venas herida de amor y se consume en oculto fuego. Continuamente revuelva en su ánimo el alto valor del héroe y el lustre de su linaje; clavadas lleva en el pecho su imagen, sus palabras, y el afán no le consiente dar a sus miembros apacible sueño.

Ya la siguiente aurora iluminaba la tierra con la antorcha febea y había ahuyentado del polo las húmedas sombras, cuando delirante Dido habló en estos términos a su hermana, que no tiene con ella más que un alma y una voluntad:

—Ana, hermana mía, ¿qué desvelos son estos, que me suspenden y aterran? ¿Quién es ese nuevo huésped que ha entrado en nuestra morada? ¡Qué gallarda presencia la suya! ¡Cuán valiente, cuán generoso y esforzado! Creo en verdad, y no es vana ilusión, que es del linaje de los dioses. El temor vende a los flacos pechos; pero él, ¡por cuáles duros destinos no ha sido probado! ¡Qué terribles guerras nos ha referido! Si no llevase en mi ánimo la firme e inmutable resolución de no unirme a hombre alguno con el lazo conyugal desde que la muerte dejó cruelmente burlado mi primer amor; si no me inspirasen un invencible hastío el tálamo y las teas nupciales, acaso sucumbiría a esta sola flaqueza. Te lo confieso, hermana: desde la muerte de mi desventurado esposo Siqueo, desde que un cruel fratricidio regó de sangre nuestros penates, ese solo ha agitado mis sentidos y hecho titubear mi conturbado espíritu: reconozco los vestigios del antiguo fuego; pero quiero que se abran para mí los abismos de la tierra, o que el Padre omnipotente me lance con su rayo a la mansión de las sombras, de las pálidas sombras del Erebo y a la profunda noche, ¡oh pudor! antes de que yo te viole o de que infrinja tus leyes. Aquel que me unió a sí el primero, aquel se llevó mis amores: téngalos siempre él y guárdelos en el sepulcro.

Dijo, y un raudal de llanto inundó su pecho. Ana le responde:

—¡Oh hermana más querida para mí que la luz! ¿Has de consumir tu juventud en soledad y perpetua tristeza? ¿Nunca has de conocer la dulzura de ser madre ni los presentes de Venus? ¿Crees que las cenizas y los manes de los muertos piden tales sacrificios? En buena hora que no haya logrado doblar tu ánimo afligido ninguno de los que en otro tiempo aspiraron a tu tálamo, ni en la Libia, ni antes en Tiro, y que despreciases a Iarbas y a los demás caudillos que ostenta el África, rica en triunfos; pero ¿has de resistir también a un amor que te cautiva? ¿No consideras en qué país te has fijado? Por un lado te cercan las ciudades de los Gétulos, gente invencible en la guerra, y los Númidas, que no ponen freno a sus caballos, y las inhospitalarias Sirtes; por otro un árido desierto y los impetuosos Barceos, tan temidos en todos estos contornos. ¿Qué diré de las guerras con que te

amaga Tiro, y de las amenazas de tu hermano?... Creo en verdad que el viento ha impelido a estas costas las naves troyanas bajo el auspicio de los dioses y por el favor de Juno. ¡Qué aumento recibirá esta ciudad! ¡Oh hermana! ¡Qué imperio será el tuyo con ese enlace! ¡Cuánto se sublimará la gloria cartaginesa con el auxilio de las armas troyanas! Tú únicamente implora a los dioses, y ya aplacados con tus sacrificios, conságrate a los cuidados de la hospitalidad y discurre pretextos para detener a Eneas y a los suyos, mientras la borrasca y el lluvioso Orión revuelven los mares, y están rotas sus naves y les es contrario el cielo.

Con estas palabras inflamó aquel corazón, ya abrasado por el amor, dio esperanzas a aquel ánimo indeciso y acalló la voz del pudor.

Lo primero se dirigen a los templos e imploran el favor de los dioses en los altares; inmolan, con arreglo a los ritos, dos ovejas elegidas a Ceres legisladora, a Febo y al padre Lieo, y ante todo a Juno, patrona de los lazos conyugales. La misma hermosísima Dido, alzando una copa en la diestra, la derrama entre los cuernos de una vaca blanca, o bien recorre lentamente por delante de las imágenes de los dioses los altares bañados de sangre, renueva cada día las ofrendas, y escudriñando con la vista los abiertos pechos de las víctimas, consulta sus entrañas palpitantes. ¡Oh vana ciencia de los agüeros! ¿De qué sirven los votos, qué valen los templos a la mujer que arde en amor? Mientras invoca a los dioses, una dulce llama consume sus huesos y en su pecho vive la oculta herida: arde la desventurada Dido y vaga furiosa por toda la ciudad; cual incauta cierva herida en los bosques de Creta por la flecha que un cazador le dejó clavada sin saberlo, huye por las selvas y los montes dicteos, llevando hincada en el costado la letal saeta. A veces conduce a Eneas consigo a las murallas y ostenta las riquezas sidonias y las comenzadas obras de la ciudad; empieza a hablarle y separa a la mitad del discurso; otras veces, al caer la tarde, le brinda con nuevos festines, y quiere, en su demencia, oír segunda vez los desastres de Troya, y segunda vez se queda pendiente de los labios del narrador. Luego, cuando ya se han separado, y oscura también la luna oculta su luz, y los astros que van declinando convidan al sueño, gime de verse sola en su desierta morada, y se tiende en el lecho antes ocupado por Eneas. Ausente le ve, ausente le oye; tal vez estrecha en su regazo a Ascanio, creyendo ver en él la imagen de su padre, y por si puede así engañar un insensato amor. Ya no se levantan las empezadas torres; la juventud no se ejercita en las armas ni trabaja en los puertos ni en las fortificaciones. Interrumpidas penden las obras, y gran ruina amenazan los muros y las máquinas que se levantaban hasta el firmamento.

Cuando la amada esposa de Júpiter, hija de Saturno, vio que Dido era presa de tamaño mal, y que el cuidado de su fama no bastaba a contener su ardiente pasión, dirigióse a Venus con estas palabras:

—¡Insigne loor alcanzáis en verdad, y magníficos despojos, tú y tu hijo! ¡Grande y memorable hazaña, que una mujer sea vencida por las artes de dos númenes! No se me oculta que temes nuestras murallas y que te recelas de las moradas de la alta Cartago. Pero ¿como acabará todo esto, y a qué conducen ahora tan grandes luchas? ¿Por qué no hemos de concertar más bien eterna paz y un himeneo? Ya has conseguido lo que tanto deseabas. Dido arde de amores; un ciego furor ha penetrado en sus huesos. Rijamos, pues, ambos pueblos, unidos bajo nuestro común amparo; consiente que Dido sirva a un esposo frigio, y sean los Tirios la dote que le dé tu mano.

Venus, conociendo el ardid de Juno, que hablaba así con objeto de llevar a las playas africanas el reino de Italia, le respondió de esta manera:

—¿Quién había de ser tan insensato, que rehusase tales proposiciones o prefiriese ponerse en pugna contigo? Falta sólo que la fortuna favorezca tus planes; pero dudo si los hados, dudo si la voluntad de Júpiter consentirán que se junten en una sola ciudad los Tirios y los desterrados de Troya, y aprueben esa mezcla de pueblos y esa proyectada alianza. Tú eres su esposa: a ti te toca doblar su ánimo con ruegos. Empieza; yo te seguiré.

Así repuso entonces la regia Juno:

—De mi cuenta es eso: escúchame ahora; voy a decirte brevemente por qué medio podrá conseguirse lo que tanto importa. Eneas y la desgraciada Dido se disponen a ir de caza al monte apenas despunte el sol de la mañana e ilumine el orbe con sus rayos. Yo desataré sobre ellos un negro temporal de agua y granizo, y haré retemblar con truenos el firmamento, mientras recorran el bosque los veloces jinetes, y los ojeadores le cerquen de empalizadas. Huirá la comitiva, envuelta en opacas tinieblas; Dido y el caudillo troyano irán a refugiarse en la misma cueva; yo estaré allí, y si puedo contar con tu voluntad, los uniré con indisoluble lazo y Dido será de Eneas. Allí acudirá Himeneo.

Accedió Citerea sin dificultad a lo que le pedía Juno, riéndose de su descubierto ardid.

En tanto la naciente aurora se levanta del océano, y la flor de la juventud sale de la ciudad, llevando con profusión apretadas redes, lonas y jabalinas de ancha punta de hierro; acuden precipitadamente los jinetes masilios y las jaurías de mucho olfato. Los primeros caudillos cartagineses esperan en el umbral del palacio a la Reina, que aun se detiene en el lecho; vistosamente enjaezado de púrpura y oro su caballo está a la puerta, tascando impaciente el espumoso freno. Adelántase por fin Dido, acompañada de numeroso séquito, cubierta de una clámide sidonia con cenefa bordada; lleva una aljaba de oro, recogido el cabello en dorada redecilla y prendida la purpúrea vestidura con un áureo broche. Síguenla los Frigios y el alegre Iulo; a su frente el mismo Eneas, el más hermoso de todos, se reúne a ella y con esto se juntan ambas comitivas. Cual Apolo cuando abandona la helada Licia y las corrientes del Janto, y visita la materna Delos, instaura los coros y mezclados los Cretos, los Driopes y los pintados Agatirsos, se revuelven furiosos al derredor de los altares, mientras él recorre las cumbres del Cinto, y ajustando la cabellera suelta al viento, la sujeta con delicada guirnalda de hojas y oro, pendiente de los hombros la sonora aljaba; tal y no menos gallardo iba Eneas, no menos hermosura resplandecía en su noble rostro. Luego que llegaron a los altos montes y penetraron en sus más intrincadas guaridas, he aquí que las cabras monteses se precipitan de las fragosas cumbres, mientras por otro lado los ciervos cruzan corriendo el llano y abandonan los montes, huyendo reunidos en polvoroso tropel. En medio de los valles el niño Ascanio rebosa de gozo en su fogoso caballo y se adelanta en la carrera, ya a unos, ya a otros, pidiendo a los dioses que le envíen entre aquellos tímidos rebaños un espumoso jabalí o que un rojo león baje del monte.

Empieza entre tanto a revolverse el cielo con grande estrépito, a que sigue un aguacero mezclado de granizo, con lo cual los Tirios y la troyana juventud y el dardanio nieto de Venus, dispersados por el miedo, van en busca de diversos refugios; los torrentes se derrumban de los montes. Dido y el caudillo troyano llegan a la misma cueva; la Tierra la primera y prónuba Juno, dan la señal; brillaron los relámpagos y se inflamó el éter, cómplice de aquel himeneo, y en las más altas cumbres prorrumpieron las ninfas en grandes alaridos. Fue aquel día el primer origen de la muerte de Dido y el principio de sus desventuras, pues desde entonces nada le importe de su decoro ni de su fama; ya no oculta su amor, antes le da el nombre de conyugal enlace, y con este pretexto disfraza su culpa.

Vuela al punto la Fama por las grandes ciudades de la Libia; la Fama, la más veloz de todas las plagas, que vive con la movilidad y corriendo se fortalece; pequeña y medrosa al principio, pronto se remonta a los aires y con los pies en el suelo, esconde su cabeza entre las nubes. Cuéntase que irritada de la ira de los dioses, su madre la Tierra, la concibió, última hermana de Ceo y Encélado, rápida por sus pies y sus infatigables alas; monstruo horrendo, enorme, cubierto el cuerpo de plumas, y que debajo de ellas tiene otros tantos ojos; siempre vigilantes, ¡oh maravilla! y otras tantas lenguas y otras tantas parleras bocas y aguza otras tantas orejas. De noche tiende su estridente vuelo por la sombra entre el cielo y la tierra, sin que cierre nunca sus ojos el dulce sueño; de día se instala cual centinela en la cima de un tejado o en una alta torre, y llena de espanto las grandes ciudades, mensajera tan tenaz de lo falso y de lo malo, como de lo verdadero. Entonces se complacía en difundir por los pueblos multitud de especies, pregonando igualmente lo que había y

lo que no había; que era llegado Eneas, descendiente del linaje troyano, con quien la hermosa Dido se había dignado enlazarse, y que a la sazón pasaban el largo invierno entre placeres, olvidados de sus reinos y esclavos de torpe pasión. Estas cosas va difundiendo la horrible diosa por boca de las gentes. Al punto tuerce su vuelo hacia el rey Iarbas, e inflama su corazón y atiza en él las iras con sus palabras.

Iarbas, hijo de Hamón y de una ninfa robada del país de los Garamantas, había erigido a Júpiter, en sus vastos estados, cien templos inmensos y cien altares, en que ardía constantemente el fuego sagrado en perpetuo honor de los dioses, y cuyo suelo en torno estaba siempre empapado con la sangre de las víctimas bajo dinteles guarnecidos de floridas guirnaldas. Inflamado y fuera de sí con aquellos acerbos rumores, es fama que dirigió largas preces a Júpiter, alzando las manos suplicantes al pie de los altares, en medio de las estatuas de los dioses.

—¡Oh Júpiter todopoderoso! —exclamó—, a quien la mauritana gente, tendida ahora en pintados lechos, ofrece en sus banquetes el vino de las libaciones, ¿ves esto? ¿Será que te temblamos en vano ¡oh padre! cuando vibran tus rayos? ¿Será que esos relámpagos, envueltos en nubes, que aterran los ánimos, sólo producen vanos murmullos? ¡Esa mujer que llegó errante a mis fronteras y me compró el derecho de fundar una reducida ciudad; esa mujer a quien yo di la tierra que habrá de cultivar en las costas y el dominio de aquellos sitios, repele mi alianza y recibe en su reino a Eneas como señor! ¡Y ahora ese Paris, con su afeminada comitiva, ceñida la cabeza de la mitra meonia, y perfumado el cabello, está disfrutando de su conquista, mientras que yo llevo inútilmente mis ofrendas a sus templos y abrigo en mi alma una vana idea de tu poder!

Oyó el omnipotente al que estas preces la dirigía, abrazado a los altares, y volvió los ojos a las regias murallas de Cartago, y a los amantes olvidados de mejor fama; en seguida se dirige en estos términos a Mercurio, y le da estas órdenes:

—Ve, ve, pronto, hijo mío; llama a los céfiros, y ve volando a hablar al caudillo dárdano, que se está en la tiria Cartago desatendiendo las ciudades que le conceden los hados; llévale mis palabras en los rápidos vientos. No es ese el héroe que me prometió su hermosísima madre, ni para esto le libertó dos veces de las armas de los Griegos; antes bien me prometió que regiría la Italia, futura madre de tantos imperios, siempre sedienta de guerras, que habían de perpetuar al alto linaje de Teucro, y sometería a sus leyes todo el orbe. Si no le inflama la ambición de tan grandes cosas, si nada quiere hacer por su propia gloria, ¿puede acaso, como padre, arrebatar a Ascanio las grandezas romanas? ¿En que está pensando, o con qué esperanza se detiene en medio de una nación enemiga, sin acordarse de su descendencia ausonia ni de los lavinios campos? Que se embarque: tal es mi voluntad; sé tú mi mensajero.

Dijo, y Mercurio se dispone a obedecer el mandato del gran padre de los dioses, calzándose los talares de oro, que con sus alas le llevan remontado por los aires con la rapidez del viento, cruzando mares y tierras; luego empuña el caduceo, con el que evoca del Orco las pálidas sobras y envía a otras al triste Tártaro, las da y quita el sueño, y abre los ojos, que cerrara la muerte; sostenido en él, impele los vientos y surca borrascosas nubes. Ya volando divisa la cumbre y las empinadas vertientes del duro Atlante, cuya pinífera frente, siempre rodeada de negras nubes, resiste el continuo empuje del viento y de la lluvia. Sus hombros están cubiertos de amontonada nieve; del rostro del anciano se precipitan caudalosos ríos, y el hielo eriza su fosca barba. Allí se paró por primera vez el dios nacido en el monte Cilene, sosteniéndose en sus alas inmóviles, lanzándose en seguida hacia el mar, semejante al ave que vuela humilde rasando las aguas alrededor de las playas y de los peñascos, en que abunda la pesca. No de otra suerte Mercurio, dejando las cumbres de su abuelo materno, volaba entre la tierra y el cielo hacia la arenosa playa de la Libia, y hendía los vientos.

Apenas tocó con sus aladas plantas las cabañas de Cartago, vio a Eneas, que estaba echando los cimientos de las fortalezas y de las casas de la nueva ciudad. Ceñía una radiante espada con empuñadura de verde jaspe, y de los hombros le caía un manto de púrpura de Tiro, reluciente como

lumbre, regalo de la opulenta Dido, obra de sus manos, en que había entretejido delicadas labores de oro. Al punto se llegó a él y le dijo:

—¡Que ahí estás echando los cimientos de la soberbia Cartago, y sometiendo a una mujer, le edificas una hermosa ciudad, olvidando ¡ay! tu reino y tus intereses! El mismo rey de los dioses, que rige con su voluntad suprema el cielo y la tierra, me envía a ti desde el claro Olimpo; él mismo me ordena cruzar los raudos vientos para traerte estos mandatos! ¿En qué piensas? ¿Con que esperanzas pierdes el tiempo en las tierras de la Libia? Si nada te mueve la ambición de tan altos destinos, ni nada quieres acometer por tu propia gloria, piensa en Ascanio, que ya va creciendo; piensa en las esperanzas de tu heredero Iulo, a quien reservan los dioses el reino de Italia y la romana tierra.

Dicho esto, despojóse Mercurio de la mortal apariencia, sin aguardar la respuesta de Eneas, y se desvaneció ante su vista a lo lejos, confundiéndose con las leves auras.

Enmudeció Eneas, consternado ante aquella aparición, y se erizaron de horror sus cabellos, y la voz se le pegó a la garganta. Atónito con tan grave aviso y con el expreso mandato de los dioses, arde ya en deseos de huir y abandonar aquel dulce y amado suelo; mas ¡ah! ¿Cómo hacerlo? ¿Con qué razones osará ahora tantear la voluntad de la apasionada Reina? ¿Por dónde empezar a prepararla? Y mil rápidos pensamientos se suceden en su mente y la agitan en todos sentidos. Después de larga indecisión, este partido le pareció el más acertado: llama a Mnesteo y a Sergesto y al fuerte Seresto, y les manda que con sigilo aparejen la escuadra y reúnan a sus compañeros en la playa, que aperciban las armas y disimulen la causa de aquellas novedades, mientras él, cuando aun nada sepa la noble Dido, ni se espere a ver roto un tan grande amor, verá qué medios podrán tentarse, cuál ocasión será la más propicia para hablarla y como se sale mejor de aquel trance. Todos al punto obedecen y ejecutan sus órdenes.

Empero la Reina (¿quien podría engañar a una amante?) presintió la trama y supo la primera los movimientos que se preparaban, recelándose de todo en medio de su seguridad. La misma impía Fama fue quien llevó a la enamorada Dido la nueva de que se estaba armando la escuadra y disponiéndose la partida; con lo que enfurecida, inflamada y fuera de sí, recorre toda la ciudad, cual bacante agitada al principiarse los sacrificios, cuando la estimulan las orgías trienales, oída la voz de Baco y la llaman los nocturnos clamores de Citaron. Vase, en fin, a Eneas y le interpela en estos términos:

—¿Esperabas, pérfido, poder ocultarme tan negra maldad y salir furtivamente de mis estados? Y ¿no te contiene mi amor, ni esta diestra, que te di en otro tiempo, ni la desastrosa muerte que espera a Dido? Además, y como si todo eso no bastara, aparejas tu escuadra en la estación invernal y te apresuras a darte al mar cuando soplan los aquilones, ¡cruel! Dime: aun cuando no te dirigieses a extranjeros campos y a moradas desconocidas, aun cuando todavía permaneciese en pie la antigua Troya, ¿iría tu escuadra a buscar a Troya surcando borrascosos mares? ¿Huyes de mí por ventura? Por estas lágrimas mías, por esa tu diestra (pues todo ¡mísera de mí! te lo he abandonado), por nuestro enlace, por nuestro comenzado himeneo, si algo merezco de ti, si alguna felicidad te he dado, yo te suplico que te compadezcas de este amenazado reino, y si aun los ruegos pueden algo contigo, renuncio a ese propósito. Por ti me aborrecen las naciones de la Libia y los tiranos de los Nómadas; por ti me he hecho odiosa a los tirios; por ti, en fin, he sacrificado mi pudor y perdido mi primera fama, único bien que me remontaba hasta los astros. ¿A quién me abandonas moribunda, ¡oh huésped!, pues sólo este nombre queda al que fue mi esposo? ¿Qué aguardo? ¿Acaso a que mi hermano Pigmalión venga a destruir mis murallas, o a que el gétulo Iarbas me lleve cautiva? ¡Si a lo menos antes de tu fuga me quedase alguna prenda de tu amor; si viese juguetear en mi corte un pequeñuelo Eneas, cuyo rostro infantil me recordase el tuyo, no me creería enteramente vendida y abandonada!

Dijo. Subyugado por el mandato de Júpiter, fijos los ojos, Eneas pugna por encerrar su dolor en el corazón; por fin le responde en breves palabras:

—Jamás negaré ¡oh Reina! los grandes favores que me recuerdas; nunca me pesará acordarme de Elisa mientras conserve memoria de mí mismo, mientras anime mi cuerpo el soplo de la vida. Poco diré para justificarme: nunca me propuse, créelo, huir secretamente, pero tampoco pensé nunca encender aquí las teas de himeneo ni te di palabra de esposo. Si los hados me permitiesen disponer de mi vida y mis obligaciones a mi entero arbitrio, mi primer cuidado hubiera sido restaurar la ciudad de Troya y las dulces reliquias de los míos: aun subsistirían los altos alcázares de Príamo, y mi mano hubiera levantado para los vencidos un nuevo Pérgamo; pero ahora Apolo de Grineo me manda ir a la grande Italia, a Italia me envían los oráculos de la Licia: ¡Allí está mi amor, allí mi patria! Si a ti, nacida en la Fenicia, te agrada habitar los palacios de la africana Cartago, ¿por qué has de impedir a los Teucros que vayan a establecerse en la Ausonia? Justo es que nosotros también busquemos un reino extranjero. Cuantas veces la noche cubre la tierra con sus húmedas sombras, cuantas veces se levantan los encendidos astros, la pálida imagen de mi padre Anquises me amonesta en sueños y me llena de pavor, y pienso en el niño Ascanio, en ese hijo querido, a quien estoy privando injustamente del reino de Hesperia y de los campos que le reservan los hados. Y aun ahora el mensajero de los dioses, enviado por el mismo Júpiter (por mi padre y por mi hijo de lo juro), me ha traído por los rápidos vientos ese mandato: yo mismo con mis propios ojos vi al dios, bañado de viva luz, entrar en la ciudad y oí su voz con mis propios oídos. Cesa, pues, de agravar con tus quejas tu dolor y el mío; no por mi voluntad voy a Italia...

Mientras de esta suerte hablaba Eneas, Dido tenía vuelto el rostro, retorciendo la vista a una y otra parte; luego le recorre de pies a cabeza con silenciosa mirada y exclama así, furiosa:

—No, no fue una diosa tu madre, pérfido, ni vienes del linaje de Dárdano; el Cáucaso, erizado de duras peñas, te engendró y te amamantaron las tigres hircanas. Porque ¿a que disimular? ¿a qué mayores ultrajes me reservo? ¿Acaso le ha conmovido mi llanto? ¿Ha vuelto los ojos hacia mí? ¿Ha llorado, vencido de mis lágrimas, o se ha compadecido de su amante? ¿Qué más he de sufrir? No, no; ni la poderosa Juno ni el hijo de Saturno ven estas cosas con ojos serenos. Ya no hay fe en el mundo; arrojado a la playa, mísero y necesitado de todo, le recogí y le di, insensata, una parte en mi reino y salvé su escuadra perdida y liberté de la muerte a sus compañeros. ¡Ah! ¡las Furias me queman, me arrebatan! ¡Ahora se me viene con el agüero de Apolo y con los oráculos de la Licia y con que el mensajero de los dioses, enviado por el mismo Júpiter, le ha traído por los aires ese horrendo mandato, como si los dioses se afanasen por esas cosas, como si tales cuidados fuesen a turbar su reposo! Vete, no te detengo, ni quiero refutar tus palabras; ve, ve a buscar la Italia en alas de los vientos; ve a buscar un reino cruzando las olas. Yo espero, si algo pueden los piadosos númenes, que encontrarás el castigo en medio de los escollos y que muchas veces invocarás el nombre de Dido. Ausente yo, te seguiré con negros fuegos, y cuando la fría muerte haya desprendido el alma de mis miembros, sombra terrible, me verás siempre a tu lado. Expiarás tu crimen, traidor; yo lo oiré y la fama de tu suplicio llegará hasta mí en la profunda mansión de los manes.

Dicho esto, se interrumpe sin aguardar respuesta, y llena de dolor, se oculta a la luz del día y huye de los ojos de Eneas, dejándole indeciso y amedrentado, y disponiéndose a alegar y a esforzar nuevas razones. Sus doncellas la sostienen, la llevan casi exánime a su marmóreo aposento y la tienden en su lecho.

En tanto el piadoso Eneas, aunque bien quisiera consolar a la triste Dido y calmar su afán con afectuosas palabras, gimiendo amargamente y quebrantado su ánimo por un grande amor, decide, no obstante, obedecer al mandato de los dioses y va a revistar su armada. Con esto los Troyanos redoblan su fervor y desencallan en toda la playa las altas naves. Ya flotan sobre las aguas las embreadas quillas; en su afán de emprender pronto la fuga, traen de las selvas hojosas ramas y maderas sin labrar, que emplean a guisa de remos... Por todas las puerta de la ciudad se los ve salir en tropel, como las hormigas, cuando saquean un gran montón de trigo, en previsión del invierno, y lo trasladan a su granero: va por los campos el negro escuadrón, llevándose su presa por angosta

vereda entre la hierba: unas acarrean con grande empuje los granos mayores; otras reúnen las huestes y castigan a las morosas: hierve con la faena todo el sendero. ¿Cuáles eran tus pensamientos ¡oh Dido! al presenciar aquellos preparativos? ¿que gemidos exhalabas al ver desde lo alto de tu palacio hervir en gentes toda la playa y mezclarse todos aquellos clamores al estruendo del mar? ¡Cruel amor! ¿a qué no impeles a los mortales corazones?[11] De nuevo tiene que recurrir a las lágrimas, de nuevo tiene que apelar a las súplicas y que doblar su orgullo bajo el yugo del amor, para que nada le quede por intentar antes de morir inútilmente.

—Ana —le dice—, ¿ves ese gran movimiento en la playa? Todos los Troyanos acuden a ella; ya las velas llaman al viento y ya alegres los marineros han ceñido las popas con guirnaldas. Yo debí prever este gran dolor; también podré sobrellevarle, ¡oh hermana mía! Sin embargo, Ana, concede todavía a la desgraciada Dido este único favor, ya que a ti sola demostraba ese pérfido, y aun te confiaba sus secretos pensamientos; tú sola conocías los caminos y la ocasión de penetrar en el corazón de ese hombre. Ve, hermana, y suplicante habla a ese soberbio enemigo. Yo no juré en la Áulide con los Griegos el exterminio de la nación troyana, ni envié una armada contra Pérgamo, ni arranqué de su sepulcro la cenizas y los manes de su padre Anquises; ¿por qué cierra el oído desapiadado a mis palabras? ¿por qué huye de mí tan precipitadamente? Conceda esta última merced a su desventurada amante; espera una fuga más fácil y vientos más prósperos. Ya no reclamo la antigua fe, que ha violado, ni que se prive por mí de su hermano Lacio, ni que renuncie a su reino; sólo pido un breve plazo, un poco de descanso y de tiempo para calmar mi delirio, mientras la fortuna me enseña a llorar, vencida y resignada. ¡Ten compasión de tu hermana! este postrer favor te pido, y si me lo concedes, mi gratitud, cada día mayor, te acompañará hasta la hora de mi muerte.

Tales eran sus súplicas, tales los lamentos que su afligida hermana lleva y vuelve a llevar continuamente a Eneas; pero él a todos permanece insensible y nada quiere oír: a ello se oponen los hados, y un dios le cierra el oído a la compasión. Como cuando los vientos de los Alpes luchan entre sí por descuajar con su empuje en todas direcciones una robusta y añosa encina, y rugen con furor, y sacudiendo su trono, cubren toda la tierra en torno desgajadas ramas, mientras ella persevera clavada en las rocas, y tanto levanta su copa por le etéreas auras cuanto hunde sus raíces en el Tártaro; no de otra suerte el héroe, combatido por aquellas incesantes súplicas, vacila a veces, y su gran corazón devora el dolor; pero su resolución persevera inmoble y en vano le asedian las lágrimas.

Entonces la desgraciada Dido, consternada en vista de su cruel destino, implora la muerte. La luz del día llena su corazón de amargura, y como para más impulsarla a su propósito de quitarse la vida, vio, ¡horrible presagio! mientras estaba ofreciendo donativos y quemando incienso en las aras, ennegrecerse los sagrados licores y convertirse en impura sangre los derramados vinos. A nadie, ni aun a su misma hermana, refirió aquella visión. Había además en su palacio un templo de mármol, consagrado a su primer esposo, el cual solía decorar con admirable pompa, ciñéndole de blancos vellones y de sagradas ramas. De allí, cuando la oscura noche cubre la tierra, parecióle que salían voces y palabras de su esposo, que la llamaba, y que muchas veces un búho, solitario en la más alta torre de su palacio, se lamentaba con lúgubre canto, exhalando largos y lastimeros gemidos. Numerosas predicciones de los antiguos vates la espantan además con terribles avisos. El mismo cruel Eneas se le aparece en sueños y la agita y enloquece; siempre se imagina verse abandonada y sola, y cree ir siempre andando por un largo camino, de nadie seguida, buscando a sus Tirios por un país desierto. Cual Penteo demente ve la turba de las Euménides y tiene siempre delante de sí dos soles y dos Tebas, o cual Orestes, hijo de Agamenón, cuando fuera de sí huye en la escena de su madre armada de teas y negras serpientes, y ve sentadas en el umbral del templo a las vengadoras Furias.

---

11 *Improbe amor, quid non mortalia pectora cogis!*

Luego pues que, vencida por el dolor, se abandonó a la desesperación y resolvió morir, dispuso consigo misma a sus solas el modo y la ocasión de hacerlo; y componiendo el rostro para mejor disimular, la frente serena y radiante de esperanza, se dirige en estos términos a su afligida hermana:

—Felicítame: ya he discurrido el medio de recobrar a Eneas, o de curarme de este amor que le profeso. Hay un lugar, término del país de los Etíopes, cerca de los confines del océano y del sol en su ocaso, donde el inmenso Atlante hace girar sobre sus hombros el eje del cielo, tachonado de ardientes estrellas. De allí ha venido y se me ha presentado una sacerdotisa de la nación masilia, antigua custodia del templo de las Hespérides, que guardaba en el árbol los sagrados ramos, y daba al dragón manjares, rociados de líquida miel y soporíferas adormideras. Esta promete sanar a su arbitrio con sus conjuros los pechos enamorados, o infundir en otros los tormentos del amor; atajar las corrientes de los ríos y hacer que retrocedan los astros; y evoca los manes durante la noche; oirás a la tierra mugir bajo sus pies y verás bajar los olmos de las montañas. Testigos me son los dioses y tú, querida hermana, a quien tanto quiero, de que muy a pesar mío recurro a artes mágicas. Levanta secretamente en el interior del palacio y al aire libre una pira, y coloca encima las armas de Eneas, que el impío dejó colgadas en nuestro tálamo, y todas las prendas que de él me quedan, y el mismo tálamo conyugal en que perecí: la sacerdotisa manda que destruya todos los recuerdos de ese hombre odioso.

Dicho esto, calló y su rostro se cubrió de palidez; Ana, sin embargo, no sospecha que su hermana encubra bajo aquellos desusados sacrificios proyectos funerales, ni se imagina que a tanto llegue su delirio, ni teme que sea entonces mayor su desesperación que cuando murió Siqueo; así, pues, obedeció sus órdenes...

Luego que se ha levantado en el interior de su palacio una gran pira al aire libre, con teas y ramas de encina, enguirnalda la Reina aquel recinto, le corona con fúnebre ramaje, y coloca sobre el tálamo los vestidos de Eneas, su espada y su imagen, segura de la suerte que le aguarda. Varios altares rodean la pira, y la sacerdotisa, suelto el cabello, invoca tres veces con voz tonante a los cien dioses infernales, al Erebo, al Caos, a la triforme Hécate, a Diana, la virgen de tres caras; al mismo tiempo derrama turbias aguas para simular las del averno, y el zumo de aquellas vellosas hierbas segadas a la luz de la luna con podadera de cobre, que destilan negro veneno, a que mezcla el hipomanes arrancado de la frente de potro recién nacido, arrebatado a la madre... La reina misma, descalzo un pie y desceñida la túnica, presenta a los altares con sus piadosas manos la sagrada mola, y próxima a morir, toma por testigo a los dioses y a los astros, sabedores de su fatal destino; y si hay algún numen vengador de los amantes burlados, implora su justicia.

Era la noche, y los fatigados cuerpos disfrutaban en la tierra apacible sueño; descansaban las selvas y los terribles mares. Era la hora en que llegan los astros a la mitad de su carrera, en que callan los campos, y en que los ganados y las pintadas aves, y lo mismo los animales que habitan en los extensos lagos, que los pueblan los montes, entregados al sueño en el silencio nocturno, mitigaban sus cuidados y olvidaban sus faenas. No así la desventurada Dido, a cuyos ojos nunca llega el sueño, a cuyo pecho nunca llega el descanso, antes la noche aumenta sus penas y reanima y embravece su amor, mientras su corazón fluctúa en un mar de iras. Párase al fin, y hablando consigo misma, revuelve en su mente estos pensamientos:

—¿Qué debo hacer? ¿He de exponerme a que se burlen de mí mis antiguos pretendientes, solicitando enlazarme con alguno de esos reyes nómadas, a quienes tantas veces desdeñé por esposos? ¿Seguiré por ventura la armada troyana, y me someteré cual esclava a las órdenes de los Teucros? ¡A fe que debo estar satisfecha de haberles dado auxilio, y que guardan buena memoria y gratitud insigne de los favores recibidos! Pero ¿me lo permitirían acaso, aun cuando yo quisiera? ¿me recibirían en sus soberbias naves, siéndoles aborrecida? ¿Ignoras, ¡ay! ¡miserable! no conoces todavía los perjurios de la raza de Laomedonte? ¿Qué debo hacer, pues? ¿Acompañaré sola y fugitiva a esos soberbios mareantes, o me uniré a ellos seguida de mis Tirios y de mis pueblos

todos? ¿Expondré de nuevo a los azares del mar, de nuevo mandaré dar al viento la vela a los que con tanto afán arranqué de la ciudad sidonia? ¡No! muere más bien como mereces, y aparta el dolor con el hierro. ¡Tú, la primera, hermana; tú, vencida de mis lágrimas y de mi ciega pasión, me has traído estas desgracias y me has entregado a mi enemigo! ¡Plugiera a los dioses que, inocente y libre, hubiera vivido, como las fieras, sin probar tan crueles angustias! ¡Ojalá hubiese guardado la fe prometida a las cenizas de Siqueo!

Tales lamentos lanzaba Dido de su quebrantado pecho.

Decidido ya a partir, y todo dispuesto, durmiendo estaba Eneas en su alta nave, cuando vio la imagen del mismo numen que ya antes se le había aparecido; imagen en un todo semejante a Mercurio, por la voz, por el color, por su rubio cabello y juvenil belleza, y de nuevo se le figuró que le hablaba así:

—Hijo de una diosa, ¿y puedes dormir en este trance? ¿No ves los peligros que para lo futuro te rodean? ¡Insensato! ¿No oyes el soplo de los céfiros bonancibles? Resuelta a morir, Dido revuelve en su mente engaños y maldades terribles, y fluctúa en un mar de iras. ¿No precipitas la fuga mientras puedes hacerlo? Pronto verás la mar cubrirse de naves y brillar amenazadoras teas; pronto verás hervir en llamas toda la ribera si te coge la aurora detenido en estas tierras. ¡Ea, ve! ¡No más dilación! La mujer es siempre voluble.[12]

Dicho esto, se confundió con las sombras de la noche.

Aterrado Eneas con aquellas repentinas sombras, se arranca al sueño y hostiga a sus compañeros, diciéndoles:

—Despertad al punto, remeros, y acudid a vuestros bancos. ¡Pronto, tended las velas! Por segunda vez un dios, enviado desde el alto éter, me insta a acelerar la fuga y a cortar los retorcidos cables. Quienquiera que seas, poderoso dios, ya te seguimos, y por segunda vez obedecemos jubilosos tu mandato. ¡Oh! ¡asístenos propicio y haz brillar para nosotros en el cielo astros favorables!

Dijo, y desenvainado la fulmínea espada, corta de un tajo las amarras. Su ardor cunde en todos al mismo instante; todos se apresuran y se precipitan, todos abandonan las playas; desaparece la mar bajo las naves; a fuerza de remos levantan olas de espuma y barren los cerúleos llanos.

Ya la naciente Aurora, abandonando el dorado lecho de Titón, inundaba la tierra de nueva luz, cuando vio la Reina desde la atalaya despuntar el alba y alejarse en orden la armada; vio también desierta la playa y el puerto sin remeros; y golpeándose tres y cuatro veces el hermoso pecho y mesándose el rubio cabello,

—¡Oh, Júpiter! —exclamó—, ¡se me escapará ese hombre!, ¡ese advenedizo se habrá burlado de mí en mi propio reino! ¿Y los míos no empuñarán las armas, no saldrán de todas partes a perseguirlos, y no arrancarán las naves de los astilleros? Id, volad, vengan llamas, dad las velas, mano a los remos... ¿Qué digo? ¿dónde estoy? ¿qué desvarío me ciega? ¡Dido infeliz! ¡ahora adviertes su maldad! Valiera más que la advirtieras cuando le dabas tu cetro. Esa es su palabra, esa su fe, ¡ese es el hombre de quien cuentan que lleva consigo sus patrios penates y que sacó de Troya sobre sus hombros a su anciano padre! ¿No pude apoderarme de él y despedazar su cuerpo y dispersarlo por las olas, y acuchillar a sus compañeros y al mismo Ascanio, y ofrecerle por manjar en la mesa de su padre?... Tal vez en esa lid la victoria hubiera sido dudosa. ¡Y que lo fuese! Destinada a morir, ¿qué tenía yo que temer? Yo hubiera llevado las teas a sus reales, hubiera incendiado sus naves y exterminado al hijo y al padre con toda su raza, y a mí misma sobre ellos... ¡Oh sol, que descubres con tu luz todas las obras de la tierra, y tú oh Juno, testigo y cómplice de mi desgracia! ¡Oh Hécate, por quien resuenan en las encrucijadas de las ciudades nocturnos aullidos! y ¡oh vosotras, Furias vengadoras, y oh dioses de la moribunda Elisa, escuchad estas palabras, atended mis súplicas y convertid sobre esos malvados vuestro numen vengador! Si es forzoso que

12 *Varium et mutabile semper femina.*

ese infame arribe al puerto y pise el suelo de Italia; si así lo exigen los hados de Júpiter, y este término es inevitable, que a lo menos, acosado por la guerra y las armas de un pueblo audaz, desterrado de las fronteras, arrancado de los brazos de Iulo, implore auxilio y vea la indigna matanza de sus compañeros; y cuando se someta a las condiciones de una paz vergonzosa, no goce del reino ni de la deseada luz del día, antes sucumba a temprana muerte y yazga insepulto en mitad de la playa. Esto os suplico; este grito postrero exhalo con mi sangre. Y vosotros, ¡oh Tirios! cebad vuestros odios en su hijo y en todo su futuro linaje; ofreced ese tributo a mis cenizas. Nunca haya amistad, nunca alianza entre los dos pueblos. Alzate de mis huesos, ¡oh vengador, destinado a perseguir con el fuego y el hierro a los advenedizos hijos de Dárdano! ¡Yo te ruego que ahora y siempre, y en cualquier ocasión en que haya fuerza bastante, lidien ambas naciones, playas contra playas, olas contra olas, armas contra armas, y que lidien también hasta sus últimos descendientes!

Esto diciendo, revolvía mil proyectos en su cabeza, discurriendo el medio de quitarse lo más pronto posible la odiosa vida. Llama entonces a Barce, nodriza de Siqueo (pues su antigua patria guardaba las negras cenizas de la suya), y le dice:

—Dispón, querida nodriza, que venga aquí mi hermana; dile que se apresure a purificarse en las aguas del río, y traiga consigo las víctimas y las ofrendas expiatorias que ha pedido la sacerdotisa; hecho esto, venga en seguida. Tú, por tu parte, ciñe a tus sienes las sagradas ínfulas; quiero consumar el sacrificio que tengo preparado al supremo numen infernal, poner término a mis ansias y entregar a las llamas la efigie del Troyano.

Dijo, y la anciana acelera el paso con senil premura. Entre tanto Dido, trémula y arrebatada por su horrible proyecto, revolviendo los sangrientos ojos y jaspeadas las temblorosas mejillas, cubierta ya de mortal palidez, se precipita al interior de su palacio, sube furiosa a lo alto de la pira y desenvaina la espada de Eneas, prenda no destinada ¡ay! a aquel uso. Allí, contemplando las vestiduras troyanas y el conocido tálamo, después de dar algunos momentos al llanto y sus recuerdos, reclinóse en el lecho y prorrumpió en estos postreros acentos:[13]

—¡Oh dulces prendas, mientras lo consentían los hados y un dios, recibid esta alma y libertadme de estos crudos afanes! He vivido, he llenado la carrera que me señalara la fortuna, y ahora mi sombra descenderá con gloria al seno de la tierra. He fundado una gran ciudad, he visto mis murallas. Vengadora de mi esposo, castigué a un hermano enemigo. ¡Feliz, ¡ah! demasiado feliz con sólo que nunca hubiesen arribado a mis playas las dardanias naves! —dijo, y besando el lecho exclamó:— ¡Y he de morir sin venganza! Muramos: así, así quiero yo descender al abismo. Apaciente sus ojos desde la alta mar el cruel Dardanio en esta hoguera, y lleve en su alma el presagio de mi muerte.

Dijo, y en medio de aquellas palabras, sus doncellas la ven caer a impulso del hierro, y ven la espada llena de espumosa sangre y sus manos todas ensangrentadas. Inmenso clamor se levanta en todo el palacio; cual bacante, la Fama recorre en un momento toda la aterrada ciudad; retiemblan todos los edificios con los sollozos y los alaridos de las mujeres; resuena el éter con grandes lamentos, no de otra suerte que si Cartago toda entera o la antigua Tiro se derrumbasen, entregadas al enemigo, y cundiesen furiosas llamas por casa y templos.

Despavorida, exánime oye Ana los clamores, acude precipitadamente, y desgarrándose el rostro con las uñas y golpeándose el pecho, atropella por todos y llama a gritos a la moribunda Dido:

—¡Este era, oh hermana, el sacrificio que disponías! ¡Así me engañabas! ¡Esto me preparaban esa pira, esa hoguera y esos altares! Abandonada de ti, ¿por donde he de empezar mis lamentos?

---

13 Hernández de Velasco estuvo muy feliz en la traducción poética de este y otros pasajes del mismo libro. Véase como muestra esta octava: «¡Oh dulces prendas cuando Dios quería / Y me era amigo mi infelice hado! / Tomad aquesta mísera alma mía / Y dad fin dulce a mi mortal cuidado. /Hoy es mi triste postrimero día, / Ya el curso de mi vida es acabado; / Hoy baja el alma de la grande Dido / Al centro oscuro del eterno olvido.» Salvo alguna redundancia, hay en esta octava hermosos versos y un profundo sentimiento de la situación.

¿Te desdeñaste de que tu hermana te acompañase en tu muerte? ¡Ah! ¿por qué no me llamaste a compartir tu destino? El mismo dolor, la misma hora nos hubiera arrebatado a ambas a impulso del hierro. ¡Y yo levanté esa pira con mis propias manos, yo misma invoqué a los dioses patrios, para que, tú ¡cruel! en ese duro trance, yo no estuviera presente! ¡Te mataste y me matas, hermana, y a tu pueblo y al Senado y a tu ciudad! Agua, dadme agua con que lave sus heridas, y si aun vaga en su boca un postrer aliento, le recogeré con la mía.

Esto diciendo, había subido las gradas de la pira, y estrechaba al calor de su regazo, entre gemidos, a su hermana moribunda, y le enjugaba con sus ropas la negra sangre. Dido se esfuerza por levantar los pesados ojos, y de nuevo cae desmayada; con la profunda herida que tiene debajo del pecho sale silbando su aliento. Tres veces se incorporó, apoyándose sobre el codo, y tres volvió a caer en su lecho; busca con errantes ojos la luz del cielo, la encuentra y gime.

Entonces la omnipotente Juno, compadecida de aquel largo padecer y de aquella difícil agonía, manda desde el Olimpo a Iris para que desprenda de los miembros aquella alma, afanada por romper su prisión; porque muriendo la desventurada Dido, no por natural ley del destino ni en pena de un delito, sino prematuramente y arrebatada de súbito furor, aun no había Proserpina cortado de su frente el rubio cabello ni consagrado su cabeza al Orco estigio. Iris, pues, desplegando en los cielos sus alas, húmedas de rocío, que tiñe el opuesto sol de mil varios colores, se para sobre la cabeza de la Reina:

—Cumpliendo con el mandato que he recibido, llevo este sacrificio a Dite y te desligo de este cuerpo.

Dice así y corta el cabello con la diestra; disípase al punto el calor, y la vida se desvanece en los aires.

LIBRO V

Dirígese Eneas a Italia, y por segunda vez arriba, impelido por una tempestad, a las costas de Sicilia, donde le acoge amistoso el rey Acestes; celebra sacrificios y grandes juegos fúnebres en el sepulcro de su padre Anquises.—Regatas.—Carreras a pie.—Luchas con el cesto; victoria de Entelo.—Tiro al blanco.—Carreras de caballos y simulacro de un combate de caballería, dirigido por el niño Ascanio y los demás mancebos troyanos y sicilianos; origen de los juegos de este nombre, renovados en tiempo de Augusto.—Concitadas por Iris, bajo la figura de la anciana Béroe, las matronas troyanas intentan incendiar la armada para poner término a sus peregrinaciones, y destruyen cuatro bajeles, habiendo impedido el incendio de los demás un deshecho aguacero enviado por Júpiter.—Aparécese en sueños a Eneas la sombra de Anquises, y le aconseja que deje en Sicilia parte de su gente, se dirija a Italia con los más animosos y vaya a consultar el oráculo de la Sibila de Cumas, la cual le conducirá a los Campos Elíseos, donde verá la larga serie de sus descendientes.—Funda Eneas la ciudad de Acesta para los troyanos que deja en Sicilia, da la vela con rumbo a Italia, favorecido por Neptuno a ruegos de Venus, y pierde en la travesía a su piloto Palinuro, que, vencido del sueño, cae al mar. Eneas rige la nave en medio de las tinieblas.

En tanto ya Eneas con su armada seguía resuelto su rumbo por la alta mar, surcando, impelido del aquilón, las negras olas y volviendo los ojos a las murallas de Cartago, iluminadas por la hoguera de la desventurada Elisa. Ignorantes de cuál pueda ser la causa de aquel tan vasto incendio; pero sabiendo la desesperación que produce un amor mal correspondido, y de lo que es capaz una mujer apasionada, sacan de él los Teucros tristísimo agüero. Internadas en la mar todas las naves, y cuando ya no se descubría a la redonda tierra alguna, sino sólo mares y cielo por todos lados, paróse encima de la cabeza de Eneas un cerúleo nubarrón, preñado de tinieblas y borrascas; negra noche cubrió de horror las olas. El mismo piloto Palinuro exclama desde la enhiesta popa:

—¡Ay! ¿por qué encapotan el cielo tantas nubes? ¿Qué preparas, oh padre Neptuno? —dicho esto, manda amainar velas y hacer fuerza de remos; y presentando oblicuamente la entena al viento, exclama:— Magnánimo Eneas, no, aun cuando me lo permitiera el supremo Júpiter, no esperaría arribar a Italia con este temporal. El viento ha cambiado y ruge furioso, batiéndonos de costado por el ennegrecido ocaso; densos nubarrones cubren el cielo. Ni resistir ni avanzar podemos; la fortuna nos vence, sigamos su empuje; torzamos el rumbo adonde nos llama, tanto más, cuanto creo que no han de estar distantes las seguras costas de tu hermano Erix y los puertos de Sicilia, si es que recuerdo bien las distancias de esos astros, que ya me son conocidos.

Entonces el pío Eneas:

—Ya ha tiempo, en verdad, que veo —dijo—, que eso piden los vientos y que vanamente pugnas por resistirlos. Tuerce, pues, el derrotero; ¿puede haber tierra más grata para mí, ni en que más desee guarecer mis fatigadas naves, que la que me conserve el troyano Acestes y cubre los huesos de mi padre Anquises?

Dicho esto, enderezan las proas a los puertos, impelidas las velas por los bonancibles céfiros; deslízase la armada rápidamente por el mar y arriban alegres en fin a las conocidas playas.

Acestes, que desde la alta cumbre de un monte había visto a lo lejos, con asombro, la llegada de aquellas naves amigas, acude a su encuentro, armado de una terrible jabalina y cubierto con la piel de una osa africana. Hijo del río Crimiso y de una madre troyana, Acestes, que no se había olvidado de sus antiguos progenitores, se congratula con la llegada de los Troyanos, los acoge

alborozado con agreste magnificencia, y los agasaja en su desgracia con toda suerte de cariñosos auxilios. Al día, apenas el primer albor de la mañana empezaba a ahuyentar del oriente las estrellas, convoca Eneas a sus compañeros, que andaban esparcidos por toda la playa, y desde la cima de un collado les habla de esta manera:

—Valerosos hijos de Dárdano, linaje de la alta sangre de los dioses, ya ha recorrido un año el círculo cabal de los meses que le componen, desde que depositamos en la tierra las reliquias y los huesos de mi divino padre y le consagramos tristes altares; ya, si no me engaño, es llegado el día que (así lo quisisteis, ¡oh dioses!) será para mí siempre acerbo, siempre venerando. Aun cuando arrastrase desterrado la vida en las sirtes gétulas, o me hallara cautivo en los mares de Argos o en la ciudad de Micenas, no por eso dejara de cumplir estos votos añales, de solemnizar este día con las debidas pompas, de cubrir sus altares con las ofrendas gratas a los muertos. Llegado hemos al sepulcro en que yacen las cenizas y los huesos de mi padre, no sin intención ni favor de los dioses, a lo que pienso, pues nos ha traído el mar a este puerto amigo; ea, pues, celebremos todos sus fúnebres exequias; pidámosle vientos propicios y que me consienta, edificada ya la ciudad que anhelo, renovar todos los años estas honras en templos dedicados a su memoria. Acestes, hijo de Troya, os da dos bueyes por cada nave; asistan a los festines vuestros penates patrios y también los que adora nuestro huésped Acestes. Además, si la novena aurora trae a los mortales la luz del almo día, y ciñe el orbe con sus fulgores, os propondré por primeras fiestas, regatas en el mar; los que descuellan en la carrera, los que confían en sus fuerzas, los mejores en disparar el venablo y las veloces saetas, los que se arrojan a luchar con el duro cesto, acudan a porfía y cuenten alcanzar en premio las merecidas palmas. Ahora haced muda oración y ceñíos con ramas las sienes.

Dicho esto, vela las suyas con el materno arrayán, y lo mismo hacen Helimo, el anciano Acestes y el niño Ascanio, siguiéndolos el resto del ejército. Encamínase luego Eneas, acompañado de innumerable muchedumbre, al sepulcro de su padre, donde, según el rito de las libaciones, derrama en tierra gota a gota dos copas llenas de vino, dos de leche recién ordeñada y dos de sagrada sangre; esparce por cima purpúreas flores y exclama así:

—Salve, ¡oh santo padre mío! Salve otra vez, ¡oh cenizas que en vano he recobrado! y ¡oh alma y manes paternos! No plugo a los dioses que contigo buscase los ítalos confines, campos adonde me llaman los hados, y el ausonio Tíber, sea cual fuere.

No bien había pronunciado estas palabras, cuando salió del fondo del sepulcro una grande y lustrosa culebra, arrastrándose enroscada en siete vueltas, la cual rodeó mansamente el túmulo y se deslizó por entre los altares; cerúleas manchas matizaban su escamosa piel, salpicada de refulgente oro, cual destella en las nubes el arco iris mil varios colores, herido de los contrapuestos rayos del sol. Pasmose al verla Eneas; ella, desarrollando el largo cuerpo, va serpeando por entre las tazas y las ligeras copas, prueba los manjares, y sin hacer daño a nadie vuelve a meterse en el fondo del sepulcro, dejando los altares y sus catadas ofrendas, con lo que, inflamado de mayor devoción, prosigue Eneas las comenzadas honras, dudando si acababa de ver al genio de aquel sitio o al espíritu familiar de su padre.[14] Inmola, según usanza, dos ovejas, otras tantas cerdas e igual número de negros novillos, derramando al mismo tiempo vino de las copas, evocando al alma del grande Anquises y a sus manes libres del lago Aqueronte. Lo propio todos sus compañeros, cada cual según le es dado, traen alegres dones, cargan con ellos los altares e inmolan becerros. Otros colocan en orden las ollas a la lumbre, y tendidos por la hierba, atizan las ascuas bajo los asadores y tuestan las entrañas de las víctimas.

Llegó al fin el suspirado día: ya los caballos de Faetonte traían la serena luz de la novena aurora, ya atraídos por la fama y el nombre del ilustre Acestes, acudían los pueblos comarcanos y llenaban en alegre tropel las playas, ansiosos unos de ver a los Troyanos, y otros dispuestos a tomar

14 Era creencia común entre los antiguos, que cada sitio, como cada persona, tenía su espíritu o genio familiar, noción desfigurada de nuestros verdaderos ángeles de la Guarda. A veces se los representaban bajo figura de serpiente o espantable dragón.

parte en las luchas. Colócanse lo primero, a la vista de todos y en mitad del circo, los dones destinados a los vencedores, sagradas trípodes, verdes coronas, palmas, premios del triunfo, armas, ropas recamadas de púrpura y talentos de plata y oro, y desde la cima de un collado anuncia la trompeta que van a principiar los juegos. Rompen la lucha con sus pesados remos cuatro naos iguales, elegidas entre toda la armada. Impele a la veloz *Priste* con fuerza de briosos remeros Mnesteo, que pronto será ítalo y de quien toma su nombre el linaje de Memmio; Gías rige la colosal *Quimera*, semejante por su grandeza a una ciudad, la cual impele con triple empuje la juventud troyana, dispuesta en tres órdenes de remeros; Sergesto, de quien toma nombre la familia Sergia, monta el enorme *Centauro*, y la verdinegra *Scila* Cloanto, de quien desciende tu linaje, ¡oh romano Cluento!

Álzase a gran distancia en el mar, frontero a la espumosa costa, un risco que suele quedar sumergido bajo un remolino de revueltas olas cuando los cauros invernales ocultan las estrellas; cuando calla la mar serena, vuelve a alzarse sobre las inmobles olas, asilo grato a los mergos, que allí acuden a calentarse al sol. En aquel sitio pone el caudillo Eneas por meta una frondosa encina, que sirviese de señal a los marineros, para que, llegados a ella, diesen la vuelta al risco y se tornasen a la playa. Toman en seguida por suerte sus puestos los capitanes, que, de pie en las popas, resplandecen a lo lejos, cubiertos de oro y púrpura; la restante juventud troyana se corona de ramos de álamo, y bañadas de aceite las desnudas y relucientes espaldas, toma asiento en los bancos de las naos, y la mano en el remo, todos aguardan anhelosos la señal, devorados por el sobresalto que hace latir con violencia sus corazones y por una impaciente sed de gloria.

De allí, apenas el sonoro clarín dio la señal, todos precipitadamente arrancan de sus sitios; la grita de los marineros llega al firmamento; cúbrese de espuma la mar, batida de los forzudos brazos; hiéndela las naves con iguales surcos, y ábrese toda ella al empuje de los remos y de las ferradas proas de tres puntas. No tan rápidos los carros tirados por dos caballos luchan a la carrera cuando se precipitan del vallado en la liza; no más impacientes los aurigas sacuden las ondeantes riendas sobre el aguijado tiro, y se inclinan sobre él para más aguijarle. Resuena entonces todo el bosque con los aplausos y las fervientes aclamaciones de los que se interesas, ya por unos, ya por otros, y las playas retumban con el vocerío, y los collados, heridos por él, le repiten con sus ecos. Lánzase el primero de entre la clamorosa muchedumbre, y deslizándose por las olas delante de todos, Gías, a quien sigue de cerca Cloanto, con mejores remeros, pero retardado por el gran peso de su nave. En pos de estos, y a igual distancia, la *Priste* y el *Centauro* pugnan por cogerse la delantera, y otra se adelanta la Priste, ora la vence el gran *Centauro*, y ora avanzan las dos, juntas las proas, y con sus largas quillas surcan las salobres olas. Ya se acercaban al peñasco y llegaban casi a la meta, cuando Gías, que era el que llevaba más ventaja, grita a su piloto Menetes:

—¿Por qué tuerces tanto a la derecha? Endereza por aquí el rumbo; acércate a la playa, y haz que los remos rasen las peñas de la izquierda; deja a los otros la alta mar.

Dijo; pero Menetes, temeroso de los bajíos, tuerce la proa en dirección a la mar.

—¿Adónde tuerces? ¡A las peñas, Menetes! —le gritaba nuevamente Gías, cuando he aquí que ve a sus espaldas a Cloanto, que le va al alcance y está ya más cerca que él de las peñas.

Cloanto, en efecto, metido ya entre la nave de Gías y las sonoras peñas, va rasando el derrotero de la izquierda, coge de súbito la delantera a su rival, y dando la espalda a la meta, boga seguro por el piélago. Inflama entonces el pecho del mancebo un profundo dolor, baña el llanto sus mejillas, y olvidando su propio decoro y la salvación de sus compañeros, arroja de cabeza en el mar, desde la alta popa, al tardío Menetes, y poniéndose de piloto en su lugar, dirige la faena y endereza el timón hacia la playa. Entre tanto Menetes, quebrantado ya por los años, logra, en fin, a duras penas salir del hondo abismo, y todo empapado y chorreando agua sus vestiduras, trepa a la cima del escollo y se sienta en la seca piedra. Riéronse de él los Teucros, viéndole caer y nadar, y de nuevo se rieron viéndole luego arrojar por la boca las amargas olas. Entonces los dos que estaban últimos, Sergesto y Mnesteo, arden en alegre esperanza de adelantarse al retrasado Gías. Avanza

Sergesto y se acerca al peñasco, pero no logra llevarle de ventaja todo el largo de su nave; sólo una parte le adelanta, y la otra va acosada por la proa de su rival, la *Priste*. En tanto Mnesteo, recorriendo su nave, excita así a los remeros:

—Ahora, ahora es la ocasión de hacer fuerza de remos, ¡oh compañeros de Héctor, a quienes por tales elegí en el supremo trance de Troya! ¡Desplegad ahora aquel esfuerzo, aquellos bríos que demostrasteis en las sirtes gétulas y en el mar Jónico y en las rápidas ondas de Malea! Ya no aspira Mnesteo al primer lugar ni lidia para vencer, aunque acaso... pero triunfen ¡oh Neptuno! los que tanto favor te han merecido. Muévaos las vergüenza de volver los últimos; echad el resto por evitaros ¡oh compañeros! tamaño oprobio.

Echan todos, en efecto, el resto de su empuje; treme la ferrada nave bajo sus pujantes golpes, y se desliza rápidamente por el mar. Precipitado resuello agita sus miembros y sus resecas bocas, y el sudor les chorrea por todo el cuerpo.

Una casualidad les proporcionó el anhelado honor; pues mientras Sergesto, ciego de impaciencia, va a rozar con su proa el peñasco, metiéndose en demasiada estrechura, encalla el infeliz en las salientes puntas de los bajíos. Retemblaron las rocas, troncháronse los remos contra sus agudas puntas, y de ellas quedó suspendida la rota proa. Los marineros se levantan y quedan inmóviles, lanzando un gran clamoreo, y echando mano a los herrados chuzos y las agudas picas, sacan del agua los quebrantados remos. En tanto Mnesteo, enardecido aún más con aquel próspero suceso, después de estimular el brío de sus remeros y de invocar a los vientos, endereza el rumbo hacia las playa y vuela por el tendido piélago. Cual la paloma sorprendida de súbito en la cueva de esponjoso peñasco, donde tiene su asiento y su dulce nido, se precipita volando hacia la campiña, y despavorida bate las alas con gran ruido, y luego, deslizándose por el sereno éter, hiende el líquido espacio sin mover apenas las veloces alas, tal vuela Mnesteo, tal la *Priste*, que hasta entonces se había quedado la última, corta las olas; tal le arrebata su ímpetu. Lo primero deja atrás a Sergesto, reluchando por desprenderse de un profundo escollo, encallado su barco, pidiendo inútilmente auxilio y pugnando por seguir adelante con los remos; y luego persigue a Gías y a su grande y pesada *Quimera*, que, privada de su piloto, sucumbe en la lucha. Sólo quedaba ya Cloanto, casi en el término de la carrera; Mnesteo le persigue y le acosa, echando el resto de sus fuerza, con lo que sube de punto el clamoreo y todos los espectadores le estimulan al alcance, haciendo resonar el espacio con sus gritos. Desprecian los de Cloanto el ganado honor y la victoria casi alcanzada, si no le alcanzan del todo, y ansían dar la vida por conseguir el lauro; alentados con la ventaja que van obteniendo los de Mnesteo, pueden vencer, porque creen poder hacerlo[15], y acaso las dos galeras hubieran obtenido juntas el premio, si Cloanto, tendiendo hacia el mar ambas palmas, no hubiera prorrumpido en plegarias, invocando de esta suerte a los dioses:

—¡Oh númenes a quienes pertenece el dominio del mar, por cuyas olas vuela mi nave, yo inmolaré gozoso ante vuestras aras en la playa un toro blanco, de ello hago voto solemne, y arrojaré sus entrañas a las saladas ondas, y verteré en ellas consagrados vinos!

Dijo, y todo el coro de las Nereidas y de Forco y la virgen Panopea escucharon sus preces; el mismo padre Portuno con su potente mano impelió la nave, que, más veloz que el noto o que leve saeta, vuela hacia la playa y penetra en el hondo puerto. Entonces el hijo de Anquises, después de llamar por sus nombres a todos los combatientes, según costumbre, declara vencedor a Cloanto por la robusta voz de un heraldo, y ciñe sus sienes con el verde laurel; en seguida hace distribuir en donativo a cada nave tres becerros y vinos, o un talento de plata, a su elección, a que añade mayores agasajos para los capitanes; para el vencedor una clámide de oro que circundan dos cenefas de púrpura melibea. En ella se veía tejido el regio mancebo de la frondosa Ida, fatigando a los veloces ciervos con el dardo, y la carreta, fogoso y representado tan al natural, que parecía vivo, en el momento en que la armígera ave de Júpiter va a arrebatarle el firmamento con sus garras; vanamente los ancianos ayos del mancebo levantan las manos al cielo y ladran los perros

15 *Possunt, quia posse videntur.*

enfurecidos. Al que por su valor había obtenido el segundo lugar dio una loriga labrada con tres hileras de leves mallas de oro, juntamente ornato y defensa, que el mismo Eneas, vencedor, arrebató a Demoleo, junto al rápido Simois, al pie del alto Ilión; apenas podían llevar en hombros su complicada pesadumbre los esclavos Fegeo y Sagaris, y sin embargo, Demoleo, cubierto con ella, perseguía en otro tiempo a los dispersos Troyanos. Por tercer premio da dos calderas de bronce y dos preciosas copas de plata con figuras de resalte.

Ya estaban premiados todos, y ufanos con sus presas iban los vencedores, la sien ceñida de purpúreas ínfulas, cuando desembarazado a duras pena de entre los fatales arrecifes, pedidos los remos, volvió Sergesto en su barca debilitada, con una sola de sus bandas de remeros, humillada y entre las risas del concurso. Cual serpiente cogida por mitad del cuerpo en un camino por ferrada rueda, o a quien un caminante dejó mal herida y medio muerta de una pedrada, pugna en vano por huir, retorciendo el cuerpo en largos anillos, tremenda en parte, encendidos los ojos, alza el cuello silbando, mientras dilacerada en otra por el golpe recibido, no puede recoger sus nudos y se doblega por la falta de remos; empero hace fuerza de vela y entra en el puerto a todo trapo. Eneas, satisfecho de ver salvada la nave y recobrados sus compañeros, da a Sergesto el prometido premio, que es una esclava del linaje de Creta, Foloe, no ignorante en las labores de Minerva y que daba el pecho a dos gemelos.

Concluido aquel ejercicio, dirígese el piadoso Eneas a un herboso prado que rodean por todas partes corvos collados cubiertos de selvas; en medio del valle se hacía un circo natural, a modo de anfiteatro, al cual se encamina el héroe con toda la muchedumbre de los suyos y toma asiento en lugar eminente; allí estimula con empeño a los que quieran contender a la veloz carrera y les ofrece premios. Teucros y Sicilianos acuden en tropel, y los primeros Niso y Eurílalo... Eurílalo, insigne por su hermosura y lozana juventud; Niso, por su piadoso cariño al mancebo. Síguelos Diores, de la ilustre estirpe real de Príamo; luego Salio y Patrón, este de la sangre arcadia del linaje de Tegra, aquel de la Acarnania; en fin, dos mancebos sicilianos, Helino y Panopes, avezados a vivir en las selvas, compañeros del viejo Acestes, a que siguieron otros muchos, cuyos nombres no ha conservado la fama. En estos términos les habló Eneas, colocado en medio de todos:

Prestad atención a mis palabras y alentad los espíritus; ninguno de vosotros saldrá de la lucha sin llevar algún premio dado por mí. Os daré dos dardos cretenses, guarnecidos de acicalado hierro, y una hacha de dos filos nielada de plata; esta recompensa será común a todos. Los tres primeros recibirán además otros premios y ceñirán a sus sienes la dorada oliva. El primer vencedor obtendrá un caballo ricamente enjaezado; el segundo, una aljaba de amazona, llena de saetas de Tracia, pendiente de un tahalí de oro y prendido con un broche de piedras preciosas; con este yelmo griego irá contento el tercero.

Dicho esto, todos toman sitio y, oída la señal, dejan la barrera y arrancan a correr con la rapidez del viento, fijos los ojos en la meta. Niso el primero lleva a todos gran ventaja, más veloz que el vendaval y que las alas del rayo. Síguele Salio, pero a mucha distancia, y a mucha distancia también, Eurílalo va el tercero... Helimo sigue a Eurílalo, tras del cual vuela Diores, pisando sus mismas huellas y casi apoyado en sus hombros, y si tuvieran más trecho que correr, aún le cogería la delantera o dejaría dudosa la victoria. Ya casi llegaban al término y tocaban cansados la misma meta, cuando el desgraciado Niso resbala sobre la verde hierba, humedecida con la sangre de unos becerros inmolados; vencedor ya y cantando victoria, no pudo retener en el suelo sus vacilantes pasos, y cayó sobre el inmundo cieno y la sagrada sangre. No se olvidó entonces, sin embargo, de Eurílalo y de su tierna amistad; antes se levanta al punto del resbaladizo terreno, y Salio, tropezando en él, cae y queda tendido en la densa arena. Eurílalo pasa como una centella, y vencedor, merced a su amigo, coge el primer lugar y vuela entre los aplausos y el entusiasmo de todos; en seguida llega Helimo, y Diores obtiene la tercera palma. Llena en esto Salio con sus grandes clamores el espacioso anfiteatro, e interpela a los primeros jefes, reclamando el triunfo que un fraude le ha arrebatado. Eurílalo tiene en su apoyo el favor público y sus nobles lágrimas y su virtud, que da

tanto realce a la belleza[16]; apóyale y a gritos le proclama vencedor Diores, que, cercano a la victoria, vanamente habría alcanzado el último premio si se diera el primero a Salio. Entonces el caudillo Eneas dijo:

—¡Oh mancebos!, no os faltarán los dones prometidos y nadie variará el orden de los premios, pero séame lícito compadecer la desgracia de un amigo inocente.

Dicho esto, dio a Salio la enorme piel de un león gétulo, de pesada melena y con garras de oro, a lo cual Niso:

—Si tan gran premio reservas para los vencido —dijo—, y tanto te apiadas de los que han resbalado, ¿qué digno presentes darás a Niso, a mí, que merecí con honra la primera corona, y que la hubiera obtenido a no venderme, como a Salio, la enemiga fortuna?

Y esto diciendo, mostraba su rostro y sus miembros cubiertos aún de sangriento fango. Sonrióse el bondadoso caudillo, y mandando traer un broquel, obra excelente de Didimaon, arrancado por los Griegos del sagrado templo de Neptuno, hace al ilustre mancebo aquel magnífico regalo.

Terminadas las carreras y distribuidos los premios dijo Eneas:

—Ahora, si alguno de vosotros se siente con aliento y vigor, venga y levante los brazos ceñidos con el cesto.

Habla así y propone dos premios para la lucha: un novillo coronado de oro y vendas para el vencedor, y como consuelo para el vencido, una espada y un hermoso yelmo. Sale al punto Dares, haciendo alarde de sus grandes fuerzas, y se levanta entre el murmullo de la muchedumbre; sólo él en otro tiempo solía lidiar con Paris, y sólo él también, junto al sepulcro donde yace tendido el gran Héctor, tumbó al gigantesco Butes, siempre vencedor, que se decía descendiente del linaje bebricio de Amico, y le dejó moribundo en la roja arena. Erguida la frente preséntase Dares el primero al combate, y descubre sus anchos hombros y agita ambos brazos extendidos, hiriendo con ellos el viento; pero en vano se le busca un competidor, pues nadie, entre tanta gente, osa medir con él sus fuerzas ni embrazar para la lid el cesto; con lo cual alegre y ufano, juzgando que todos renuncian a la victoria, plántase delante de Eneas, y asiendo por un cuerno, sin más tardanza, con la mano izquierda al novillo, dice así:

—Hijo de una diosa, si nadie se atreve a probar la lid, ¿qué aguardamos? ¿Hasta cuándo he de estarme aquí? Manda que me traigan los premios.

Todos los Troyanos aprueban sus palabras con unánime murmullo y piden que se le dé la prometida recompensa. En tanto el grave Acestes reprende amistosamente a Entelo, que estaba sentado junto a él en la verde hierba.

—Entelo —le dice—, ¿de qué vale haber sido en otro tiempo el más forzudo de los héroes, si ahora consientes con esa calma que otro alcance sin lucha tan grandes dones? ¿Dónde está ahora aquel divino Erix, y de qué te sirve haberle tenido por maestro? ¿Dónde está tu fama, difundida por toda Sicilia, y qué se han hecho aquellos despojos pendientes de tu techo?

A lo cual responde Entelo:

—No, el miedo no ha ahuyentado de mí el amor de las alabanzas ni el de la gloria; pero la cansada vejez ha helado mi sangre y las fuerzas desfallecen en mi cuerpo. Si conservase todavía aquella lozana juventud de otros tiempos, la juventud en que fía su triunfo ese audaz, no sería por cierto el aliciente del premio, no sería ese hermoso novillo lo que me hubiera seducido; yo no me paro en dones.

Dijo, y lanzó al medio de la liza dos cestos de enorme peso, los mismos que con el fogoso Erix solía armar sus manos para la lucha, y que sujetaban a sus brazos duras correas. Atónitos quedaron todos; formaba cada cesto la piel de un gran buey replegada en siete vueltas, todas

16 *Gratior et pulcro veniens in corpore virtus.*

guarnecidas de plomo y hierro. El mismo Dares, sobre todo, queda atónito a su vista y rehúsa obstinadamente el combate: el magnánimo hijo de Anquises revuelve en su mano aquella inmensa y ponderosa mole. En tanto decía el anciano:

—¿Qué sería si alguno de vosotros viese el cesto y las armas del mismo Hércules y el triste combate dado en esta misma playa? Tu hermano Erix blandía en otro tiempo ¡oh Eneas! estas armas, que aun ves manchadas de sangre y destrozados sesos; con ellas peleó contra el grande Alcides, con ellas solía yo pelear cuando una sangre mejor me daba fuerzas y no encanecía mis sienes la enemiga vejez; pero si el troyano Dares rehúsa esta mis armas, y si así parece al pío Eneas y lo aprueba Acestes, que me instigó a esta lid, igualémosla; ahí te entrego el cesto de Erix, depón el miedo y despójate del cesto troyano.

Dicho esto, dejó caer de los hombros la túnica y el manto y descubrió la fornida musculatura, sus enormes huesos, sus brazos, y se plantó, colosal atleta en medio del palenque; en seguida el hijo de Anquises hizo traer cestos iguales y armó con ellos los brazos de ambos. Al punto uno y otro tomaron posición erguidos sobre las puntas de los pies, e impertérritos levantaron los brazos al aire, echando atrás las erguidas cabezas para esquivar los golpes; juntan las manos con las manos y empeñan la lucha. Aquel más ágil de pies y fiado en su juventud; este poderoso por sus miembros y su corpulencia, pero le flaquean tardías y trémulas las rodillas y una penosa respiración bate su ancho pecho. En vano los dos atletas se descargan mutuamente repetidos golpes, los redoblan sobre los cóncavos costados y exhalan del pecho roncos anhélitos, y menudean las puñadas alrededor de las orejas y de las sienes; crujen sus mandíbulas bajo los recios golpes. Entelo permanece firme e inmoble en su puesto y no hace más que esquivar las heridas con hábiles quiebros y con su vigilante mirada; el otro es parecido al que ataca con bélicos pertrechos una alta ciudad o asedia una fortaleza en la cima de un monte, que busca con maña, ya un lado débil, ya otro, recorriéndolos todos, y la hostiga en vano con repetidos asaltos. Empínase de pronto Entelo y levanta la diestra; veloz el otro prevé el golpe que le amenaza por alto y lo esquiva ladeando rápidamente el cuerpo; piérdese en el aire el esfuerzo de Entelo, y con su propio impulso cae este pesadamente al suelo, arrastrado por su gran mole, cual suele caer descuajado un hueco pino en el Erimanto o en el gran monte Ida. Vivo interés agita a los Teucros y a la juventud siciliana, y sus clamores llegan al cielo. Acestes acude el primero, y compadecido alza del suelo a su amigo, tan anciano como él; pero el héroe, ni rendido ni aterrado por su percance, vuelve con mayor brío a la lucha y la ira le da nuevas fuerzas. La vergüenza, el conocimiento de su propio valor reaniman su pujanza, y ardiente acosa por todo el llano a Dares en su precipitada fuga, redoblando los golpes, ya con la diestra, ya con la siniestra mano, sin descanso ni tregua. Cual bota sobre los tejados menudo granizo arrojado por las nubes, tal el héroe, en fuerza de los repetidos golpes que descarga con una y otra mano, acosa y abruma a Dares.

Entonces el caudillo Eneas, no consintiendo que fuesen más allá las iras y que Entelo se ensañe más en su contrario, puso fin a la pelea y arrancó de ella al fatigado Dares, consolándole con estos bondadosos términos:

—¡Infeliz! ¿Qué locura se ha apoderado de tu ánimo? ¿No conoces que las fuerzas de tu rival son más que humanas, y que los dioses se te han vuelto contrarios? Ríndete a un dios.

Dijo, y mandó cesar el combate, con lo que algunos fieles amigos llevan a las naves a Dares, que iba arrastrando las dolientes rodillas, bamboleándosele la cabeza y arrojando por la boca espesa sangre y mezclados con ella los dientes; llamados por Eneas, reciben el yelmo y la espada, quedando para Entelo la palma y el novillo. Entonces el vencedor, lleno de arrogancia y ensoberbecido con su toro, exclama:

—Hijo de una diosa, y vosotros, ¡oh Teucros! conoced a Entelo y ved qué fuerzas tendría en mi juventud, y de qué muerte habéis liberado a Dares.

Dijo, y poniéndose delante del novillo, premio del combate, levantó en alto la diestra, blandió y dejó caer los duros cestos entre ambos cuernos y le deshizo y hundió los huesos del testuz, con lo

que, exánime y trémulo, desplomóse el bruto en tierra. En seguida Entelo lanza del pecho estas palabras:

—Acepta ¡oh Érix! esta víctima, más digna de ti, en vez de la muerte de Dares, y con esta victoria depongo el cesto y renuncio a mi arte.

En seguida Eneas invita a luchar con la veloz saeta a los que quieran hacerlo y presenta y presenta premios; él mismo con su pujante mano levanta un mástil de la nave de Seresto y ata en su elevado tope un cable, del que pende veloz paloma, que será el blanco de las flechas. Acuden los guerreros y un casco de bronce recibe sus nombres para echar las suertes; el primero que sale, saludado por benévolos murmullos, es el de Hipocoonte, hijo de Hirtaco, al cual sigue Mnesteo, poco antes vencedor en las regatas; Mnesteo, coronado de verde oliva. El tercero es Euritión, hermano tuyo, ¡oh clarísimo Pándaro, que recibido en otro tiempo el mandado de romper una alianza, disparaste el primero un dardo en medio de los Griegos! El último cuyo nombre salió de lo hondo del casco fue Acestes, que no teme probar la suerte en aquellos ejercicios juveniles.

Tienden entonces los guerreros a porfía con vigoroso esfuerzo los recogidos arcos y sacan las flechas de las aljabas. La primera saeta, que es la del joven hijo de Hirtaco, bate y hiende las veloces auras a impulso del rechinante nervio, y va a clavarse en el mástil que tiene delante; retiembla el palo, aletea la paloma asustada y en todo el ámbito resuenan grandes aplausos. Adelántase en seguida el impetuoso Mnesteo, tendido el arco, apuntando a lo alto y dirigiendo al mismo punto el ojo y la flecha, pero tuvo la desgracia de no tocar con ella al ave misma, y sólo rompió la cuerda de que pendía, atada por un pie, con lo que se echó a volar por los aires, perdiéndose entre las negras nubes. Rápido entonces Euritión, que ya tenía pronta la flecha en el preparado arco, invocó a su hermano, habiendo divisado a la paloma, que jubilosa batía las alas por el vacío éter, y la traspasa la opaca nube. Exánime cayó el ave, dejando la vida en los etéreos astros y trayendo clavada en su cuerpo la saeta. Sólo quedaba Acestes y ya todas las palmas estaban ganadas; mas, sin embargo, disparó su dardo a la región aérea, ostentando su antigua pericia y su resonante arco, cuando he aquí que se aparece un súbito prodigio, de terrible agüero para lo futuro; un gran suceso lo demostró después, suceso que los aterradores vates anunciaron con tardías predicciones. Fue el caso que la voladora caña ardió en las puras nubes, dejando un rastro de fuego, y consumida se perdió entre las tenues auras, semejante a aquellas estrellas que vagan por el cielo arrastrando en pos de sí una larga cabellera. Suspensos quedaron Sicilianos y Teucros e invocaron e invocaron a los dioses; el grande Eneas acepta el presagio, y abrazando al alegre Acestes, le colma de regalos y exclama:

—Toma ¡oh padre! pues el poderoso rey del Olimpo ha querido con esos auspicios reservarte un premio extraordinario; el mismo anciano Anquises te ofrece por mi mano esta copa cincelada con figuras, que el tracio Ciseo dio en otro tiempo a mi padre como singular obsequio, monumento y prenda juntamente con su entrañable amistad.

Dicho esto, le ciñe las sienes con verde laurel, proclaman a Acestes el primer vencedor, y el buen Euritión vio sin envidia aquella preferencia, aunque él era el que había hecho caer del aire la paloma. Llegó a recibir el premio inmediato el que había roto la cuerda, y diose el último al que clavó su veloz flecha en el mástil.

Aún no concluido el certamen, llama el caudillo Eneas a Epitides, ayo y compañero del niño Iulo, y así le dice en confianza al oído:

—Ve y di a Ascanio que si tiene ya apercibido su escuadrón de muchachos y dispuesta la carrera de caballos, se presente armado y los conduzca a la sepultura de su abuelo.

Manda Eneas despejar la muchedumbre que anda desparramada por el circo, y que quede libre el campo. Avanzan los muchachos en sus caballos vistosamente enjaezados y desfilan en buen orden a la vista de sus padres, entre los aplausos entusiastas de los jóvenes Teucros y Sicilianos. Todos ostentan al uso sujeto el caballo con una guirnalda de ramas, todos llevan dos jabalinas de cerezo silvestre con punta de hierro; a unos les penden del hombro ligeras aljabas, una flexible

cadena de oro labrado les ciñe el cuello, cayendo sobre el pecho. Van divididos en tres compañías, cada una de doce muchachos, y al mando de tres capitanes de su misma edad, escarcean en vistoso alarde. Una de ellas va ufana a las órdenes del niño Príamo, heredero del nombre de su abuelo, e hijo tuyo, ¡oh Polites! raíz preclara de larga descendencia ítala, montado en un caballo tracio de dos colores manchado de blanco; blancos son sus pies delanteros y blanca también su erguida frente. El segundo capitán es Atis, de quien traen origen los Atios latinos, el tierno Atis, niño querido del niño Iulo. El último y el más hermoso de todos en Iulo, que va jinete en un caballo sidonio regalo de la hermosa Dido, recuerdo y prenda de su ternura; los demás cabalgaban en caballos sicilianos del viejo Acestes…

Saludan con aplauso los Troyanos a la tímida turba y se deleitan en mirarlos y reconocer en ellos los rostros de sus antiguos progenitores. Luego que recorrieron alegres en sus caballos todo el ámbito del circo para que los contemplaran los suyos, Epítides, al verlos ya dispuestos, dio la señal con la voz y chasqueó su látigo, con lo que partieron todos de frente a la carrera, se dividieron luego en tres bandas, y de nuevo volvieron a la voz de sus jefes, como si fueran a acometerse con las jabalinas. En seguida emprenden nuevas carreras y contracarreras, y se confunden y revuelven en encontrados giros, simulando un combate, y unas veces huyen, otras se embisten y escaramuzan, y otras, en fin, marchan juntos como si hubieran ajustado paces. Cual en otro tiempo, dicen, el laberinto de la monstruosa Creta, con sus mil oscuros e insidiosos recodos, formaba una intrincada madeja, en que todos se perdían irremisiblemente, tal los hijos de los Teucros cruzan y borran los rastros de sus caballos en la carrera, entretejiendo en sus juegos la fuga y la batalla, semejantes a los delfines cuando retozan en las olas nadando por los mares de Carpacia y de la Libia... Ascanio fue el primero que renovó esta costumbre, estas carreras y estos juegos cuando cercó de murallas a Alba Longa y enseñó a los antiguos Latinos a celebrarlos de la propia manera que, en su infancia, los había celebrado con él la juventud troyana. Los Albanos se los enseñaron a sus hijos; de ellos los recibió después la gran Roma y los conservó en honor de sus ascendientes, y aún hoy a esos escarceos se da el nombre de Troya, y los muchachos que en ellos toman parte se llaman el escuadrón troyano.

Aquí llegaban las fiestas celebradas en honor del augusto padre de Eneas, cuando se trocó la fortuna de favorable en adversa a los Troyanos. Mientras de aquella suerte solemnizaban con variados juegos las honras al sepulcro de Anquises, envió a Iris desde el cielo hacia la armada troyana, impulsando su vuelo por los aires, Juno, hija de Saturno, revolviendo en su mente mil pensamientos y no saciado aún su antiguo rencor. Acelerando la carrera por su arco de mil colores, desciende corriendo la virgen, sin ser de nadie vista, por aquel rápido camino. Descubren primero un gran gentío, registra las playas y ve los puertos desiertos y la escuadra abandonada: sólo las mujeres troyanas, retiradas a lo lejos en la solitaria ribera, lloraban la pérdida de Anquises, y todas contemplaban con llanto el profundo mar.

—¡Ah, después de tantas fatigas, aun tenemos que surcar tantos mares! —exclamaban todas, y todas a una voz claman por una ciudad: ya no pueden con los trabajos del mar.

Hábil en fraudes, Iris se desliza en medio de ellas, y deponiendo el rostro y el traje de diosa, se convierte en Béroe, la anciana esposa de Doriclo de Ismaro, mujer de alto linaje, que en otro tiempo había tenido gran nombre y muchos hijos. Mezclada, pues, con las matronas troyanas dice:

—¡Oh desdichadas, las que no arrastró a la muerte el ejército friego durante la guerra, bajo las murallas de la patria! ¡Oh desventurada nación! ¿A qué fin te reserva la fortuna? ¡Ya va a cumplirse el séptimo estío desde la destrucción de Troya, y en tanto tiempo, cuántas mares hemos recorrido, cuántas tierras, cuántas playas inhospitalarias, cuántos climas; siempre juguetes de las olas, siempre en pos de esa Italia, que huye delante de nosotros! Aquí reinó Erix, hermano de Eneas; aquí Acestes nos da hospitalidad. ¿Quién nos impide levantar aquí murallas y fundar un pueblo? ¡Oh patria, oh penates arrancados al enemigo! ¿Jamás murallas algunas llevarán ya el nombre de Troya? ¿No veré ya en ninguna parte los ríos de Héctor, el Janto y el Simois? Mas ¿qué digo? manos a la obra y

prended fuego conmigo a esas infaustas naves. Esta noche, se me ha aparecido en sueños la profetisa Casandra, dándome unas teas encendidas y diciéndome: *Buscad aquí a Troya; aquí está vuestra morada*. Ea, no haya dilación después de tantos prodigios. Aquí tenemos cuatro altares de Neptuno; el mismo dios nos suministra teas y aliento.

Esto diciendo, ase con ímpetu la primera el fuego enemigo, lo blande en la alzada diestra, haciéndole chispear en los aires, y lo arroja a las naves. Suspensas quedaron y estupefactas las Troyanas, cuando he aquí que una de ellas, la de más edad, Pirgo, regia nodriza de tantos hijos de Príamo exclama:

—Matronas, esa no es Béroe, esa no es la esposa de Dorinclo, nacida en el cabo Reteo; observad esas señales de un esplendor divino, esos ojos encendidos, ese espíritu que la anima, ese rostro, este sonido de voz, ese porte. Yo misma dejé hace poco a Béroe enferma, lamentándose de ser la única en no tributar a Anquises los merecidos honores.

Dudosas las matronas al principio, contemplan las naves con siniestros ojos, indecisas entre el insensato amor del suelo que pisan y los reinos a que las llaman los hados, cuando se alzó por los aires la diosa batiendo las alas, y trazó en su fuga un grande arco bajo las nubes. Atónitas entonces a la vista de tal prodigio y ebrias de furor, prorrumpen en unánimes clamores y arrebatan el sagrado fuego destinado a los sacrificios; unas despojan los altares y lanzan juntamente a la lumbre hojas, ramas y teas; cual desbocado corcel, hierve el incendio por el centro de las naves y devora los bancos, los remos y las pintadas popas de abeto.

Eumelo lleva al sepulcro de Anquises y al anfiteatro la nueva del incendio de las naves, y todos en efecto, ven revolotear chispas por los aires entre negras humaredas. Ascanio el primero, con el mismo alegre ardor con que iba conduciendo las carreras ecuestres, se dirige impetuosamente al desordenado campamento, y rendidos sus ayos no pueden detenerle.

—¿Qué nuevo furor es este? ¿A qué aspiráis, qué hacéis, ah desventuradas mujeres? —exclama—. No al enemigo, no a los reales argivos prendéis fuego, sino a vuestras propias esperanzas. ¡Vedme aquí, ved a vuestro Ascanio!; y arrojó a sus pies el yelmo con que poco antes se divertía en simulacros guerreros. Acuden al mismo tiempo precipitadamente Eneas y todos los Troyanos, con lo que despavoridas las mujeres, se dispersan por toda las playa y van a esconderse en las selvas y entre las huecas peñas, arrepentidas de su obra y pesarosas de ver la luz del día; convertidas a mejores sentimientos, reconocen a los suyo y sacuden de su espíritu las sugestiones de Juno. Pero en tanto las llamas nada pierden de su indomable violencia; bajo el húmedo roble viven atizadas por la estopa, que vomita densas humaredas; un pesado vapor devora las quillas, y la plaga penetra en todo el cuerpo de las naves; nada pueden, ni los esfuerzos de los héroes, ni los raudales derramados. Entonces el piadoso Eneas rasga su túnica, se la arranca de los hombros, implora el auxilio de los dioses, y tendiendo a ellos las palmas exclama:

—Júpiter omnipotente, si no aborreces a los Troyanos hasta al último, si tu antigua clemencia tiene en algo las miserias humanas, liberta nuestra armada de las llamas, ¡oh padre! y arranca a la destrucción las flacas reliquias de los Teucros, o si lo merezco, lanza sobre ellas y sobre mí tu enemigo rayo y anonádanos aquí mismo con tu diestra.

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando estalla con desusada furia una negra tempestad, acompañada de torrentes de lluvia, y en montes y llanos retumba el trueno; todo el éter se desata en impetuoso y turbio aguacero, que ennegrecen recios vendavales. Las naves se llenan de agua y rebosan; humedécense los robles medio abrasados hasta apagarse el fuego, y todas las galeras, perdidas sólo cuatro, se salvan del incendio.

En tanto el caudillo Eneas, quebrantado por aquel acerbo caso, revolvía en su espíritu mil graves cuidados, indeciso entre quedarse en los campos de Sicilia, olvidando sus altos destinos, o dirigirse a las costas italianas, cuando el viejo Nautes, a quien instruyó la tritonia Palas e hizo insigne sobre todos en su divino arte, le habló así, explicándole lo que presagiaba la terrible ira de los dioses y lo que exigía al mismo tiempo el orden de los hados, consolándole de esta manera:

—Hijo de una diosa, suframos resignados los vaivenes de la suerte; sea cual fuere, forzoso es vencerla con paciencia. El dardanio Acestes, descendiente, como tú, de una estirpe divina, es todo tuyo; consulta con él y ponle de tu parte. Confíale el sobrante de los tuyos, por efecto de las naves que has pedido, y los que ya están cansados de tu laboriosa empresa; elige para esto los ancianos, las matronas vencidas de los afanes del mar, y toda la gente inválida y temerosa de los peligros, y consiente que después de tantas fatigas se edifique en esa tierra una ciudad, a la que, con permiso de Acestes, pondrán por nombre Acesta.

Inflamado con estas razones de su anciano amigo, siente empero Eneas su ánimo combatido de graves cuidados. En tanto la negra noche, arrastrada en su carro de dos caballos, recorría el firmamento, cuando se le apareció de pronto la imagen de su padre Anquises, deslizándose del cielo y hablándole de esta manera:

—¡Oh hijo mío, más caro para mí en otro tiempo que la vida, cuando aun la vida animaba mi cuerpo! ¡Oh hijo mío, tan duramente probado por los destinos de Ilión! Aquí vengo por mandato de Júpiter, que apartó de tu armada el incendio y al fin se ha apiadado de ti desde el alto cielo. Obedece los excelentes consejos que te da el anciano Nautes: lleva a Italia la flor de tus guerreros, los corazones más esforzados, pues tienes que debelar en el Lacio a una gente inculta y brava; mas antes desciende a las moradas infernales de Dite, y penetrando en el profundo Averno, ve, hijo, a buscarme, porque no moro en el impío Tártaro, mansión de las tristes sombras, sino en el ameno recinto de los piadosos, en los Campos Elíseos. Allí te conducirá la casta Sibila después que hayas ofrecido un abundante sacrificio de negras víctimas; entonces conocerás toda tu descendencia y qué ciudades te están destinadas. Y ahora, adiós; ya la húmeda noche gira en mitad de su carrera y el cruel Oriente sopla sobre mí el fatigoso aliento de sus caballos.

Dijo, y se desvaneció como el huno en las sutiles auras. Y Eneas:

—¿Adónde te precipitas? ¿Por qué te ocultas? ¿De quién huyes, o qué te aparta de mis brazos?

Esto diciendo, atiza las cenizas y la medio apagada lumbre, y suplicante ofrece la sagrada harina y una cazoleta llena de incienso a los lares de Pérgamo, en el santuario de la cándida Vesta.

Al punto convoca a sus compañeros, y ante todos a Acestes, y les comunica la suprema voluntad de Júpiter, los preceptos de su amado padre y la resolución que ya él también ha tomado. Todos aprueban y a todo asiente Acestes. Desígnanse y se colocan aparte las matronas destinadas a la nueva ciudad y todos los que consienten en quedarse también, ánimos nada codiciosos de gloria. Los demás renuevan los bancos de las naves, reemplazan los mástiles consumidos por las llamas y adaptan remos jarcias; pocos son en número, pero gente valerosa a toda prueba. Entre tanto Eneas traza con un arado el ámbito de la ciudad, sortea los solares de las casas, y dispone que allí esté Ilión; que estos sitios sean Troya. El troyano Acestes se regocija a la idea del nuevo reino, y designa el recinto que ha de ocupar el foro y dicta leyes a su futuro senado; en seguida se erige a Venus Idalia un templo cercano a los astros, en la cumbre del Erix, y se destinan al sepulcro de Anquises un sacerdote y un extenso bosque sagrado.

Ya se habían empleado nueve días en festines, ofrendas y sacrificios en los altares: plácidos los vientos, rizaban apenas la superficie del mar, y el austro, soplando con frecuencia, convida a los Troyanos a dar de nuevo la vela. Grandes gemidos y llantos se alzan entonces en las corvas playas, y día y noche largos abrazos demoran el momento de la partida. Ya las mismas matronas, ya aun los mismos a quienes antes amedrentaba el aspecto del mar, y hasta sólo su nombre se hacía intolerable, quieren partir también y arrostrar todos los trabajos de la fuga. El bondadoso Eneas los consuela con palabras amigas y los recomienda llorando a su pariente Acestes; luego manda inmolar tres becerros a Erix y una cordera a las Tempestades, y que todas las naves por su orden desaten los cables, mientras que él, ceñida la frente de una corona de hojas de olivo, en pie sobre la proa de su nave, con una copa en la mano, arroja a las saladas olas las entrañas de las víctimas y el vino de las libaciones. Un viento de popa impele las naves; los remeros baten el mar a porfía y barren las

líquidas llanuras.

Entre tanto Venus, devorada por tristes cuidados, se dirige a Neptuno y exhala de su pecho estas quejas:

—La terrible ira de Juno y su inexorable corazón me obligan ¡oh Neptuno! a rebajarme a todo linaje de súplicas. Ni el tiempo ni la más acendrada piedad bastan a aplacarla; ni se doblega a la soberana voluntad de Júpiter ni a la fuerza de los hados. No le basta haber borrado de la haz de la tierra con sus nefandos odios la ciudad de los Frigios; ni arrastrar sus tristes reliquias por toda suerte de calamidades; todavía persigue las cenizas y los huesos de la destruida Troya. ¡Ella se sabrá las causas de tanto furor! Tú me eres testigo de la gran borrasca que recientemente suscitó de súbito en las olas africanas, mezclando el cielo y el mar, contando, aunque en vano, con las tempestades de Eolo: a tanto se atrevió en tu propio reino... ¡Oh maldad! Y he aquí que además, valiéndose del criminal furor infundido por ella en las matronas troyanas, ha incendiado las naves de Eneas y obligándole una parte de su armada a abandonar a sus compañeros en tierra desconocida. Dígnate, yo te lo ruego, dígnate conceder a los demás una navegación feliz y que arriben al laurentino Tíber, si te pido cosas concedidas por la suerte, y si en efecto las Parcas les reservan aquellas murallas.

Así respondió el hijo de Saturno, el domador de los profundos mares:

—Justo es, Citerea, que confíes en mis reinos, de donde traes tu origen, y a la verdad que yo lo merezco también; yo, que tantas veces he reprimido los furores del mar y la cólera del cielo conjurado contra Eneas, y que no he velado menos sobre él en la tierra, testigos el Janto y el Simois. Cuando Aquiles, persiguiendo a los desalentados escuadrones troyanos, los impelía contra las murallas, inmolando millares de guerreros, y gemían los ríos atestados de cadáveres, y el Janto no podía abrirse camino para correr al mar, yo arrebaté en una hueca nave a Eneas, empeñado en lid con el fuerte hijo de Peleo, protegido por su mayor pujanza y por el favor de los dioses, y eso que yo hubiera deseado derribar hasta en sus cimientos los muros de la perjura Troya, labrados por mis manos. Todavía persevero en los mismos sentimientos con respecto a tu hijo: ahuyenta todo temor. Llegará seguro, como deseas, al puerto del Averno: sólo llorará a uno de los suyos, perdido en los abismos del mar; una sola vida se sacrificará por el bien de muchos...

Luego que hubo sosegado con estas palabras el corazón de la diosa, unció Neptuno con arreos de oro sus fogosos caballos, púsoles espumosos frenos y les soltó las riendas. Vuela ligero por la superficie del piélago en su cerúleo carro, humíllanse las olas, la turgente superficie se allana bajo el tonante eje, y huyen del cielo las nubes. Acuden a rodearle varios monstruos que forman su comitiva, las inmensas ballenas, el antiguo coro de Glauco, Palemón hijo de Inoo, los rápidos tritones y todo el ejército de Forco; a su izquierda van Tetis y Melite y la virgen Paponea, Nesee, Espio, Talía y Cimodoce.

Halagüeñas ideas penetran entonces en la indecisa mente del caudillo Eneas, el cual manda levantar al punto todos los mástiles y desplegar las velas en las entenas. Todos a una emprenden la maniobra, izan a la vez las lonas a derecha e izquierda, y tuercen y retuercen los elevados cabos de las vegas; prósperas brisas impelen la armada. Palinuro, al frente de las naves, dirige la compacta multitud: las demás tienen orden de seguir la suya. Ya la húmeda noche había casi llegado a la mitad de su carrera, y los marineros, tendidos bajos los remos en los duros bancos, relajaban sus miembros, entregados a un plácido reposo, cuando el leve Sueño, deslizándose de los etéreos astros, hiende el tenebroso espacio y ahuyenta las sombras, buscándote ¡oh Palinuro! y trayéndote, sin culpa tuya, tristes visiones. Bajo la figura de Forbas toma asiento a su lado el dios en la alta popa y le habla de esta manera:

—Palinuro, hijo de Iasio, observa cómo las olas por sí mismas conducen la armada; serenos soplan los vientos; esta es la hora de descansar; inclina la cabeza y sustrae al trabajo los fatigados ojos. Yo te reemplazaré por un rato.

Alzando a duras penas los ojos, le contesta Palinuro:

—¿Quieres que ignore lo que es la mar en bonanza y lo que son las olas apacibles? ¿Qué me fíe de ese monstruo? ¿Qué entregue la suerte de Eneas a los falaces vientos, después de haberme engañado tantas veces las insidias de un cielo sereno?

Esto diciendo, álzase con toda su fuerza y no soltaba ni un momento el timón ni apartaba los ojos de los astros, cuando he aquí que el dios le sacude sobre una y otra sien un ramo empapado en las aguas del Leteo y en el que había infundido la laguna Estigia invencible sopor, con lo que, a pesar de sus esfuerzos, le inunda de sueño los ojos. Apenas un inesperado letargo empezó a apoderarse de sus miembros, reclióse el dios sobre él y le precipitó en las líquidas olas, arrastrando en su caída una parte de la popa y el timón y llamando en vano repetidas veces a sus compañeros, mientras el dios alado se remontó volando por las sutiles auras.

En tanto la armada sigue su rumbo seguro por el mar, cual si nada hubiera sucedido, confiada en las promesas del padre Neptuno; ya había llegado a los escollos de las Sirenas, terribles en otro tiempo, y blanqueados con los huesos de tantos náufragos, y los roncos peñascos retumbaban a lo lejos bajo los continuos embates del mar, cuando advirtió Eneas que su nave iba errante a merced de las olas, perdido el piloto; con lo que empezó a regirla por sí mismo en medio de las tinieblas, lanzando hondos gemidos y gravemente quebrantado su ánimo con el desastre de su amigo.

—¡Oh Palinuro! —exclamó—, por tu demasiada confianza en la serenidad del cielo y del mar, vas a yacer insepulto en ignorada arena!

LIBRO VI

Llegada de Eneas a la costa de Italia; se encamina a la cueva de la Sibila, y oído su oráculo, implora de ella que lo conduzca a las mansiones infernales para ver a su padre Anquises.—Respuesta de la Sibila.—Encuentra Eneas el cadáver de Miseno, al cual da sepultura; descubre el ramo de oro que debía ofrecer a Proserpina, y, acompañado de la Sibila, baja a los infiernos.—Encuéntrase a su entrada con la sombra de Palinuro, que le refiere la historia de su muerte y le pide sepultura. Prosiguiendo su camino, llegan a la laguna Estigia, que cruzan en la barca de Caronte, adormece la Sibila al Cancerbero con una torta de miel y adormideras y llegan a los Campos llorosos, donde se encuentran a Dido, a una multitud de guerreros muertos en la guerra de Troya, y entre ellos a Deífobo, que refiere a Eneas su lamentable historia.—Descripción del Tártaro, donde padecen horribles tormentos los grandes criminales.—Pintura de los Campos Elíseos, morada de los héroes y de los grandes bienhechores de la humanidad; en ellos encuentra Eneas a su padre Anquises, el cual le explica el origen del mundo, los misterios de la otra vida y le revela los altos destinos reservados a sus descendientes.—Elogio admirable del joven Marcelo, yerno de Augusto.—Sale Eneas de los infiernos por la puerta de marfil.

Habla así Eneas, llorando, y tendidas al viento las velas, deslízase la escuadra; arriba en fin, a las eubeas playas de Cumas.[17] Vuelven las proas hacia el mar; sujeta el áncora las naves con tenaz diente y las corvas popas recaman las costas con sus varios colores. Fogoso tropel de mancebos salta a la ribera Hesperia; unos sacan las chispas escondidas en las entrañas del pedernal; otros despojan el monte, densa guarida de las fieras, y enseñan a sus compañeros los ríos que van descubriendo. Entre tanto el pío Eneas se encamina a las alturas que corona el templo de Apolo y a la recóndita inmensa caverna de la pavorosa Sibila, a quien el delio vate infunde inteligencia y ánimo grande y revela las cosas futuras. Ya penetran en los bosques de Diana y bajo los dorados techos.

Es fama que Dédalo, huyendo de los reinos de Minos, osó remontarse por los aires con veloces alas, surcó el desusado derrotero con dirección a las heladas Osas, y fue a parar encima de la ciudadela de Calcis: tomada allí tierra por primera vez, te consagró ¡oh Febo! sus alados remos y te erigió un soberbio templo. En las puertas representó la muerte de Androgeo y a los Cecrópidas, condenados ¡oh miseria! a entregar en castigo, todos los años, siete de sus hijos; vese allí la urna en que se acaban de echar las suertes. Hace frente a esta escena la isla de Creta: allí están representados los horribles amores del toro, el delirio de Pasífae y el Minotauro, su biforme prole, monumento de una execrable pasión. Allí se ve también aquel asombroso edificio donde no es posible dejar de perderse; por lo cual, Dédalo, compadecido del vehemente amor de la Reina, resolvió él mismo los artificios y rodeos de su obra, dirigiendo con un hilo los inciertos pasos de Teseo. Tú también ¡oh Ícaro! hubieras sido gran parte en aquel tan prodigioso trabajo, si el dolor lo hubiera permitido. Dos veces intentó esculpir en oro tu desastre; dos veces cayó el cincel de sus manos paternales. Sin duda Eneas y sus compañeros hubieran seguido recorriendo con la vista todas

17 Eubeas llama el poeta a las playas de Cumas, por haber fundado esta ciudad una colonia griega, procedente de la otra ciudad del mismo nombre en la isla de Eubea, hoy Negroponto. La Cumas de la Sibila estaba situada a la orilla del golfo de Nápoles, muy cerca del lago Averno y de los demás sitios infernales, aunque acaso los más bellos del mundo, en que pasa la acción de este libro. Para su cabal inteligencia, recomiendo a mis lectores que procuren adquirir un librito, publicado en Nápoles (1823) por el canónigo Andrea de Jorio, con el título: *Viaggio di Enea all'inferno ed alli Elisii, secondo Virgilio*. Contiene noticias sumamente interesantes.

aquellas maravillas, si ya Acates, a quien el caudillo troyano había enviado por delante, no hubiese llegado entonces y con él Deífobe, hija de Glauco, sacerdotisa de Apolo y de Diana, la cual le habló en estos términos:

—No es ocasión esta de pararte a contemplar tales espectáculos. Lo que ahora importa es que inmoles conforme al rito siete novillos nunca uncidos al yugo, e igual número de ovejas escogidas de dos años.

Dicho esto a Eneas (y los guerreros no demoran obedecer el sacro mandato), llama la sacerdotisa a los Troyanos al alto templo. Una de las faldas de la roca eubea se abre en forma de inmensa caverna, a la que conducen cien anchas bocas y cien puertas, de las cuales salen con estruendo otras tantas voces, respuestas de la Sibila. Apenas llegaron al umbral:

—Ahora es el momento de consultar los hados —dijo la virgen—, ¡he ahí, he ahí el dios!

Apenas pronunció estas palabras a la entrada de la cueva, inmutósele el rostro y perdió el color y se le erizaron los cabellos; jadeando y sin aliento, hinchado el pecho, lleno de sacro furor, parece que va creciendo y que su voz no resuena como la de los demás mortales, porque la inspira el numen ya más cercano.

—¿Demoras tus votos y preces, Troyano Eneas? —dice—; ¿los demoras? Pues ten por cierto que antes no se abrirán las grandes puertas de este portentoso templo.

Dicho esto, calló. Helado terror discurrió por los duros huesos de los Troyanos, y de lo hondo del pecho exhaló el Rey estas plegarias:

—¡Oh Febo, siempre misericordioso para los grandes trabajos de Troya! ¡Oh tú, que dirigiste los dardos troyanos y la mano de Paris al cuerpo del nieto de Éaco! guiado por ti he penetrado en tantos mares que ciñen vastos continentes, y en las remotas naciones de los Masilios, y en los campos que rodean las Sirtes. Ya, en fin, pisamos las costas de Italia, que siempre huían de nosotros. ¡Ay! ¡Ojalá que sólo hasta aquí nos haya seguido la fortuna troyana! Justo es ya que perdonéis a la nación de Pérgamo, ¡oh vosotros todos, dioses y diosas enemigos de Ilión y de la gran gloria que alcanzó la dardania gente! Y tú, ¡oh santa sacerdotisa, sabedora de lo porvenir, concede a los Teucros y a sus errantes dioses, fatigados númenes de Troya, que logren por fin tomar asiento en el Lacio! No pido reinos que no me estén prometidos por los hados. Entonces erigiré un templo todo de mármol a Febo y a Hécate, e instituiré días festivos, a que daré el nombre de Febo. Tú también tendrás en mi reino un magnífico santuario, en el que guardaré tus oráculos y los secretos hados que anuncies a mi nación, y te consagraré ¡oh alma virgen! varones escogidos. Sólo te ruego que no confíes tus oráculos a hojas que, revueltas, sean juguete de los vientos; anúncialos tú misma.

Esto dijo Eneas.

En tanto, aún no sometida del todo a Febo, revuélvese en su caverna la terrible Sibila, procurando sacudir de su pecho el poderoso espíritu del dios; pero cuanto más ella se esfuerza, tanto más fatiga él su espumeante boca, domando aquel fiero corazón e imprimiendo en él su numen. Ábrense, en fin, por sí solas las cien grandes puertas del templo, y llevan los aires las respuestas de la Sibila.

—¡Oh tú! que al fin te libraste —exclama—, de los grandes peligros del mar, pero otros mayores te aguardan en tierra. Llegarán sí, los grandes descendientes de Dárdano a los reinos de Lavino; arranca del pecho ese cuidado; pero también desearán algún día no haber llegado a ellos. Veo guerras, horribles guerras, y al Tíber arrastrando olas de espumosa sangre; no te faltarán aquí ni el Simois, ni el Janto, ni los campamentos griegos. Ya tiene el Lacio otro Aquiles, hijo también de una diosa; tampoco te faltará aquí Juno, siempre enemiga de los Troyanos, con lo cual, ¿a qué naciones de Italia, a qué ciudades no irás, suplicante, a pedir auxilio en tus desastres? Por segunda vez una esposa extranjera, por segunda vez un himeneo extranjero será la causa de tantos males para los troyanos... Tú, empero, no sucumbas a la desgracia; antes bien, cada vez más animoso, ve

hasta donde te lo consienta la fortuna.[18] Una ciudad griega, y es lo que menos esperas, te abrirá el primer camino de la salvación.

Con tales palabras anuncia entre rugidos la Sibila de Cumas, desde el fondo de su cueva, horrendos misterios, envolviendo en términos oscuros cosas verdaderas; de esta suerte rige Apolo sus arrebatos y aguija su aliento. Luego que cesó su furor y descansó su rabiosa boca, díjole el héroe Eneas:

—¡Oh virgen! tus palabras no me revelan ninguna faz de mis desventuras nueva o inesperada; todo ya lo tengo previsto y a todo estoy preparado hace tiempo. Una sola cosa te pido, pues, es fama que aquí está la entrada del infierno, aquí la tenebrosa laguna que forma el desbordado Aqueronte; séame dado ir a la presencia de mi amado padre; enséñame el camino y ábreme las puertas sagradas. Yo le arrebaté en estos hombros, por entre las llamas y los dardos disparados contra mí, y le saqué de en medio de los enemigos; él me acompañaba en mis viajes; conmigo sobrellevaba, inválido, los trabajos de las travesías y los rigores todos del mar y del cielo, a despecho de los años; él además me persuadía, me mandaba que suplicante acudiese a ti y llegase a tus umbrales. Compadécete, ¡oh alma virgen! compadécete, yo te lo ruego, del hijo y del padre, porque tú lo puedes todo, y no en vano te encomendó Hécate la custodia de los bosques del Averno. Si Orfeo pudo evocar los manes de su esposa con el auxilio de su lira y de sus canoras cuerdas; si Pólux rescató a su hermano, alternando en la muerte con él, y si tantas veces va y vuelve por este camino, ¿Para qué he de recordar al gran Teseo? ¿Para qué a Alcides? También yo soy del linaje del supremo Jove.

Así clamaba Eneas, abrazado al altar, y así le contestó la Sibila:

—Descendiente de la sangre de los dioses, troyano, hijo de Anquises, fácil es la bajada al Averno[19]; día y noche está abierta la puerta del negro Dite; pero retroceder y restituirse a las auras de la tierra, esto es lo arduo, esto es lo difícil; pocos, y del linaje de los dioses, a quienes fue Júpiter propicio, o a quienes una ardiente virtud remontó a los astros, pudieron lograrlo. Todo el centro del Averno está poblado de selvas que rodea el Cocito con su negra corriente. Mas, si un tan grande amor te mueve, si tanto afán tienes de cruzar dos veces el lago Estigio, de ver dos veces el negro Tártaro, y estás decidido a probar la insensata empresa, oye lo que has de hacer ante todo. Bajo la opaca copa de un árbol se oculta un ramo, cuyas hojas y flexible tallo son de oro, el cual está consagrado a la Juno infernal; todo el bosque le oculta y las sombras le encierran entre tenebrosos valles, y no es dado penetrar, en las entrañas de la tierra sino al que haya desgajado del árbol la áurea rama; la hermosa Proserpina tiene dispuesto que sea ese el tributo que se lleve. Arrancado un primer ramo, brota otro, que se cubre también de hojas de oro, búscale pues, con la vista, y una vez encontrado, tiéndele la mano, porque si los hados te llaman, él se desprenderá por sí mismo; de lo contrario, no hay fuerzas, ni aun el duro hierro, que basten para arrancarle. Además, tu ignoras ¡ay! que el cuerpo de un amigo yace insepulto, y que su triste presencia está contaminando toda la armada mientras estás en mis umbrales pidiéndome oráculos. Ante todo, entrega esos despojos a su postrera morada, cúbrelos con un sepulcro, e inmola en él algunas negras ovejas; sean estas las primeras expiaciones. De esta suerte podrás, en fin, visitar las selvas estigias y los reinos inaccesibles para los vivos.

Dijo, y enmudeció su cerrada boca.

Entristecido el semblante y con los ojos bajos, sale de la cueva Eneas, revolviendo en su mente aquellos oscuros sucesos, acompañado del fiel Acates, que le sigue, agitado por las mismas ideas; departiendo ambos sobre varios asuntos y discurriendo sobre quién podría ser el compañero cuya muerte les había anunciado la Sibila, y a cuyo cuerpo había mandado dar sepultura. Llegado que hubieron a la seca playa, vieron arrebatado por indigna muerte a Miseno, hijo de Eolo, a quien nadie aventajaba en el arte de inflamar a los guerreros con los marciales acentos del clarín. Miseno

18 *Tu ne cede malis: sed contra audentior ito, / quam tua te Fortuna sinet.*

19 *Facilis descensus Averno.*

había sido el compañero del grande Héctor, a su lado recorría los campos de batalla, manejando con igual destreza la trompeta y la lanza, y cuando Aquiles, vencedor, despojó de la vida a Héctor, el noble héroe tomó por compañero a Eneas, no inferior al primero; pero como estuviese en una ocasión atronando la mar con los ecos de su bocina, y osase ¡insensato! desafiar a los dioses, Tritón, envidioso (si tal puede creerse), le cogió de improviso y le sumergió entre las peñas en las espumosas ondas. Todos los Troyanos, reunidos alrededor del cadáver, prorrumpían en grandes clamores, y más que todos, el piadoso Eneas. Al punto, sin perder momento ni interrumpir sus llantos, se apresuran a cumplir el mandato de la Sibila y a formar con árboles el altar del sepulcro, que levantan hasta el firmamento. Encamínanse a una antigua selva, profundo asilo de las alimañas; caen los pinos, resuenan la encina y el fresno, heridos de las hachas, y el hendible roble se raja a impulso de las cuñas; de los montes caen rodando los grandes olmos. También Eneas toma parte activa en aquellas faenas, al mismo tiempo que exhorta a sus compañeros, y contemplando la inmensa pira, agitado de tristes pensamientos, exclama:

—¡Oh! si ahora, en este espacioso monte, se me apareciese en su árbol aquel áureo ramo, ya que todo lo que me anunció la Sibila ha sido cierto, ¡Ay! demasiado cierto para ti, ¡oh Miseno!

No bien hubo acabado de hablar, cuando bajaron por los aires dos palomas volando delante de sus mismos ojos y se posaron sobre la hierba; reconoció en ellas el héroe las aves de su madre, y de esta suerte las implora, lleno de júbilo:

—Servidme de guías, ¡oh palomas! y si hay camino, dirigid vuestro vuelo a la densa enramada donde el vistoso ramo da sombra a la fecunda tierra. Y tú, ¡oh madre diosa! no me faltes en este dudoso trance.

Paróse, dicho esto, observando qué señales le dan y adónde dirigen el vuelo, mientras ellas, picoteando la hierba, se alejan por el espacio cuanto la vista más perspicaz puede alcanzar a seguirlas. Luego que llegaron a las bocas del fétido Averno, alzaron rápidamente el vuelo, y deslizándose por el líquido éter, van a posarse sobre la copa de un árbol, en el deseado sitio donde el resplandor del oro se destaca por su distinto matiz entre las ramas. Cual suele en la selva, durante los fríos invernales, brotar el muérdago con nueva verdura alrededor de los árboles a que crece apegado, pero que no le producen, y circundar los redondos troncos con su amarillo fruto, tal semejaba el áureo follaje en la copuda encina, tal crujían sus hojas, mecidas del blando viento. Eneas ase de él al punto, le arranca impaciente y lo lleva a la cueva de la Sibila.

Entre tanto los Troyanos continuaban en la playa llorando a Miseno, y tributaban los últimos honores a sus insensibles despojos. Empezaron por erigir con ramas de roble y maderas resinosas una gran pira, cuyos lados guarnecieron de negro follaje, hincando en tierra delante fúnebres cipreses, y decorando su cima con brillantes armas. Unos ponen el agua a la lumbre en calderas de bronce, y lavan y perfuman el frío cadáver entre grandes lamentos; luego colocan sobre la hoguera aquellos miembros regados con su llanto, y los cubren de las purpúreas vestiduras que usaron en vida; otros se colocan debajo del gran féretro, y ¡triste ministerio! volviendo los ojos, le aplican las teas, según la costumbre patria. Todo arde al momento: los montones de incienso, las entrañas de las víctimas, las copas del aceite derramado sobre ellas. Luego que todo quedó reducido a pavesas y se apagó la llama, sacaron los huesos, y después de empapar y lavar con vino aquellas reliquias, candentes todavía, Corineo las encerró en una urna de bronce; en seguida, con un ramo de feliz olivo, roció tres veces a sus compañeros con agua purificadora, y pronunció las últimas oraciones. Entonces el piadoso Eneas mandó erigir al héroe un soberbio monumento, en el cual depositan sus armas, su remo y su clarín, al pie de un alto monte, que de él recibió, y conservará eternamente, el nombre de Miseno.

Hecho esto, se apresura a ejecutar los preceptos de la Sibila. Había cerca de allí una profunda caverna, que abría en las peñas su espantosa boca, defendida por un negro lago y por las tinieblas de los bosques, sobre la cual no podía ave alguna tender impunemente el vuelo: tan fétidos eran los vapores que de su horrible centro se exhalaban, infestando los aires, de donde los Griegos dieron a

aquel sitio el nombre de Averno. Allí llevó Eneas, lo primero, cuatro novillos negros, sobre cuyo testuz derramó la sacerdotisa el vino de las libaciones, y cortándoles las cerdas entre las astas, las arrojó al fuego sagrado, como primeras ofrendas, invocando a voces a Hécate, poderosa en el cielo y en el Erebo. Otros degüellan las víctimas y recogen en copas la tibia sangre; el mismo Eneas con su espada inmola en honor de la madre de las Euménides y en el de su grande hermana una cordera de negro vellón, y a ti, ¡oh Proserpina! una vaca estéril. En seguida erige los altares para los sacrificios nocturnos que han de hacerse al rey del Estigio y pone en las llamas las entrañas enteras de los novillos, derramando abundante aceite sobre ellas, cuando he aquí que, al despuntar el alba, empezó a mugir la tierra bajo los pies, retemblaron las selvas, y grandes aullidos de perros en las sombras anunciaron la llegada de la diosa.

—¡Lejos, lejos de aquí, profanos! —exclama la profetisa—; salid de este bosque, y tú, Eneas, echa a andar y desenvaina la espada. Esta es la ocasión de mostrar entereza y valor.

Dicho esto, lánzase por la boca de la cueva, y Eneas la sigue con intrépidos pasos.

¡Oh dioses, que ejercéis el imperio de las almas, calladas sombras, Caos y Flegetón! ¡Oh vastas moradas de la noche y del silencio! Sséame lícito narrar las cosas que he oído. ¡Consiéntame vuestro numen descubrir los arcanos del abismo y de las tinieblas!

Solos iban en la nocturna oscuridad, cruzando los desiertos y mustios reinos de Dite, cual caminantes en espesa selva a la incierta claridad de la luna, cuando Júpiter cubre de sombra el firmamento y la negra noche roba sus colores a todas las cosas. En el mismo vestíbulo y en las primeras gargantas del Orco tienen sus guaridas el Dolor y los vengadores Afanes; allí moran también las pálidas Enfermedades, y la triste Vejez, y el Miedo, y el Hambre, mala consejera, y la horrible Pobreza, figuras espantosas de ver, y la Muerte, y su hermano el Sueño, y el Trabajo, los malos Goces del alma. Vense en el fondo del zaguán la mortífera Guerra, los férreos Tálamos de las Euménides y la insensata Discordia, ceñida de sangrientas ínfulas la serpentina cabellera.

En el centro despliega sus añosas ramas un inmenso olmo, y es fama que allí habitan los vanos Sueños, adheridos a cada una de sus hojas. Moran además en aquellas puertas otras muchas monstruosas fieras, los Centauros, las biformes Escilas y Briareo el de los cien brazos, y la Hidra de Lerna con su espantoso silbido, y la flamígera Quimera, las Górgonas, las Arpías y aquella alma que animó tres cuerpos. Herido en esto de súbito terror, requiere Eneas la espada y presenta su punta a todo lo que se le acerca; y si su compañera, conocedora de aquellos sitios, no le advirtiese que aquellas formas que veía revolotear en contorno eran vanos fantasmas, embistiera con ellas, esgrimiendo inútilmente su espada en el vacío.

De allí arranca el camino que conduce a las olas del tartáreo Aqueronte, vasto y cenagoso abismo, que perpetuamente hierve y vomita todas sus arenas en el Cocito. Guarda aquellas aguas y aquellos ríos el horrible barquero Caronte, cuya suciedad espanta; sobre el pecho le cae desaliñada luenga barba blanca, de sus ojos brotan llamas; una sórdida capa cuelga de sus hombros, prendida con un nudo: él mismo maneja su negra barca con un garfio, dispone las velas y transporta en ella los muertos, viejo ya, pero verde y recio en su vejez, cual corresponde a un dios. Toda la turba de las sombras, por allí difundida, se precipitaba a las orillas: madres, esposos, héroes magnánimos, mancebos, doncellas, niños colocados en la hoguera a la vista de sus padres, sombras tan numerosas como las hojas que caen en las selvas a los primeros fríos del otoño, o como las bandadas de aves que, cruzando el profundo mar, se dirigen a la tierra cuando el invierno las impele en busca de más calurosas regiones. Apiñados en la orilla, todos piden pasar los primeros y tienden con afán las manos a la opuesta margen; pero el adusto barquero toma indistintamente, ya a unos, ya a otros, y rechaza a los demás, alejándolos de la playa. Sorprendido y conturbado en vista de aquel tumulto, pregunta Eneas:

—Dime, ¡oh virgen!, ¿qué significa esa afluencia junto al río? ¿Qué piden esas almas? ¿Y por qué distinción esas tienen que apartarse de la orilla y esotras surcan esas lívidas aguas?

En estos términos le responde brevemente la anciana sacerdotisa:

—Hijo de Anquises, verdadera progenie de los dioses, viendo estás los profundos estanques del Cocito y la laguna Estigia, por la cual los mismos dioses temen jurar en vano. Esta turba que tienes delante es la de los miserables que yacen insepultos: ese barquero es Caronte, esos a quienes se llevan las aguas, los que han sido enterrados, pues no le es permitido transportar a ninguno a las horrendas orillas por la ronca corriente antes de que sus huesos hayan descansado en sepultura: cien años tienen que revolotear errantes alrededor de estas playas; admitidos entonces por fin, logran cruzar las deseadas olas.

Párase el hijo de Anquises triste y pensativo y profundamente compadecido de aquel destino cruel. Allí ve entre los infelices privados de sepultura a Leucaspis y Oronte, capitán de la escuadra licia, a quienes el austro anegó a un mismo tiempo juntamente con sus galeras, viniendo con él de Troya por los borrascosos mares. En esto descubre al piloto Palinuro, que, en su reciente travesía por el mar de Libia, mientras iba observando los astros, cayó de la popa en medio de las olas. Apenas hubo reconocido al desdichado en las espesas tinieblas, díjole así:

—¿Cuál dios ¡oh Palinuro! te arrebató a nosotros y te precipitó en medio del piélago? Dímelo pronto, porque Apolo, que antes nunca me había engañado, sólo me engañó al vaticinarme que cruzarías seguro la mar y llegarías a las playas ausonias. ¿Es esa, di, la fe prometida?

—No —respondió Palinuro—, no te engañó el oráculo de Febo, ¡oh caudillo hijo de Anquises! No me sepultó un dios en el mar. Arrancado por acaso con gran violencia el timón que me habías confiado, y que yo tenía asido para dirigir el rumbo, le arrastré en mi caída, y te juro por los terribles mares que no temí entonces tanto por mí cuanto porque tu nave, perdido el timón y privada de piloto, no pudiese resistir el empuje de aquellas tan terribles olas. Tres borrascosas noches me arrastró el violento noto por los inmensos mares; sólo el cuarto día divisé a Italia desde la altura a que me levantó una grande oleada. Poco a poco llegué nadando a tierra, y ya estaba en salvo, cuando una gente cruel, considerándome por engaño presa de valía, me acometió con espadas en el momento en que, bajo el peso de mis ropas mojadas, pugnaba por asirme con las uñas a la áspera cima de un collado: juguete del viento y del mar, mi cuerpo yace ahora en la playa. Por la deleitosa luz del cielo y por las auras te lo suplico; por tu padre y por el niño Iulo, tu esperanza, libértame ¡oh héroe invicto! de estas miserias. O bien, pues está en tu mano, da sepultura a mi cuerpo, que encontrarás en el puerto de Velia; o bien, si es posible, si tu divina madre te sugiere algún medio para ello (pues no creo que sin especial favor de los dioses te prepares a surcar la terrible laguna Estigia), tiende la diestra a este infeliz y llévame contigo por esas aguas, para que en muerte a lo menos descanse en plácidas moradas!

Dijo y al punto la habla así la Sibila:

—¿De dónde te viene ¡oh Palinuro! esa insensata aspiración? ¿Tú, insepulto, habías de visitar las aguas estigias y el tremendo río de las Euménides, y sin mandato de los dioses habías de pasar a la opuesta orilla? Renuncia a la esperanza de torcer con tus ruegos el curso de los hados, pero guarda en la memoria estas palabras, como consuelo en tu cruel desventura. Sabrás que todos los pueblos comarcanos, aterrados en vista de mil prodigios celestes, aplacarán tus manes, depositando tus huesos bajo un túmulo, instituirán en él solemnes sacrificios, y aquel sitio conservará eternamente el nombre de Palinuro.

Estas palabras calmaron su afán y ahuyentaron un poco el dolor de su triste corazón, complacido a la idea de que un lugar de la tierra había de llevar su nombre.

Prosiguen, pues, Eneas y la Sibila el comenzado camino y se acercan al río, cuando el barquero, al verlos desde la laguna Estigia ir por el callado bosque, encaminándose hacia la orilla, les ataja enojado el paso con estas palabras:

—Quienquiera que seas, tú, que te encaminas armado hacia mi río, ea, dime a qué vienes y no pases de ahí. Esta es la mansión de las Sombras, del Sueño y de la soporífera Noche; no me es

permitido llevar a los vivos en la barca Estigia, y a fe no tengo motivos para congratularme de haber recibido en este lago a Alcides, a Teseo y a Pirítoo, aunque eran del linaje de los dioses y de invicta pujanza; el primero amarró con su mano al guarda del Tártaro, y le arrancó temblando del trono del mismo Rey; los otros intentaron robar de su tálamo a la esposa de Dite.

Así le respondió brevemente la sacerdotisa del Anfriso:

—No abrigamos nosotros tales insidias; serénate; estas armas no arguyen violencia; siga en buen hora el gran Cerbero en su caverna espantando a las sombras con eterno ladrido, y continúe la casta Proserpina en la mansión de su tío. El troyano Eneas, insigne en piedad y armas, baja a las profundas tinieblas del Erebo en busca de su padre. Si no te mueve la vista de tan piadoso intento, reconoce a lo menos este ramo —y sacó el que llevaba oculto bajo el manto, con lo que al punto desapareció el enojo de Caronte.

Nada añadió la Sibila. Él, admirando el venerable don de la rama fatal, que no había visto hacía mucho tiempo, da vuelta a la cerúlea barca y se acerca a la orilla, haciendo que despejen el fondo las sombras que lo ocupaban, y las que iban sentadas en los largos bancos, al mismo tiempo que recibe en ella al grande Eneas. Crujió la sutil barca bajo su peso, y rajada en parte, empezó a hacer agua; mas al fin desembarcó felizmente en la opuesta orilla a la Sibila y al guerrero en un lodazal cubierto de verde légamo.

Enfrente, tendido en su cueva, el enorme Cerbero atruena aquellos sitios con los ladridos de su trifauce boca. Viendo la Sibila que ya se iban erizando las culebras de su cuello, le tiró una torta amasada con miel y adormideras, la cual él, abriendo su trifauce boca con rabiosa hambre, se tragó al punto, dejándose caer en seguida y llenando con su enorme mole toda la cueva. Al verle dormido, Eneas sigue adelante y pasa rápidamente la ribera del río, que nadie cruza dos veces.

En esto, empezaron a oírse voces y lloros de niños, cuyas almas ocupaban aquellos primeros umbrales; niños arrebatados del pecho de sus madres, y a quienes un destino cruel sumergió en prematura muerte antes de que gozaran la dulce vida. Junto a ellos están los condenados a muerte por sentencia injusta. Dan aquellos puestos jueces designados por la suerte; el presidente Minos agita la urna, él convoca ante su tribunal a las calladas sombras, y se entera de sus vidas y crímenes. Cerca de allí están los desdichados que, vencidos de la desesperación y aborreciendo la luz del día, se quitaron la vida con su propia mano. ¡Ah, cuánto darían ahora por arrostrar en la tierra pobreza y duros afanes! Pero los hados no lo consientes, y las tristes aguas del lago Estigio, con sus nueve revueltas, los enlazan y sujetan en aquel odioso pantano. No lejos de aquí se extienden en todas direcciones los llamados Campos Llorosos, donde secretas veredas que circundan una selva de mirtos, ocultan a los que consumió en vida el cruel amor, y que ni aun en muerte olvidan sus penas; en aquellos sitios ve Eneas a Fedra, a Procis y a la triste Erifile, enseñando las heridas que le hiciera su despiadado hijo, y a Evadne y a Pasífae, a quienes acompañan Laodamia y Ceneo, mancebo en otro tiempo, y ahora mujer, restituida por el hado a su primitiva forma.

Entre ellas vagaba por la gran selva la fenicia Dido, abierta aún en su pecho la reciente herida. Apenas el héroe troyano llegó junto a ella y la reconoció entre la sombra oscura, cual vemos o creemos ver a la luna nueva alzase entre nubes, rompió a llorar, y así le dijo con amoroso acento:

—¡Oh desventurada Dido! ¡Conque, fue verdad la nueva de tu desastre, y tú misma te traspasaste el pecho con una espada! ¿Y fui yo ¡oh dolor! causa de tu muerte? Juro por los astros y por los númenes celestiales y por los del Averno, si alguna fe merecen también, que muy a pesar mío dejé ¡oh Reina! tus riberas. La voluntad de los dioses, que ahora me obliga a penetrar por estas sombras y a recorrer estos sitios, llenos de horror y de una profunda noche, me forzó a abandonarte, y nunca pude imaginar que mi partida te causase tan gran dolor. Detén el paso y no te sustraigas a mi vista. ¿De quién huyes? ¡esta es la postrera vez que los hados me consienten hablarte!

Con estas palabras, cortadas por el llanto, procuraba Eneas aplacar la irritada sombra, que, vuelto el rostro, fijos en el suelo los torvos ojos, no se mostraba más conmovida por ellas que si fuera duro pedernal o mármol de Marpesia. Aléjase al fin precipitadamente, y va a refugiarse

indignada en un bosque sombrío, donde su antiguo esposo Siqueo es objeto de su ternura y corresponde a ella. Eneas, empero, traspasado de dolor a la vista de tan cruel desventura, la sigue largo tiempo, compadecido y lloroso.

Luego continúa su camino y llegan a los últimos campos, lugar retraído, donde moran los manes de los guerreros ilustres. Allí le salen al paso Tideo, el ínclito Partenopeo y la sombra del pálido Adrasto[20]; allí los troyanos muertos en la guerra y tan llorados entre los hombres, larga hilera que contempló con lágrimas, y en que estaban Glauco, Medonte, Tersíloco, los tres hijos de Antenor, Polifetes, consagrado a Ceres, e Ideo, armado todavía y todavía manejando su carro. Todas aquellas sombras se apiñan a ambos lados de Eneas; no les basta verle una vez, sino que quieren detenerle, ir con él y saber las causas de su venida; pero los caudillos de los Griegos y las falanges de Agamenón, en cuanto divisaron entre las sombras al héroe y sus brillantes armas, empezaron a temblar, y unos huyeron, como cuando en otro tiempo corrían a refugiarse en sus naves, y otros quisieron gritar, pero en vano; sólo un tenue acento empezó a salir de sus abiertas bocas.

Allí vio Eneas a Deífobo, hijo de Príamo, llagado todo el cuerpo, cruelmente mutiladas la cara y ambas manos, arrancadas las orejas de las destrozadas sienes y cortada la nariz con infame herida. Apenas reconoció al infeliz, que, trémulo y avergonzado, procuraba tapar las señales de su horrible suplicio, llegóse a hablarle y así le dijo con bien conocido acento:

—Valeroso Deífobo, descendiente del alto linaje de Teucro, ¿quién te trató tan cruelmente? ¿quién fue tan feroz contigo? Supe que en la última noche de Troya, después de haber hecho gran matanza de Griegos, caíste rendido sobre un montón de cadáveres; entonces yo mismo te erigí un cenotafio en la playa Retea, y tres veces invoqué tus manes en alta voz; allí están tus armas con tu nombre; pero a ti ¡oh amigo! no pude verte ni sepultarte, al partir, en la tierra patria.

A lo cual respondió el hijo de Príamo:

—Nada ¡oh amigo! dejaste por hacer; todos tus deberes cumpliste con Deífobo y sus tristes manes; mi destino fatal y el funesto crimen de la Lacedemonia[21] me precipitaron en este abismo de males: ¡estas pruebas me dejó de su amor! Bien te acuerdas (harto forzoso es recordarlo) de aquella engañosa alegría en que pasamos la última noche, cuando el fatal caballo penetró por encima de las murallas de Troya, preñado de armados peones. Ella, con fingidas danzas, conducía en derredor a las Troyanas; celebrando orgías y colocada en el centro, llevando en la mano una gran tea encendida, daba con ella la señal a los Griegos desde lo alto de la fortaleza. Yo entonces, vencido del sueño y de tantos afanes, fui a tenderme en mi infausto tálamo, y ya empezaba a disfrutar un dulce y profundo reposo, harto parecido a una plácida muerte, cuando mi egregia esposa, después de sacar de mi casa todas las armas y de quitarme de la cabecera mi fiel espada, abrió las puertas a Menelao y le introdujo en mi estancia, confiando, sin duda, prestar un gran servicio a su primer esposo y borrar así la memoria de sus antiguas maldades. ¿A qué me detengo? La turba se arroja sobre mi lecho; con ella venía el nieto de Eolo, siempre instigador de crímenes. ¡Oh dioses! si me es lícito implorar vuestra venganza, renovad en los Griegos aquellos horrores. Pero tú, dime a tu vez qué aventura te trae aquí en vida. ¿Vienes impulsado por el vaivén de las olas o por mandato de los dioses, o cuál destino te acosa para que hayas descendido a estas sombrías regiones, nunca alumbradas del sol?

Durante estas pláticas, ya la aurora con su rosada cuadriga había traspuesto la mitad del espacio celeste en su etérea carrera, y acaso hubiera el héroe consumido en ellas todo el tiempo que le estaba concedido, si su compañera, la Sibila, no le hubiera amonestado así brevemente:

—La noche se nos viene encima, Eneas, y empleamos las horas en llorar. Este es el sitio en que el camino se divide en dos partes: la de la derecha, que se dirige al palacio del poderoso Plutón,

20 Por regla general, ningún epíteto huelga en Virgilio. El de *pálido*, que aquí se da a la sombra de Adrasto, no se le da porque era una sombra, sino para significar la cobardía que acreditó aquel rey en la guerra de Tebas. Aplicado a una sombra, el epíteto *pálido* sería una vulgaridad; en el sentido en que lo aplica Virgilio es un primor.

21 Helena. Tras la muerte de Paris, es obligada a casarse con Deífobo. (Clásicos de Historia)

es la senda que nos llevará a los Campos Elíseos; la de la izquierda conduce al impío Tártaro, donde los malos sufren su castigo.

A lo cual respondió Deífobo:

—No te irrites, gran sacerdotisa; ya me retiro; ya voy a reunirme con las otras sombras y a sepultarme de nuevo en las tinieblas. Ve, ve ¡oh gloria y prez de los nuestros! a gozar más feliz destino que el mío.

Dijo, y se alejó.

Vuélvese entonces Eneas, y ve al pie de una roca que se extiende a la izquierda mano, una gran fortaleza, rodeada de triple muralla, que el rápido Flegetonte, río del Tártaro, circunda de ardientes llamas, arrastrando en su corriente resonantes peñas; en frente se ve una puerta enorme y con jambas de un acero tan duro, que ninguna fuerza humana, ni aun la espada de los mismos dioses, podría derribarlas. Una torre de hierro se alza en los aires; sentada Tisífone, ceñida de un manto de color de sangre, guarda el vestíbulo, despierta día y noche; óyense allí de continuo gemidos y crueles azotes y el rechinar del hierro y ruido de cadenas arrastradas. Paróse Eneas, despavorido, y se puso a escuchar con profunda atención.

—¿Qué especie de crímenes se castigan aquí? Dime, ¡oh virgen! ¿Qué tormentos son estos? ¿Quién exhala esos gritos tan lastimeros?

Así comenzó entonces la profetisa:

—Ínclito caudillo de los Teucros, a ningún justo le es lícito penetrar en ese asilo de los crímenes, pero cuando Hécate me destinó a la custodia de los bosques infernales, ella misma me declaró los castigos que imponen los dioses y me condujo por todos estos sitios. El cretense Radamanto ejerce aquí un imperio durísimo, indaga y castiga los fraudes, y obliga a los hombres a confesar las culpas cometidas y que vanamente se complacían en guardar secretas, fiando su expiación al tardío momento de la muerte. Al punto de pronunciada la sentencia, la vengadora Tisífone, armada de un látigo, azota e insulta a los culpados, y presentándoles con la mano izquierda sus fieras serpientes, llama a la turba cruel de sus hermanas.

Ábrense entonces por fin las sagradas puertas, rechinando en sus goznes con horrible estruendo.

—¿Ves —prosiguió la Sibila—, qué centinela está sentada en el vestíbulo? ¿Cuál horrible figura guarda estos umbrales? Pues dentro tiene su morada una hidra más horrible todavía, con sus cincuenta negras fauces siempre abiertas; luego se abre el mismo Tártaro, espantoso precipicio, que profundiza debajo de las sombras el doble de lo que se levanta sobre la tierra el etéreo Olimpo. Allí, en lo más hondo de aquel abismo, ruedan precipitados del rayo los Titanes, antiguo linaje de la Tierra. Allí vi a los dos hijos de Aloeo, enormes gigantes, que intentaron quebrantar con sus manos el inmenso cielo y precipitar a Júpiter de su excelso trono; vi también a Salmoneo, padeciendo horribles castigos en pena de haber querido imitar los rayos de Júpiter y los truenos del Olimpo. Tirado por un carro de cuatro caballos y blandiendo teas, iba ufano por los pueblos de Grecia y cruzaba su ciudad de Élix, reclamando para sí los honores debidos a los dioses. ¡Insensato, que creía simular con el bronce batido por los cascos de sus caballos el crujido de las tempestades y del inimitable rayo!, pero el Padre omnipotente le disparó entre densas nubes un dardo (no teas, no humeantes llamas) y le precipitó en el profundo abismo. Vi también a Ticio, hijo de la Tierra, que produce todos los seres, cuyo cuerpo tendido ocupa siete yugadas enteras; un enorme buitre mora en lo hondo de su pecho y con su corvo pico le roe y le devora el hígado y las entrañas, que nunca mueren, y renacen siempre para padecer sin momento de tregua. ¿A qué hablar de los Lapitas Ixión y Pirítoo, sobre cuyas cabezas pende un negro peñasco, amagándolos siempre con su caída? Delante tienen voluptuosos lechos de áureas columnas y festines dispuestos con regio lujo; pero la principal de las Furias vela tendida a su lado, y en cuanto intentan llevar las manos a la mesa, se levanta blandiendo su tea y se lo impide con tonantes voces. Allí habitan los que en vida aborrecieron a sus

hermanos o hirieron a su padre o vendieron el interés de su cliente; los que, numerosísima muchedumbre, incubaron riquezas atesoradas para ellos solos, sin dar una parte a los suyos; los que perdieron la vida por adúlteros; los que promovieron impías guerras o no temieron hacer traición a sus señores; todos estos, encerrados allí, aguardan su castigo. No intentes saber qué castigo es el suyo; unos hacen rodar un gran peñasco, otros penden amarrados a los radios de una rueda. El infeliz Teseo está sentado y lo estará eternamente, y Flegias, el más desgraciado de todos, amonesta a los demás y va clamando entre las sombras con grandes voces: *¡Escarmentad con mi ejemplo; aprended con él a ser justos y a no despreciar a los dioses!* Este vendió por oro su patria y le impuso un tirano; hizo y deshizo leyes por su solo interés. Ese incestuoso atropelló el lecho de su hija; todos osaron concebir grandes maldades y las llevaron a cabo. No, aun cuando tuviese cien lenguas y cien bocas y una voz de hierro, no podría expresar todas las formas de los crímenes ni decirte todos los nombres de sus castigos.[22]

Luego que esto dijo, la anciana sacerdotisa de Febo continuó:

—Mas ea, sigue adelante tu camino y ofrece a Proserpina el debido tributo. Aceleremos el paso; ya descubro las murallas forjadas en las fraguas de los Cíclopes, y veo las puertas del palacio de Plutón bajo esa bóveda que tenemos delante: ahí nos está mandado deponer nuestra ofrenda.

Dijo, y avanzando juntos por el tenebroso camino, atraviesan el espacio que los separa del palacio y llegan a sus puertas; Eneas penetra en el zaguán, se rocía el cuerpo con una agua recién cogida y suspende el ramo en el dintel frontero.

Hecho esto, y habiendo ya cumplido con la diosa, llegaron a los sitios risueños y a los amenos vergeles de los bosques afortunados, moradas de la felicidad. Ya un aire más puro viste aquellos campos de brillante luz, ya aquellos sitios tienen su sol y sus estrellas. Unos ejercitan sus miembros en herbosas palestras y se divierten en luchar sobre la dorada arena; otros danzan en coro y entonan versos. Allí el sacerdote Tracio, arrastrando largas vestiduras, acompaña sus cantos con las siete cuerdas de su lira, que ora impulsa con los dedos, ora con el ebúrneo plectro[23]. Allí está el antiguo linaje de Teucro, raza bellísima, héroes magnánimos, nacidos en mejores tiempos, Ilo, Asáraco y Dárdano, el fundador de Troya. Asombrado Eneas, ve a lo lejos armas, carros vacíos, lanzas hincadas en tierra y caballos sueltos paciendo diseminados por las vegas; la afición que aquellos guerreros tuvieron en vida a los carros y las armas, su antiguo afán por criar lozanos corceles, los siguen aún en el seno de la tierra. Luego ve a derecha e izquierda a otros comiendo tendidos sobre la hierba y entonando en coro jubiloso himnos en honor de Apolo, en medio de un fragante bosque de laureles, adonde viene a caer el caudaloso Erídano, difundiéndose de allí por toda la selva. Allí están los que recibieron heridas lidiando por la patria, los sacerdotes que tuvieron una vida casta, los vates piadosos que cantaron versos dignos de Febo, los que perfeccionaron la vida con las artes que inventaron y los que por sus méritos viven en la memoria de los hombres. Todos estos llevan ceñidas las sienes de nevadas ínfulas. Ya en medio de ellos, la Sibila les habla así, dirigiéndose más particularmente a Museo, a quien rodean los demás y que lleva a todos la cabeza:

—Decidme, almas bienaventuradas, y tú, virtuosísimo vate, ¿en cuál región, en qué sitio mora Anquises? Por él venimos y por él hemos cruzado los grandes ríos del Erebo.

---

22 *Non mihi si linguae centum sint, oraque centum, / ferrea vox, omnis scelerum conprendere formas, / omnia poenarum percurrere nomina possim.*

23 Es notable que Virgilio no incluya a su gran maestro Homero entre los héroes y sublimes vates cuyas sombras se encuentra Eneas en los Campos Elíseos; algo más natural hubiera sido este encuentro que el del fabuloso Museo, por ejemplo. ¿Fue olvido? ¿Fue omisión voluntaria? Acaso temió lastimar con aquel recuerdo el quisquilloso orgullo romano, siempre celoso de la superioridad de los Griegos en cualquier materia; pero aun así, creo que Virgilio cometió una falta. Y no valga para disculpar tan notable omision u olvido, decir que cuando Eneas bajó a los infiernos aun no había nacido Homero , pues tampoco habían nacido César, ni Augusto, ni Marcelo. Menor hubiera sido aquel anacronismo que éste, y algo más lícito me parece a mí, con todo el respeto debido al gran Virgilio. El español Silio Itálico se propuso notoriamente reparar aquella injusta omision en la pintura que hace de los Elíseos en el libro XIII de sus *Guerras púnicas*.

Así respondió brevemente Museo:

—Ninguno tiene aquí morada fija; habitamos en frondosos bosques y una veces andamos por los altos ribazos, otras por las márgenes de los arroyos; pero si tal es vuestro deseo, subid este collado, y pronto señalaré un camino para que le encontréis fácilmente.

Dijo, y echando a andar delante de ellos, les muestra desde la altura unas risueñas campiñas a las cuales bajan en seguida.

Estaba entonces el padre Anquises examinando con vivo afán unas almas encerradas en el fondo de un frondoso valle, almas destinadas a ir a la tierra, en las cuales reconocía todo el futuro linaje de sus descendentes, su posteridad amada, y veía sus hados, sus varias fortunas, sus hechos, sus proezas. Apenas vio a Eneas, que se dirigía a él cruzando el prado, tendióle alegre entrambas manos, y bañadas de llanto las mejillas, dejó caer de sus labios estas palabras:

—¡Que al fin has venido, y tu tan probada piedad filial ha superado este arduo camino! ¡Que al fin me es dado ver tu rostro, hijo mío, y oír tu voz y hablarte como de antes! Yo en verdad, computando los tiempos, discurría que así había de ser, y no me ha engañado mi afán. ¡Cuántas tierras y cuántos mares has tenido que cruzar para venir a verme! ¡Cuántos peligros has arrostrado, hijo mío! ¡Cuánto temía yo que te fuesen fatales las regiones de la Libia!

Eneas le respondió:

—Tu triste imagen, ¡oh padre! presentándoseme continuamente, es la que me ha impulsado a pisar estos umbrales. Mi armada está surta en el mar Tirreno. Dame, ¡oh padre!, dame tu diestra y no te sustraigas a mis brazos.

Esto diciendo, largo llanto bañaba su rostro: tres veces probó a echarle los brazos al cuello; tres la imagen, en vano asida, se escapó de entre sus manos como un aura leve o como lado sueño.

Eneas en tanto ve en una cañada un apartado bosque lleno de gárrulas enramadas, plácido retiro, que baña el río Leteo. Innumerables pueblos y naciones vagaban alrededor de sus aguas, como las abejas en los prados cuando, durante el sereno estío, se posan sobre las varias flores, y apiñadas alrededor de las blancas azucenas, llenan con su zumbido toda la campiña. Ignorante Eneas de lo que ve, y estremecido ante aquella súbita aparición, pregunta la causa, cuál es aquel dilatado río y qué gentes son las que en tan grande multitud pueblan sus orillas. Entonces el padre Anquises le dice:

—Esas almas, destinadas por el hado a animar otros cuerpos, están bebiendo en las tranquilas aguas del Leteo el completo olvido de lo pasado. Hace mucho tiempo que deseaba hablarte de ellas, hacértelas ver, y enumerar delante de ti esa larga prole mía, a fin de que te regocijes más conmigo de haber por fin encontrado a Italia.

—¡Oh padre! ¿Es creíble que algunas almas se remonten de aquí a la tierra y vuelvan segunda vez a encerrarse en cuerpos materiales? ¿Cómo tienen esos desgraciados tan vehemente anhelo de rever la luz del día?

—Voy a decírtelo, hijo mio, para que cese tu asombro —repuso Anquises, y de esta suerte le fue revelando cada cosa por su orden:

—Desde el principio del mundo, un mismo espíritu interior anima el cielo y la tierra, y las líquidas llanuras y el luciente globo de la luna, y el sol y las estrellas; difundido por los miembros, ese espíritu mueve la materia[24] y se mezcla al gran conjunto de todas las cosas; de aquí el linaje de los hombres y de los brutos de la tierra, y las aves, y todos los monstruos que cría el mar bajo la tersa superficie de sus aguas. Esas emanaciones del alma universal conservan su ígneo vigor y su celeste origen mientras no están cautivas en toscos cuerpos y no las embotan terrenas ligaduras y miembros destinados a morir; por eso temen, desean, padecen y gozan; por eso no ven la luz del cielo encerradas en las tinieblas de oscura cárcel. Ni aun cuando en su último día las abandona la

24 *Mens agitat molem.*

vida, desaparecen del todo las carnales miserias que necesariamente ha inoculado en ellas, de maravillosa manera, su larga unión con el cuerpo; por eso arrostran la prueba de los castigos y expían con suplicios las antiguas culpas. Unas, suspendidas en el espacio, están expuestas a los vanos vientos; otras lavan en el profundo abismo las manchas de que están infestadas, o se purifican en el fuego. Todos los manes padecemos algún castigo, después de lo cual se nos envía a los espaciosos Elíseos Campos, mansión feliz que alcanzamos pocos, y a que no se llega hasta que un larguísimo período[25], cumplido el orden de los tiempos, ha borrado las manchas inherentes al alma y dejádola reducida sólo a su etérea esencia y al puro fuego de su primitivo origen. Cumplido un período de mil años, un dios las convoca a todas en gran muchedumbre, junto al río Leteo, a fin de que tornen a la tierra, olvidadas de lo pasado, y renazca en ellas el deseo de volver nuevamente a habitar en humanos cuerpos.

Dicho esto, llevó a su hijo y a la Sibila hacia la bulliciosa multitud de las sombras y se subió a una altura, desde donde podía verlas venir de frente en larga hilera y distinguir sus rostros.

—Escúchame —prosiguió—, pues voy ahora a decirte la gloria que aguarda en lo futuro a la prole de Dárdano, qué descendientes vamos a tener en Italia, almas ilustres, que perpetuarán nuestro nombre; voy a revelarte tus hados. Ese mancebo, a quien ves apoyado en su fulgente lanza, ocupa por suerte el lugar más cercano a la vida, y es el primero que de nuestra sangre, mezclada con la sangre ítala, se levantará a la tierra; ese será Silvino, nombre que le darán los Albanos, hijo póstumo tuyo, que ya en edad muy avanzada tendrás, fruto tardío, de tu esposa Lavinia, la cual le criará en las selvas, rey y padre de reyes, por quien dominará en Alba Longa nuestro linaje. A su lado está Procas, prez de la nación troyana; síguele Capis y Numitor, y Silvio Eneas, que llevará tu nombre y te igualará en piedad y valor, si llega algún día a reinar en Alba Longa. ¡Qué mancebos! ¡Mira qué pujanza ostentan! De esos a cuyas sienes da sombra una corona de cívica encina, unos te edificarán las ciudades Nomento, Gabia y Fidena; otros levantarán en los montes los alcázares Colatinos, a Pometía, el castillo de Inno, a Bola y Cora; así se llamarán algún día esas que hoy son tierras sin nombre. A su abuelo sigue Rómulo, hijo de Marte y de Ilia, de la sangre de Asáraco. ¿Ves esos dos penachos que se alzan sobre su cabeza, y ese noble continente que en él ha impreso el mismo padre de los dioses? Has de saber, hijo mío, que bajo sus auspicios la soberbia Roma extenderá su imperio por todo el orbe y levantará su aliento hasta el cielo. Siete colinas encerrará en su recinto esa ciudad, madre feliz de ínclitos varones; tal la diosa de Berecinto, coronada de torres, recorre en su carro las ciudades frigias, ufana de ser madre de los dioses, abrazando a cien descendientes, todos inmortales, todos moradores del excelso Olimpo. Vuelve aquí ahora los ojos y mira esa nación; esos son tus romanos. Ese es César, esa es toda la progenie de Iulo, que ha de venir bajo la gran bóveda del cielo. Ese, será el héroe que tantas veces te fue prometido, César Augusto, del linaje de los dioses, que por segunda vez hará nacer los siglos de oro en el Lacio, y en esos campos que antiguamente reinó Saturno; en el que llevará su imperio más allá de los Garamantas y de los Indios, a regiones situadas más allá de donde brillan los astros, fuera de los caminos del año y del sol, donde el celífero Atlante hace girar sobre sus hombros la esfera tachonada de lucientes estrellas. Y ahora, en la expectativa de su llegada, los reinos Caspios y la tierra Meótica oyen con terror los oráculos de los dioses, y se turban y estremecen las siete bocas del Nilo. Ni el mismo Alcides recorrió tantas tierras, por más que asaetease a la cierva de los pies de bronce, que pacificase las selvas del Erimanto e hiciese temblar con su arco al lago de Lerna; ni Baco el vencedor, que por las altas cumbres de Nisa maneja con riendas de pámpanos los tigres que arrastran su carro. ¿Y titubearíamos aún en ejercitar nuestro valor con grandes hechos, o el miedo nos retraería de establecernos en las tierras de Italia? ¿Quién es aquel que se ve allí lejos, coronado de oliva, que lleva en la mano sacras ofrendas? Reconozco la cabellera y la blanca barba del rey que dará el primero leyes a Roma, y que desde su humilde Cures y desde su pobre tierra pasará a regir un grande imperio. Sucederále Tulo, que pondrá término a la paz de la patria y armará a sus pueblos,

25 *Longa dies;* período indefinido de tiempo. En este mismo sentido se emplea en el *Génesis* la palabra *dia*.

ya desacostumbrados de vencer. De cerca le sigue el arrogante Anco, que aun ahora se ufana demasiado con el aura popular. ¿Quieres ver a los reyes Tarquinos, y el alma soberbia de Bruto vengador, y las restauradas fasces? Ese será el primero que tomará la autoridad de cónsul y las terribles segures, y padre, condenará al suplicio por la hermosa libertad a sus hijos, promovedores de nuevas guerras. ¡Infeliz! Sea cual fuere el juicio que de ese acto haya de formar la posteridad, el amor de la patria y un inmenso deseo de gloria vencerán en su corazón. Mira también a lo lejos los Decios, los Drusos y al terrible Torcuato, armado de una segur, y a Camilo con las enseñas recobradas del enemigo. Esas dos almas que ves brillar con armas iguales, tan unidas ahora que las rodean las sombras de la noche, ¡ah! si llegan a alcanzar la luz de la vida, ¡cuántas guerras moverán entre sí, cuánto estrago! ¡Cuántas huestes armarán uno contra otro! El suegro bajará de las cumbres alpinas y de la peña de Moneco y apoyarán al yerno los opuestos pueblos del Oriente. ¡Oh hijos míos, no acostumbréis vuestras almas a esas espantosas guerras, no convirtáis vuestro pujante brío contra las entrañas de la patria! Y tú el primero, tú, ¡oh sangre mía! tú, que desciendes del Olimpo, ten compasión de ella y no empuñes jamás semejantes armas... Ese, vencedor de Corinto, subirá al alto Capitolio en carro triunfal, ilustrado con la matanza de los Aqueos. Ese debelará a Argos y a Micenas, patria de Agamenón, y al mismo hijo de Eaco, de la raza del omnipotente Aquiles; vengando así a sus abuelos troyanos y los profanados templos de Minerva. ¿Quién podría pasarte en silencio, ¡oh gran Catón! y a ti, oh Cosso? ¿Quién al linaje de los Gracos y a los dos Escipiones, rayos de la guerra, terror de la Libia, y a Fabricio, poderoso en su pobreza, y a ti, ¡oh Serrano! que siembras tus surcos? Las fuerzas me faltan ¡oh Fabios! para seguiros en vuestra gloriosa carrera. Tú, ¡oh Máximo! ganando tiempo, conseguirás salvar la república. Otros, en verdad labrarán con más primor el animado bronce, sacarán del mármol vivas figuras, defenderán mejor las causas, medirán con el compás el curso del cielo y anunciarán la salida de los astros; tú, ¡oh romano! atiende a gobernar los pueblos; esas serán tus artes, y también imponer condiciones de paz, perdonar a los vencidos y derribar a los soberbios.

Así habló el padre Anquises a Eneas y a la Sibila, que le escuchaban atónitos; luego añadió:

—¡Mira cómo se adelanta Marcelo, cargado de despojos, y cómo, vencedor, se levanta por encima de todos los héroes! Ese sostendrá algún día la fortuna de Roma, comprometida en apretado trance; intrépido jinete, arrollará a los Cartagineses y al rebelde Galo, y suspenderá en el templo de Quirino el tercer trofeo.

En esto Eneas, viendo acercarse al lado del héroe un gallardo mancebo vestido de refulgentes armas, pero con la frente mustia, bajos los ojos e inclinado el rostro dijo:

—¿Quién es, ¡oh padre!, ese que acompaña a Marcelo? ¿Es su hijo o alguno de la alta estirpe de sus descendientes? ¿Cuál le rodean todos con obsequioso afán! ¡Cómo se parecen uno a otro!, pero una negra noche rodea su cabeza de tristes sombras.

Entonces el padre Anquises, bañados de llanto los ojos, exclama:

—¡Oh hijo mío! no inquieras lo que será ocasión de inmenso dolor para los tuyos. Vivirá ese mancebo, pero los hados no harán más que mostrarle un momento a la tierra; la romana estirpe os hubiera parecido ¡Oh dioses! demasiado poderosa si le hubieseis otorgado ese don. ¡Cuántos gemidos se exhalarán por él desde el campo de Marte hasta la gran Roma! ¡Qué funerales verás, oh Tíber, cuando te deslices por delante de su reciente sepultura! Ningún mancebo de la raza troyana levantará tan alto las esperanzas de sus abuelos latinos, ni la tierra de Rómulo, se envanecerá tanto jamás de otro alguno de sus hijos. ¡Oh piedad! ¡Oh antigua fe! ¡Oh diestra invicta en la guerra! Jamás contrario alguno se le hubiera opuesto, impunemente, ya arremetiese a pie las huestes enemigas, ya aguijase con la esquela los ijares de espumoso corcel. ¡Oh mancebo digno de eterno llanto! si logras vencer el rigor de los hados, tú serás Marcelo... Dadme lirios a manos llenas, dadme que esparza sobre él purpúreas flores; que pague a los menos este tributo a los manes de mi nieto y le rinda este vano homenaje.

Así van recorriendo sucesivamente el espacio de los dilatados campos aéreos y examinándolo todo. Luego que Anquises hubo conducido a su hijo por todos aquellos sitios, e inflamado su ánimo con el deseo de su futura gloria, le cuenta las guerras que está destinado a sustentar, le da a conocer los pueblos de Laurento y la ciudad de Latino, y de qué modo podrá evitar y resistir los trabajos que le aguardan.

Hay dos puertas del Sueño, una de cuerno, por la cual tienen fácil salida las visiones verdaderas; la otra de blanco nítido marfil, primorosamente labrada, pero por la cual envían los manes a la tierra las imágenes falaces. Prosiguiendo en sus pláticas con su hijo y la Sibila, despídelos Anquises por la puerta de marfil, desde la cual toma Eneas derecho el camino hacia la escuadra y vuelve a ver a sus compañeros. Dirígese en seguida, costeando la playa, al puerto de Cayeta; allí echan anclas y atracan en la orilla.

LIBRO VII

Da Eneas sepultura a su nodriza Cayeta, y costeando las riberas de Italia, pasa por junto a la isla de Circe y llega a la boca del Tíber, por el cual penetra en sus naves, y desemboca en la costa del Lacio, regido a la sazón por el rey Latino; allí ve cumplido el vaticinio de la cruel Celeno, y reconoce que aquella es la tierra que le destinan los Hados.—Envía emisarios al rey Latino para pedirle alianza. Descripción del templo de Pico.—Acoge con bondad Latino las proposiciones de Eneas, le envía magníficos presentes y le ofrece la mano de su hija Lavinia, que los oráculos de su padre Fauno y las respuestas de los augures destinan a un príncipe extranjero.—Irritada Juno, recurre a la infernal Alecto para que suscite discordias entre teucros y latinos, con el fin de impedir aquellas bodas, a que es también opuesta la reina Amata, esposa de Latino, empeñada en casar a Lavinia con Turno, rey de los rútulos.—Nace en efecto la discordia entre ambos pueblos, con ocasión de un hermoso ciervo de la pastora Silvia, muerto por Ascanio en una cacería, y en la primera refriega mueren Almón y el rico Galeso.—Levántase contra los troyanos toda aquella parte de Italia, por instigación de Juno, y como el rey Latino se negase a abrir el templo de Jano, ábrele la diosa con sus propias manos y se declara por fin la guerra.—Sigue una invocación a las Musas y la enumeración de las fuerzas auxiliares de Turno que de todas partes acuden a reforzar su ejército.—Pintura de sus principales caudillos y de la guerrera virgen Camila, reina de los volscos.

Tú también ¡Oh Cayeta! nodriza de Eneas, diste con tu muerte eterna fama a nuestras playas; aun hoy tu memoria protege estos sitios, y tu nombre declara, si algo vale esta gloria, en qué lugar de la grande Hesperia descansan tus huesos.

Celebradas las exequias conforme al rito, y erigido un túmulo de tierra, el piadoso Eneas, luego que se sosegó el hondo mar, dio la vela y abandonó el puerto. Era de noche; soplaban las auras blandamente; la blanca luna los alumbraba en su rumbo y con su trémula luz rielaban las aguas del mar. Pasan las naves rozando la orilla del país circeo, donde la opulenta hija del sol hace resonar sus repuestos bosques con perpetuo canto, y en sus soberbios palacios quema oloroso cedro a la luz de la luna, mientras teje con sutil lanzadera delicadas telas. Óyense allí, a deshora de la noche, rugido de leones reluchando por romper sus cadenas; óyense cerdosos jabalíes y osos, que se embravecen en sus jaulas, y aullidos de espantables lobos, a quienes la cruel Circe, a favor de poderosas hierbas, trocó la figura humana en semblante y cuerpo de fieras. Para que impelidos al puerto no experimentasen semejantes transformaciones los piadosos Troyanos ni pisasen horribles playas, Neptuno hinchó sus velas con favorables vientos, impulsólos en rápida fuga y los sacó de aquel hirviente estrecho.

Ya se sonrosaba la mar con los primeros rayos del sol y la rápida aurora desde el alto éter resplandecía en su carro, tirado por dos caballos de color rosa, cuando se aplanó el viento, cesó de repente todo soplo, y los remos empezaron a batir la mar, inmóvil como el mármol[26]. En esto Eneas descubre desde el piélago un espacioso bosque, por en medio del cual va el caudaloso y manso Tíber, amarillo con su abundante arena, a desembocar con rápidos remolinos en la mar; en derredor y encima del río varias aves, acostumbradas a sus riberas y a sus aguas, llenaban de dulces melodías el viento con sus gorjeos y revoloteaban por el bosque. Allí manda Eneas a sus compañeros que

26 Éste es uno de los pocos versos de Virgilio en que me fundo para lo que alguna vez he apuntado de su ligera tendencia a las metáforas un poco violentas. Llamar *tonsae* a los remos, y *lento marmore* a la mar serena, no me parecen figuras de un gusto muy correcto.

tuerzan el rumbo, enderezando a tierra las proas. y se entra alegre por el umbroso río.

Préstame ahora tu auxilio ¡oh Erato! para que diga cuáles fueron los reyes, cuáles los remotos sucesos, cuál el estado del antiguo Lacio, cuando un ejército extranjero arribó por primera vez en naves a las playas ausonias, y recuerde la ocasión de aquellos primeros combates; inspira ¡oh diosa! inspira al poeta. Voy a cantar horrendas batallas; diré los ejércitos, los reyes animados a la matanza, la hueste tirrena y toda la Hesperia armada. De más alto empeño, más ardua que hasta aquí, es ahora mi empresa. Regía en larga paz sus campos y sus felices ciudades el anciano rey Latino, hijo de Fauno y de la ninfa Marica Laurentina; Fauno era hijo de Pico, cuya ascendencia ¡oh Saturno! remonta hasta ti, primer fundador de su linaje. No tenía este Rey, por disposición de los dioses, hijo alguno varón, pues uno que tuvo le había sido arrebatado en la flor de sus años; sólo le quedaba una hija heredera de su casa y de sus vastos estados y ya en edad de tomar marido. Multitud de príncipes del gran Lacio, la Ausonia toda la pretendían, y sobre todos el bizarrísimo Turno, de antiguo y poderoso linaje, a quien la esposa del Rey deseaba por yerno con extremado empeño; mas los dioses lo impiden por medio de varios tremendos prodigios.

Había en lo más retirado y profundo del palacio, un laurel de sacro ramaje, conservado de muy antiguo con religioso temor, el cual era fama que se había hallado el rey Latino en la época en que empezara a edificar su capital, y que había consagrado a Febo, por donde recibieron sus pobladores el nombre de Laurentinos. Ocurrió un día ¡Oh asombro! que una apiñada muchedumbre de abejas, cruzando el líquido éter con gran ruido, fue a posarse en la copa de aquel laurel, y enredadas unas con otras por los pies, quedaron suspensas de las frondosas ramas, formando de súbito un enjambre. Al punto mismo dijo así un adivino:

—En esa señal vemos la llegada de un varón extranjero y de un ejército que se dirige a estas regiones por la parte de donde vienen esas abejas, y que nos dominará desde nuestro excelso alcázar.

Además, un día en que la virgen Lavinia estaba al lado de su padre, quemando en los altares castos inciensos, viose (¡cosa horrible!) prender el fuego en sus largos cabellos y arder con resonante llama todas sus galas e inflamarse su velo real y su rica diadema de pedrerías; luego se la vio rodeada de humo, y roja luz rociar con fuego todo el palacio. Terrible y maravilloso declararon este portento los augures; porque, si bien prometía a Lavinia fama y destino insignes, amenazaba al pueblo con terrible guerra. Cuidadoso el Rey con estos prodigios, va a consultar los oráculos de su fatídico padre Fauno en las selvas donde resuena el caudaloso raudal de la sagrada fuente Albunea, que cubierta de opacas sombras, exhala mefíticos vapores. Allí acuden en los casos dudosos a pedir oráculos las gentes de Italia y toda la Enotria; allí cuando el sacerdote lleva sus dones y se echa a dormir, en la callada noche, sobre las pieles extendidas de las ovejas sacrificadas, ve en sueños revolotear muchos espectros de maravillosa manera, y oye varias voces y disfruta los coloquios de los dioses y hace llegar sus palabras hasta el Aqueronte en los profundos avernos. Allí también entonces el padre Latino, a fin de obtener oráculos, había inmolado conforme al rito, cien lanudas ovejas y yacía acostado sobre sus extendidas pieles, cuando de pronto salió de lo más hondo de la selva una voz que decía:

—No pienses, hijo mío, en dar tu hija a un esposo latino, ni creas en las ya preparadas bodas. Vendrá un yerno extranjero, con cuya alianza se levantará nuestro nombre hasta las estrellas, y cuyos descendientes verán sometidas a sus pies y regidas por sus leyes cuantas naciones contempla el sol recorriendo uno y otro Océano.

No recató el rey latino esta respuesta de su padre Fauno, ni el aviso que le diera en la callada noche; antes ya la Fama voladora lo había difundido por todas las ciudades ausonias, cuando la juventud troyana llegó a aferrar su armada en la hermosa ribera.

Tiéndense Eneas, los principales caudillos y el hermoso Iulo bajo las ramas de un árbol; dispónense la comida, y para ello colocan sobre la hierba tortas de flor, hacinando luego sobre aquel asiento, dado por Ceres (así se lo sugirió el mismo Júpiter), multitud de frutas silvestres.

Consumidos estos manjares, como su escasez los forzase a morder las tortas, a violar con mano y dientes audaces el círculo de la fatal corteza y a no perdonar sus espaciosos cuadros,

—¡Ay, hasta las mesas nos comemos! —exclamó Iulo, sin hacer nada más alusión al oráculo.

Estas palabras fueron para los troyanos el primer anuncio del fin de sus trabajos, y Eneas, atajándolas en los labios de su hijo, exclamó así al punto, pasmado de su significación profética:

—¡Salve, oh tierra que me debían los hados! ¡Salve, oh vosotros, también fieles penates de Troya! Esta es nuestra morada, esta es nuestra patria: en estos términos (ahora lo recuerdo) me reveló mi padre Anquises los arcanos del destino. Cuando arrojado a ignotas playas el hambre te fuerce, hijo mío, consumidos ya los manjares, a devorar también las mesas, cuenta entonces que hallarás asiento en tus fatigas y acuérdate de fundar allí con tu mano y fortificar una primera población. Esta es aquella hambre que nos estaba profetizada; esta es la última calamidad por que nos restaba pasar como término de nuestras miserias... Animo, pues, y a la primera luz del nuevo sol exploremos estos sitios, veamos qué gentes los pueblan, dónde están sus ciudades y encaminémonos desde el puerto en todas direcciones. Ahora apurad las copas en honor de Júpiter, invocad en vuestras preces a mi padre Anquises y traed más vino a las mesas.

Dicho esto, ciñe sus sienes con una hojosa rama e invoca al Genio de aquellos sitios, a la tierra, divinidad anterior a todas, y a las Ninfas y a los aun desconocidos ríos de aquellas regiones; luego a la Noche y a los astros que nacen en ella, a Júpiter de Ida; después, como es justo, a Cibeles frigia y a la madre que tiene en el cielo y a su padre que está en el Erebo. En esto el omnipotente Júpiter hizo retumbar tres veces su trueno en el claro cielo y mostró en el éter una rutilante y áurea nube, que él mismo blandía con su mano; entonces cunde de pronto por el ejército troyano el rumor de que es llegado el día en que va a edificar la ciudad prometida; con lo que al punto renuevan las mesas y regocijados con aquel gran presagio, previenen las copas, y ya llenas de vino, las coronan de ramos y flores.

Apenas despuntaron al siguiente día los primeros albores, parten por diversos caminos a explorar la ciudad, los términos y las costas de aquella nación; aquí descubren los pantanos que forman la fuente del río Numico; este es el Tíber; este es el país que pueblan los fuertes Latinos. Entonces el hijo de Anquises despacha a la augusta ciudad del Rey cien emisarios elegidos de entre todas las clases y coronados de ramos de oliva, que vayan a llevarle regalos y a pedirle paz para los Troyanos; sin pérdida de momento, parten con rápido paso los comisionados. Eneas entre tanto señala por sí mismo en la ribera con una zanja el reducido circuito de la muralla, asiento de su futura ciudad, y a modo de campamento rodea sus primeras viviendas con almenas y empalizadas.

Ya, recorrido el camino, divisaban los emisarios las torres y los altos edificios de los Latinos, ya se acercaban a sus muros. En frente de la ciudad multitud de mancebos en la primera flor de la juventud se estaban ejercitando en cabalgar y en manejar carros en el polvoroso llano, o bien en tender los rígidos arcos, o en blandir flexibles dardos o en luchar a la carrera y a brazo partido, cuando un mensajero fue a llevar a los oídos del anciano Rey la nueva de que habían llegado unos guerreros de aventajada estatura y extraño atavío. Mándalos él introducir en su palacio y se sienta en el solio de sus mayores en medio de los suyos. Había en la parte más alta de la ciudad un augusto y espacioso edificio, sustentado por cien columnas, palacio del laurentino Pico, que llenaban de religioso terror tradicional la devoción de que era objeto y las selvas que le rodeaban. Era de buen agüero para los reyes recibir allí el cetro y levantar las primeras fasces; aquel templo les servía de tribunal, allí se celebraban los sagrados festines, allí, después de inmolar un carnero, acostumbraban los próceres a tomar asiento alrededor de largas mesas. Veíanse allí, además, en el vestíbulo, dispuestas por su orden, las efigies de los ascendientes del Rey, labradas de antiguo cedro; Ítalo, el padre Sabino, que plantó el primero la vid, y cuya imagen conserva todavía en su mano la corva hoz; el viejo Saturno, el bifronte Jano y todos los demás reyes de la monarquía, que peleando por la patria recibieron marciales heridas. Penden, además en los sacros umbrales multitud de armas, carros cautivos, corvas segures, penachos, enormes cerrojos, dardos, escudos y espolones

arrebatados de las naves enemigas. Ceñida una corta trábea con el báculo quirinal en la diestra y embrazada en el izquierdo una rodela, sentábase allí Pico, el domador de caballos, a quien su amante Circe, loca de celos, hirió con su vara de oro, y con influjo de sus venenos le convirtió en ave de pintadas plumas. Tal era el templo de los dioses, en cuyo ámbito recibió a los Teucros el rey latino, sentado en el solio de sus mayores; luego que hubieron entrado, les habló así el primero con apacible semblante:

—Decid, hijos de Dárdano (pues no desconocemos ni vuestra patria ni vuestro linaje y ya teníamos nuevas de que hacia aquí enderezabais el rumbo), ¿Cuál es vuestro objeto?, ¿Qué causa, qué necesidad ha traído a vuestros bajeles por tantos cerúleos mares a las playas ausonias? Ya hayáis entrado por nuestra ría y hayáis anclado en nuestro puerto por haber perdido el derrotero o acosados por las tempestades, que tan frecuentes persiguen a los navegantes en alta mar, no huyáis de mi hospitalidad ni os forméis una idea equivocada de los Latinos, linaje de Saturno, justo, no por la fuerza ni por las leyes, sino por su propio natural y por apego a los usos de su antiguo dios. Y aun me acuerdo (aunque el tiempo ha oscurecido esta tradición) de haber oído decir a unos ancianos Auruncos que Dárdano, nacido en estos campos, penetró en las ciudades de la Frigia, cercanas al monte Ida y en Samos de Tracia, que hoy se llama Samotracia; ahora el áureo alcázar del estrellado cielo cobija un solio al que salió de la tirrena mansión de Corito y es ya un numen más en los altares.

Dijo, y en esto términos le contestó Ilioneo:

—¡Oh Rey, linaje ilustre de Fauno, no una negra borrasca nos ha obligado a arribar a tus playas, acosados por las olas, ni las estrellas ni las costas nos han hecho perder el rumbo. Con maduro acuerdo y voluntad firme venimos a esta ciudad, arrojados de nuestro reino, el más grande en otro tiempo que veía el sol en su carrera de uno a otro confín del Olimpo. Nuestro linaje tuvo principio en Júpiter; la juventud dárdana se regocija de tener por progenitor a Júpiter; nuestro mismo Rey, el troyano Eneas, de la excelsa raza de Júpiter, es quien nos envía a tus umbrales. Cuán terribles desastres ha derramado la fiera Micenas por los campos de Ida, cuáles hados han impulsado a chocar entre sí a los dos continentes de Europa y Asia, sábenlo hasta los que habitan las últimas regiones que baña el Océano y aquellos a quiénes separa del resto del mundo la zona que se extiende en medio de las otras cuatro y tuesta un sol abrasador. Desde aquel gran desastre, arrastrados por tantos y tantos mares, venimos implorando para nuestros dioses patrios un reducido albergue, una playa segura, el agua y el aire, comunes a todos. Ni seremos un desdoro para vuestra nación, ni ganaréis poca fama con darnos amparo, ni se borrará jamás de nuestras almas la gratitud a tamaño beneficio, ni les pesará a los Ausonios de haber acogido a Troya en su seno. Yo lo juro por los hados de Eneas y por su diestra, poderosa lo mismo en la prueba de las alianzas que en la de la guerra y las armas. No nos tengas en menos porque venimos a ti con ramas de oliva en las manos y palabras suplicantes; muchos pueblos, muchas naciones han querido y solicitado unirnos a su suerte; pero los hados de los dioses con su irresistible imperio nos han forzado a buscar afanosamente vuestras comarcas. Aquí torna Dárdano, nacido aquí, y con sus solemnes mandatos nos impele Apolo hacia el tirreno Tíber y a la sagrada fuente del Numico. Estos cortos dones de su pasada fortuna te da además, reliquias arrebatadas a las llamas de Troya. Con esta copa de oro hacía Anquises libaciones en los altares, estos son los regios atavíos que vestía Príamo cuando administraba justicia a sus pueblos congregados: el cetro, la sagrada tiara y el manto labrado por las mujeres de Troya...

Suspenso latino al oír estas razones de Ilioneo, quédase inmóvil, clavado en el suelo, fijos en él los ojos, revolviéndolos con atención profunda; lo que tan perplejo le tiene no es tanto ni las recamadas vestiduras de púrpura, ni el cetro de Príamo, cuanto el pensar en las bodas de su hija; al mismo tiempo medita en el oráculo del antiguo Fauno. Aquel extranjero es, sin duda, el yerno que le anuncian los hados y el que destinan a sucederle en su reino bajo felices auspicios, del cual ha de nacer una egregia y valerosa prole, destinada a subyugar el orbe entero. Por fin, exclama así,

alborozado:

—¡Cumplan los dioses nuestros propósitos y sus propios agüeros! Dársete ha ¡oh troyano! lo que pides; no menosprecio tus dones; mientras reine Latino no os faltarán tierras feraces, ni las riquezas de Troya; sólo exijo que el mismo Eneas, si tanto codicia mi alianza, si quiere de veras ser mi huésped y mi compañero, venga a mis estados y no rehuya mi semblante amigo, prenda bastante de paz será para mí tocar la mano de vuestro Rey. Vosotros ahora llevadle de mi parte estas razones: Tengo una hija a quien me vedan dar esposo de nuestra nación los oráculos del santuario paterno y mil prodigios celestes, los cuales todos anuncian que es destino del Lacio que ha de venir de extranjeras playas un yerno, cuyo linaje levantará hasta los astros la fama de nuestro nombre. Vuestro Rey es el que designan los hados, si no me engañan mis presentimientos; lo creo así y lo deseo.

Dicho esto, elige entre los trescientos hermosos y velocísimos caballos que tenía en sus soberbias cuadras, uno por cada troyano, y manda que se les lleven por su orden, cubiertos de ricas gualdrapas de púrpura, recamadas de varios colores. Del pecho les penden colleras de oro, de oro son sus jaeces, de rojo oro también los frenos que tascan sus dientes. Al ausente Eneas manda llevar un carro y un tiro de dos caballos de etérea raza, que arrojan fuego por la nariz, de la sangre de aquellos que formó la artificiosa Circe, cruzando ocultamente yeguas mortales con los caballos del Sol, su padre. Con tales regalos y amistosas palabras del rey Latino, vuélvense, montados en sus soberbios corceles, los enviados de Eneas, ya mensajeros de paz.

Más he aquí que tornándose de la ciudad de Argos, que riega el Inaco, y cruzando los aires en su carro la fiera esposa de Júpiter, divisa en remota lontananza, desde el siciliano promontorio de Paquino, a Eneas lleno de júbilo y toda la armada dárdana, y ve a los Troyanos construyendo sus moradas para tomar asiento en tierra y renunciar a sus naves. Paróse, al verlo, herida de acerbo dolor, y meneando la cabeza, exhaló del pecho estas palabras:

—¡Oh estirpe aborrecida, oh hados de la Frigia, siempre contrarios a los míos! ¿Sucumbieron por ventura en los campos Sigeos? Cautivos ya, ¿pudieron quedar en cautiverio? ¿Ardieron, acaso, en el incendio de Troya? Por en medio de las huestes enemigas, por entre las llamas lograron abrirse camino. ¡Por quien soy, que creo que ya mi numen se declara vencido y que he dado tregua a la lucha, harta ya de aborrecer! Irritada contra esos prófugos de su patria, he osado seguirlos por todos los mares y contrastarlos en todos ellos; contra los Teucros se han estrellado las fuerzas del cielo y del mar. ¿De qué me valieron las Sirtes, ni Escila, ni la enorme Caribdis? Libres ya del mar y de mis iras, van a poblar las suspiradas márgenes del Tíber. Marte fue bastante poderoso para aniquilar el feroz linaje de los Lapitas; el mismo padre de los dioses entregó la antigua Calidonia a las iras de Diana, y ¿cuál fue para tanto castigo el crimen de los Lapitas, cuál el de Calidonia? ¡Yo empero, yo, la poderosa consorte de Júpiter; yo, que, infeliz, nada he dejado por intentar; yo, que a todo he acudido por mí misma, soy vencida por Eneas! Pues bien; ya que mi numen puede tan poco, no hay auxilio que titubee ya en implorar; pues no alcanzo a doblegar a los dioses del cielo, acudiré a los del Aqueronte[27]. En buen hora que no pueda arrebatar a Eneas el imperio del Lacio, en buen hora el irrevocable hado le asegure por esposa a Lavinia; pero conseguiré a lo menos poner trabas y dilaciones al cumplimiento de esos grandes sucesos; pero conseguiré exterminar a fuerza de guerras los pueblos de ambos reyes. Únanse en buen hora, a costa del sacrificio de los suyos, el yerno y el suegro; tu dote será ¡oh virgen! la sangre de los Troyanos y de los Rútulos; Belona será madrina de tus bodas. No será la hija de Ciseo la única que haya concebido en sus entrañas una tea encendida; también el hijo de Venus será otro Paris, y segunda vez las teas de himeneo serán funestas a la nueva Troya.[28]

---

27 *Flectere si nequeo superos, Acheronta movebo*

28 «*...et Paris alter, / funestaeque iterum recidivain Pergama taedae.*» Pasaje oscuro. Sigo la interpretación del P. La Rue.

Dicho esto, encamínase furiosa a la tierra y evoca de la mansión de las tinieblas infernales, donde moran las horribles hermanas, a la calamitosa Alecto, cuyo corazón sólo se goza en tristes guerras, en iras, traiciones y atroces crímenes. Su propio padre Plutón, sus mismas tartáreas hermanas aborrecen a este monstruo: ¡tantas y tan espantosas caras muda, tantas negras sierpes erizan su cuerpo! Con estas palabras la excita Juno:

—Virgen, hija de la Noche, concédeme el favor, propio de ti, que voy a pedirte, para que no sucumban mi honor y mi fama en el descrédito, ni logren los Troyanos contraer alianza con el rey Latino, ni apoderarse de los ítalos confines. Tú puedes armar para la guerra las diestras de los hermanos antes unidos y abrasar en odios las familias; tú puedes esgrimir contra ellas tus látigos de serpientes y tus teas funerales; tú tienes mil maneras, mil artificios para hacer daño; aguza tu fecundo ingenio, descompón las ajustadas paces, siembra ocasiones de guerra, haz que la juventud anhele y pida y blanda furiosa las armas.

Al punto Alecto, henchida del veneno de las Górgonas, se dirige primeramente al Lacio y a la excelsa morada del laurentino Rey, y penetra hasta el callado aposento de la reina Amata, la cual, con ocasión de la llegada de los Teucros y de las bodas de Turno, se consumía en mujeriles congojas e iras. Arrójale la diosa una de las culebras de su cerúlea cabellera y se la clava en lo más hondo de las entrañas, a fin de que, hostigada por ella, alborote con sus furias todo el palacio. Deslízase la víbora por entre las ropas y el terso pecho, revolviéndose sin ser sentida, e infunde por sorpresa en la exaltada Reina un espíritu viperino. Ya revuelta en derredor de su cuello, la gran culebra se trueca en collar de oro, ya en larga venda que ciñe sus cabellos, ya se desliza veloz por todos sus miembros. Mientras el primer virus destilado de aquella húmeda ponzoña va inficionando sus sentidos y va el fuego cundiendo a los huesos sin que todavía su alma se haya empapado toda entera en la infausta llama, habla así al Rey con dulzura y cual acostumbran las madres, haciendo tiernos lamentos por su hija y por las bodas frigias que se preparan:

—¿Y habrías de dar ¡oh padre! nuestra Lavinia a esos Troyanos desterrados? ¿No te dueles de tu hija, ni de ti mismo, ni de su madre, a quien al primer soplo del aquilón dejará abandonada el pérfido, llevándose por el mar la robada virgen? ¿No penetró así en Lacedemonia el pastor frigio y se llevó a Helena, hija de Leda, a las ciudades troyanas? ¿Que se ha hecho de tus sagrados juramentos, qué de tu antiguo desvelo por los tuyos, qué de tu palabra, tantas veces empeñada a nuestro deudo Turno? Si desean los Latinos un yerno de raza extranjera, si tal es tu firme resolución, y a ella te apremian los mandatos de tu padre Fauno, juzgo que extranjera será toda tierra libre de tu dominio, y así los expresaron los dioses; y si nos remontamos al primer origen de tu linaje, verás que Turno viene del corazón de Micenas y que cuenta entre sus progenitores a Ínaco y a Acrisio.

Luego que conoció la inutilidad de estas razones, viendo que Latino perseveraba en su resolución, y cuando hubo cundido al fondo de sus entrañas y penetrado en su cuerpo el veneno de las furias destilado por la serpiente, precipítase la infeliz delirante por toda la ciudad, presa de espantosas visiones. Cual peonza que a impulso del retorcido látigo hacen girar los muchachos en sus juegos, formando un ancho corro en los desocupados atrios, y pasmándose de ver cuál corre de aquí para allá en circulares trechos el tornátil boj batido de la correa, y acelerado por ella en su veloz carrera, tal y no menos rápida se precipita la Reina por las ciudades y las indómitas tribus de su pueblo. Y no satisfecha aún, y cual si estuviera poseída del numen de Baco, resuelta a mayor atentado, aguijada de mayores furias, huye a las selvas y esconde a su hija en los frondosos montes para sustraerla al enlace con el Troyano y alejar las teas nupciales, dando bramidos, invocándote ¡oh Baco! y proclamándote único digno de la virgen, puesto que por ti empuña el blando tirso y se une a los coros que celebran tu gloria y conserva para ti su cabellera consagrada a tu numen. Vuela la fama de este suceso, y arrastradas del mismo modo por la Furias todas las madres a buscar nuevos hogares, abandonan sus casas, dando al viento los cuellos y las sueltas cabelleras. Unas llenan el espacio de trémulos alaridos, otras, ceñidas de pieles, esgrimen lanzas rodeadas de pámpanos.

Amata, en medio de ellas, desatentada, blande una tea encendida y canta las bodas de Turno con su hija, revolviendo sangrientas miradas; luego de pronto exclama con torvo acento:

—Oídme ¡oh madres latinas! si aun os queda en los piadosos ánimos algún cariño a la desventurada Amata; si en algo tenéis vuestros derechos de madres, desataos las vendas del cabello y celebrad orgías conmigo.

De esta suerte aguijonea Alecto con los estímulos de Baco a la reina Amata por las selvas y los desiertos de las fieras. Cuando juzgó que ya había atizado bastante los primeros furores, revuelto el palacio y desbaratado los planes del rey Latino, alzóse de allí al punto en sus negras alas, encaminándose a la ciudad del animosos Rútulo, la cual es fama que fundó Dánae, con los colonos acrisios cuando la precipitó en aquella playa el impetuoso noto. Los antiguos la denominaron Árdea, y aún hoy conserva este gran nombre; pero su fortuna pasó; allí Turno, ya mediada la negra noche, disfrutaba en su soberbio palacio apacible sueño. Alecto se despoja de su fiero aspecto y de su cuerpo de furia, transformándose en figura de vieja. Su horrible frente se ve surcada de arrugas, una venda sujeta sus blancos cabellos, que ciñe un ramo de oliva. Trocada así en la vieja Cálibe, sacerdotisa de Juno, preséntase ante los ojos del mancebo y le habla de esta manera:

—¿Consentirás, ¡Oh Turno! en haber arrostrado en vano tantos afanes y en que pase tu cetro a manos de colonos troyanos? ¡El rey Latino te niega al pactado enlace y la dote que te has ganado con tu sangre, y quiere que un extranjero herede su reino! ¡Ve ahora, iluso, ve a arrostrar peligros tan mal agradecidos; ve y debela las huestes tirrenas; asegura a los Latinos el beneficio de la paz! La misma omnipotente hija de Saturno me ha mandado que viniera a decirte claramente estas cosas cuando estuvieras descansando en la serena noche. Ea, pues, disponte ufano a armar tu juventud guerrera y a sacarla de la ciudad; embiste a los caudillos frigios, acampados en las márgenes del hermoso río, y abrasa sus pintadas naves; así lo manda la poderosa fuerza de los dioses. El mismo rey Latino, si no te da por esposa a su hija y falta a su empeño, conozca y pruebe, en fin, las armas de Turno.

Burlándose de la Sibila, replícale así el mancebo:

—No ha faltado, como crees, un mensajero para anunciarme que han entrado naves extrañas en las aguas del Tíber. No me ponderes tanto los peligros que corro, no se ha olvidado de mí la regia Juno...; pero vencida por la edad y de sus estragos, incapaz por ello de discernir la verdad de las cosas, ¡oh anciana! te forjas vanos temores y te exageras los peligros en medio de las contiendas de los reyes. Ve a cuidar, como debes, de las imágenes de los dioses y de la seguridad del templo, y deja a los hombres el cuidado de las paces y las guerras.

Estas palabras encendieron en ira a Alecto, cuando de pronto se apodera del joven, que la reconoce y la implora, súbito temblor. Sus ojos quedan desencajados: ¡tantas serpientes silban en la Furia, tan patente se muestra en su horrenda figura! Entonces, revolviendo los llameantes ojos, rechaza al Rey, suspenso y empeñado en disculparse, irgue en su cabello dos culebras, chasquea su látigo y con rabiosa lengua exclama así:

—Aquí estoy, aquí vencida de la edad y de sus estragos, incapaz por ello de discernir la verdad de las cosas, yo, que me forjo vanos temores y me exagero de los peligros en medio de las con tiendas de los reyes. Mira estas serpientes; vengo de la mansión de las Furias, mis hermanas y traigo en la mano guerras y matanzas…

Dicho esto, arroja una tea al joven y se inca en el pecho, humeante con negro resplandor. Rompe entonces su sueño indecible espanto; todo su cuerpo se empapa en un sudor que le cala hasta los huesos, y fuera de sí, lanza bélicos rugidos; revuélvese en el lecho, buscando sus armas; sus armas busca por todo el palacio, respirando ansia insensata de hierro y lides y ardiendo en ciega ira; no de otra suerte, cuando se enciende una resonante lumbrada, de retamas debajo de una caldera llena de agua, hierve esta con estrépito y se levanta espumante, y rebosa, y convertida en negro vapor, se exhala por los aires. Declara, pues, a sus principales guerreros que, rota la paz, va a marchar contra el rey Latino, y manda aprestar las armas, fortificar a Italia y arrojar de sus confines

al enemigo; él sólo basta, dice, contra los Teucros y los Latinos. Dicho esto e invocando los dioses, excítanse mutuamente y a porfía los Rútulos a la guerra, movidos del amor que profesan a su rey, unos por su gallardía y juventud, estos por su regia prosapia, aquellos por sus preclaras hazañas.

Mientras Turno infunde animoso brío a los Rútulos, vuela Alecto, batiendo sus infernales alas, al campamento de los Teucros, e ideando nuevas trazas, explora los sitios en que el hermoso Iulo se entretenía en acosar las fieras con lazos y a la carrera. Entonces la virgen del Cocito comunica a sus perros súbita rabia, les lleva a la nariz el conocido olor de un ciervo para que ardientes le persigan, lo cual vino a ser la ocasión primera de tantos desastres y lo que inflamó en guerrera saña a aquellas rústicas gentes. Había un hermosísimo ciervo de gran cornamenta, al cual desde que aún mamaba arrebataron a su madre y criaban los hijos de Tirreo, y este también, que era el mayoral de los ganados del Rey y el guarda de sus dilatados campos. Criábale con particular amor y le tenía acostumbrado a obedecerla Silvia, hermana de aquellos mancebos; ella le adornaba las astas con guirnaldas, le peinaba el cuerpo y le lavaba en cristalinas fuentes. Hecho a que le pasaran la mano, a comer en la mesa de su ama, vagaba de día por las selvas, y a la noche, aunque ya muy entrada, se volvía por sí solo al conocido hogar. Sucedió por dicha aquel día que errante, lejos de él, cuando acababa de bañarse en un manso río y estaba descansando del gran calor en la verde ribera, le levantaron rabiosos los perros de Iulo, que por allí andaba cazando, e inflamado el mancebo en ansia de noble prez, le disparó del corvo arco una saeta, que dirigida con mano certera, así lo quiso la Furia, fue silbando a traspasarle el vientre y los ijares. Huye el herido ciervo a la conocida morada, y lanzando gemidos, se entra ensangrentado en el redil, llenándolo con lastimosos acentos, cual si se quejara e implorase compasión. Silvia la primera, al verle, se golpea los brazos, grita socorro y concita a todos los rústicos pastores, que acuden de improviso, como que la horrible Furia andaba oculta por aquellas calladas selvas; cuáles armados con palos de tostada punta, cuáles con ñudosas estacas, todos con lo primero que han encontrado a mano y que la ira ha convertido en armas, Tirreo, que estaba a la sazón partiendo con apretadas cuñas una enorme encina, ase de su hacha, llama a toda su gente y acude también respirando saña.

Entre tanto la horrible diosa, que desde su escondrijo ve llegada la ocasión de provocar una gran desgracia, se sube al tejado de la alquería, y desde aquella altura hace la señal de los pastores, esforzando con la corva bocina su voz infernal, con que retembló todo el monte y atronó a lo lejos las profundas selvas. Oyóla el apartado lago de Diana, oyéronla el río Nar, blanco con sus sulfurosas aguas y las fuentes de Velino, y temblorosas las madres estrecharon al pecho sus hijos.[29] Al punto los indómitos pastores, oída la señal que les diera la horrible bocina, acuden presurosos, provistos de improvisadas armas, al mismo tiempo que la troyana juventud se precipita por todas las puertas de sus reales en auxilio de Ascanio. Ordénanse las huestes y trábase la lid, no ya, a la manera de campesinos, con recias estacas y garrotes de tostada punta, sino con espadas de dos filos; una horrible mies de desnudos aceros eriza la vasta llanura, resplandecen las armas heridas del sol y reverbera la luz hasta las nubes, como cuando al primer soplo del viento empieza a blanquear una ola, va luego poco a poco hinchándose la mar, y levantando cada vez más altas sus olas, hasta que alza al firmamento aun las aguas de sus más profundos abismos. En esto el joven Almón, el mayor de los hijos de Tirreo, que lidiaba en primera fila, cae herido de una estridente saeta, que, hincándosele debajo de la garganta, ahogó con sangre sus labios la frágil vida. A su lado sucumben otros muchos, y entre ellos, mientras se estaba ofreciendo medianero para poner paz, el anciano Galeso, varón el más justo y rico que tenía entonces la Ausonia; cinco rebaños de ovejas y cinco vacadas volvían casi de noche de sus dehesas, y en la labranza de sus heredades empleaba cien arados.

Mientras con dudosa fortuna sigue trabada aquella lid en los campos, la Furia, que ha cumplido ya su promesa ensangrentando la guerra y ocasionando muertes al primer choque,

29 Don Alberto Lista imitó felizmente este pasaje en su hermosa oda a la victoria de Bailén: «Y las madres de Iberia al triste pecho / Los hijos se estrecharon, / Y piedad y venganza reclamaron.»

abandona la Hesperia, y remontándose al aéreo espacio, habla así ufana a Juno con arrogantes voces:

—¡Allí tienes suscitada con una sañuda guerra la discordia que apetecías; prueba ahora a amistarlos de nuevo y a ponerlos en paz! Una vez que ya he rociado a los Teucros con sangre ausonia, más haré todavía si me aseguras que tal es tu voluntad; yo esparciré rumores que subleven a los pueblos comarcanos e inflamaré los ánimos en insano furor guerrero para que de todas partes acudan en auxilio de los Latinos; yo sembraré de armas los campos.

Juno le respondió:

—Harto hay ya de terrores y amaños. Ya hay ocasión bastante para la guerra, y lidian cuerpo a cuerpo; esas armas que les dio la ventura están ya bañadas de reciente sangre. Celebren ya, en buen hora, tales bodas, júntense con tales lazos el ilustre hijo de Venus y el rey Latino. Por lo que a ti toca, no consentirá el sumo Padre, árbitro del Olimpo, que por más tiempo vagues libre por los espacios etéreos. Vuélvete a tu morada; yo proveeré por mí misma a cuanto pueda sobrevenir en esta trabajosa empresa.

Esto dijo la hija de Saturno. Alecto entonces, batiendo sus estridentes alas, cuajadas de sierpes, vuela a la mansión del Cocito, abandonando las celestes alturas. Hay en el corazón de Italia, a la falda de una alta sierra, un sitio noble y famoso en gran parte de la tierra, denominando los valles Amsanctos, circuidos por todos lados de frondosas selvas y por cuyo centro pasa un tortuoso torrente, rompiéndose entre peñas con fragoso estruendo. Ábrese allí una horrenda sima, respiradero del infernal Plutón, ancho abismo que sirve de pestilentes fauces al desbordado Aqueronte; húndese por allí la Furia, aborrecido numen, y el cielo y la tierra respiran libres de su presencia.

En tanto la Reina, hija de Saturno, preserva en dar la última mano a la guerra. Abandonando el campo de batalla, precipítase la innumerable muchedumbre de los pastores hacia la ciudad, llevándose los cadáveres del mancebo Almón y del ya desfigurado Galeso, implorando a los dioses, tomando a Latino por testigo de aquel desastre. Llega en esto Turno, y en medio de aquel furioso y sangriento tumulto aumenta la confusión con sus quejas de que se llame al reino a los Troyanos, de que se solicite una alianza frigia y de que a él se le arroje del palacio. Entonces aquellos cuyas madres, poseídas de báquico furor, vagan por las enmarañadas selvas celebrando orgías (¡tanto influjo ejerce el nombre de Amata!), acuden también en tropel y fatigan el viento con sus bélicos clamores; todos, a despecho de los presagios contra la voluntad de los dioses, piden, con perverso consejo, una guerra infanda y asedian a porfía el palacio del rey Latino. El se resiste, semejante a una roca del mar, inmóvil y sustentada en su gran mole, entre el fragor de los vientos desatados y de las olas furiosas que ladran a su rededor; vanamente se estremecen en contorno los escollos y las espumosas peñas, y baten sus costados las rechazadas algas; mas viento, en fin, que no hay camino de conjurar aquel desacordado empeño y que las cosas van a merced de la despiadada Juno, toma repetidas veces por testigos a los dioses y a las vanas auras, exclamando:

—¡Ay, los hados nos quebrantan, la tempestad nos arrolla! Con vuestra sacrílega sangre pagaréis ¡oh míseros! ese atentado. A ti ¡oh Turno! te está reservado un lastimoso desastre y con tardíos votos implorarás a los dioses. Yo, por mí, tengo asegurado mi sosiego; a la vista está el puerto de todas mis esperanzas; sólo pierdo una muerte feliz.

Dicho esto, se encerró en su palacio y abandonó las riendas del gobierno.

Existía en el Lacio hesperio una costumbre, que las ciudades albanas observaban de muy antiguo como sagrada y que hoy conserva todavía Roma, la señora del mundo, cuando se dispone a mover guerras, ya para llevar terrible estrago a los Getas, ya a los Hircanos o a los Árabes, ya se encamine al país de los Indios y avanzando más hacia la Aurora, vaya a recobrar de los Partos sus enseñas. Dos puertas hay en el templo de la guerra, así las llaman, consagradas por la religión y por el miedo al cruento Marte; guárdanlas cien cerrojos de bronce e indestructibles barras de hierro, y Jano, además, las custodia permanentemente. Tan luego como el Senado declara la guerra, el mismo cónsul en persona, vestido de la trábea quirinal y de la gabina toga, insignias de su dignidad, abre

las puertas y proclama la guerra; síguele toda la juventud, y con ronco son responden los clarines a su vocerío. De esta manera querían que declarase Latino la guerra a los Troyanos y abriese las infaustas puertas; mas no quiso el Rey tocarlas con su mano, y rehuyendo aquel fatal ministerio, fue a sepultarse en lo más profundo de su palacio. Entonces la Reina de los dioses, desprendida del cielo, empuja con su propia mano las puertas, harto tiempo cerradas para su impaciencia, y haciéndolas girar sobre sus goznes, rompe las férreas vallas de la guerra. Arde en bélico furor Italia, antes sosegada e inmóvil: unos se preparan a servir de peones, otros, jinetes en fuertes corceles, levantan con sus furiosas arremetidas nubes de polvo; todos buscan armas. Unos acicalan leves rodelas y brillantes dardos y afilan las segures en las piedras; todos se deleitan en tremolar banderas y en oír el ruido de las trompetas. Cinco grandes ciudades a porfía baten los yunques y renuevan las armas: la poderosa Atina, la soberbia Tíbur, Árdea, Crustumera y la torreada Antemna. Forjan yelmos, reparos seguros para las cabezas; con dobladas varas de sauce forman adargas; otros corazas de metal; otros extienden la flexible plata en forma de leves grebas. Todos olvidan su amor a la reja y al arado; la hoz se trueca en arma; todos reforjan en el horno las espadas de sus padres. Suenan las trompetas, vuelan las órdenes de escuadra en escuadra. Este, fuera de sí, ase el yelmo guardado en su hogar; aquel sujeta al no usado yugo sus fogosos caballos; cuál embraza el escudo y viste la loriga de triple franja de oro, cual se ciñe la fiel espada.

Abridme ahora ¡oh Musas! el Helicón e inspirad mis cantos; decidme cuáles reyes tomaron parte en aquella guerra, cuáles ejércitos llevaron en su seguimiento los campos, qué guerreros florecían ya entonces en la fecunda Italia, en qué guerras ardió por aquellos tiempos, pues vosotras ¡oh diosas! lo tenéis presente y podéis recordar al mundo esas cosas, que escasamente ha traído hasta nuestra edad un leve soplo de la fama.

El primero que se encamina a la guerra desde las playas tirrenas con sus armadas huestes es el feroz Mecencio, despreciador de los dioses. Junto a él va su hijo Lauso, el más apuesto guerrero de Italia, después del laurentino Turno. Lauso, domador de caballos y terror de las fieras, capitanea en vano mil guerreros de la ciudad de Agila; mancebo digno de mejor fortuna en el trono y de no tener por padre a Mecencio.

En pos de ellos ostenta en el campo su carro decorado con palmas y sus vencedores caballos el hermoso Aventino, hijo del hermoso Hércules, llevando en su escudo la empresa paterna, la Hidra ceñida de cien serpientes. La sacerdotisa Rea, mujer unida a un dios, le dio a luz furtivamente en la selva del monte Aventino, después que Hércules, muerto Gerión, llegó vencedor a los campos laurentinos y fue a bañar sus vacas iberas en el río tirreno. Sus soldados llevan a la guerra picas y terribles chuzos con ocultos rejos y pelean con lanzas sabinas de redondo cabo. Aventino, a pie, ceñido de la piel de un enorme león, erizada de espantosas vedijas y cubierta la cabeza con las quijadas de la fiera, en que todavía brillan sus blancos dientes, se encamina al real alcázar, horrible con aquellos arreos, a la usanza de los de su padre Hércules.

Vienen después dos hermanos, Catilo y el fogoso Coras, mancebos argivos, abandonando las murallas tiburtinas, así llamadas del nombre de su hermano Tiburto; siempre en primera fila se precipitan sobre las apiñadas huestes contrarias. Tal descienden de la alta cumbre de un monte dos centauros, hijos de las nubes, abandonando en rápida carrera el Hómole y el nevado Otris; ábreles la selva ancho paso, y por él caen tronchadas las ramas con fragoso estruendo.

No faltó allí en aquel trance el fundador de la ciudad de Prenesta, el rey Céculo, a quien todas las edades han creído hijo de Vulcano, nacido entre agrestes alimañas y hallado en una hoguera. Acompáñale innumerable turba de pastores, los que moran en la alta Prenesta y en los campos de Gabina, cara a Juno, y los del frío Anieno y los de las peñas Hérnicas, regadas por cien arroyos, y también a los que sustentan la rica Anagnia y el río Amaseno. No todos estos llevan armas, ni hacen resonar yelmos ni carros; los más disparan con la honda pelotas de pardo plomo; otros blanden dos dardos en la mano y cubren sus cabezas rojos capirotes de piel lobuna; llevan descalzo el pie izquierdo y una abarca de cuero crudo les cubre el derecho.

Entre tanto Mesapo, domador de caballos, hijo de Neptuno, a quien no es dado postrar ni con fuego ni con hierros, concita súbitamente a la pelea a sus pueblos, por largo tiempo sosegados, y a sus no aguerridas huestes, y empuña la espada. Marchan con él los escuadrones Fesceninos y los Faliscos, afamados por su justicia; los que oran en las alturas de Soracte, y en los Flavinios campos, y en las montuosas márgenes del lago Cimino, y en los bosques Capenos. Caminaban en iguales grupos, entonando loores a su Rey, semejantes a una bandada de nevados cisnes, que, de vuelta de los prados adonde han ido a pastar, surcan el líquido éter exhalando por los largos cuellos canoros acentos con que resuena el río y que repite con lejanos ecos el lago Asia... Nadie, al ver tal muchedumbre, la hubiera tomado por un ejército cubierto de hierro, sino por una aérea nube de aquellas roncas aves precipitándose desde la alta mar hacia las playas.

He aquí a Clauso, del antiguo linaje de los Sabinos, que viene capitaneando una poderosa hueste, poderoso como ella, y de quien descienden hoy la tribu y la familia Claudia, difundida por el Lacio desde que Roma le dio en parte a los Sabinos. Vienen con él la gran cohorte Amiterna y los antiguos Quirites y todas las armadas gentes de Ereto y de la olivífera Mutusca, los de la ciudad de Nomento, los de las húmedas campiñas de Velino, los que habitan las enriscadas asperezas de Tétrica, el monte Severo y la Casperia y los Forulos y las orillas del río de Himela; los que beben las aguas del Tíber y del Fabaris; los que enviara la fría Nursia, las huestes de Horta y los pueblos Latinos y los que divide, cruzando por mitad de su territorio, el río Alia, nombre infausto. Tan numeroso como las olas que revuelve el africano mar cuando el fiero Orión se esconde en las aguas invernales, o como las espigas que tuesta el nuevo sol en los campos del Hermo o en los rojos sembrados de la Lilia, resuenan los escudos, teme la tierra al batir de las pisadas.

Acude por otra banda en su carro el hijo de Agamenón, Haleso, enemigo del nombre troyano, trayendo en auxilio de Turno mil pueblos feroces, los que revuelven con el rastrillo los fértiles viñedos Másicos, los que envían a aquella guerra, desde sus altos collados, los senadores de Aurunca y los que moran junto al golfo Sidicinio; los de Cales y los del cenagoso río Volturno, y con ellos el áspero Satículo y la hueste de los Oscos; sus armas son chuzos despuntados, a que ajustan largas correas. Una adarga cubre su brazo izquierdo y lidian cuerpo a cuerpo con espadas corvas.

Ni serás olvidado en mis versos, ¡oh Obalo! de quien es fama que te hubo de la ninfa Sebetida el rey Telón, cuando ya anciano reinaba sobre los Telebos de Caprea; mas no contento su hijo con los estados de su padre, ya entonces extendía su dominio a los pueblos Sarrastes y a los llanos que riega el Sarno, y a los que pueblan a Rufra y a Bátulo, y los campos de Celena, y los que miran las fructíferas murallas de Abella. Estos blanden dardos arrojadizos al modo de los Teutones, llevan capacetes de corteza de alcornoque, y en sus manos brillan rodelas y espadas de acero.

También te envió a aquella guerra la monstruosa Nersa, ¡oh Ufente!, de preclara fama y venturoso en armas; tú, a quien señaladamente obedece el Equícola, pueblo feroz dado a la montería, y que labra armado una dura tierra, siempre sediento de nuevas rapiñas y de vivir del robo.

Viene también, enviado por el rey Archipo, el fortísimo Umbro, sacerdote de la nación Marruvia, ceñido el yelmo de ramos de feliz oliva, el cual solía adormecer con el canto y con la mano a las víboras y a las hidras de ponzoñoso aliento, y aplacar sus iras, y tenía el arte de curar sus mordeduras; mas no le bastó para sanar la herida de una lanza troyana, ni le aprovecharon para ella sus soñolientos cantos ni las hierbas cogidas en los montes Marsos. Y lloraron tu muerte el bosque de Anguitia y las cristalinas aguas del lago Fucino...

Iba también a la guerra Virbio, hermosísimo hijo de Hipólito, enviado a ella por su madre Aricia, que le criara en los bosques de Egeria, en los contornos de la húmeda playa donde se alza el rico altar de la bondadosa Diana. Es fama que Hipólito, luego que pereció por arte de su madrastra, y despedazado por sus furiosos caballos, satisfizo con su sangre la venganza de su padre, tornó segunda vez a la tierra, resucitado con hierbas de Peon que le dio la enamorada Diana. Entonces el

Padre omnipotente, indignado de que un mortal hubiese vuelto de las sombras infernales a la luz de la vida, precipitó con su rayo en las ondas estigias al hijo de Febo, inventor de la poderosa arte médica; mas la divina Diana esconde a Hipólito en sus repuestas moradas y lo encomienda a la ninfa Egeria y ala espesura, para que allí solo y sin gloria pasase la vida en las selvas de Italia bajo el nombre de Virbio. De aquí proviene que ni al templo de Diana ni a sus bosques sagrados se permita llegar caballos, porque estos, espantados con la vista de los monstruos marinos, arrastraron por la playa al carro y al mancebo. No menos que él, ejercitaba su hijo en las llanuras los fogosos caballos y se precipitaba en su carro a las batallas.

Osténtase también armado entre los primeros el mismo Turno, llevándoles toda la cabeza; su alto almete, crinado de tres penachos, sostiene a la Quimera, arrojando por las fauces los fuegos del Etna; cuanto más se embravece la lid con la derramada sangre, más ella retiembla y vomita lívidas llamas. En el oro de su ligero escudo se ve representada a Ío, erguidos los cuernos, cubierta ya de cerdas, ya convertida en vaca (¡larga y memorable historia!); vese también allí a Argos, custodio de la virgen y a su padre Ínaco derramando de su cincelada urna un caudaloso río. Síguele una nube de peones cubiertos de adargas, que se extienden por todo el ámbito de la campiña; entre ellos van la gente argiva, las huestes auruncas, los Rótulos, los antiguos Sicanos y las escuadras Sacranas y los Labicos, de pintadas rodelas, los que cultivan tus bosques ¡oh Tíber! y la sagrada margen del Numico, y los que revuelven con la reja los collados rútulos y el monte Circeo, a cuyos campos presiden Júpiter Anxuro y Feronía, a quien recrean las lozanas selvas; los que habitan a orillas de la negra laguna se Satura, donde el frío Ufente se abre camino por hondos valles y va a perderse en el mar.

Vino en pos de ellos la guerrera virgen Camila, de la nación Volsca, capitaneando lucidos escuadrones cubiertos de acero. No están avezadas sus mujeriles manos a la rueca ni a los canastillos de Minerva; pero sabe resistir los duros afanes de la guerra y vencer en su rápida carrera a los vientos; capaz hubiera sido volar por encima de las mieses sin tocarlas ni doblegar tiernas espigas, y de cruzar el mar, suspendida sobre las hinchadas olas, sin mojar en él las veloces plantas. Toda la juventud, todas las madres se precipitan de los caseríos y de los campos para verla pasar embelesadas y admirar su bizarría; cómo vela sus delicados hombros un regio manto de púrpura, cuál sujeta sus cabellos un broche de oro, cuán airosa ostenta a la espalda una aljaba licia y blande en su mano, a modo de los pastores, una lanza de mirto con ferrada punta.

LIBRO VIII

Levanta Turno en Laurento el pendón de la guerra y envía a pedir auxilios a los pueblos del Lacio.—Aparécese en sueños a Eneas el dios del Tíber, le recuerda las profecías de Heleno y le aconseja que solicite la alianza de Evandro, rey de los Árcades, establecido en el monte Palatino, cuna de la futura Roma.—Pasa Eneas a la ciudad de Evandro, que le acoge con paternal bondad, le refiere el origen de las fiestas instituidas en honor de Alcides, por la muerte dada a Caco en aquellos mismos sitios, y juntos los visitan, recordando su historia.—Pide Venus a Vulcano armas para su hijo Eneas, que al punto forjan los Cíclopes por mandato del dios.—Por consejo de Evandro va Eneas, acompañado de Palante, hijo de aquel rey, a ponerse al frente de los tirrenos, rebelados contra su impío rey Mecencio.—Venus se aparece a Eneas y le entrega las armas forjadas por Vulcano, en que están esculpidas con divino arte las futuras grandezas romanas.

Luego que Turno levantó en el alcázar de Laurento el pendón de la guerra y retumbaron con ronco estruendo las bocinas; luego que apercibió a la lid sus bravos caballos y sus armas, conturbáronse de súbito los ánimos; al mismo tiempo todo el Lacio se conjuró en tumultuario alboroto, y la impetuosa juventud prorrumpe en fieros clamores. Sus primero capitanes, Mesapo, Ufente y Mecencio, despreciador de los dioses, allegan con violencia auxilios de todas partes y talan a los labradores sus dilatados campos; enviado Vénulo, parte a la ciudad del gran Diomedes en demanda de socorros y para noticiarle que los Teucros se hallan en el Lacio; que a él ha arribado Eneas con su armada, trayendo consigo sus vencidos penates; que se dice destinado por los hados a reinar en aquellas regiones; que muchos pueblos han ido ya a reunirse al héroe dardanio; que su nombre va teniendo cada vez más eco en todo el Lacio; y por último, que mejor que el rey Turno o que el rey Latino, debía él conocer claramente qué preparan aquellos comienzos y a cuál resultado de la guerra aspira Eneas si le propicia la fortuna.

Así andaban las cosas por el Lacio, con lo que fluctuaba el héroe troyano en un mar de cuidados, llevando ya aquí, ya allí su pensamiento, sin acertar a fijarle en parte alguna; no de otra suerte la trémula luz del sol o la imagen de la radiante luna, cuando reverbera en las aguas de un jarrón de bronce, revolotea, iluminando todos los contornos, chispea en los aires y va a herir los artesones de la encumbrada techumbre. Era la noche, y un profundo sueño embargaba a los fatigados vivientes de la tierra y de los aires, cuando el gran caudillo Eneas, turbado el pecho con los tristes pensamientos de la guerra, se tendió en la ribera bajo la bóveda del frío éter, y dio a sus miembros un tardío descanso. Entonces el mismo dios de aquellos sitios, el Tíber, se le apareció, en figura de un anciano, entre los frondosos álamos de la ribera, y levantándose del fondo de sus serenas aguas, cubierto con un ligero cendal de verdoso color y ceñido el cabello de hojosas espadañas, le habló así, sosegando su espíritu con estas palabras:

—¡Oh hijo del linaje de los dioses, que nos restituyes la ciudad troyana salvada de manos de sus enemigos, y conservas el eterno Pérgamo! ¡Oh tú, esperado en el suelo de Laurento y en los campos latinos! Aquí tienes segura morada y seguros penates; no desistas ni te dé gran cuidado de esta guerra; ya para ti han acabado los grandes afanes, ya han calmado las iras de los dioses... No creas que esto es ilusión del sueño; ya vas a encontrarte, *tendida bajo las encinas de la ribera, una corpulenta cerda blanca dando de mamar a treinta lechoncillos blancos como ella; este es el sitio en que has de edificar tu ciudad, este el descanso de tus trabajos*[30]; pasados en seguida treinta años,

30 Repetición de las palabras del rey Heleno en su vaticinio (libro III, v. 390 y siguientes).

Ascanio edificará la ciudad de Alba, cuyo preclaro nombre recordará el encuentro de que te he hablado.[31] Lo que te vaticino es seguro; ahora te diré en pocas palabras por qué medios alcanzarás la victoria, que es lo que más importa: escucha. Los Árcades, descendientes de Palante, que siguiendo las banderas de su rey Evandro vinieron a estas playas, fijaron aquí su asiento edificaron en los montes una ciudad a la que pusieron por nombre Palantea, del de su progenitor Palante. Estos están en continua y porfiada guerra con la nación latina; ajusta, pues, con ellos estrecha alianza y asegúrate el auxilio de sus armas; yo mismo te conduciré por mis orillas y por mis aguas propias, de suerte que puedas con tus remos navegar contra la corriente. ¡Levántate, hijo de una diosa! En cuanto las primeras estrellas desaparezcan bajo el horizonte, ofrece a Juno las debidas preces y aplaca a fuerza de suplicantes votos su ira y sus amenazas. Una vez vencedor, me tributarás honrosos sacrificios. Yo soy el cerúleo Tíber, río el más querido del cielo, el que, como ves, ciñe estas riberas con abundosa corriente y cruza esas pingües campiñas. Aquí tengo mi gran palacio, mi fuente nace entre nobilísimas ciudades.

Dijo, y se sumergió en las profundidades de su fondo. La noche y el sueño abandonan a Eneas, que se levanta al punto, y mirando la naciente luz del nuevo sol, coge en sus palmas ahuevadas agua del río, conforme al rito, y da al viento estas palabras:

—¡Oh ninfas, ninfas de Laurento, de do desciende el linaje de los ríos! y tú, ¡Oh padre Tíber, de sacra corriente! acoged a Eneas y apartad de él, en fin, los peligros. Sea cual fuere la fuente donde nacen tus aguas, ¡Oh tú que te compadeces de mis desventuras! sea cual fuere el suelo de donde brotas, siempre tributaré ofrendas en honra tuya. ¡Oh el más hermoso de los ríos, cornígero rey de los raudales de Hesperia! ¡Ah! sé conmigo tras tantos afanes y confirma tus prósperos oráculos con prontos auxilios.

Dice, y escogiendo en su armada dos birremes, las provee de remeros y gente armada.

Mas he aquí que de pronto ¡oh asombroso prodigio! aparece por medio de la selva, y va a tenderse en la verde playa, una cerda blanca rodeada de su cría, toda de igual color, a ti al punto ¡oh poderosísima Juno! consagra el piadoso Eneas aquella ofrenda, inmolando en tus altares la madre y la cría. Durante toda aquella noche el Tíber había amansado sus hinchadas olas y abajádose, refluyendo en su silencioso cauce, a manera de un estanque o de una apacible laguna, para que no opusiesen al remo sus aplanadas y serenas aguas resistencia alguna. Aceleran, pues, el comenzado camino; deslízanse por las aguas con plácido rumor las embreadas naves, maravíllanse las ondas, maravillase el bosque con el desusado espectáculo de los espléndidos escudos de aquellos guerreros y aquellas pintadas barcas que bogan por el río. Día y noche fatigan el remo, surcando los largos recodos que forma el Tíber entre variadas arboledas cuyo pomposo ramaje los cubre, y hendiendo las verdes selvas que se reflejan en la mansa corriente. Ya el ígneo sol inflamaba el cenit cuando divisaron a lo lejos unas murallas, una fortaleza y algunas escasas habitaciones, las mismas que ahora ha levantado al firmamento el poderío romano y que entonces formaba la pobre capital del rey Evandro. Hacia ella enderezan al punto las proas y se acercan a la ciudad.

Casualmente aquel día estaba el rey árcade ofreciendo en un bosque delante de la ciudad solemnes sacrificios al grande hijo de Anfitrión y a los dioses; con él su hijo Palante, los mancebos principales de la nación y el reducido senado estaban quemando inciensos; tibia la sangre de las víctimas humeaba en las aras. Luego que vieron las altas naves que se deslizaban por entre el opaco bosque, apoyadas en lo callados remos, aterráronse con aquella súbita aparición, y todos a la par se ponen en pie, abandonando las mesas; pero el valeroso Palante les impide interrumpir los sacrificios, y empuñando una jabalina, se precipita al encuentro de los forasteros, a quienes grita de lejos desde lo alto de un collado:

---

31 He necesitado este rodeo para expresar completamente y con claridad el pensamiento del autor. La ciudad de Alba tomó este nombre del color de la cerda alba o blanca que se halló Eneas en el sitio en que treinta años después la fundó Ascanio ; por eso dice *cognominis Albam*, especie de equívoco que no hay manera de traducir literalmente.

—¿Qué causa ¡oh mancebos! os impulsó a tentar estas ignotas regiones? ¿Adónde vais? ¿Qué linaje es el vuestro? ¿De dónde venís? ¿Nos traéis la paz o la guerra?

Entonces el caudillo Eneas, alargando en su mano una rama de pacífica oliva, le habló así desde la alta popa:

—Viendo estás Troyanos y armas enemigas de los Latinos; viendo estás a unos fugitivos de las soberbias armas del Lacio. A Evandro buscamos; cuéntale esto y dile que los caudillos elegidos de la nación Dárdana vienen a pedirle alianza.

Pasmose Palante al oír aquel gran nombre de Troya y respondió:

—¡Oh tú! quienquiera que seas, salta a la playa y ven a hablar con mi padre; ven a ser huésped de nuestros penates.

Al mismo tiempo tiende la mano a Eneas y se la aprieta cariñosamente, con lo que, dejando el río, penetran juntos en el bosque.

Entonces Eneas dirigió al Rey estas palabras amigas:

—¡Oh el mejor de los Griegos, a quien la fortuna ha querido que dirija mis súplicas y tienda los ramos de oliva entrelazados con las sagradas ínfulas! En verdad no me inspiraste temor, aunque caudillo de los Dánaos, y Árcade, aunque unido por tu linaje a los dos Atridas; antes la rectitud de mis intenciones, los santos oráculos de los dioses, nuestro origen común y tu fama, esparcida, por toda la haz de la tierra, me han unido a ti, impulsándome de consuno mi voluntad y los hados, Dárdano, primer padre y fundador de la ciudad de Troya, nacido de Electra, hija de Atlante, al decir de los Griegos, pasó al país de los Teucros; el poderoso Atlante, que sostiene las etéreas bóvedas en sus hombros, fue el padre de Electra. Vuestro primer ascendiente es Mercurio, a quien la cándida Maya concibió y dio a luz en las heladas cumbres del monte Cilene, y a Maya, si damos crédito a las tradiciones, la engendró Atlante, el mismo Atlante que sustenta las estrellas del firmamento; de esta suerte vuestro linaje y el mío arrancan de un mismo tronco. Fiado en todo esto, ni te he enviado embajadores, ni he empleado artificios para tantear tus disposiciones; yo mismo te presento mi cabeza, yo mismo vengo suplicante a tus umbrales. Esta misma nación de los Rútulos, que te acosa con impía guerra, cree que si logra arrojarnos de sus confines, ningún obstáculo la impedirá someter completamente a Hesperia y dominar en cuanto espacio bañan los dos mares que la ciñen por norte y mediodía.[32] Recibe mi fe y dame la tuya; conmigo traigo gente esforzada para la guerra, ánimos valerosos y una juventud probada en la desgracia.

Mientras esto decía Eneas, contemplaba Evandro con viva atención sus ojos, su rostro, todo su cuerpo; en seguida le responde estas breves palabras:

—¡Con cuánto placer, oh el más fuerte de los Teucros, te recibo y te reconozco! ¡Cómo me recuerdas el acento, la expresión, el semblante de tu padre, el grande Anquises! Me acuerdo de que habiendo ido Príamo, hijo de Laomedonte, a visitar el reino de su hermana Hesione, arribó a Salamina y fue de paso a recorrer los helados confines de nuestra Arcadia. Vestía entonces mis mejillas el primer bozo de la juventud, causábame admiración los caudillos teucros, causábamela el hijo de Laomedonte; pero Anquises descollaba por encima de todos ellos; ardía mi mente en juvenil afán de hablar con el héroe y de enlazar mi diestra con la suya. Lleguéme a él y le conduje solícito a las murallas de Feneo; luego, al separarnos me dio una soberbia aljaba llena de saetas licias y una clámide recamada en oro, a más de dos áureos frenos, que ahora posee mi hijo Palante. Así, pues doy gustoso la mano a la alianza que me proponéis, y mañana, apenas el primer albor del día vuelva a iluminar la tierra, os despacharé bien provistos de socorros hasta donde alcancen mis riquezas. Entre tanto, pues venís como amigos, celebrad gozosos con nosotros este sacrificio anual, que no me es lícito demorar, y acostumbraos desde ahora mismo a las mesas de vuestros aliados.

---

32 El mar que baña a Italia por el Norte se llamaba *mare superum*, o Adriático; el que la baña por el Mediodía, *mare inferum*, o Tirreno. También conviene recordar aquí que la fuente (*caput*) del Tíber nace en la Etruria o Toscana, de donde le viene el nombre que frecuentemente le da el poeta, de Tusco, o toscano río.

Dicho esto, manda cubrir nuevamente las mesas de manjares y copas, y él mismo coloca a sus huéspedes en asientos de césped, brindando al principal de todos, Eneas, a ocupar un solio de arce, cubierto con la peluda piel de un león. En seguida algunos mancebos elegidos y el sacerdote del ara traen las entrañas asadas de los toros, cargan en canastillos los dones preparados de Ceres y suministran los de Baco. Eneas, y con él toda la troyana juventud, se comen los lomos de un buey entero y las entrañas consagradas.

Luego que hubieron saciado el hambre, hablóles en estos términos el rey Evandro:

—Estas sacras ceremonias que veis, este solemne festín, ese altar dedicado a una divinidad tan poderosa, no nos los impone una superstición, ignorante de las antiguas tradiciones religiosas; libertados de un horrendo peligro. ¡Oh huésped troyano! dedicamos esta fiesta a renovar y a honrar la memoria de un gran beneficio recibido. Mira primeramente esa roca suspendida de esos riscos, mira esas moles dispersas en una vasta extensión, esa desierta cueva en el monte y ese gran hacinamiento de derruidos peñascos; allí hubo una espaciosa caverna, inaccesible a los rayos del sol, en que habitaba el horrible monstruo Caco, medio hombre y medio fiera; su suelo estaba siempre empapado de caliente sangre; en sus odiosas puertas pendían clavadas multitud de pálidas y sangrientas cabezas. Vulcano era su padre; por la boca arrojaba las negras llamas de aquel dios y su cuerpo se movía como una inmensa mole. Por fin, el tiempo concedió a nuestras súplicas que acudiese una divinidad en nuestro auxilio, y, en efecto, el gran vengador Alcides, soberbio con la muerte y los despojos del triple Gerión, vino aquí vencedor, pastoreando sus enormes toros, que ocupaban todo el valle y las márgenes del río. Caco entonces, excitado por las Furias y para que nada hubiese que no intentase en punto a maldad y dolo, sustrajo de la majada cuatro excelentes toros y otras tantas hermosísimas becerras, y para que sus pisadas no dieran indicios del robo, se los llevaba a su cueva, tirándolos de la cola, con lo que desaparecía todo rastro del hurto, y los escondía bajo una opaca peña; ninguna señal podía guiar a la cueva para buscarlos. Sucedió pues, que cuando ya el hijo de Anfitrión iba sacando de las majadas de su rebaño bien pastado, y se disponía a la partida, empezaron los toros a mugir, llenando con sus lamentos todo el bosque y las colinas que iban abandonando, a cuya voz respondió, mugiendo en la caverna, una de las becerras robadas, burlando así las esperanzas de Caco. Enfurécese con esto Alcides y arde en su pecho negra hiel; empuña rabioso sus armas, su ñudosa maza, y se lanza a la cumbre del empinado monte. Entonces por primera vez nuestros mayores vieron a Caco trémulo y turbados los ojos; huye más rápido que el euro y se encamina a su cueva; el miedo le pone alas a los pies. Luego que se encerró y que, rompiendo las cadenas que lo sostenían, hubo desprendido un enorme peñasco que pendía del techo, dispuesto así por arte de su padre, con lo que fortificó reciamente la entrada de su cueva, he aquí que llega Tirintio ardiendo en ira, y empieza a registrarlo todo en busca de la entrada, llevando los ojos de aquí para allá y rechinándole los dientes. Tres veces ardiendo en ira exploró todo el monte Aventino, tres veces embiste en vano al peñón que cierra la boca de la cueva, tres veces vuelve cansado a sentarse en el valle.

»Alzábase a espalda de la caverna una altísima y aguda roca, tajada por todos lados, lugar a propósito para que anidasen en él las aves de rapiña. Como aquella roca se inclinaba hacia la izquierda sobre el río, Hércules, empujándola con toda su fuerza por la derecha, la hizo estremecer y la descuajó, por fin, de sus profundas raíces; precipítase con esto de repente, haciendo retumbar con su caída el inmenso éter; estallan las riberas desmenuzadas, el río retrocede como aterrado. En esto aparecieron descubiertos el antro y el inmenso palacio de Caco, y se vieron patentes sus tenebrosas cavernas; no de otra suerte que si entreabriéndose la tierra a impulso de poderoso empuje, nos descubriese las infernales moradas y los pálidos reinos, aborrecidos de los dioses, veríamos el horrendo báratro, y a la súbita irrupción de la luz se estremecerían los manes. Así el monstruo, sobrecogido de súbito por la inesperada claridad del día, y encerrado en su hueca peña, empezó a lanzar rugidos más espantosos que de costumbre, mientras Alcides desde lo alto le acribilla a flechazos, echa mano de toda clase se armas y precipita sobre él troncos de árboles y enormes piedras. Entonces el monstruo, viendo que no le queda medio de huir de aquel peligro,

empieza ¡oh prodigio! a arrojar por las fauces enormes bocanadas de humo, envolviendo la caverna en negras sombras, que lo sustraen a la vista, y aglomera bajo su mansión una humeante noche en que el fuego se mezcla con las tinieblas. No pudo ya Alcides reprimir su rabia, y precipitándose de un salto en medio del fuego, allí donde ondean las más densas humaredas, donde más hierve la negra niebla que llena la vasta caverna, allí agarra a Caco, que vanamente vomitaba llamas en medio de la oscuridad, le enlaza con sus robustos brazos y le comprime hasta hacerle saltar los ojos de sus órbitas y arrojar por la seca garganta un chorro de sangre. Arrancada de pronto la puerta, ábrese la negra cueva y descúbrense a la luz del día las becerras robadas y todas las rapiñas que negaba el perjuro. Acuden algunas gentes y sacan de la cueva, arrastrándole por los pies, el informe cadáver, sin acertar a saciarse de mirar aquellos terribles ojos, aquel rostro, el cerdoso pecho de aquella especie de fiera y los fuegos apagados en sus fauces.

»Desde entonces empezó a celebrarse esta fiesta en honor de Hércules, perpetuada por las generaciones agradecidas, habiendo sido Poticio su fundador, y la familia Pinaria, custodia del sacro rito hercúleo, erigió en el bosque ese altar, que siempre se denominará, siempre será el más grande para nosotros. Así, pues, ¡Oh mancebos! tomad parte en esta fiesta, ceñid de ramaje vuestras cabelleras en honor de los grandes hechos que vamos a celebrar, levantad las copas en las diestras, invocad a nuestro común numen y libad vinos sin duelo.

Dijo, y el álamo consagrado a Hércules veló con sus hojas de dos colores la cabellera del héroe y pendió en guirnaldas de sus sienes, la sagrada copa llenó su mano y al punto todos alegres hacen en las mesas libaciones y elevan preces a las deidades.

Alzábase entre tanto por el inclinado cielo la estrella de la tarde; ya iban andando los sacerdotes y delante de todos Poticio, ceñidos de pieles conforme al rito, llevando en sus manos el fuego sagrado. Empiezan los festines, y las segundas mesas se cubren de gratos dones; en bandejas llenas se acumulan las ofrendas encima de los altares. Entonces comienzan sus cánticos los Salios, ceñidas las sienes de guirnaldas de álamo, en torno de las encendidas piras. Este coro es de mancebos, aquel de ancianos; ambos cantan en sus himnos los loores de Hércules y sus grandes batallas; cómo ahogó con su mano las dos serpientes, primeros monstruos que suscitó contra él su madrastra; cómo debelará dos insignes ciudades, Troya y Ocalia; cómo arrostró mil duros trabajos so el yugo del rey Euristeo, por disposición de la despiadada Juno.

—Tú ¡oh invicto! diste muerte con tu mano a los centauros Hileo y Folo,. hijos de una nube; tú la diste también al monstruo de Creta y al enorme león de la roca Nemea. De ti temblaron los lagos estigios y el portero del Orco, tendido en su sangrienta cueva sobre un montón de roídos huesos. No hubo monstruo que lograra infundirte miedo, ni aun el mismo Tifeo, gigantesco y armado; no bastó a conturbar tu ánimo la serpiente de Lerna, esgrimiendo en torno de ti su multitud de cabezas. ¡Salve, verdadera prole de Júpiter, ornamento añadido al coro de los dioses!: ven, senos propicio y acepta estas ofrendas que te traemos.

Con tales himnos celebran las glorias de Alcides; sobre todo recuerdan la caverna de Caco y la muerte del monstruo entre las llamas que arrojaba con su aliento. Todo el bosque resuena con el estrépito de los cantares, que el eco repite en los collados.

Concluidas las ceremonias religiosas, vuélvense todos a la ciudad. Abrumado por los años, iba el Rey entre Eneas y su hijo Palante, entreteniendo con varias pláticas la molestia del camino. Todo lo observa con atentos ojos y de todo se maravilla Eneas; entérase bien de los sitios, y gozoso inquiere y escucha una por una las tradiciones de los antiguos pobladores. Entonces el rey Evandro, fundador del alcázar romano, le dijo:

—Faunos y ninfas indígenas habitaban antiguamente en estos bosques, poblados por una raza de hombres nacidos de los duros troncos de los robles, sin costumbres ni cultura alguna; ni sabían uncir toros al yugo, ni allegar hacienda, ni guardar lo adquirido; los frutos de los árboles y la caza les daban un desabrido sustento. Saturno el primero vino del etéreo Olimpo a estas regiones huyendo de las armas de Júpiter, destronado y proscrito; él empezó a civilizar a aquella raza

indómita que vivía errante por los altos montes, y les dio leyes, y puso el nombre de *Lacio* a estas playas, en memoria de haber hallado en ellas un sitio seguro donde ocultarse[33]. Es fama que en los años que reinó Saturno fue la edad de oro: ¡de tal manera regia sus pueblos en plácida paz! hasta que poco a poco llegó una edad inferior y descolorida, a que siguieron el furor de la guerra y el ansia de poseer. Entonces vinieron huestes ausonias y tribus sicanas, y muchas veces cambió de nombre esta tierra de Saturno; entonces también la dominaron reyes, y entre ellos el fiero Tíber, terrible gigante, por quien, andando el tiempo, los Ítalos denominaron Tíber a nuestro río; así el antiguo Álbula perdió su verdadero nombre. Arrojado de mi patria y avezado a todos los trabajos del mar, la omnipotente fortuna y el inevitable hado me trajeron a estos sitios, a los que me impelían los tremendos mandatos de mi madre la ninfa Carmenta y los oráculos del dios Apolo.

Dicho esto, prosigue su camino y enseña a Eneas el ara y la puerta que los Romanos denominan *Carmental*; antiguo monumento, levantado en honor de la ninfa Carmenta, fatídica profetisa que la primera vaticinó la futura grandeza de los hijos de Eneas y las glorias del monte Palatino. En seguida le enseñó el espacioso bosque donde el valeroso Rómulo abrió un asilo, y bajo la fría roca el *Lupercal*, así llamado a la usanza de los Árcades, que dan al dios Pan el nombre de Liceo. Igualmente le enseña el bosque del sacro Argileto, y le refiere la historia de la muerte de su huésped Argos, tomando a aquellos mismos lugares por testigos de que no tuvo parte de ella. Desde allí le lleva a la roca Tarpeya y al futuro Capitolio, hoy cubierto de oro, entonces erizado de silvestre maleza. Ya en aquellos tiempos el religioso horror que infunde este sitio aterraba a los medrosos campesinos; ya en aquellos tiempos temblaban a la vista del bosque y de la roca.

—En este bosque —dijo Evandro—; en este bosque de frondosa cumbre mora un dios, no sabemos cuál. Los Árcades creen haber visto en él al mismo Júpiter en el acto de batir frecuentemente con la diestra su negra égida y de concitar las tempestades. Esas dos ciudades derruidas, que ves más allá, son monumentos que recuerdan a los antiguos héroes que las poblaron. Fundó ésta el padre Jano, aquella Saturno; esta se llamaba Saturnia, aquella Janículo.

Esto diciendo, se encaminaba a la humilde ciudad de Evandro; en lo que es ahora el foro romano veían andar esparcidos los rebaños; las vacadas mugían en donde se alzan hoy las magníficas Carinas. Luego que llegaron al palacio dijo:

—En estos dinteles penetró Alcides vencedor; esta morada le recibió en su seno. Osa ¡oh huésped! despreciar las riquezas, y muéstrate tú también digno de imitar a un dios, mirando, como él, sin desvío mi pobreza.

Dijo, y condujo al grande Eneas a lo interior de la reducida morada, haciéndole sentar en un estrado de hojas de árboles y cubiertas con la piel de una osa africana.

Cae en tanto la noche, y con sus negras alas rodea la tierra, mientras Venus, aterrada, y no sin razón, a la vista de las amenazas de los Laurentinos y de su terrible levantamiento, habla así a su esposo Vulcano en el áureo tálamo, y con sus palabras le inflama en divino amor:

—Cuando los reyes griegos asolaban con la guerra a Troya, predestinada a perecer a sus manos, y aquellas torres, predestinadas también a las llamas enemigas, ningún auxilio te pedí para los míseros Troyanos, nunca imploré las armas que sabes forjar con divino arte, ni quise, carísimo esposo, exigir de ti un trabajo inútil, aunque debía mucho a los hijos de Príamo y muchas veces lloraba los duros infortunios de Eneas. Ahora, por mandato de Júpiter, ha ido a parar a las playas de los Rútulos; por eso ahora acudo suplicante a implorar tu numen sagrado para mí; madre, vengo a pedirte armas para mi hijo. La hija de Nereo; la esposa de Titón, lograron con sus lágrimas moverte a piedad; mira qué pueblos se conjuran, qué ciudades cierran sus puertas y afilan sus espadas contra mí y para la destrucción de los míos.

---

33 De *Lateo, lates*, estar oculto. Doy aquí esta explicación, porque sin ella el pasaje resulta de todo punto ininteligible. Lo propio sucede con el concepto expresado poco después (v. 344), si no se advirtiese que *Lupercal*, de *lupus*, lobo, en latín, vale tanto como *Lyceus* (Liceo), de λυκος, lobo, en griego o árcade,

Dijo, y con sus nevados brazos ciñe blandamente al esposo, que titubea al principio; mas luego de pronto siente en sí el acostumbrado ardor; un conocido fuego penetra en su médula y circula por sus reblandecidos huesos; no de otra suerte el relámpago, cuando estalla con el trueno, recorre en un momento los cielos con su vibrante lumbre. Conócelo la esposa, satisfecha del resultado de su ardid, y segura del poder de su hermosura; entonces Vulcano, vencido de eterno amor, le responde así:

—¿Para qué buscas tan lejos tus razones? ¿Qué se hizo ¡oh diosa! la confianza que solías tener en mi? Si antes me hubieras manifestado ese empeño, antes hubiera yo provisto de armas a los Troyanos; ni el padre omnipotente ni los hados se oponían a que aun estuviera Troya en pie, ni a que Príamo hubiese existido otros diez años. Y ahora, si te aprestas a guerrear, y tal es tu voluntad, dispón de todo aquello, a que alcanza mi arte, de cuanto pueden hacer el hierro y el electro fundido, de cuanto alcanzan el fuego y el aire, deja de poner en duda con esos ruegos el poder de tus fuerzas.

Dicho esto, prodigó su esposa las deseadas caricias, y disfrutó en su regazo las dulzuras de un regalado sueño.

Luego, cuando la noche en mitad de su carrera ahuyenta el primer sueño; a la hora en que la matrona, forzada de la necesidad a ganarse su vida con la rueca y con las delicadas labores de Minerva, avienta las cenizas y las amortiguadas ascuas, tomando para el trabajo parte de la noche, y a la luz de su lámpara ejercita a sus criadas en una larga tarea, con lo que conserva la castidad del lecho conyugal y atiende a la crianza de sus hijuelos; el dios ignipotente, no de otra suerte ni más perezoso, deja también a sus fraguas. Entre la costa de Sicilia y la eolia Lípara se alza una isla, toda erizada de humeantes riscos, debajo de la cual una y muchas cavernas, semejantes a las del Etna, corroídas por los hornos de los Cíclopes, retumban con los recios martillazos dados en los yunques, difundiendo por los ecos roncos gemidos, rechina a todas horas en aquellas cuevas el derretido metal de los Cálibes, y jadea sin César el fuego en las fraguas; allí está el palacio de Vulcano, de cuyo nombre ha recibido aquella tierra el de Vulcania. Allí descendió el ignipotente desde el alto cielo, en ocasión en que estaban forjando hierro en la vasta caverna los cíclopes Brontes, Esteropes y Piracmón, desnudo el cuerpo: informe todavía, y sólo concluido en parte, labraban sus manos uno de aquellos innumerables rayos que el poderoso Júpiter lanza a la tierra; otra parte estaba aún sin concluir. Para forjarle habían mezclado tres rayos de granizo, tres de rutilante fuego y tres del alado austro; a la sazón estaban añadiendo a la obra los horribles resplandores, el estrépito y el miedo, y el furor de las perseguidoras llamas. En otra parte trabajaban con afán en concluir un carro y unas veloces ruedas para Marte, con que concita a los hombres y a las ciudades. Otros a porfía estaban decorando con escamas de serpientes y oro una aterradora égida, arma de la furiosa Palas; en ella esculpían entrelazadas sierpes, y en la parte que había de cubrir el pecho de la diosa representaba la cabeza de la Gorgona revolviendo los ojos de espantosa manera.

—Dejadlo todo —dijo el dios—; quitad de ahí las obras comenzadas, Cíclopes del Etna, y poned atención en lo que os voy a decir. Tenéis que forjar las armas para un valeroso guerrero; aquí de todas vuestras fuerzas, aquí de la rapidez vuestras manos, aquí de vuestra maestría. ¡A la obra, y pronto!

No dijo más, y todos al punto se inclinaron sobre los yunques y se distribuyeron con igualdad la tarea. Ya corren, formando líquidos arroyos, el bronce y el oro, y en la inmensa fragua se derrite el matador acero, con lo que forjan un inmenso escudo, compuesto de siete discos, trabados unos con otros, bastante a contrastar él solo todos los dardos de los Latinos. Unos con los hinchados fuelles absorben y arrojan el aire; otros templan en el agua de un lago el rechinante metal; gime la caverna con el estruendo de los martillados yunques. Ellos alternadamente y a compás levantan los brazos con poderoso empuje, y con la recia tenaza voltean el amasado hierro.

Mientras el dios de Lemnos activa estos trabajos en las playas eolias, la vivificadora luz del día y los matinales cantos de las aves, que gorjean sobre su humilde techo, despiertan a Evandro. Levántase el anciano, vístese una túnica y calza sus pies con la sandalia tirrena; en seguida se ciñe

al costado, suspendiéndola de los hombros, la espada de los Tegeos y revuelve a su brazo izquierdo una piel de pantera. Con él salen del alto zaguán dos perros, sus vigilantes guardas, que acompañan los pasos de su amo, el cual se encamina a la repuesta morada de su huésped Eneas, recordando sus palabras de la víspera y los socorros prometidos. No menos madrugador Eneas, iba ya, acompañado de Acates, al encuentro de Evandro, a quien acompañaba su hijo Palante. Lléganse uno a otro, se dan las diestras y van juntos a sentarse en una estancia interior, donde pueden, en fin, entregarse con libertad a sabrosas pláticas. El Rey el primero le habla en estos términos:

—¡Oh el más grande caudillo de los Troyanos! Mientras tú vivas, nunca declararé vencida la fortuna ni tendré por concluido el imperio de Troya. Flacas son las fuerzas con que puedo auxiliarte en esta guerra, en que se empeña la gloria de aquel gran nombre: por un lado me cerca el río etrusco; por otro me estrecha el Rútulo, cuyas armas resuenan en derredor de mis murallas; pero me dispongo a unir a tus reales grandes pueblos, reinos opulentos; los prósperos hados te han traído a estos sitios, donde una inesperada fortuna te depara el término de tus males. No lejos de aquí se levanta, fundada sobre un vetusto peñón, la ciudad de Agila, donde en otro tiempo la nación de los Lidios, preclara en armas, fue a establecerse en las sierras etruscas. Al cabo de muchos años, el rey Mecencio adquirió el dominio de esta floreciente ciudad, que gobernó con bárbaro imperio y crueles violencias. ¿Recordaré sus impías matanzas, los crímenes del tirano? ¡Caigan esos crímenes, oh dioses, sobre la cabeza y su linaje! Él ataba a los vivos con los muertos, manos con manos, boca con boca (¡nuevo género de tormento!), y así los dejaba perecer con larga muerte en aquel espantoso abrazo, chorreando podredumbre y corrompida sangre. Cansados, al fin, de tantas atrocidades, los ciudadanos se arman y embisten a aquella furia en su palacio, al que prenden fuego después de acuchillar a su guardia; él entre la mortandad consigue escaparse y huir al país de los Rútulos, donde le protegen hoy las armas del rey Turno; pero la Etruria entera, en su justo furor, se ha sublevado, y armada reclama al Rey para sacrificarlos. Yo quiero darte ¡Oh Eneas! por caudillo a esos millares de hombres; ya sus naves apiñadas hierven de impaciencia en la playa, ya todos claman por sus banderas; pero los retiene un anciano arúspice, vaticinándoles estos hados: «¡Oh escogida juventud de Meonia, flor y gloria de vuestros valerosos ascendientes!, vosotros, a quienes un justo dolor impele contra el enemigo y a quienes inflama Mecencio en justa ira, sabed que no concede el cielo a ningún Ítalo debelar a la poderosa nación de los Rútulos; buscad capitanes extranjeros.» Con esto la hueste etrusca se detiene en su campamento, aterrada con semejante anuncio de los dioses. El mismo Tarcón, su caudillo me ha enviado embajadores que me trajeran la corona, el cetro y las insignias reales, y me pidiesen que pasase a tomar el mando de sus tropas y a posesionarme del imperio tirreno; pero mi avanzada senectud, rendida al hielo de los años, me veda ejercer el mando supremo, y no alcanzan ya mis fuerzas a soportar los rigores de la guerra. Hubiera persuadido a mi hijo a aceptar por mí el ofrecimiento, si por su madre, sabina, no fuese en algún modo hijo de esta patria. Tú, a quien los hados conceden juventud y gran linaje; tú, a quien designan los númenes, ve allá, ¡oh fortísimo caudillo de los Teucros y de los Ítalos! Además te agregaré este mi hijo Palante, esperanza y consuelo de mi ancianidad, para que a tu escuela se avece a la milicia y al duro oficio de Marte, vea tus hazañas y se acostumbre a admirarte desde sus primeros años. Daréle doscientos jinetes árcades, la flor de nuestra robusta juventud, y Palante, en su propio nombre, te llevará otros tantos.

Dijo así el Rey. Eneas, hijo de Anquises, y el fiel Acates revolvían en su mente tristes pensamientos cuando, rasgándose de improviso el cielo, les manifestó en él Citerea una señal de su presencia: un gran relámpago, seguido de un trueno, estalló en el éter, todo el espacio se estremeció de repente y resonó en los aires el ronco toque de las trompetas tirrenas. Alzan los ojos; una y otra vez, retumba el gran fragor, y en la serena región del cielo ven entre las nubes rutilar en el puro éter muchedumbre de armas, y oyen el estrépito con que chocan entre sí. Espantáronse todos; pero el héroe troyano conoce en aquel fragor el cumplimiento de las promesas de su divina madre, y dice al Rey:

—No discurras ¡Oh huésped! sobre los sucesos que anuncia este prodigio; conmigo sólo habla el Olimpo; ya mi divina madre me anunció que me enviaría esa señal si llegase a estallar la guerra, y traería en mi auxilio, cruzando las auras, armas forjadas por Vulcano... ¡Oh cuánta mortandad amenaza a los míseros Laurentinos! ¡Oh y cómo me vas a pagar, oh Turno, tu tenacidad! ¡Oh y cuántos escudos de guerreros, cuántos yelmos, cuántos cadáveres de fuertes varones vas a arrastrar en tus olas, oh padre Tíber! ¡Vengan ahora a darnos batallas y rompan los tratados!

Dicho esto, se levantó del alto solio, y lo primero fue a ver avivar los amortecidos fuegos del altar de Hércules, luego se encaminó gozoso a ofrecer sus preces a los dioses lares que le habían acogido la víspera, y a los humildes penates de Evandro, el cual, lo mismo que la troyana juventud, hizo sacrificar, en conformidad con los ritos, ovejas escogidas de dos años. En seguida se dirigió a sus naves y revistó su gente, de la cual eligió, para que le siguiesen a la guerra, a los más valerosos; los restantes, dejándose llevar río abajo por la apacible corriente, van a anunciar a Ascanio los prósperos sucesos de su padre. Da Evandro caballos a los Troyanos que han de dirigirse a los campos tirrenos, y hace traer para Eneas uno magnífico, todo cubierto con una roja piel de león, refulgente con garras de oro.

Difúndese de pronto por la pequeña ciudad la voz de que va a partir rápidamente para las costas del rey tirreno la caballería árcade, y ya las madres redoblan sus votos con el miedo que acrecienta el cercano peligro; la imagen de Marte se les aparece más terrible. Entonces el rey Evandro, asiendo la mano de su hijo, pronto a marchar, le estrecha en sus brazos, prorrumpe en llanto y exclama:

—¡Oh, si Júpiter me restituyese a mis pasados años, al ser que tenía cuando bajo las murallas de Prenesta arrollé la primera falange enemiga, y vencedor incendié rimeros de escudos, y con esta diestra lancé a los abismos del Tártaro al rey Erilo, a quien su madre Feronia dio, al nacer ¡Prodigio horrendo! tres almas y tres armaduras! Era forzoso darle muerte tres veces, y sin embargo, entonces esta diestra le arrancó aquellas tres almas y le despojó de sus tres armaduras. ¡Oh! si recobrase mi antigua pujanza, no tendría yo ahora que arrancarme, hijo mío, de tus queridos brazos, ni nunca el vecino Mecencio, insultando esta cabeza, habría causado con su espada tantos desastres, ni dejado a su pueblo viudo de tantos ciudadanos. ¡Oh dioses y oh tú, supremo rey de las deidades, Júpiter, yo os ruego que tengáis compasión del rey árcade y que oigáis sus paternales preces; si vuestros númenes han de restituirme incólume mi Palante, si los hados me le conservan, si he de vivir bastante para volverle a ver y estrecharle a mi seno, concededme la vida, aunque me cueste sufrir cualesquier trabajos; mas si me amagas ¡Oh Fortuna! con un infando suceso, ahora, ¡Oh! ahora mismo séame dado romper esta miserable vida, mientras me agitan estas congojas y la incierta esperanza de lo venidero, mientras te estrecho en mis brazos, ¡Oh mancebo querido! única delicia de mi ancianidad; antes que desgarre mis oídos una horrible nueva.

Así exclamaba el anciano en aquella postrera despedida; luego sus criados se lo llevan desmayado al palacio.

Ya la caballería iba saliendo por las puertas de la ciudad, marchando entre los primeros Eneas y el fiel Acates, a quienes seguían los demás próceres troyanos; en el centro del escuadrón se distinguía Palante por su vistosa clámide y sus refulgentes armas; tal, empapado todavía en las aguas del Océano, Lucifer, el astro predilecto de Venus, levanta sobre el horizonte su sagrada frente y disipa las tinieblas. Temblorosas las madres, de pie encima de los adarves, siguen con los ojos la nube de polvo y el resplandor metálico que se desprenden de la armada muchedumbre, la cual, cruzando las malezas, prosigue su camino por los atajos, levantando gran clamor, a que mezclan los alineados corceles el compasado batir de sus cascos en la seca tierra. Hay junto al helado río que riega la ciudad de Cere un gran bosque, consagrado en toda aquella tierra por la veneración de los mayores; por todas partes le rodean collados que forman entre sí hondos valles y una selva de negros abetos. Es fama que los antiguos Pelasgos, primer pueblo que ocupó los confines latinos, consagraron aquel bosque a Silvano, dios de los campos y de los ganados, e instituyeron un día

festivo en honra suya. No lejos de allí habían asentado sus reales Tarcón y los Tirrenos, y ya desde un empinado cerro podría descubrirse todo su ejército tendido por la espaciosa campiña. Allí Eneas y su escogida juventud guerrera hacen alto rendidos, y hombres y caballos se entregan al descanso.

En tanto la diosa Venus se aparece resplandeciente sobre las etéreas nubes, trayendo el don prometido a su hijo, al cual, tan luego como le vio de lejos, retraído en su estrecho valle, a la margen del fresco río, habla así, poniéndosele delante:

—Aquí tienes el don prometido, labrado por arte de mi esposo; no vaciles por más tiempo, hijo mío, en presentar batalla a los soberbios Laurentinos y al intrépido Turno.

Dijo así Citerea, abrazó a su hijo, y dejó al pie de una encina, enfrente de él, las radiantes armas. Alborozado con tan alta honra y con el don de la diosa, no se harta Eneas de mirarle, y examina cada prenda una por una, lleno de asombro; coge y revuelve en sus manos el terrible y penachudo yelmo, que vibra llamas, la mortífera espada, la recia loriga de bronce, roja como la sangre, enorme, semejante a la cerúlea nube que inflaman los rayos del sol y esparce a lo lejos sus resplandores; luego contempla las ligeras grebas de plata y oro, y la lanza y la maravillosa obra del escudo. En él había representado el dios ignipotente, sabedor del destino reservado a las edades futuras, toda la historia de Italia y los triunfos de los Romanos; en él se veía todo el linaje de la futura descendencia de Ascanio y la serie de sus grandes batallas. Allí, en la verde cueva de Marte, había representado, tendida en el suelo, la parida loba, de cuyas ubres pendían dos mellizos, jugueteando y mamando impávidos a su madre, que inclinada sobre ellos la rolliza cerviz, los acariciaba sucesivamente con la lengua y los aseaba y pulía. No lejos de allí había las Sabinas, indignamente arrebatadas de sus asientos en el anfiteatro, en medio de los grandes juegos del circo, de donde se originó de súbito una nueva guerra entre la gente de Rómulo y el viejo Tacio y los austeros curites. En seguida veíase, ajustada ya la paz, a los dos reyes armados, delante del altar de Júpiter con sendas copas en las manos, pactando alianza después de haber inmolado una cerda. No tan lejos de allí una rápida cuadriga descuartizaba, por mandato de Tulo, a Mecio (hubieras sido fiel a tus palabras ¡oh Albano!); y desgarrando en los matorrales las entrañas del falsario, regaban con su sangre los abrojos. Más allá exigía Pórsena de los Romanos que resistiesen al expulsado Tarquino, y acosaba a la ciudad con estrecho cerco, mientras los descendientes de Eneas se lanzaban a las espadas en defensa de su libertad. Veíase allí a Pórsena, amenazador, indignado de que Cocles hubiese osado cortar el puente, y de que Clelia, rotas sus prisiones, cruzase el río a nado. En pie sobre la cumbre de la roca, Tarpeya, Manlio defendía el templo y el excelso Capitolio; tosca techumbre de bálago cubre el palacio de Rómulo, recién construido.

Un blanco ánade, revoloteando por entre los dorados pórticos, anunciaba con su canto que los Galos estaban ya a las puertas de Roma. Llegaban estos en efecto por entre las malezas, y ya ocupaban el alcázar, defendidos por las tinieblas a favor de una opaca noche; distinguíase por sus doradas cabelleras, sus arreos recamados de oro y sus listados sayos; de sus cuellos, blancos como la leche, penden collares de oro; cada uno blande en su mano dos venablos de madera de los Alpes y se cubre todo el cuerpo con un largo escudo. Allí se veían esculpidos los salteadores Salios, los Lupercos desnudos, los Flamines con sus penachos de lana y los broqueles caídos del cielo; las castas matronas llevaban por la ciudad los objetos sagrados en muelles andas. Lejos de allí, estaban representadas las mansiones tartáreas, las profundas bocas de Dite y los castigos de los crímenes, y tú ¡Oh Catilina! suspendido de un inminente escollo y temblando ante la faz de las Furias, en un sitio repuesto se veían los varones piadosos, y a Catón dictándoles leyes.

Entre estas imágenes se extendía la del hinchado mar, cuyas olas de oro se coronaban de blanca espuma; surcábanle en torno delfines de plata, formando raudos giros y batiéndole con sus colas. En medio se veían dos escuadras de ferradas proas y la batalla de Accio; toda la costa de Leucate hervía con el bélico aparato que reverberaba en las olas de oro. De un lado se ve a César Augusto, de pie en la más alta popa, capitaneando a los Ítalos, con los padres de la patria, el pueblo, los penates y los grandes dioses; de sus fúlgidas sienes brotan dos llamas y sobre su cabeza

centellea la estrella de su padre. En otra parte, Agripa, favorecido por los vientos y los dioses, acaudillando altanero su gente, se ciñe las sienes con la corona rostral, soberbia insignia guerrera. En la opuesta banda Antonio, ostentando bárbara pompa y cien varias huestes, vencedor de los pueblos de la Aurora y de los de las costas del mar Rojo, trae consigo el Egipto, las fuerzas del Oriente y los remotos Bactros y le sigue ¡Oh baldón! una consorte egipcia. Trábase la lid, a la que se precipitan todos a una; el ponto entero, batido por los remos y las ferradas proras de tres puntas, se cubre de espuma. Dirígense a la alta mar; no parecía sino que descuajadas las Cícladas, iban flotando por las aguas o que se estrellaban unos contra otros los altos montes: ¡Con tan recio ímpetu chocan entre sí las huestes desde las torreadas naves! Vuelan las estopas encendidas, arrojadas a mano, y el hierro volador de los dardos; una nunca vista carnicería enrojece los campos de Neptuno. En medio de la lid, la Reina concita a sus huestes con los sonidos del sistro patrio y no ve a su espalda las dos serpientes que la amenazan.

Todo el linaje de monstruosas divinidades y el ladrador Anubis hacen armas contra Neptuno, Venus y Minerva; en lo más recio de la pelea se ve esculpido en el hierro a Marte, ciego de ira, en cuyo contorno vagan por el éter las tristes Furias; alborozada la Discordia va entre ellas con el manto desgarrado, y Belona la sigue esgrimiendo su sangriento látigo. Viendo esto desde las alturas Apolo, protector de Accio, disparaba su arco, con lo que volvían la espalda, aterrados, el Egipto, y los Indios, y los Árabes y los Sabeos; veíase a la misma Reina, después de invocar a los vientos, dar la vela, aflojando a toda prisa y a más no poder las jarcias de sus naves. Habíala representado el ignipotente, pálida ya de su próxima muerte, huyendo en medio del estrago, a impulso de las olas y del céfiro; y en frente de ella la grande imagen del Nilo, llorando y abriendo sus siete bocas, desplegando sus anchas vestiduras, llamaba a los vencidos a su cerúleo regazo, a los recónditos abismos de sus corrientes. En tanto César llevado en triple triunfo a las murallas de Roma, consagraba en toda la ciudad, cual voto inmortal a los dioses de Italia, trescientos magníficos templos. Hervían las calles en gritos de alborozo, en juegos y aplausos; en todos los templos resonaban los coros de las matronas y se alzaban aras; delante de todas las aras cubrían el suelo inmolados novillos. Sentado en los marmóreos umbrales del espléndido templo de Febo, César examina las ofrendas de los pueblos y las suspende de las soberbias puertas; van pasando en larga fila las naciones vencidas, tan diferentes en trajes y armas como en lenguas; aquí Vulcano había representado la raza de los Nómadas y los desceñidos Africanos; allí los Lélegas y los Caras y los Gelonos, armados de saetas. Veíanse allí al Éufrates, arrastrando su corriente ya más amansada, y los Morinos, que pueblan los confines de la tierra, y el bicorne Reno, y los indómitos Dahos, y el Arajes, que sufre indignado el puente que le oprime.

Todas estas cosas contemplaba maravillado Eneas en el escudo de Vulcano, donde su madre, y regocijándose con la vista de aquellas imágenes, cuyo sentido ignora, échase al hombro la fama y los hados de sus descendientes.

LIBRO IX

Aprovechando la ausencia de Eneas e instigado por Iris, mensajera de la inexorable Juno, asedia Turno a los troyanos en sus reales y prende fuego a sus naves, las cuales transforma Cibeles en ninfas del mar.—Niso y Euríalo se ofrecen a llevar a Eneas nuevas del apretado trance en que se encuentran los suyos; salen una noche del campamento, penetran secretamente en el de los rútulos y hacen en ellos gran matanza; pero, descubiertos a la mañana por Volscente, mueren ambos después de una heroica lucha de generosidad, en que uno y otro quieren sacrificarse por salvar la vida a su amigo.—Sube de punto con la nueva de aquel suceso la consternación de los troyanos, conmovidos además por los desesperados lamentos de la madre de Euríalo.—En aquel aprieto, ataca Turno su campamento por todos lados, a que se sigue un porfiadísimo combate, en el que hace Ascanio sus primeras armas, dando muerte a Numano.—Los gigantescos Pándaro y Bitias abren la puerta que les está confiada y arremeten a los sitiadores.—Penetra Turno por ella en los reales, y hace terrible destrozo en sus enemigos; pero, rechazado por la muchedumbre de estos, se arroja armado al Tíber y logra llegar salvo a la opuesta orilla.

Mientras pasan estas cosas en otra parte de Italia, Juno, hija de Saturno, envía desde el cielo a Iris en busca del valeroso Turno, que a la sazón estaba descansando en un bosque del valle consagrado a su abuelo Pilumno. En estos términos le habló con su rosada boca, la hija de Taumante:

—Lo que ninguno de los dioses se hubiera atrevido ¡Oh Turno! a prometer a tus preces, te lo brinda de agrado este día ya cercano a su fin. Eneas, dejando su ciudad, separado de sus compañeros y de su armada, se ha encaminado a la regia mansión del palatino Evandro; más aún, ha penetrado hasta las últimas ciudades de Corito, donde está juntando una hueste de Lidios y armando a las gentes del campo. ¿Qué dudas? Esta es la ocasión de pedir tus caballos y tu carro. Rompe las treguas y arrebata por asalto sus desprevenidos reales.

Dijo, y se levantó por el éter con sus iguales alas, describiendo en su fuga un inmenso arco bajo las nubes. Conocióla el joven, y levantando hacia las estrellas ambas manos, dirigió a la fugitiva mensajera estas palabras:

—Iris, ornamento del cielo, ¿Quién te ha enviado a la tierra por las nubes en busca mía? ¿De dónde proviene ese súbito resplandor? Veo abrirse los cielos y las estrellas errantes por el polo; sea quien fueres, tú que me llamas al combate, me confío a ese gran presagio.

Y dicho esto, llegose al río, cogió en las palmas un poco del agua pura que corre por la superficie, y dirigiendo numerosas preces a los dioses, llenó el aire con sus votos.

Ya se extendía por los dilatados campos todo su ejército, rico de caballería, rico de vistosos arreos de varios colores recamados de oro. Mesapo capitanea las primeras haces, y los hijos de Tirreo las últimas; en el centro recorre las filas el caudillo Turno, bien armado, sobresaliendo toda su cabeza por cima de los demás; semejante al profundo Ganges cuando corre callado, acrecida su corriente con las aguas de siete mansos ríos, o al caudaloso Nilo cuando refluye de los campos que fecunda su raudal y se recoge en su cauce. En esto los Teucros ven alzarse de pronto una densa polvareda y cubrirse los campos de tinieblas. Caico el primero da la alarma desde una frontera atalaya.

—¿Qué negro tropel, ¡oh ciudadanos! se nos acerca en revuelta confusión? ¡Ea, pronto, aparejad el hierro, blandid los dardos, subid a los adarves; el enemigo se nos viene encima!

Al punto los Teucros con gran clamor ocupan todas las puertas y llenan las murallas, porque así se lo había prevenido, al partirse, el excelente capitán Eneas, recomendándoles que en cualquier trance que les ocurriese, no presentasen batalla en campo raso, antes se redujesen a defender y asegurar su campamento atrincherado: así, pues, aunque la vergüenza y la ira los impele a embestir al enemigo, cierran las puertas, cumpliendo lo mandado, y le aguardan bien apercibidos en sus huecas torres. Turno, que, en su veloz carrera, precedía al pesado escuadrón, se presenta de improviso delante de la ciudad, acompañado de veinte jinetes escogidos, caballero en un corcel de Tracia manchado de blanco, y cubierta la cabeza con un yelmo de oro coronado de rojo penacho.

—¿Quién me sigue, mancebos? ¿Quién acometerá el primero al enemigo?... ¡Yo seré! — exclama; y blandiendo un dardo, lo arroja por los aires, dando así principio a la pelea y se lanza intrépido al campo.

Levantan en esto sus compañeros grandes clamores, y le siguen con horrísono estruendo, pasmados al ver la cobardía de los Teucros, que, inertes, ni bajan al llano ni presentan batalla, antes se reducen a guardar sus reales, mientras Turno a caballo, fuera de sí, registra por todas partes los muros, buscando una entrada por extraviadas sendas. Cual en mitad de la noche, sufriendo el rigor del viento y de las lluvias, acecha el lobo una llena majada, rugiendo en derredor de la cerca, mientras los corderillos balan seguros debajo de sus madres; él, rabioso, ceba su saña en la ausente presa, devorando por la larga hambre y la sed de sangre que requema en sus fauces; no de otra suerte arde en ira el Rútulo, mirando los muros y los reales; el dolor abrasa sus huesos; todo se le vuelve discurrir un medio de penetrar en la plaza, de arrancar de sus empalizadas a los encerrados Teucros, y sacarlos a campo raso. Para conseguirlo, ataca su armada que tenían oculta a un lado del campamento, cercada de trincheras y defendida por las aguas del río; exhorta a sus entusiasmados compañeros a incendiarla, y arrebatado de furor, blande en su mano un pino encendido. Todos se precipitan en pos de él, inflamados por su ejemplo; y despojando los hogares, toda la juventud vuela a armarse de negras teas; los humeantes tizones esparcen sombrío resplandor y levantan hasta las estrellas nubes de pavesas y humo.

¿Cuál dios ¡oh musas! apartó de los Teucros tan horrible incendio? ¿Cuál repelió de sus naves tan inminentes llamas? Decidlo vosotras: antigua es esta tradición, pero aún dura y durará eternamente. En la época en que por primera vez labraba Eneas su armada en el frigio monte Ida y se disponía a surcar los mares, es fama que Cibeles misma, madre de los dioses, habló en estos términos al gran Júpiter:

—Concede a mis ruegos, hijo mío, concede lo que te pide tu amada madre, pues eres el dominador del Olimpo. Yo tuve en la más alta cumbre del Ida un pinar, mi retiro predilecto durante muchos años, que formaba un bosque sagrado, donde los Frigios me tributaban culto bajo las sombras, formadas por negros pinos y robustos alerces. Yo di gozosa aquellos árboles al mancebo troyano cuando estaba construyendo su armada; ahora tiemblo por ellos; ahuyenta mis temores y otorga a las preces de tu madre que no los quebrante ninguna travesía; que no sean vencidos de ningún vendaval: válgales haber nacido en nuestras montañas.

A lo cual replicó su hijo, el que rige los astros del mundo:

—¡Oh madre! ¿Qué exiges de los hados? ¿Qué me pides para esas naves? Obra de mano mortal, ¿han de ser por ventura inmortales? ¿Eneas ha de arrostras con seguridad todos los azares? ¿Cuál dios alcanzó jamás tamaño poder? Baste que a todas las que, salvadas de las olas y terminado su derrotero, arriben a los puertos ausonios y lleven al caudillo dárdano a los campos de Laurento, les quite yo la forma mortal, disponiendo que se truequen en diosas del vasto mar, semejantes a Doto, hija de Nereo, y a Galatea, que cortan con su pecho el espumoso ponto.

Dijo, y jurándolo por las aguas del Estigio, donde reina su hermano, por sus torrentes de pez y sus riberas, llenas de negros remolinos, inclinó la cabeza, y con aquel movimiento retembló todo el Olimpo.

Ya era llegado el día prometido, ya se habían cumplido los tiempos debidos a las Parcas, cuando la injuria de Turno movió a la madre de los dioses a apartar las teas de las sagradas naves. En esto, de pronto brilló a los ojos de todos una desusada luz y se vio cruzar el cielo una gran nube por la parte de la aurora; cruzáronle también los coros del Ida; luego cayó en alas de los vientos horrenda voz, que llenó con su estruendo las huestes de los Troyanos y de los Rútulos.

—No os afanéis ¡oh Teucros! por defender mis naves, ni por ello aparejéis las armas; antes logrará Turno incendiar los mares que mis sagrados pinos. Vosotras ¡oh naves! id libres; id, diosas del piélago; la Madre lo manda.

Y al punto todas las naves rompen los cables que las amarran a la playa, y a manera de delfines, sumergen las proas en lo más hondo del mar, de donde, ¡oh asombroso prodigio! salen y circulan por el ponto tantas figuras de vírgenes cuantos eran los ferrados bajeles que antes estaban anclados en la ribera.

Pasmáronse los Rútulos; el mismo Mesapo quedó aterrado y se turbaron sus caballos; suspende su curso el ronco Tíber y retrocede, temeroso de lanzarse al mar. Y sin embargo, no decayó la confianza del audaz Turno; antes con estas palabras alienta e increpa a los suyos:

—¡A los Troyanos amenazan esos prodigios! El mismo Júpiter les arrebata su acostumbrado auxilio; ni dardos ni llamas aguardan ya a los Rútulos; cerrado está ya a los Teucros el camino del mar y ninguna esperanza de fuga les queda. La fuga por mar les está vedada, la tierra es nuestra, innumerable muchedumbre ítala se alza en armas contra ellos; no me amedrentan a mí esos fatales presagios de los dioses con que tanto se afanan los Frigios. Bástales a los hados y a Venus haber alcanzado que arribasen los Troyanos a los campos de la fértil Ausonia; también yo tengo mis hados contrarios a los suyos, que son los de exterminar con la espada a ese execrable linaje que viene a arrebatarme a mi esposa; no sólo a los Atridas, no sólo a Micenas es dado sentir y vengar con las armas tales ultrajes. Bastárales haber sido exterminados una vez, si escarmentados de su culpa detestasen, como debieran, a todo el linaje mujeril, esos en quienes ahora infunde confianza la empalizada que los separa de nosotros, esos a quienes alientan los fosos que nos oponen, ¡Pequeño obstáculo para su muerte! ¿Acaso no han visto reducidas a pavesas las murallas de Troya, fabricadas por mano de Neptuno? ¡Oh flor de mis guerreros! ¿Quién de vosotros se presta a meter el hacha en esa empalizada y a arremeter conmigo esos acobardados reales? No necesito yo para atacar a los Teucros ni armas de Vulcano ni mil bajeles; únanseles en buen hora como auxiliares todos los Etruscos; no teman tenebrosas emboscadas ni el inútil robo del Paladión, asesinados los centinelas del supremo alcázar, ni nos esconderemos en el oscuro vientre de un caballo; a la luz del sol, descubiertamente pondré fuego de seguro a sus murallas. Yo les haré ver que no se las han con Griegos ni con aquella juventud pelasga que Héctor trajo entretenida diez años. Y ahora, ¡oh guerreros! pues ya es pasada la mejor parte del día, destinad lo que resta de él a dar solaz a los cuerpos, que ya han cumplido bien su obligación, y preparados aguardad la batalla.

En seguida da Mesapo el encargo de apostar destacamentos en todas las puertas y de rodear de hogueras las murallas. Elige para que vigilen con sus tropas el campamento, catorce jefes rútulos, a cada uno de los cuales siguen cien mancebos cubiertos de purpúreos penachos y de rutilantes armaduras de oro, que por turno, ya rondan el campo, ya tendidos por la hierba saborean los placeres del vino apurando las copas de bronce. Brillan a trechos las hogueras; el juego entretiene la vigilia de una noche de guardia...

Desde lo alto de sus trincheras, que ocupan armados, ven los Troyanos aquellos preparativos de asedio, y no sin grave sobresalto, registran las puertas y enlazan entre sí con puentes sus baluartes. Todos aprestan sus armas, estimulados por Mnesteo y por el impetuoso Seresto, a quienes el caudillo Eneas había cometido el mando de sus tropas y la dirección de la guerra para el caso de que alguna desgracia reclamase su esfuerzo. Toda la hueste comparte por suertes el peligro, relevándose unos a otros en la vigilante defensa de las murallas.

Guardaba una de las puertas el valeroso Niso, hijo de Hitarco, diestrísimo en el manejo del venablo y de las veloces saetas; la selva de Ida, su patria, gran madre de cazadores, le había dado por compañero a Eneas. Junto a él está su amigo Eurídalo, mancebo en juventud, y el más gallardo de cuantos siguen las enseñas de Eneas y visten las troyanas armas. Unidos con estrecha amistad, juntos se precipitaban siempre en los combates; a la sazón estaban ambos de guardia en la misma puerta:

—¡Oh Eurídalo! —le dice Niso—, ¿serán por ventura los dioses los que infunden este ardor en mi espíritu, o tal vez cada cual se forja un dios de sus ciegos apetitos? Ello es que ardo en ansia de pelear o de acometer alguna grande empresa y que no acierto a estarme quieto. Bien ves cuán confiados, cuán desprevenidos están los Rútulos; sus hogueras brillan cada vez más escasas; vencidos del vino, duermen tendidos por el campo; todo a lo lejos yace en silencio; oye, pues, lo que me agita, y la idea que revuelvo en mi mente. Todos a una, el pueblo y los senadores, piden que se llame a Eneas con urgencia, enviándole mensajeros que traigan de él seguras nuevas. Si me prometen para ti lo que pienso pedirles, pues a mí me basta la gloria que ha de resultarme de mi empresa, paréceme que siguiendo la falda de aquel collado podré hallar un camino que me conduzca a las murallas de Palantea.

Profunda impresión hicieron estas palabras en Eurídalo, grandemente ganoso de loores, el cual habló así a su fogoso amigo:

—¿Por ventura ¡Oh Niso! rehuyes asociarme a ese gran proyecto? ¿Crees que te dejaré lanzarte solo a tamaños peligros? No me formó para eso mi belicoso padre Ofeltes entre los continuos rebatos de los Griegos y los trabajos de Troya, ni nunca tal hice contigo desde que sigo al magnánimo Eneas y sus adversos hados. Aquí hay un pecho que desprecia la vida y que cree comprar bien con ella esa gloria a que aspiras.

Niso le respondió:

—En verdad que nunca tal temí de ti, ni me fuera lícito tal pensamiento, no; así el gran Júpiter o cualquier otro dios que mire mi proyecto con propicios ojos me restituya a ti triunfante. Pero si en medio de los trances de tan peligrosa aventura, ya la casualidad, ya un dios me arrastrase a la desgracia, quisiera que tú me sobrevivieses; tu edad es más digna de la vida. Haya al menos alguno que retire mi cadáver del campo de batalla, que pague su rescate y lo deposite en la tierra, o que si esto me negase la acostumbrada fortuna, tribute los fúnebres honores a mis despojos ausentes y los decore con un sepulcro. Ni sea yo ocasión de tan gran dolor para tu mísera madre, que, sola entre tantas madres, se ha atrevido ¡Oh mancebo! a seguirte, desdeñando la ciudad del grande Acestes.

A lo cual replica Eurídalo:

—Inútilmente esfuerzas esas vanas razones; no desisto de mi inmutable resolución. Echemos a andar.

Y al mismo tiempo despierta a los centinelas que han de reemplazarlos por suerte, con lo que, dejando la avanzada, se encaminan juntos al real de Ascanio.

A la hora en que todos los seres animados deponen con el sueño sus afanes y olvidan las penas del corazón, los principales caudillos de los Teucros, juventud escogida, celebraban consejo para tratar de la apurada situación del reino. ¿Qué hacer? ¿Quién iría de mensajero a Eneas? Apoyados en sus largas lanzas y embrazado el escudo, deliberan en medio del campamento, cuando se presentan juntos y alegres Niso y Eurídalo, pidiendo que se les deje entrar para un negocio grave y que bien merece que el consejo se detenga a escucharlo. Iulo el primero recibe a los impacientes mancebos y manda a Niso que hable, lo cual hizo así el hijo de Hitarco:

—¡Oh guerreros de Eneas! escuchadnos con ánimo benigno, y no juzguéis por nuestra edad de la empresa que venimos a proponeros. Vencidos del sueño y presa del vino, los Rútulos yacen en silencio; nosotros hemos descubierto un sitio adecuado para sorprenderlos, que es aquel en que el camino se divide en dos ramales, junto a la puerta más cercana al mar. Sus hogueras están ya en la

mayor parte apagadas, y de ellas se levantan al firmamento negras humaredas; si nos dejáis aprovechar esta favorable ocasión, iremos a la ciudad de Palante en busca de Eneas, y pronto nos veréis volver con él cargados de despojos, después de haber hecho gran mortandad en el enemigo. No erraremos el camino; que muchas veces en nuestras continuas cacerías vimos aquella ciudad en el fondo de los oscuros valles y exploramos todas las márgenes del río.

Entonces Aletes, lleno de años y hombre de maduro consejo exclamó:

—¡Oh dioses patrios, bajo cuyo numen está siempre Troya!, sin duda no os disponéis a borrar enteramente del mundo a los Teucros, cuando suscitáis entre ellos una juventud animosa y pechos tan esforzados —y esto diciendo, abrazaba a entrambos y les asía las manos, regándoles los rostros con su llanto—. ¿Qué recompensa, ¡oh mancebos! —les decía—, qué digna recompensa podrá pagar tal proeza? La más hermosa os la darán en primer lugar los dioses y vuestra virtud; además os la premiarán muy pronto el piadoso Eneas y el joven Ascanio, que nunca olvidará tan grande merecimiento.

—Y yo, que no veo salvación más que en la vuelta de mi padre —prosiguió Ascanio—, os juro ¡oh Niso! por los grandes penates, por los lares de Asáraco y por el santuario de la cándida Vesta, que pongo en vuestras manos mi fortuna y mis esperanzas. Traed a mi padre, volvedme su presencia; con su vuelta acabarán nuestras desgracias. Yo os daré dos copas de plata primorosamente cinceladas, que mi padre ganó en la toma de Arisba, dos trípodes. Dos grandes talentos de oro y una taza antigua que me regaló la sidonia Dido. Si nos diere la suerte conquistar a Italia y señorearnos de ella, y repartirnos por suerte sus despojos; ya has visto qué caballo, qué armas de oro llevaba Turno; pues yo exceptuaré del sorteo aquel escudo, aquel purpúreo penacho, y desde ahora ¡oh Niso! cuéntalos por tuyos. Además te dará mi padre doce hermosísimas esclavas, otros tantos cautivos, todos armados, y sobre esto, todas las tierras del rey Latino. Y a ti, Eurílalo, casi mi igual por la edad, a ti ¡oh mancebo dignísimo! te doy mi corazón y te tomo por compañero de todas mis empresas. Sin ti no quiero buscar gloria alguna; ya en paz, ya en guerra, en tus obras, en tus consejos pondré toda mi confianza.

En estos términos le responde Eurílalo:

—Jamás en tiempo alguno desmentiré estos esforzados impulsos, ya me sea próspera, ya adversa la fortuna; pero una sola cosa te pido, que precio más que todos tus dones. Tengo una madre del antiguo linaje de Príamo, a la cual ¡infeliz! ni la tierra de Ilión ni la ciudad del Rey Acestes pudieron retraer de seguirme: yo ahora la dejo ignorante de los peligros que voy a correr, y sin despedirme de ella; testigos me son la noche y tu diestra de que no podría resistir el llanto de mi madre. Tú, yo te lo ruego, consuela a la desvalida, socorre a la abandonada. Déjame llevar de ti esta esperanza, con ella iré más alentado para cualesquiera trances.

Lloraban los enternecido Troyanos, y más que todos el hermoso Iulo, angustiado su corazón por aquella viva imagen de amor filial, y así le dice...:

—Yo te prometo todo lo que merece tu heroico ardimiento. Tu madre será la mía, y sólo le faltará el nombre de Creúsa; que no a menos da derecho el ser madre de tal hijo, sea cual fuere la suerte que te aguarda. Juro por mi cabeza, que es el usado juramento de mi padre, juro que cuanto te prometo para cuando vuelvas, lograda tu empresa, se lo cumpliré igualmente, si no vuelves, a tu madre y a tu linaje.

Así exclama llorando; al mismo tiempo se desciñe del hombro una espada de oro, obra primorosa del artífice Licaón cretense, hábilmente adaptada a una vaina de marfil. Mnesteo da a Niso una piel, terrible despojo de un león; el fiel Aletes cambia de yelmo con él. En seguida echan a andar, bien armados y seguidos de los principales guerreros, jóvenes y ancianos que con sus votos los acompañan hasta las puertas; también los acompaña el hermoso Iulo, superior a sus años en esfuerzo y varonil prudencia, confiándoles para su padre multitud de encargos; pero el viento se lleva toda aquellas palabras y las dispersa en las nubes.

Salen por fin, y cruzando los fosos, se encaminan por entre las sombras de la noche a los reales enemigos, donde los aguarda la muerte, pero donde antes se la darán a muchos. A cada paso ven soldados tendidos en la hierba, rendidos del sueño y del vino; los carros empinados en la playa, y entre las ruedas y los arneses, revueltos los hombres con las armas y los barriles de vino. Entonces el hijo de Hirtaco habló así el primero:

—Manos a la obra, Eurídalo; la ocasión nos brinda a ello. Esta es la senda; tú, para que no nos sorprenda el enemigo por la espalda, quédate ahí y atalaya todo estos contornos; yo entre tanto acuchillaré a toda esa caterva y te abriré ancho camino.

Dice así en voz baja, y al mismo tiempo arremete con la espada al soberbio Ramnetes, que, tendido en un magnífico lecho, roncaba estrepitosamente. Rey y augur, caro más que todos al rey Turno, no le valió su saber para evitar aquel trance fatal; en seguida acomete a tres servidores suyos que yacían tendidos en medio de sus armas, y al escudero Remo y a su auriga, a quien hallo por casualidad entre sus propios caballos, y les corta con su espada los pendientes cuellos; luego degüella a Remo y abandona el tronco, del que sale a borbotones un chorro de sangre, que va a empapar el caliente suelo y el lecho. Emprende en seguida con Lamiro y Lamo y con el joven Serrano, de hermosa apostura, que había pasado jugando parte de aquella noche y que a la sazón yacía en profundo sueño; ¡Feliz si hubiera seguido jugando hasta rayar el día! Cual hambriento león, en medio de una majada llena, despedaza y arrastra al tímido rebaño, mudo de espanto, y ruge con sangrientas fauces, tal Eurídalo causa no menor estrago; también él hierve en furor y lo ceba en una oscura muchedumbre sin nombre; así inmola a Fado, a Herbeso, a Reto y a Abaris, que sin saberlo pasan de la vida a la muerte. Reto velaba y lo veía todo; mas, vencido del miedo, se escondía detrás de una gran cuba; en el momento en que se levantaba para huir, le clava en el pecho su espada hasta la empuñadura y la saca en seguida, dejándole cadáver. En medio de un río de sangre, mezclada con vino, exhala el alma. Inflamado con el éxito de su sorpresa, cebábase Eurídalo en la matanza, y ya se dirigía a las tiendas de Mesapo, donde veía apagarse las últimas hogueras y pacer la hierba los caballos, trabados los pies según costumbre, cuando Niso, viendo que se dejaba arrastrar demasiado por la sed de sangre, le dice rápidamente:

—Dejémoslo; que ya se acerca la enemiga aurora. Basta de carnicería; ya hemos abierto camino por en medio de los enemigos.

Sin querer despojar a estos de una multitud de preciosas piezas de plata maciza, armas, copas, ricos tapices, Eurídalo se lleva solamente el jaez de Ramnetes y su tahalí chapado de oro, prendas que el opulento Cedico enviara años atrás al tiburtino Rémulo en recuerdo de hospitalidad: Rémulo, al morir, se las dio a su nieto; y muerto este, los Rútulos se apoderaron de ellas en la guerra. Cógelas, pues, Eurídalo, y vanamente se las echa a los robustos hombros; cíñese además el penachudo yelmo de Mesapo, y saliendo del campamento, se ponen ambos en salvo.

Entre tanto, trescientos jinetes, todos con sus broqueles y mandados por Volscente, se encaminaban desde la ciudad latina a llevar a Turno un mensaje de su rey, mientras tanto el resto de la legión a que pertenecían hacía alto en el llano. Ya se acercaban al campamento, y casi habían llegado a las empalizadas, cuando divisaron de lejos a los fugitivos, que torcían hacia la izquierda, habiéndolos descubierto el yelmo del imprudente Eurídalo, herido por los primeros resplandores del alba entre la ya pálida oscuridad de la noche. No en vano los vio Volscente, que al punto les gritó desde donde estaba con los suyos:

—¡Teneos, guerreros! ¿Qué hacéis ahí? ¿De que ejército sois? ¿Adónde vais?

Ellos nada respondieron, antes aprietan el paso por entre la espesura, fiados en la oscuridad, con lo cual de esparcen los jinetes por las conocidas veredas para cerrarles todas las salidas. Era aquel sitio una negra selva de frondosas encinas, llena de matorrales y abrojos, cruzada por algunos raros y ocultos senderos. La oscuridad del bosque y el pesado botín de que va cargado impiden a Eurídalo adelantar, y el sobresalto además le hace perder el camino. Niso huye, y ya, sin acordarse de su compañero, había dejado atrás a los enemigos y los lagos que después se llamaron *albanos*, del

nombre del Alba, y donde entonces tenía el rey Latino sus mejores majadas, cuando haciendo alto por fin, busca en vano a su amigo ausente.

—¡Eurídalo infeliz! —exclama—, ¿dónde te he dejado? ¿Qué camino he de seguir para buscarte?

Internándose segunda vez en los senderos que ha recorrido por la intrincada selva, reconoce sus propias pisadas y vaga perdido por entre los silenciosos jarales. Oye ruido de caballos, de armas, de gente; poco después llega a sus oídos un triste clamor y ve a Eurídalo, que, engañado por la oscuridad, sin conocer el sitio en que se halla, turbado por aquel súbito ataque, y rodeado ya de la hueste enemiga, forcejea en vano rabiosamente por desasirse. ¿Qué hacer para salvarle? ¿Con qué esfuerzo, con qué armas osará arrancar al mancebo de aquel peligro? ¿Irá a arrojarse, desesperado, en medio de las espadas enemigas, buscando en ellas honrosa muerte? Al punto, blandiendo su venablo con el tendido brazo y alzando los ojos a la alta luna, le dirige esta deprecación:

—¡Oh diosa, hija de Latona, ornamento de los astros, guardadora de las selvas, sénos propicia en este duro trance? Si algunos dones tienes ofrecidos por mí en tus aras mi padre Hirtaco; si yo mismo les tengo añadido algunos con los productos de mis cacerías, suspendiéndolos de los artesones de tu templo o clavándolos en sus sacras bóvedas, déjame dispersar esa muchedumbre y dirige mis dardos por el viento.

Dijo, y haciendo empuje con todo su cuerpo, disparó el férreo dardo, que hiende volando las sombras de la noche y va a clavarse en la espalda de Sulmón,[34] donde se rompe, y con su rajada madera le traspasa las entrañas. Cae yerto Sulmón, vomitando por el pecho un caliente río de sangre y jadeando entre largos sollozos. Atónitos los Rútulos, tienden la vista a todos lados; exasperado Niso con esto, dispara, levantando el brazo a la altura del oído, un segundo dardo, y mientras todos andan azorados, traspasa el rechinante hierro las sienes de Tago, y tibio ya, va a hincarse en su horadado cerebro. Furioso Volscente de no ver quién causa aquel estrago, y no sabiendo cómo cebar su rabia, exclama:

—Pues tú, tú me pagarás con tu caliente sangre la muerte de esos dos, mientras no parece el verdadero asesino —y al mismo tiempo arroja, espada en mano, contra Eurídalo. Aterrado, fuera de sí, incapaz ya de permanecer oculto y de soportar aquel horrible trance, preséntase Niso, gritando:

—¡A mí, a mí, yo soy el matador!; volved contra mí las espadas, ¡oh Rútulos! Mía es toda la traición; éste nada ha intentado, nada ha podido hacer contra vosotros, lo juro por ese cielo, por esos astros, testigos de la sinceridad de mis palabras; su única culpa es haber querido demasiado a su infeliz amigo.

Mientras así clamaba Niso, la espada de Volscente, esgrimida con poderoso empuje, atraviesa las costillas y rompe el blanco pecho de Eurídalo, que cae herido de muerte; corre la sangre por sus hermosos miembros, y su cuello se dobla sobre sus hombros, semejante a una purpúrea flor cuando, cortada por el arado, desfallece moribunda, o cual las adormideras inclinan la cabeza sobre el cansado tallo a impulso de un recto aguacero. Al punto Niso se precipita en medio de los enemigos, buscando únicamente entre todos a Volscente, sólo a Volscente. Rodéanle los Rútulos de tropel y le embisten en todas direcciones, mientras él con mayor brío acosa a su contrario, esgrimiendo en círculo la fulmínea espada, hasta que al fin logra hundirla en la boca del Rútulo, abierta para gritar, y antes de morir arranca el alma a su contrario: entonces, acribillado de heridas, se arrojó sobre su amigo exánime, y allí por fin descansó en plácida muerte.

¡Felices ambos! Si algo alcanzan mis versos, perpetuamente viviréis en la memoria de los hombres, mientras el linaje de Eneas pueble el inmoble peñón del Capitolio y domine al mundo el soberano de Roma.

---

34 El P. La Cerda corrigió *aversi* en este verso, donde los más de los editores decían *adversi*; lección que conserva el P. La Rue, por más que parezca notoriamente viciosa, pues era natural que Sulmon volviese la espalda a Niso para recibir en ella el golpe.

Vencedores los Rútulos, se apoderan del botín y de los despojos de los dos amigos, y llorando se llevan el cuerpo de Volscente los reales, donde no era menor la desolación al ver inmolados los principales del ejército, Remnetes, Serrano y Numa. Todos se agolpan alrededor de los cadáveres y de los moribundos, contemplando los sitios tibios aún con la reciente mortandad y los arroyos llenos de espumosa sangre. Entre los despojos reconocen el espléndido yelmo de Mesapo y aquel jaez recobrado con tantos afanes.

Ya en esto la naciente Aurora, dejando el purpúreo lecho de Titón, esparcía sobre el mundo su nueva claridad; ya el sol derramaba su luminoso resplandor, cubriendo con él todos los objetos, cuando Turno, armado de pies a cabeza, concita a sus guerreros y apresta a la batalla sus falanges cubiertas de acero: todos mutuamente exacerban sus iras, refiriendo de mil maneras el desastre ocurrido, y siguen con fiera gritería las cabezas de Niso y Eurílalo, clavadas, ¡Horrible espectáculo! en las puntas de dos enhiestas lanzas... Los aguerridos Troyanos agolpan la mayor parte de sus fuerzas a la izquierda, por hallarse la derecha, ceñida por el río, y defienden los anchos fosos, mientras otros ocupan las altas torres, afligidos al ver las dos cabezas, ¡Ay! harto conocidas, clavadas en las picas y chorreando negra sangre.

Entre tanto la Fama, alada mensajera, revoloteando por la aterrada ciudad, se desliza hasta los oídos de la madre de Eurílalo, con lo que, abandonando de pronto el calor vital los huesos de la infeliz, deja caer de sus manos los husos y la retorcida tarea. Lánzase la desventurada madre con mujeriles alaridos, mesando sus cabellos, y delirante se encamina a los muros, internándose hasta las primeras filas; no se cura de los soldados, de los peligros ni de los dardos; al mismo tiempo hinche el viento con estas lamentaciones:

—¡Que así te veo, Eurílalo! ¡Que así pudiste, oh cruel, dejarme sola, tú, el postrer arrimo de mis cansados años! Y al arrojarte a tan gran peligro, ¡Ni siquiera diste a tu mísera madre un postrer adiós! ¡Ay! ¡Ahora yaces en ignoto suelo, presa de los perros del Lacio y de las aves de rapiña! y yo, madre tuya, no asistí a tu muerte, ni te cerré los ojos, ni lavé tus heridas, ni te cubrí con aquellas ropas que para ti labraba a toda prisa día y noche, labor con que consolaba mi triste ancianidad. ¿Qué será ya de mi? ¿Cuál tierra posee ahora tus destrozados restos, tu miserable cadáver? ¡Eso, hijo mío, eso sólo me traes, eso sólo me queda de ti? ¿Para esto te he seguido por tierra y por mar? ¡Traspasad mi pecho, oh Rútulos, si sois compasivos; lanzad contra mí todos vuestros dardos, acuchilladme a mí la primera? O bien tú, gran padre de los dioses, compadéceme y con tu rayo precipita al Tártaro esta mi aborrecida cabeza, pues no puedo de otro modo acabar con la horrible vida.

Estos lamentos conmueven los corazones, y un triste gemido circula por todo el ejército, cuyo aliento para la batalla quebranta el dolor que embarga sus fuerzas. Al fin, por mandato de Ilioneo y del lloroso Iulo, Ideo y Actor levantan a la desolada madre, ocasión del general abatimiento, y se la llevan en brazos a su morada.

En tanto las sonoras trompetas de bronce retumban a los lejos, con terribles toques, seguidos de gran vocería, que hace crujir el firmamento; al mismo tiempo avanzan rápidamente los Volscos, guarecidos bajo sus broqueles y se aprestan a llenar los fosos y a arrancar las empalizadas, mientras otros preparan el asalto, arrimando escalas a las murallas por la parte en que aparece menos compacto el enemigo. Por su parte los Troyanos, amaestrados por una larga carrera en defender murallas, les tiran todo linaje de armas arrojadizas y los rechazan con sus recias picas; además precipitan sobre ellos enormes peñascos con objeto de romper la abroquelada hueste, que todo lo arrostra, sin embargo, bajo su densa bóveda; mas al cabo ya no pudieron resistir, pues hacia la parte por donde embestía el mayor tropel de enemigos, llevaron rodando y despeñaron los Teucros una terrible mole que aplastó a multitud de Rútulos y deshizo la trabazón de los broqueles, con lo que renuncian a seguir por más tiempo en aquel ciego ataque, y a flechazos, procuran desalojar del baluarte al enemigo... En otra parte el espantoso Mecencio blandía en una mano su enorme lanza etrusca, y en la otra humeante tea, mientras Mesapo, domador de caballos, hijo de Neptuno, abre

una brecha en la empalizada y pide escalas para trepar al muro.

¡Oh Musas! ¡oh Calíope! Dad, os ruego, aliento a mi voz para que cante los estragos y matanza que hizo en aquella ocasión la espada de Turno, y a cuantos guerreros lanzó cada uno de ellos al Orco! Revolved conmigo los grandes sucesos de aquella guerra, pues bien los recordáis ¡oh diosas! y podéis referirlos.

Había una enorme torre, de muchos y altos pisos, oportunamente colocada, contra la cual concentraban los Ítalos sus mayores esfuerzos, sin perdonar medio para expugnarla, y que los Troyanos defendían, arrojando por sus trincheras una lluvia de piedras y dardos. Turno el primero lanzó contra ella una tea encendida, con que prendió fuego a uno de sus costados; y pronto las llamas embravecidas por el viento, se corrieron por los tablones y las puertas, devorándolo todo. Turbados y temblorosos los de dentro, intentan vanamente huir de aquel horrible peligro; mientras se agolpan hacia la parte a que aún no ha llegado el incendio, húndese de repente la torre bajo su peso y todo el firmamento retumba con gran fragor. Arrastrados por la enorme mole derruida, caen a tierra multitud de moribundos clavados en sus propios dardos o traspasado el pecho por las recias astillas de los rotos maderos; a duras penas logran escapar Helenor y Lico, de los cuales, Helenor, el de más edad, era hijo del rey de Meonia, y de la sierva Licimnia, que le había criado secretamente y enviádole a la guerra de Troya con armas a que no tenía derecho: así militaba sin gloria, con una espada desnuda y una rodela sin ningún trofeo. Este apenas se vio en medio de la muchedumbre de Turno, rodeado por todas partes de las huestes latinas, semejante a una fiera que, cercada por un denso tropel de monteros, se embravece contra los chuzos, y segura de morir cierra con ellos, seguro también de morir, arremete a los enemigos, y éntrase por donde más espesas se le oponen las lanzas. Más ligero de pies Lico, llega a os muros, huyendo por entre los enemigos y las armas, y pugna por asir el alto caballete y alcanzar con la mano las que le tienden los suyos; pero Turno, vencedor, que va acosándole de cerca con su lanza, le increpa en estos términos:

—¿Esperabas, insensato, escapar de mis manos?

Y al mismo tiempo ase de él mientras pendía del muro, y con parte de este lo arranca, trayéndolo hacia sí, no de otra suerte que cuando el águila armígera de Júpiter levanta en sus garras a una liebre o a un cándido cisne, y se remonta con su presa a las alturas, o cual el lobo consagrado a Marte arrebata de la majada al corderillo que su madre reclama con frecuentes balidos. Por todas partes se alza gran vocería; arremeten los Rútulos, y unos rellenan los fosos con tierra, mientras otros lanzan a las almenas teas encendidas. Ilioneo precipita un peñón, enorme fragmento de un monte, sobre Lucecio, que ya al pie de una de las puertas, iba a prenderle fuego; Liger, diestro en arrojar venablos, derriba y mata a Ematio; Asilas, certero flechador, a Corineo; Ceneo a Ortigio, y al vencedor Ceneo, Turno, el cual también da muerte a Itis, a Clonio, a Dioxippo, a Prómolo, a Sagaris y a Ida, que defendía las más altas torres. Capis, mata a Priverno, que, herido ya antes por la ligera lanza de Temila, había ¡insensato! arrojado su rodela y puéstose la mano en la herida, con lo que la voladora saeta de Capis, dándole en el costado izquierdo, le dejó clavada en él aquella mano, y penetrado en sus pulmones, le cortó para siempre el vital aliento. El hijo de Arcente ostentaba sus vistosas armas, su clámide primorosamente bordada, teñida de púrpura ibera, y su arrogante figura; su padre, que lo enviara a aquella guerra, le había criado en el bosque de Marte, a la margen del río Simeto, donde está el pingüe y propicio altar de Palico, Mecencio, depuesta la lanza, voltea tres veces alrededor de su cabeza la correa de su chasqueante honda, y partiendo, con el reblandecido plomo que dispara, las sienes del hijo de Arcente, lo tiende cadáver en el campo de batalla[35]. Es fama que aquel día por primera vez disparó en un combate la veloz saeta de Ascanio, el cual hasta entonces sólo se había ejercitado en acosar a las fugaces alimañas, y que con su diestra dio muerte al fuerte Numano, por sobrenombre Rémulo, recién casado con la hermana menor de Turno. Ensoberbecido con aquel reciente regio enlace, iba Numano al frente de la primera falange,

35 Es notable que Hernández de Velasco, Nisard y Mollevault incurran los tres en la misma equivocación de suponer que el herido por Me cencio fue Arcente, y no su hijo.

vociferando cuanto se le venía a la boca y prorrumpiendo en estos jactanciosos denuestos:

—¿No os da vergüenza encerraros por segunda vez entre empalizadas, ¡oh Frigios! dos veces cautivados, y oponer murallas a la muerte? ¡He ahí los que vienen a pedirnos con las armas que les demos esposas! ¿Cuál dios, qué demencia os impelió a Italia? Aquí no os las habéis con los Átridas ni con el artero Ulises. Nación brava, de dura estirpe, tenemos por costumbre meter en un río a nuestros hijos recién nacidos para robustecerlos con el contacto del áspero hielo y de las olas; de niños se avezan a la caza y a fatigar el monte; sus juegos son domar potros y manejar el arco y las flechas; sufrida para el trabajo, acostumbrada a la sobriedad, nuestra juventud, o doma la tierra con el arado o gana ciudades con la espada. A todas edades sufrimos el peso del hierro, y con la punta de la lanza, aguijamos los lomos de los uncidos bueyes. Ni la tarda senectud debilita en nosotros las fuerzas del ánimo, ni nos quita el vigor del cuerpo: con un yelmo oprimimos nuestras canas; siempre nos place allegar nuevas presas y vivir de lo que por fuerza arrebatamos. Vosotros bajo vuestras ropas teñidas de azafrán y de reluciente púrpura abrigáis corazones cobardes; vuestros recreos son los cantos y las danzas, y lleváis sayos con mangas, y cofias con cintas y rapacejos. ¡Oh Frigias, en verdad, pues ni aun Frigios sois, volveos a vuestro alto Dindimo, donde os aguardan los dos tonos de la flauta a que estáis acostumbrados! Id, que os llaman los panderos berecintios y el melodioso boj de la madre Cibeles; dejad las armas para los hombres y renunciad al hierro.

No pudo Ascanio soportar aquellos arrogantes y crueles insultos, y puesto frente de él, asesta un dardo en su arco de crin, y extendiendo ambos brazos, párase suplicante y dirige a Júpiter estas preces:

—¡Oh Jove omnipotente! favorece este mi atrevido estreno, y yo llevaré a tus templos solemnes dones y ofreceré en tus aras un blanco novillo de dorados cuernos, que levante la cabeza tanto como su madre y tope ya y esparza la arena con los pies.

Oyóle el padre del cielo, y por el lado de la izquierda en el sereno firmamento retumbó el trueno; zumba al mismo tiempo el mortífero arco y parte volando la estridente saeta, que va a dar en la cabeza de Rémulo y le traspasa las sienes.

—Ve e insulta ahora a la virtud con soberbias palabras. Esta respuesta dan a los Rútulos los Frigios, dos veces cautivados.

No más dijo Ascanio; los Teucros prorrumpieron en grandes clamores, palpitando de júbilo y levantando su espíritu hasta las estrellas. Veía el crinado Apolo desde las etéreas alturas, sentado en una nube, las huestes ausonias y la ciudad de los Troyanos, y en estos términos habló al vencedor Iulo:

—¡Bien, noble mancebo, bien!; así se camina a la gloria, ¡oh hijo y futuro padre de dioses! Algún día el linaje de Asáraco sosegará por derecho, todas las guerras que en lo venidero preparan los hados. Troya es estrecho campo para tu gloria.

Dicho esto, se desprende por el alto éter en alas del viento y se encamina hacia Ascanio, tomando al propio tiempo la figura y porte del viejo Butes, antiguo escudero del dardáneo Anquises y fiel portero de su palacio: a la sazón Eneas le tenía por ayo de su hijo. Mostraba Apolo una perfecta semejanza con el anciano; la misma voz, el mismo color, las mismas canas e iguales armas, de fiero sonido.

—Bástete, hijo de Eneas —dijo al fogoso Iulo—, haber dado muerte impunemente con tu dardo a Numano; el grande Apolo te concede ese primer triunfo y no lleva a mal que descuelles en el manejo de las armas; pero cesa ya, mancebo de pelear.

Dicho esto, y sin guardar respuesta, deja Apolo la forma mortal y se desvanece a la vista en el leve viento. Reconocieron los próceres troyanos al dios y sus divinas flechas y oyeron el sonido que al alejarse hacía su aljaba; con lo que, obedientes al mandato de Febo, contienen a Ascanio, ya ansioso de pelea, y por segunda vez se arrojan a la lid, arrostrando los peligros con temerario ardimiento. Corre un gran clamor por los muros y los torreones; todos tienden los arcos y aparejan

los amentos; el suelo se cubre de dardos, los escudos y los huecos almetes retumban con los golpes; trábase la lid con horrenda furia. No con mayor violencia azota la tierra un aguacero, impelido por occidente por las lluviosas Cabrillas; no de otra suerte los nubarrones se precipitan en abundoso granizo sobre los mares, cuando desatados los fieros vendavales en deshecha tempestad, rasgan el nebuloso éter.

Pándaro y Bitias, hijos de Alcanor de Ida, a quienes la agreste Iera crió en un bosque de Júpiter, mancebos semejantes a los abetos y a los montes de su patria, abren, confiados en sus armas, la puerta, cuya custodia por mandato de su caudillo, les estaba sometida, y provocan al enemigo a entrar en la ciudad. Armados de hierro y cubiertas las erguidas cabezas con relucientes penachos, ambos se mantienen firmes uno a la derecha y otro a la izquierda de las torres, cuales en contorno de los ríos, ya en las márgenes del Po, ya en las del ameno Atesis, álzanse dos altísimas encinas y mecen en el firmamento sus nunca podadas y altas copas. Acometen al punto los Rútulos por la entrada que ven abierta, y en el mismo instante Quercente y Aquícolo, el de las vistosas armas, y el temerario Tmaro y el belicoso Hemón, o huyen rechazados con toda su gente, o caen sin vida en el mismo umbral de la puerta: crecen entonces más y más las iras de los enconados ánimos, y ya los Troyanos, aglomerados en aquel punto, atacan a su vez y avanzan más allá de su campamento.

Llega en esto un mensaje al caudillo Turno, el cual por otra parte andaba haciendo espantoso estrago, de cómo el enemigo se había recobrado con sangrienta furia y había abierto de par en par las puertas. Deja con esto al punto la lid en que estaba empeñado, e incitado de bravísima saña, se arroja sobre la puerta troyana y los soberbios hermanos, y embistiendo el primero, porque fue el primero que se le puso delante, a Antifates, hijo bastardo del alto Sarpedón y de una Tebana, lo derribó, lanzándole un dardo de cerezo ítalo, que volando por el aura leve, fue a clavársele en mitad del pecho, brota de la cavernosa herida un arroyo de espumosa sangre, e hincado en los pulmones se entibia el hierro. En seguida inmola con su mano a Merope, a Erimanto y a Afidno; luego arremete a Bitias, cuyos ojos centellean y que brama de furor, mas no con un dardo, pues un dardo no le hubiera quitado la vida, sino con una falárica que, vibrada a manera de rayo, voló rechinando con aterrador estruendo. No resistieron su ímpetu las dos pieles taurinas ni la doble malla de oro que cubrían la fiel loriga del gigante, el cual desplomándose, herido de muerte, hizo con su choque gemir la tierra; sobre ella resuena, al caer, el enorme escudo. No de otra suerte se derrumba en la eubea orilla de Bayas un paredón de piedra, levantado antiguamente por dique a la mar; tal se desmorona y va a hundirse en lo más hondo del piélago; revuélvense las olas, mezcladas con las negras arenas de su fondo, y al estruendo se estremecen la alta Prochita e Inarime, duro lecho impuesto a Tifeo por el soberano mandato de Jove.

Entonces el armipotente Marte infunde nuevo brío y fuerzas a los latinos, aguijándoles el pecho con acres estímulos, al propio tiempo que esparce entre los Teucros la fuga y el negro temor. Acuden de todos lados los Ítalos a do quiera que se les presenta ocasión de pelear, el dios de las batallas inflama sus corazones... Pándaro, al ver tendido en tierra a su muerto hermano, a qué parte se inclina la fortuna, qué peligros amagan a los suyos, hace con vigoroso empuje girar la puerta sobre sus goznes, apoyando, por la parte de dentro, en ella sus anchas espaldas, y deja fuera de las murallas a muchos de los suyos empeñados en recia lid, al paso que recibe y encierra consigo a los que se le vienen encima, sin ver ¡insensato! que el rey de los Rútulos penetra también entre el confuso tropel, y que él mismo le encierra en la ciudad, cual horrible tigre en medio de inerte rebaño. De pronto una desusada luz brilló en los ojos de Turno y sus armas crujieron con horrible fragor, tembló sobre su yelmo el sangriento penacho y de su escudo brotaron vivas centellas. Al punto los conturbados Troyanos reconocen aquella aborrecida faz y aquellos descomunales miembros; entonces el gigantesco Pándaro sale a su encuentro y ardiendo en ira por la muerte de su hermano le dice:

—No es este el palacio dotal de Amata, no encierra aquí a Turno entre murallas su patria Ardea. Viendo estás un campamento enemigo; imposible salir de aquí.

Sonriéndose, con sosegado continente le responde Turno:

—Empieza, si tan bravo eres, y sé conmigo en batalla; así podrás contar a Príamo que aquí has encontrado un Aquiles.

Al punto, echando el resto de sus fuerzas, lanza Pándaro contra él un ñudoso chuzo cubierto de su áspera corteza, pero que sólo hirió al viento; torcido en su camino por Juno, hija de Saturno, fue a clavarse en la puerta.

—No esquivarás tú así el golpe que te va a asestar mi pujante diestra; brazo muy distinto al tuyo es el que te descarga este tajo.

Dice, y empinándose y levantando en alto la espada, le parte por mitad la frente entre las dos sienes, dividiéndole las quijadas, aun lampiñas, de una espantosa cuchillada. Cae el gigante con gran ruido; la tierra se estremece bajo su enorme peso; en las ansias de la muerte vense tendidos por tierra sus ya inertes miembros y sus armas cubiertas de sangre y sesos; la cabeza, dividida en dos partes iguales, le pende sobre uno y otro hombro. Trémulos y despavoridos huyen los Troyanos en todas direcciones, y si en aquel momento se le hubiera ocurrido al vencedor romper las empalizadas e introducir por la brecha a los suyos, aquel hubiera sido el último día de la guerra y del linaje troyano; pero su furor y una insensata sed de matanza le impelieron a seguir el alcance... Primero acomete a Faleris, y luego a Giges, desjarretado ya; hinca en las espaldas de los fugitivos las lanzas que les ha arrebatado: Juno misma le da fuerzas y brío. Da también muerte a Halis y a Fegeo, clavándole en su propia rodela, y a Alcandro, a Halio, a Nemón y a Pritnis, que, ignorantes de que estuviese Turno dentro de la ciudad, esforzaban el combate. A Linceo, que acudía contra él, llamando a sus compañeros, lo retiene apoyado de espaldas en un parapeto, esgrimiendo la certera espada, con la que de un solo tajo tirado de cerca le hace volar a lo lejos cabeza y yelmo. En seguida arrolla a Amico, el destructor de las fieras, el más hábil en envenenar las puntas de los dardos; a Clicio, hijo de Eolo, y a Creteo, amigo y compañero de las Musas; a Creteo, cuyo mayor deleite eran los versos y las cítaras, y ajustar el ritmo al son de la lira, y que siempre estaba cantando de caballos, armas y batallas.

Noticiosos, por fin, de la matanza hecha en los suyos, acuden los capitanes teucros Mnesteo y el impetuoso Seresto, y ven a sus compañeros dispersos y al enemigo dentro de los muros. Y Mnesteo exclama:

—¿A do huís, a do vais?; ¿qué otras murallas, qué otros refugios os quedan ya? ¡Un hombre solo y cercado por todas partes de vuestros parapetos, ha de hacer tantos estragos en la ciudad, oh Troyanos! ¿Ha de lanzar al Orco a tantos de nuestros principales guerreros? ¿No os mueve a compasión, no os causa sonrojo, cobardes, el pensar en vuestra patria infeliz, en vuestros antiguos dioses y en el grande Eneas?

Inflamados por estas palabras, páranse los fugitivos y se forman en cerrada hueste; con lo que Turno empieza poco a poco a retirarse de la lid y a dirigirse hacia la parte del campamento que ciñe el río. Acométenle entonces los Teucros con nuevo ardor y gran vocería, concentrando sobre él todas sus fuerzas, cual suele una turba de monteros acosar con duros venablos a un fiero león; él aterrado, pero terrible y lanzando sañudas miradas, retrocede; ni la rabia ni su valor nativo le permiten tampoco huir, ni tampoco puede, aunque los desea, embestir y romper por entre los chuzos y los monteros. No de otra suerte Turno, indeciso, va retrocediendo lentamente, abrasado de ira; dos veces revolvió sobre los enemigos, y dos veces los arrolló en completa fuga hasta junto a los muros; mas luego se agolpa contra él solo precipitadamente todo el ejército, y ya la poderosa hija de Saturno no se atreve a sostenerle contra tantas fuerzas reunidas, porque su hermano Júpiter le había enviado desde el cielo a la aérea Iris, con órdenes severas para el caso de que no se retirase Turno de las altas murallas de los Teucros; por eso no puede ya el mancebo ni cubrirse con el escudo ni atacar con la diestra: ¡Tan abrumado de dardos se ve por todas partes! Zúmbale en derredor de las

sienes el yelmo con los repetidos golpes, y abóllase bajo las pedradas el duro metal de su armadura; derríbanle el penacho; no le basta el escudo a parar las heridas; los Troyanos y el mismo fulmíneo Mnesteo le acosan con sus lanzas; un raudal de sudor negro y espeso con el polvo y la sangre le chorrea por todo el cuerpo, ni aun puede respirar; acre estertor quebranta sus fatigados miembros. Entonces, por fin, arrójase con sus armas al río, el cual, recibiéndole en su rojo regazo y sosteniéndole en sus apacibles ondas, le restituye contento a sus compañeros, lavada la sangre de sus heridas.

LIBRO X

Convoca Júpiter el concilio de los dioses para tratar de las cosas de Italia, y en él abogan Venus y Juno por sus protegidos, concluyendo el padre de los dioses, vista la imposibilidad de una avenencia, por declararse neutral, abandonando al hado la suerte de la guerra.—Preparan los rútulos un segundo ataque al campamento troyano, cuando llega Eneas con un poderoso ejército auxiliar y una escuadra de treinta bajeles, habiéndose encontrado en la travesía con las ninfas del mar que antes fueron sus naves y que le refirieron los motivos de su transformación y el grande apuro en que se encontraban los troyanos.—Desembarca Eneas y forma sus huestes en batalla; trábase la lid, y en ella muere Palante a manos de Turno; muerte que Eneas venga haciendo espantoso estrago en los rútulos.—Obtiene Juno de su esposo Júpiter que saque a Turno del campo de batalla para sustraerle al furor de Eneas, y a este fin pone delante del guerrero rútulo un fantasma del héroe troyano, al cual va persiguiendo por tierra y por mar en una barca, tomándole por el mismo Eneas, hasta que, llegado a la playa de Árdea, reconoce su error.—Toma Mecencio el mando del ejército latino por ausencia de Turno, y hace grandes proezas, hasta que se ve forzado a retirarse, herido por Eneas, que poco después da muerte a su hijo Lauso, con cuya terrible nueva vuelve Mecencio al campo de batalla y muere a manos de Eneas.

Ábrese en tanto la morada del omnipotente Olimpo, y el padre de los dioses y rey de los hombres convoca a concilio en la estrellada mansión, desde donde, encumbrado, abarca con la vista toda la tierra, y los reales de los Troyanos y los pueblos latinos. Toman asiento los dioses en una estancia abierta por ambos lados, y Júpiter les habla de esta manera:

—Poderosos moradores del Olimpo, ¿Cuál causa ha trocado las vuestras voluntades, y por qué pugnáis unos contra otros con tanto encono? Yo había prohibido a Italia hacer armas contra los Teucros; pues ¿Cómo así la discordia quebranta mis mandatos? ¿Qué delirio impele a unos y a otros a trabar lides y a destrozarse con hierro? Tiempos llegarán (no los precipitéis) en que será forzoso pelear, cuando la fiera Cartago, abriéndose paso por los Alpes, lleve a los alcázares romanos grande estrago. Entonces podréis cebar vuestros odios y será lícito el saqueo; ahora estad quedos y ajustad contentos plácida alianza.

Esta breve arenga pronunció Júpiter; mas prolija la rubia Venus replicó en estos términos:

—¡Oh padre, oh eterno soberano de los hombres y de los dioses! pues ¿qué otro poder que no sea el tuyo puedo implorar? Ya ves cómo me insultan los Rútulos y cómo el arrogante Turno, ensoberbecido con el favor de Marte, se precipita por medio de nuestros escuadrones. No bastan ya a cubrir a los Teucros sus cerradas murallas, antes tienen que sostener crudas lides dentro de sus puertas y en sus mismas trincheras, llenando sus fosos con propia sangre: ausente Eneas, ignora estas cosas. ¿Nunca habrás de hacer levantar ese cerco? Por segunda vez un ejército no menos formidable que el de los Griegos amenaza los muros de la naciente Troya; por segunda vez se levanta de la etolia Arpis contra los Teucros el hijo de Tideo. Paréceme, en verdad, que aun está abierta mi herida, y acaso no sea la última que reciba tu hija de armas mortales. Si, sin licencia tuya y contra tu voluntad, han venido a Italia los Troyanos, paguen su culpa y no les des tu auxilio; mas si han seguido tantos oráculos como les daban los dioses del cielo y los del averno, ¿Por qué ahora hay quien pueda contrastar tus mandatos o forjar nuevos destino? ¿Recordaré nuestros bajeles incendiados en las playas sicilianas, al rey de las tempestades, concitando en la Eolia los furiosos vientos y a Iris enviada contra nosotros desde las nubes? Sobre todo eso, ahora Alecto nos suscita el encono de los númenes infernales (¡aun no faltaba esta nueva manera de persecución!), y enviada de

súbito por los dioses, recorre furiosa las ciudades de los Ítalos. No me curo ya del imperio prometido; lo esperé mientras nos fue propicia la fortuna; venzan los que tú quieras. Si no hay región alguna que tu cruel esposa conceda a los Teucros, ¡Oh padre! yo te lo ruego por las humeantes reliquias de Troya, séame permitido retirar de entre las armas libre y seguro a Ascanio, séame permitido salvar a mi nieto. En buena hora Eneas continúe siendo juguete de ignotos mares y siga la senda, sea cual fuere, que le depare la fortuna: concédeme que pueda proteger a Ascanio y apartarle de esa horrible lid. Mía es Amatonte, mías son la excelsa Pafos, y Citera, y la mansión de Idalia[36]; pase allí sin gloria la vida, depuestas las armas. Dispón que Cartago sujete a la Ausonia con supremo dominio; nada se opondrá al triunfo de las ciudades tirias. ¿De qué vale a los Teucros haber escapado de los estragos de la guerra, huyendo por entre las llamas de los Griegos, y haber apurado tantos peligros del mar y de la espaciosa tierra, buscando el Lacio para edificar en él un nuevo Pérgamo? ¿No les hubiera estado mejor quedar sepultados entre las últimas cenizas de la patria y en el suelo en que fue Troya? ¡Vuelve, te ruego, vuelve a los míseros Troyanos su Janto y su Simois; concédeles, oh padre, arrostrar segunda vez los desastres de Ilión!

Movida entonces de gran furor, dijo así la regia Juno:

—¿Por qué me obligas a romper mi profundo silencio y a divulgar con palabras mi oculto dolor? ¿Cuál hombre, cuál numen, ha obligado a Eneas a empeñarse en esta guerra y a atacar como enemigo al rey Latino? Concedo que le hayan impulsado a Italia la autoridad de los hados y los furores de Casandra; mas, por ventura, ¿Le he exhortado yo a salir de sus reales ni a encomendar su vida a los vientos? ¿Por ventura debía confiar a un niño la dirección de la guerra y la defensa de sus muros ni ir a tentar la fe tirrena ni a perturbar pueblos sosegados? ¿Cuál dios, cuál fiero influjo de mi poder le ha empeñado en esa tortuosa senda? ¿Qué tienen que ver con esto Juno ni Iris, enviada desde las nubes? ¡Cosa indigna es que los Ítalos rodeen de llamas la naciente Troya y que persevere en su patrio suelo Turno, cuyo abuelo es Pilumno, cuya madre es la diosa Venilia! Pues ¿cuánto más lo será que muevan los Troyanos con fiera saña guerra a los Latinos; que opriman con su yugo ajenos campos y los entren a saco; que elijan suegros y arrebaten a sus familias las vírgenes desposadas; que se presenten pidiendo paz, y traigan sus naves erizadas de armas? ¿Tú has de poder salvar a Eneas de manos de los Griegos y oponerles, en vez del guerrero, una niebla y vanos vientos, y convertir las naves de su armada en otras tantas ninfas, y en mí, por el contrario, ha de ser cosa nefanda auxiliar en algo a los Rútulos? Ausente Eneas ignora estas cosas, ¡ignórelas y siga ausente en buena hora! Tuyas son Pafos e Idalia y la alta Citera; pues ¿Para qué provocas a una nación belicosa y a unos ánimos bravíos? ¿Somos nosotros, por ventura, los que nos empeñamos en exterminar los abatidos restos de los Frigios? ¿Nosotros? ¿Acaso entregué yo a los Aquivos los míseros Troyanos? ¿Quién dio causa a que se levantasen en armas Europa y Asia y se rompiesen las alianzas con ocasión de un rapto? ¿Guié yo, acaso, al adúltero descendiente de Dárdano al asedio de Esparta? ¿Di yo armas para la guerra, o la aticé con los fuegos del amor? Entonces te hubiera estado bien temer por los tuyos; ahora son ya tardías esas injustas quejas en que prorrumpes y con que quieres provocar vanas contiendas.

Habló así Juno: divididos en varios pareceres, agitábanse en tanto todos los dioses, formando un murmullo semejante al que hacen en las hojas de los árboles los primeros soplos del viento, cuando vagan en el aire sordos rumores que prometen a los marineros futuras borrascas. Entonces el padre omnipotente, soberano árbitro de todas las cosas, se dispone a hablar; a su voz calla la alta morada de las deidades y la tierra se estremece en su asiento; calla el encumbrado éter, suspenden los céfiros su vuelo, sosiega el ponto sus serenas olas.

—Escuchad, pues, y grabad estas palabras en vuestra mente, dijo. Supuesto que no hay medio de unir en alianza a los Ausonios con los Teucros, ni tiene fin vuestra discordia, sean cuales fueren hoy la fortuna y las esperanzas de los Troyanos o de los Rútulos, no tomaré partido por unos ni por

36 Éste es uno de los pocos pasajes en que me he separado del texto de Heyne y de Dupner, optando por el del P. La Cerda, a quien sigue también el P. La Rue. Suprimiendo de este verso el *mihi*, la cláusula no forma sentido.

otros, aun cuando los Ítalos aprieten el cerco de la nueva Troya, o por el rigor de los hados, o por efecto de un fatal error o de infaustos oráculos. Tampoco me declaro por los Rútulos. A cada cual den sus obras el desastre o la fortuna: Júpiter es el mismo soberano para todos; los hados se abrirán camino.

Dijo, e inclinando la cabeza, juró por las olas del Estigio, el río de su hermano, por las riberas que arrastran entre negros abismos torrentes de pez, y con aquel movimiento se estremeció todo el Olimpo. Con esto se concluyó la asamblea; levántase Júpiter de su áureo solio y llevándolo en medio, condúcenle los dioses hasta sus umbrales.[37]

Entre tanto los Rútulos, agolpados alrededor de todas las puertas, redoblan sus esfuerzos mortíferos y pugnan por poner fuego a las murallas. Acosados en sus trincheras, ninguna esperanza de fuga ven los míseros compañeros de Eneas; en vano se sostienen aun en lo alto de las torres y coronan los adarves con algunos pocos defensores. Forman las primeras filas Asio, hijo de Imbraso, Timetes, hijo de Hicetaón, los dos Asáracos y el anciano Timbris con Cartor, acompañados de los dos hermanos Sarpedón, Claro y Temón, venidos de la noble Licia. Acmón de Lirneso, no menos grande que su padre Clitio y que su hermano Mnesteo[38], lleva con el esfuerzo de todo su cuerpo un peñón, parte no pequeña de un monte. Estos se defienden a la desesperada con dardos, aquellos con piedras; unos arrojan teas encendidas, otros disparan saetas. En medio del tropel vese al mismo garzón dardanio, justísimo cuidado de Venus, descubierta la hermosa cabeza, brillante como una piedra preciosa engarzada en rojo oro, adorno del cuello o de la cabeza; o cual reluce el marfil embutido por el arte en boj o en terebinto de Orico; sobre su cuello lácteo le cae el suelto cabello, muellemente prendido con un anillo de oro. ¡Y a ti también te vieron aquellos magnánimos guerreros dirigir tus tiros y armar de veneno tus dardos, oh Ismaro! ¡oh guerrero generoso, hijo de la nación Meonia, cuyos naturales labran fértiles campiñas, que riega el Pactolo con su áurea corriente! También están allí Mnesteo, a quien sublima la reciente gloria de haber arrojado a Turno de las trincheras, y Capis, de quien toma nombre la ciudad de Capua. Trabados estaban unos y otros en fiera batalla, mientras Eneas en mitad de la noche iba surcando el piélago. Fue el caso que, después de dejar a Evandro, se encaminó a los reales de los Etruscos, donde se presentó al Rey y le enteró de su nombre y linaje, como igualmente de su objeto y de sus medios de conseguirlo; díjole qué auxilios de armas se había asegurado Mecencio, y cuánto había que temer de la violenta condición de Turno; hízole presente lo poco que hay que fiar en las cosas humanas, interpolando con súplicas sus razones. Sin pérdida de momento Tarcón reúne a los de Eneas todos sus recursos y pacta con él la alianza; entonces, no contenida ya por sus hados, y confiada la nación de los Lidios a un caudillo extranjero, en conformidad con el mandato de los dioses, se embarca en la escuadra de Eneas. Monta este la primera, cuya proa decoran los leones frigios, sobre los cales se alza el Ida, imagen deleitosa para los prófugos Teucros. Allí va sentado el grande Eneas, revolviendo en su mente los varios sucesos de la guerra; a su izquierda Palante, departiendo con él, ya le pregunta los nombres de las estrellas que enseñan el rumbo en medio de la oscura noche, ya las aventuras que ha corrido por tierra y por mar.

Abridme ahora ¡Oh musas! el Helicón e inspirad mis cantos; decidme qué gentes acompañaron a Eneas desde las orillas toscanas, y armaron naves en su auxilio, y con él surcaron el piélago.

Masico, el primero, corta la mar con su ferrada Tigre, llevando a sus órdenes mil mancebos, que vienen de las murallas de Clusio y de la ciudad de Cosa; sus armas son venablos, saetas, leves aljabas pendientes de sus hombros, y mortíferos arcos. En la misma línea van el fiero Abante; toda su gente resplandecía con vistosas armas, y su nave con un Apolo dorado. Populonia, su patria, le había dado seiscientos mancebos aguerridos, y otros trescientos la isla de Ilva, suelo pródigo de sus

37 *Dimensi Rutuli*; uno de los pasajes más controvertidos de la *Eneida*. Yo creo haberle dado su verdadero sentido, pues bastaba preparar el campo, sin necesidad de medirlo, como suponen Hernández de Velasco y otros modernos.

38 *Fratre Menestheo*. Así lo escribe Servio.

inagotables hierros. Iba el tercero Asilo, intérprete de los hombres y de los dioses, a quien obedecen las entrañas de las víctimas y las estrellas del cielo, y las lenguas de las aves y los présagos resplandores del rayo: este lleva consigo una apretada hueste de mil guerreros, armados de agudas lanzas; Piza, que por su origen desciende del Alfeo, y por su situación es una ciudad etrusca, los ha puesto bajo sus órdenes. Sígueles el hermosísimo Astur; Astur, que confía en su caballo y en sus armas de varios colores; trescientos van con él, todos animados del mismo ardor, así los de la ciudad de Cere como los de los campos que riega el Minión y los de la antigua Pirgo y los de la insalubre Gravisca.

No te pasaré por alto ¡oh Cinira! fortísimo caudillo de los Lígures, ni a ti, de pocos acompañado, ¡oh Cupavo! en cuyo penacho se alzan plumas de cisne, señal de que el amor es el crimen de tu linaje, y recuerdo de la metamorfosis de tu padre; pues es fama que Cicno, afligido por la muerte de su amado Faetonte, cantaba entre la espesura y la sombra de sus hermanas, convertidas en álamos; y aliviando así con la poesía su triste amor, vio cubrirse se blanda pluma su ancianidad, y dejó la tierra y voló a los astros, sin César en sus cantos. Acompañado de numerosa hueste bien ordenada, impele su hijo a fuerza de remos la inmensa nave *El Centauro*, que representado en su actitud de arrojar a las olas un enorme peñón, parece como que la amenaza desde la alta proa, mientras con su larga quilla va surcando el profundo piélago.

Trae también una hueste de las playas de su patria aquel Ocno, hijo de la adivina Manto y del toscano río, que te dio murallas ¡oh Mantua! y el nombre de madre. Mantua es rica de antiguos progenitores, pero no todos vienen del mismo origen. Tres linajes, divididos cada cual en cuatro ramas, la tienen por cabeza, pero la sangre toscana constituye su mayor fuerza. De allí proceden también quinientos guerreros, a quienes el odio a Mecencio ha puesto las armas en la mano, y a quienes el Mincio, velado de verde espadaña por su padre Benaco[39], conducía sobre las olas en terrible nave.

Allí va el grave Auletes, y a su mandato cien remos levantándose a la vez, baten las olas, que revueltas se cubren de espuma. Llévale a su bordo un enorme Tritón, que va aterrando con los sonidos de su bocina los cerúleos mares; su cuerpo, en actitud de nadar, representa hasta la cintura el velloso busto de un hombre, rematando el resto en figura de priste: bajo su monstruoso pecho murmuran las espumantes olas.

Tales eran los escogidos próceres que en treinta bajeles acudían en auxilio de la nueva Troya, surcando con sus ferradas proas la salada llanura.

Ya en esto se había retirado del cielo la luz del día y la alma Febe vagaba en su nocturno carro por lo más alto del firmamento. Eneas, sentado en la popa, pues los cuidados no le dejan entregar su cuerpo al descanso, rige él mismo el timón y atiende a las velas, cuando he aquí que de pronto le sale al encuentro, en mitad de su camino el coro de sus compañeras las ninfas, a quienes, de naves, había trocado el alma Cibeles en númenes del mar; nadando todas juntas, iban surcando las olas, a su lado, tantas cuantas antes en forma de ferrados bajeles habían atracado en la playa. Reconocen de lejos a su Rey y le rodean, formando coros, mientras Cimodocea, la más elocuente de todas, asida con la diestra a la popa de su nao, que va siguiendo, levantando el busto encima del agua y batiendo con la izquierda, a manera de remo, las calladas olas, le declara en estos términos la situación de los suyos, que él ignoraba:

—¿Velas, ¡oh Eneas! linaje de los dioses? Vela y navega a todo trapo. Somos los árboles de la sacra cumbre del Ida, antes tu armada y ahora ninfas del piélago; cuando el pérfido Rútulo nos acosaba con hierro y llamas, rompimos a pesar nuestro las amarras con que nos sujetaste y fuimos a buscarte por el mar; compadecida de nosotras, Cibeles nos trocó en esta figura y nos concedió ser diosas y vivir eternamente debajo de las olas. Sabe que tu hijo Ascanio está estrechado dentro de sus muros y de sus empalizadas por los dardos que hacen llover sobre él los fieros Latinos. Ya la caballería árcade, mezclada con los fuertes Etruscos, ocupa los puntos que le has prevenido, y Turno

39 Es decir, que la figura del Mincio, el río de Mantua, estaba esculpida en la proa de la nave.

tiene resuelto salirles al encuentro con sus huestes para que no puedan reunirse a tu campamento: ánimo pues, y al rayar la aurora adelántate a mandar que se armen todos tus aliados, y embraza el invencible escudo que te dio el mismo Vulcano, y cuyos bordes cercó de oro. Si no desdeñas mi aviso, verá la primera luz de mañana grandes montones de cadáveres rútulos.

Dijo, y práctica en el arte, empujó con la diestra, al retirarse, la alta popa, que huyó sobre las olas más rápida que un venablo o una saeta veloz como el viento; y lo mismo hacen todas las de más. Pásmase el troyano hijo de Anquises, no sabiendo la razón de aquel suceso; mas con el feliz presagio conforta su espíritu, y alzando los ojos a la bóveda celeste, prorrumpe en esta breve plegaria:

—¡Oh alma diosa del Ida, madre de los númenes, a quien recrean el monte Dindimo y las ciudades torreadas y los domados leones uncidos a tu carro, guíame tú ahora a la pelea! ¡Haz que se cumpla ese próspero agüero, y propicia asiste ¡oh diosa!, a los Frigios!

No dijo más; en tanto ya el renaciente día precipitaba su abundosa luz y ahuyentaba la noche. Lo primero ordena a su gente que tremole enseñas, cobre aliento y se disponga a lidiar. De pie en la enhiesta popa, tiene ya a la vista a los Teucros y sus reales; entonces con la siniestra mano levanta en alto su rutilante escudo. Al verlo los Troyanos desde sus muros lanzan un grito de alborozo hasta las estrellas; la esperanza recobrada enardece sus iras y empiezan a disparar dardos, que cruzan el espacio, semejantes a una bandada de grullas del Strimón, cuando bajo las negras nubes, a una señal dada, surcan ruidosas el éter huyendo del noto con alegres clamores. Maravíllanse de aquella novedad el rey rútulo y los capitanes ausonios, hasta que, volviendo la cabeza, ven muchedumbre de popas vueltas hacia la playa y una escuadra que avanza cubriendo toda la mar. Arde la cimera de Eneas sobre su cabeza, el penacho arroja llamas y del áureo escudo brotan grandes relámpagos, no de otra suerte que cuando en una noche serena enrojece el cielo con sangriento y lúgubre resplandor un cometa, o cuando sale el ardiente Sirio, trayendo a los míseros mortales sed y enfermedades, y contristando el cielo con su aciaga luz.

Mas no por eso desconfió el valeroso Turno de apoderarse el primero de la playa y rechazar a los que venían, a cuyo fin alienta a los suyos, increpándolos de esta manera:

—¡Ahí tenéis a los que tanto anhelabais exterminar! El mismo Marte ¡oh guerreros! os los trae a las manos. Ahora acuérdese cada cual de su esposa, de su hogar; recordad ahora los grandes hechos, la gloria de nuestros padres; volemos al mar mientras temblando saltan en tierra y estampan en ella sus vacilantes pisadas primeras. La fortuna favorece a los valientes[40].

Dice y discurre qué gente deba llevar consigo contra los invasores, y a cuáles deba confiar la guarda de los sitiados muros.

En tanto Eneas manda echar escalas desde las altas naos para el desembarco de sus compañeros, muchos de los cuales, aprovechando la baja mar, se arrojan de un salto a los vados o se descuelgan por los remos. Tarcón registra la playa, y habiendo hallado en ella un sitio donde ni hay señal de bajíos ni murmuran quebrantadas las olas, antes bien se desliza apacible la mar en mansa creciente, endereza de pronto el rumbo hacia él y anima y exhorta así a sus compañeros:

—Ahora, gente escogida, batid el remo con todo empuje, impeled, lanzad vuestras naos, hendid con las proas esa tierra enemiga, y que cada quilla se abra en ella un surco. No me arredra estrellar mi bajel en esta costa, si con esto me apodero de ella.

Apenas habló Tarcón, échanse todos sobre los remos y lanzan sus espumeantes naves en los campamentos latinos hasta tocar con las proas en seco, e ilesas las quillas se clavan en la arena; mas no así tu nave ¡Oh Tarcón! porque, encallada en un bajío, después de sostenerse y vacilar largo rato como suspendida en aquel desigual asiento, fatigando las olas, abrióse al fin y entregó al profundo abismo toda su gente, que, embarazada por los pedazos de remos y las flotantes tablas, no puede además hacer hincapié en tierra, porque la arrastra la resaca.

---

40 *Audentes Fortuna iuvat.*

Entre tanto Turno, dejándose de lentas dilaciones, impele furioso toda su hueste contra los Teucros, y la forma en batalla frente a ellos en la playa. Resuenan las trompetas; Eneas el primero arremete a las agrestes turbas, y ¡presagio de la guerra! arrolla a los Latinos, después de dar muerte a Terón, gigante que sin provocación alguna fue a acometerle: Eneas de un tajo le parte el peto por una juntura y la túnica escamada de oro, y le hunde la espada en el costado, de donde la retira para herir a Licas, que sacado al nacer del vientre de su madre ya muerta, te estaba consagrado ¡oh Febo! porque te plugo libertar al niño de morir a hierro. Poco después da muerte al robusto Ciseo y al descomunal Gías, que con sus clavas derribaban escuadrones enteros: de nada les valieron las armas de Hércules, ni sus vigorosas manos, ni el ser hijos de Melampo, compañero de Alcides, todo el tiempo que por la tierra se ejercitó en duros trabajos. Dispara luego un dardo y se lo clava en la boca a Faro, que la abría para lanzar inútiles gritos. Tú también ¡Oh infeliz Cidón! mientras vas siguiendo a Clicio, tus nuevas delicias; a Clicio, cuyas mejillas dora el bozo primero, hubieras sucumbido bajo la diestra del héroe troyano, olvidado para siempre de tu insensata afición a los mancebos, si no se hubieran apiñado delante de ti, para cubrirte, los siete hijos de Forco, disparando a la vez sus siete dardos, de los cuales, unos rebotan, sin causar estrago en el yelmo y en el escudo de Eneas, y otros no hacen más que rozar su cuerpo, desviados por la alma Venus. Entonces Eneas dice a su fiel Acates:

—Apróntame aquellos dardos que en los campos de Troya quedaron clavados en los cuerpos de los Griegos; ni uno solo de ellos lanzará en vano mi diestra contra los Rútulos.

Y en esto ase y dispara un gran venablo, que va volando a traspasar el férreo escudo de Meón, rompiéndole juntamente la coraza y el pecho. Corre a él su hermano Alcanor, y con la diestra le sostiene en su caída; sigue el venablo todo ensangrentado su impetuosa carrera y va a traspasar a Alcanor el brazo que suspendido sólo de los nervios, le cuelga inerte del hombro. Entonces Numitor arranca el venablo del cuerpo de su hermano y arremete con él a Eneas; mas no pudo clavársele, y sólo consigue herir ligeramente en un muslo al grande Acates. Llega con sus Sabinos en esta sazón Clauso, confiado en su juvenil esfuerzo, y hiere desde lejos a Driope con su poderosa lanza, que clavándosele debajo de la barba, y atravesándole la garganta le arrebata a un tiempo mismo la voz y el aliento vital: Driope bate el suelo con la frente y arroja por la boca un raudal de espesa sangre. Derriba también en seguida por varios modos a tres Tracios del más alto linaje de Boreas[41] y a tres hijos del Ida, que envió a aquella guerra su patria Ismara. Contra él acuden Haleso, con su hueste de Auruncos, y el hijo de Neptuno, Mesapo, con su brillante caballería. Unos y otros pugnan por rechazarse mutuamente; el límite mismo de la Ausonia es el campo de batalla. Cual en el espacioso éter los desacordes vientos traban entre sí recia pelea, con iguales empujes y brío, y ni uno ni otro ceja, ni cejan tampoco las nubes ni el mar, la lid permanece mucho tiempo dudosa y todo resiste con empeño tenaz, no de otra suerte chocan entre sí las huestes troyanas y las latinas; trábanse en tropel pie con pie y hombro con hombro. Entre tanto, por otra parte, en la cual un torrente arrastraba a los lejos rodadas peñas y arbustos descuajados de las riberas, Palante, que veía a sus árcades no acostumbrados a pelear a pie, y que por la fragosidad del terreno había dejado sus caballos volver la espalda ante los guerreros del Lacio, que los acosan, procura, único recurso en aquel apurado trance, inflamar su valor, ora con súplicas, ora con denuestos:

—¿Adónde huis, compañeros? Por vosotros, por vuestros altos hechos, por el nombre de vuestro caudillo Evandro, por las victorias que habéis ganado y por la esperanza que tengo de emular las glorias de mi padre, no pongáis vuestra confianza en la fuga; por en medio de los enemigos es preciso abrirnos camino con la espada, por allí donde más densa se ve su muchedumbre; por ese camino quiere nuestra noble patria que tornemos a ella vosotros y yo, vuestro capitán. Ningún numen nos acosa, mortales somos y con mortales enemigos nos las

41 Es dudoso si Bóreas se toma aquí por la región más septentrional de Tracia, donde sopla aquel viento, o si es realmente el nombre del fundador de algún linaje ilustre. Según los poetas, Bóreas fue esposo de Oritia, hija de Erecteo, sexto rey de Atenas. (Véase Ovidio, *Metamorfosis*, VI.)

habemos; tantas almas, tantas manos tenemos como ellos. Por allí el ponto nos cerca con su gran valladar de agua; ya nos falta tierra para huir. ¿Nos dirigiremos al mar o a la nueva Troya?

Dice, y se precipita en medio de los enemigos por donde más espeso está su tropel. El primero que se le pone delante, conducido por su aciago destino, es Lago, a quien, en el momento en que estaba arrancando una peña de enorme peso, traspasa con un venablo por la parte en que el espinazo divide por mitad las costillas, desclavándole en seguida de los huesos, en que quedara hincado. No pudo Hisbón echarse encima, como esperaba, pues Palante, ganándole la acción cuando le arremetía, ardiendo en ira por la cruel muerte de su amigo, le acomete de improviso y le hunde la espada en el hinchado pulmón: en seguida embiste a Esténelo y a Anquémolo, del antiguo linaje de Reto; a Anquémolo, que osó manchar con un incesto el tálamo de su madrastra. También vosotros caísteis en los campos rútulos ¡oh Laris y Timbro, hijos de Dauco, parecidísimos hermanos gemelos, cuya gran semejanza daba ocasión a que os confundieran uno con otro, dulce error, vuestros propios padres! Mas ¡ay! de cuál cruel manera os diferenció Palante, pues tu cabeza ¡Oh Timbro! rodó segada por el acero de Evandro, y a ti ¡oh Laris! te busca tu diestra cortada a cercén[42], y cuyos dedos moribundos se agitan trémulos y aprietan todavía el puño de tu espada!

Una mezcla de dolor y vergüenza impele a los Árcades, ya inflamados con las palabras de Palante y con la vista de sus hazañas; entonces el mancebo atravesó con su lanza a Reteo, que pasaba huyendo en su carro de dos caballos, lo que solo dilató por un momento la muerte de Ilo, pues contra este había dirigido de lejos su pujante lanza, cuando se interpuso Reteo, huyendo de ti, valerosísimo Teutra, y de tu hermano Tires; cae Reteo de su carro y con los yertos talones surca los campos de los Rútulos. Como un pastor, cuando en verano soplan a punto los vientos, prende fuego a los matorrales y devorados en un momento dilátase el horrible incendio por los extenso llanos, mientras él, sentado en una altura, contempla ufano las vencedoras llamas, no de otra suerte ¡oh Palante! todos los esfuerzos de tus compañeros se reconcentran en un solo empuje, regocijando tu corazón. En esto el fiero batallador Haleso se precipita sobre ellos, cubierto de todo punto con sus armas, y da muerte a Ladón, a Fereteo y a Demodoco; taja con su fulmínea espada la mano de Estrimón, que la tenía levantada para asirle la garganta; hiere con una gran piedra a Toante en la cara y dispersa los huesos de su cráneo mezclados con los sangrientos sesos. El padre de Halaso, sabedor de lo porvenir, había ocultado a su hijo en las selvas; mas luego que, vencido de la edad, hubo cerrado en la muerte sus cansados ojos, las Parcas pusieron la mano sobre Haleso y le predestinaron a ser víctima de las armas de Evandro. Antes de acometerle prorrumpe Palante en esta plegaria:

—Da ahora fortuna ¡Oh padre Tíber! a este dardo que estoy blandiendo, y ábrele camino por el pecho del fiero Haleso; un roble de tu ribera, recibirá por trofeo sus armas y sus despojos.

Oyó el dios la plegaria; mientras Haleso cubría con su escudo a Imaón, presentó ¡Infeliz! al dardo arcadio su inerte pecho. Empero, Lauso, uno de los primeros caudillos de aquella guerra, no consiente que se acobarden sus huestes con la muerte de aquel tan gran varón, y el primero arremete a inmola a Abante, que se le pone en frente, y que era como el nudo de la lid y el principal obstáculo para terminarla. Caen los hijos de la Arcadia, caen los Etruscos, y vosotros también ¡oh Teucros, reliquias escapadas de los Griegos! Chocan entre sí las huestes con caudillos y fuerzas iguales; los últimos aprietan con su empuje y condensan las filas, y el tropel es tal, que no consiente mover las armas ni aun las manos. Allí Palante alienta y aguija a los suyos; allí en frente Lauso, ambos casi de la misma edad, ambos de hermosa presencia, mas condenados por la fortuna a no tornar a su patria. Sin embargo, el soberano del Olimpo no consiente que peleen uno contra otro, pues los reservan sus hados a sucumbir cada cual a manos de más insigne enemigo.

En tanto persuade a Turno su divina hermana la ninfa Iuturna que acuda en socorro de Lauso, y cruzando el Rey por medio de las huestes en su veloz carro, exclama, en cuanto ve a sus aliados:

---

42 Hermosilla, en el tomo I de su *Arte de hablar*, pág. 12, censura este pasaje, sin razón en mi sentir.

—Cesad en la pelea, yo solo quiero ir contra Palante; Palante se me debe a mí solo. ¡Ojalá estuviese su padre aquí presente!

Dice, y los aliados se apartan, dejándole el campo libre. Pásmase el mancebo de aquel arrogante mandato, de la retirada de los Rútulos y de la repentina aparición de Turno; clava la vista en aquel cuerpo gigantesco, lo reconoce todo en contorno con sañuda mirada, y replica al tirano estas palabras:

—Pronto me loarán, o por haber arrebatado óptimos despojos, o por haber conseguido gloriosa muerte; iguales son a mi padre uno u otro destino; cesa, pues, en tus amenazas.

Dicho esto, avánzase a la mitad del campo; hiélase a los Árcades la sangre en las venas. Apéase de su carro de dos caballos; a pie y de cerca se dispone a lidiar. Cual se arroja un león cuando desde su alta guarida ve a lo lejos en los campos un toro dispuesto a la pelea, tal se precipita Turno. Luego que le juzgó bastante cerca para alcanzarlo con su lanza, anticipose Palante a arremeterle, pensando si la fortuna y la audacia suplirán la desigualdad de sus fuerzas, y en estos términos dirigió una plegaria al cielo:

—Por la hospitalidad que te dio mi padre, por su mesa, a la que fuiste a sentarte, yo te ruego ¡oh Alcides! que me asistas en esta mi primera grande empresa; véame Turno, moribundo, arrebatarle sus sangrientas armas, y clave en su vencedor los moribundos ojos.

Oyó Alcides al mancebo, y en lo más hondo de su pecho reprimió un gran gemido y derramó inútiles lágrimas. Júpiter entonces dirigió a su hijo estas palabras amigas:

—A cada uno le están señalados sus días, breve e irreparable es para todos el plazo de la vida; pero alcanzar con grandes hechos fama duradera, obra es del valor. ¡Cuántos hijos de dioses sucumbieron bajo las altas murallas de Troya! Con ellos cayó mi propio hijo Sarpedón. También a Turno le llaman sus hados, y ya va llegando el término de la edad que le está señalada.

Dice, y aparta sus ojos de los campos rútulos. Entre tanto Palante con vigoroso ímpetu arroja a Turno su lanza y desenvaina la refulgente espada; va aquella volando a dar en la armadura por el sitio en que cubre los hombros, y abriéndose paso por las orlas del broquel, hiere, en fin, ligeramente el enorme cuerpo de Turno; este entonces, blandiendo largo rato un asta de roble con aguda punta de hierro, la arroja contra Palante y exclama así:

—¡Mira si mi dardo penetra mejor que el tuyo!

Dijo, y con vibrante empuje traspasa la punta por mitad del escudo de Palante, aunque guarnecido de tantas chapas de hierro y de bronce, aunque rodeado con tantas vueltas de piel de toro, y sin que baste tampoco a impedirlo la loriga, le taladra el ancho pecho[43]. Vanamente el mancebo arranca de la herida el dardo, caliente todavía; juntas se le van por un mismo camino la sangre y la vida. Cae sobre su herida, haciendo sus armas al caer, grande estruendo, y su ensangrentada boca muerde, al morir, aquella tierra enemiga. Puesto en pie sobre él…

—¡Oh Árcades! —les grita Turno—, recordad bien y repetid a Evandro estas palabras: Cual lo tiene merecido, le devuelvo a Palante. Mi generosidad le otorga que tribute a su hijo los honores de un túmulo y que tenga el consuelo de enterrarle; aún así no le habrá costado poco la hospitalidad que diera a Eneas.

Dicho esto, empujó el cadáver con el pie izquierdo y le arrebató el ponderoso talabarte, en el que estaba representado un horrendo crimen, la matanza de aquellos mancebos torpemente sacrificados a la vez la noche misma de sus bodas, y sus sangrientos tálamos, todo lo cual había cincelado en gruesas láminas de oro Clono, hijo de Eurites. Apoderado ya de aquel despojo, Turno se regocija y triunfa. ¡Oh mente humana, ignorante del hado y de la suerte futura, tan fácil de levantar por la fortuna próspera y que nunca sabe en ella guardar mesura! ¡Tiempo llegará en que

---

43 *Pectus perforat ingens*. Si *perforat* es activo, ¿cómo *ingens pectus* puede ser nominativo? Tal lo suponen, sin embargo, el P. La Rue y los más de los traductores, cuyo ejemplo sigo yo también, aunque no sin el escrúpulo de que acaso tenga razón Servio en unir *ingens* con *cuspis*, punta o dardo.

Turno compraría a gran precio la vida de Palante y maldecirá de estos despojos y de este día! Entre tanto los compañeros de Palante en gran número le colocan con abundantes gemidos y lágrimas sobre un escudo y lo sacan del campo. ¡Oh cuánto dolor en tu regreso, cuánta gloria para tu padre! Este fue el día primero que te trajo a la guerra, y este mismo día te saca de ella sin vida, mas dejando en el campo grandes montones de cadáveres rútulos.

Llegan en esto a oídos de Eneas, no ya sólo el rumor, mas noticias ciertas de tan gran desastre y de cómo los suyos se encuentran en inminente peligro de muerte, sin que haya momento que perder para acudir en socorro de sus arrollados Teucros. Arremete al punto el héroe a cuanto tiene delante, y furioso ábrese con la espada ancho camino por medio de los escuadrones, buscándote a ti ¡oh Turno! ensoberbecido con tus recientes estragos. Ni un punto se apartan de sus ojos las imágenes de Palante y de Evandro; recuerda aquellas mesas, las primeras a que se sentó recién llegado a Italia, y aquellas diestras dadas en señal de amistad. Coge allí vivos, lo primero a cuatro mancebos, hijos de Sulmón, y a otros cuatro hijos de Ufente, para inmolarlos a los manes de Palante y rociar con su cautiva sangre las llamas de su hoguera funeral. Arroja luego de lejos una pujante lanza a Mago, que mañoso hurta el cuerpo, con lo cual pasa la lanza colando trémula por encima de su cabeza. Abrázase Mago a las rodillas de Eneas, y así le dice suplicante:

—Por los manes de tu padre, por las esperanzas que cifras en tu hijo Iulo, te ruego que conserves esta vida a un hijo y a un padre. Tengo un gran palacio, tengo soterrados muchos talentos de plata cincelada, tengo grandes sumas de oro labrado y sin labrar; no se libra en mi vida o en mi muerte la victoria de los Teucros; una sola existencia no ha de decidir tan arduo empeño.

Dijo y en estos términos le replica Eneas:

—Guarda para tus hijos todos esos talentos de plata y oro que dices; ya Turno, el primero, ha abolido tales pactos de la guerra dando muerte a Palante; así lo quieren los manes de Anquises, así lo quiere Iulo.

Y esto diciendo, le ase el yelmo con la izquierda y hunde su espada hasta la empuñadura en la doblada cerviz del suplicante. No lejos de allí estaba el hijo de Hemón, sacerdote de Febo y de Diana, ceñidas las sienes con las sagradas ínfulas, todo resplandeciente con vistosas ropas y armas. Eneas le persigue buen trecho, y derribándole en fin, se le echa encima y lo inmola, cubriéndole con las grandes sombras de la muerte. Seresto recoge sus armas y se las lleva en hombros para ofrecértelas ¡oh rey Gradivo! por trofeo. Reparan las haces latinas, hijo de Vulcano, y Umbro, venido de las montañas de los Marsos. Eneas los acomete furioso: ya de un tajo había derribado la siniestra mano y todo el cerco del escudo de Ansur, que con pronunciar algunas arrogantes palabras creía haberse confortado con ellas, y levantaba su ánimo hasta el firmamento, prometiéndose alcanzar larga ancianidad. Ufano con sus refulgentes armas, Tarquito, hijo de la ninfa Dríope y de Fauno, morador de las selvas, avanza contra Eneas, que arrojándole una lanza con gran brío, le atraviesa la loriga y el ponderoso escudo. En vano Tarquito le implora y quiere decirle muchas cosas; Eneas le derriba al suelo la cabeza, y revolviendo con el pie el tronco, tibio todavía, le dice con rencoroso pecho estas palabras:

—Hete ahí tendido ahora, formidable guerrero; no te enterrará tu amorosa madre, ni dará a tu cuerpo un sepulcro en tu patria. Ahí quedarás abandonado para pasto de las aves de rapiña, o sumergido en el mar te arrastrarán las olas y los hambrientos peces morderán tus heridas.

Da en seguida tras Anteo y Licas, vanguardia de Turno, y tras el fuerte Numa y el rubio Camertes, hijo del magnánimo Volscente, el más rico de los Ausonios en tierras y rey de los silenciosos Amicleos. Cual Egeón, de quien dicen que tenía cien brazos y cien manos, arroja llamas de sus pechos por cincuenta bocas cuando contra los rayos de Júpiter presentaba otros tantos estrepitosos broqueles y esgrimía otras tantas espadas; así Eneas vencedor se ensañó en todo el campo, ya una vez caliente con sangre su acero. He aquí que arremete a las cuadrigas y al pecho de Nifeo; espantados los caballos al verle abalanzarse a ellos a pasos gigantes e hirviendo en ira, revolvieron hacia atrás, y derribando a su auriga, arrastraron el carro hasta la playa. Lánzase en

tanto en medio de las haces troyanas, en su carro tirado por dos caballos blancos, Lucago y su hermano Liger, el cual maneja las riendas, mientras el impetuoso Lucago esgrime en derredor su desnuda espada. No llevó en paciencia Eneas que hicieran tan fieros estragos; lánzase a ellos y se les pone delante en toda su grandeza con la lanza en ristre. Liger le dice:

—No estás viendo los caballos de Diomedes, ni el carro de Aquiles, ni los campos de la Frigia; ahora en este suelo van a terminar la guerra y tu vida.

El viento se lleva estas palabras del insensato Liger; mas no replica con otras el héroe troyano; antes bien dispara un venablo en el momento en que, inclinado el cuerpo sobre los caballos, los aguija Lucago, y avanzando el pie izquierdo, se apresta a pelear; penétrale el venablo por las bajas orlas del refulgente escudo y va a atravesarle la ingle izquierda: derribado el carro, cae moribundo en la arena, y con estas acerbas palabras le escarnece el pío Eneas:

—No dirás, Lucago, que te ha vencido y precipitado de tu carro la lenta fuga de tus caballos, ni que los saca del campo de batalla el terror inspirado por vanas sombras; tú mismo saltas de él y abandonas el tiro.

Dicho esto, ase del freno los caballos; el desdichado Liger, que acaba de echarse del carro abajo, tendía a Eneas las desarmadas manos, exclamando:

—Héroe troyano, por ti mismo, por tus padres, que tan grande te hicieron, déjame la vida y compadécete de un suplicante.

Con estas breves palabras responde Eneas a sus ruegos:

—No hablabas así poco ha; muere, y cual hermano fiel, no abandones a tu hermano.

Y en seguida con la punta de su espada le abre el pecho, oculta morada del alma. Tales destrozos iba haciendo por el campo de batalla el capitán dardanio, embravecido cual torrente o cual negro torbellino, hasta que, por fin, se lanzan de sus reales, en que inútilmente están sitiados el mancebo Ascanio y la juventud troyana.

En tanto Júpiter provocaba a Juno con estas irónicas razones:

—¡Oh hermana y a la par dulcísima esposa mía! Razón tenías en decir que Venus conforta a los Troyanos: a la vista está que esa gente no tiene ni recios brazos para lidiar, ni ánimo esforzado, ni resistencia en los peligros.

A lo cual sumisa replicó Juno:

—¿Por qué ¡oh hermosísimo esposo mío! acongojas así a esta triste, atemorizada ya con tus duras palabras? Si me amases todavía como me amabas en otros tiempos, como aun deberías amarme, no me negarías tú, todopoderoso, que sacase de la batalla a Turno y pudiese conservarle incólume para su padre Dauno, no; perezca y dé su piadosa sangre en holocausto a los Teucros, aunque procede de nuestro linaje y sea Pilumno su cuarto abuelo, y a pesar de que muchas veces con generosa mano cubrió de abundantes ofrendas los umbrales de tus templos.

Así brevemente respondió a Juno el rey del etéreo Olimpo:

—Si me pides que demore la muerte que amenaza a ese guerrero y el plazo de su caída, y entiendes que así debo resolverlo, llévate del campo a Turno por medio de la fuga, y sustráele de esa suerte a los hados, que le acosan: es cuanto mi bondad puede otorgarte; mas si bajo esas súplicas encubres más alto empeño, y juzgas que voy a mudar todo el orden de esta guerra, abrigas vanas esperanzas.

Y Juno, llorando:

—¡Ah! ¡Si tu mente me otorgara lo que tus palabras se resisten a concederme, y si esa vida quedase asegurada a Turno! Mas yo sé que tienes reservado a ese inocente un triste fin, o mucho me engaño. ¡Ay! ¡Ojalá me alucinasen falsos temores! ¡Ojalá tú, que lo puedes todo, trocases por otros mejores tus acuerdos primeros!

Dicho esto, se desprendió del alto cielo, envuelta en vapores, impeliendo por las auras tempestuosos nubarrones, y se dirigió a las haces troyanas y a los reales laurentinos. Forma entonces la diosa con vana niebla un tenue fantasma sin consistencia, a semejanza de Eneas ¡Oh asombroso prodigio! y le orna con las armas del héroe troyano, con su escudo, con la cimera de su divina cabeza; dale sus palabras y su voz, pero vanas y sin sentido; dale también su ademán y su porte, cual es fama que vagan revoloteando las imágenes de los muertos o las que fingen en sueños nuestros sentidos aletargados. Va el fantasma con ufano continente a gallardearse delante de las primeras haces, irritando con sus dardos y provocando con denuestos a Turno, que le acomete en fin y le arroja de lejos una silbadora lanza; el fantasma vuelve la espalda y huye. Turno entonces, creyendo que realmente va Eneas fugitivo, revuelve en su hinchado pecho una vana esperanza y exclama:

—¿A do huyes Eneas? No abandones el ajustado himeneo, esta diestra te dará la tierra, que has venido buscando por medio de las olas.

Con tales gritos le acosa, esgrimiendo el desnudo acero, y no advierte que los vientos se llevan el objeto de su alboroto. Hallábase, por dicha, amarrada al pie de un alto risco, echando las escalas y aparejado el puente, la nao que había traído al rey Osinio de las playas de Clusio; a lo más hondo de ella se arrojó, despavorida la imagen del fugitivo Eneas, mientras Turno, no menos diligente en perseguirle, atropella por todo y salta por cima de los altos puentes; mas no bien hubo puesto el pie en la proa, cuando la hija de Saturno corta las amarras e impele por el revuelto mar la nave ya arrancada de la playa. Eneas entre tanto andaba buscando por el campo al ausente Turno y haciendo horrible estrago en cuantos enemigos se le ponen delante. Ya entonces la leve imagen no busca los escondrijos; antes, remontándose por los aires, va a disiparse en medio de un negro nubarrón, mientras un torbellino arrastra a Turno hacia la alta mar. Sin saber lo que le pasa, ingrato a lo que es su salvación, vuelve la vista atrás y exclama, tendiendo al cielo ambas manos:

—Omnipotente padre, ¿cómo has podido creerme digno de tamaña ignominia e imponerme este tan duro castigo? ¿Adónde se me lleva? ¿De dónde vengo? ¿Adónde me conduce esta fuga, y cómo volver a presentarme después de ella? ¿Tornaré a ver los muros de Laurento o mis reales? ¿Qué van a pensar de mí mis guerreros, que me han seguido a mi y a mis armas, y a quienes ¡Oh maldad! he abandonado a infanda muerte? Viéndolos estoy dispersos, oigo los gemidos de los moribundos... ¿Qué debo hacer? ¿Qué sima bastante profunda se abrirá para tragarme? Vosotros ¡oh vientos! sed más piadosos conmigo; impeled mi nave a los riscos, a las peñas (Turno os lo suplica con toda el alma), arrojadla a horribles bajíos, donde ni los Rútulos ni nadie sepan nunca de mí.

Esto diciendo, fluctúa su ánimo de unos a otros pensamientos: ya loco de vergüenza, quiere atravesarse con la espada; ya precipitarse en las olas, llegar nadando a la corva playa, y restituirse a do le llaman las armas troyanas. Tres veces intentó uno y otro, y tres veces le contuvo la poderosa Juno, compadecida del animoso mancebo. Deslízase la nave, surcando las bonacibles olas, y le lleva a la antigua ciudad de su padre Dauno.

Entre tanto Mecencio, inflamado de bélico furor por inspiración de Júpiter, ocupa el puesto de Turno en la batalla y acomete a los Teucros, alborozados con la esperanza del triunfo. Júntanse todas las haces tirrenas, y conjuradas contra él solo, unidas por un odio común, le acosan todas a la par con una lluvia de dardos. Él, semejante a una roca, que, internada en el basto ponto, expuesta a la furia de los vientos y de las olas, arrostra inmoble todo el empuje y las amenazas del cielo y del mar, postra en tierra a Hebro, hijo de Dolicaón, y a Latago y a Palmo, que iba huyendo. A Latago le deshace la boca y la cara con una gran piedra desgajada de un monte; desjarreta y derriba en tierra al cobarde Palmo, cuyas armas y cimera ciñe a Lauso. Inmola también al frigio Evante y a Mimante, compañero de Paris y de su misma edad, pues su madre Teano, esposa de Amico, le dio a luz en la misma noche en que la reina, hija de Ciseo, dio a luz a Paris, creyendo llevar en su vientre una tea encendida. Paris yace tendido en la ciudad de sus padres; las playas de Laurento poseen los ignorados despojos de Mimante.

Como un jabalí, guarecido por largos años en el pinífero Vésulo y entre los espesos cañaverales de los pantanos laurentinos, baja de los altos montes, acosado por los colmillos de los perros, y luego que ha caído en las redes, se para, ruge feroz y eriza sus cerdosos miembros, sin que montero alguno se atreva a acometerle ni aun acercarse a él, antes todos le hostigan de lejos y en seguro con sus venablos y sus gritos, mientras él, impávido, hace frente a todos lados, rechinándole los dientes y rechazando con su duro lomo los chuzos; no de otra suerte ninguno de aquellos para quienes Mecencio es objeto de justa ira se atreve a acometerle cuerpo a cuerpo con la espada, antes todos le acosan de lejos con sus dardos y su estruendoso clamoreo. Acrón, guerrero griego, había venido prófugo de los antiguos confines de Corito, renunciando a un proyectado himeneo. Vióle Mecencio de lejos, revolviéndose en medio de los escuadrones con sus purpúreas plumas y su manto de grana, don de su prometida esposa, y cual hambriento león, después de rondar largo tiempo alrededor de las altas majadas, aguijado de rabiosa necesidad, si divisa por ventura una fugitiva cabra montés o la enhiesta cornamenta de un ciervo, se alboroza, abre sus horribles fauces, eriza la crin, y arrojándose sobre su presa, se queda pegado a sus entrañas, empapado de negra sangre la espantosa cabeza...; tal el arrogante Mecencio se precipita en medio de los apiñados enemigos. Cae derribado el infeliz Acrón, y bate con los pies, en las ansias de la muerte, aquella odiosa tierra y ensangrienta sus quebrantadas armas. No se digna Mecencio derribar a Orodes, que iba huyendo, ni herirle por la espalda arrojándole un dardo; mas saliéndole al encuentro, acométele cuerpo a cuerpo, menos cauteloso, pero más fuerte en armas que él. Luego que le hubo postrado, exclama, apoyando sobre su cuerpo el pie y la lanza:

—Ahí tenéis, guerreros, tendido en tierra al pujante Orodes, parte muy principal de esta guerra.

Prorrumpen con esto sus compañeros en jubilosos himnos, mientras Orodes, moribundo:

—No te regocijarás largo tiempo, ¡oh vencedor, quienquiera que seas! pues no quedaré sin venganza; también a ti te aguarda suerte igual a la mía, y pronto yacerás sin vida en estos mismos campos.

A lo cual respondió Mecencio con sonrisa mezclada de ira:

—Ahora muere; ya verá el padre de los dioses y rey de los hombres qué ha de ser de mí.

Esto diciendo, sacóle del cuerpo la lanza; un duro descanso y un sueño de hierro pesan sobre los ojos de Orodes, que se cierran para una eterna noche. Cedico mata a Alcatos, Sacrator a Hispades, Rapo a Partenio y al forzudo Orses; Mesapo a Clonio y a Ericetes de Licaonia; aquel yacía en tierra caído de su caballo desbocado, y este peleaba a pie. Agis de Licia, que se había adelantado, cae vencido por Valero, que no desdice del gran valor de sus mayores. Salio inmola a Tronio, y a Salio Nealces, insigne en disparar venablos y certeras saetas.

Llevaba a la sazón Marte por igual entre ambos bandos el llanto y el estrago; por igual sucumbían y se precipitaban vencedores y vencidos; pero ni estos ni aquellos huían.

Los dioses en tanto, congregados en la morada de Júpiter se conduelen de la vana ira de unos y otros y de que estén reservadas a los mortales tan grandes miserias. De una parte Venus, de la otra Juno, hija de Saturno, contemplan la batalla; la pálida Tisífone se embravece en medio de los escuadrones. Sale en esto al campo Mecencio, furioso, blandiendo una enorme lanza, semejante al gigantesco Orión cuando, abriéndose camino a pie por en medio de los inmensos estanques de Nereo, sobresalen sus hombros por cima de las olas, o cual añoso quejigo de los altos montes, que hunde sus raíces en la tierra y esconde su copa entre las nubes: tal se adelanta Mecencio, cubierto de sus colosales armas. Eneas, que le andaba buscando por las dilatadas haces, se dispone a salirle al encuentro; Mecencio, impertérrito, se para aguardando a pie firme en su corpulenta mole a aquel magnánimo enemigo. Medido que hubo con la vista el trecho que puede alcanzar su lanza,

—¡Asístanme ahora mi diestra, que es mi dios, y esta lanza arrojadiza que estoy blandiendo! Si logro arrebatar los despojos de ese bandolero, hago voto de vestirte ¡oh Lauso! con los trofeos de

Eneas.

Dijo, y arroja desde lo lejos la silbadora lanza, que repelida en su vuelo por el escudo de Eneas, va a lo lejos a clavarse entre las costillas y la ijada del ilustre Antor, antiguo compañero de Hércules, que, venido de Argos, había trabado estrecha amistad con Evandro y establecídose en una ciudad ítala. Cae el infeliz a impulso de un golpe destinado a otro, y alzando los ojos al cielo, acuérdase al morir de su dulce Argos. Entonces el piadoso Eneas dispara a Mecencio una lanza, que atravesándole las tres chapas de bronce, los forros de lino y las triples correas de piel de toro que guarnecen su cóncavo broquel, va a clavársele en la ingle, donde se embota su empuje. Alborozado Eneas al ver correr la sangre del Tirreno, desenvaina la espada que le pendía sobre el muslo y acosa lleno de ardor a su ya trémulo enemigo. Lauso, al verlo lanzó un hondo gemido, arrancado por el amor a su querido padre, y se le cubrió el rostro de lágrimas. No pasaré en silencio, no, en esta ocasión, ni tu nombre ¡oh mancebo digno de eterna memoria! ni el duro trance de tu muerte, ni tus heroicos hechos, si las futuras edades pueden dar crédito a tan ínclita hazaña. Inválido ya, arrastrando el pie, doblado el cuerpo por la violencia del dolor, retirábase Mecencio, llevando clavada en el escudo la enemiga lanza, cuando se precipita el joven entre uno y otro armado guerrero, en el momento en que Eneas, alta la diestra iba a descargar sobre Mecencio un tajo; párale Lauso y mientras sus compañeros le aplauden con grandes clamores, retírase el padre protegido por la rodela del hijo. Disparan aquellos a Eneas un diluvio de dardos, acribillándole de lejos; él hirviendo en ira, se mantiene firme, cubierto con su escudo: tal, cuando se precipitan los nubarrones deshechos en granizo, huyen de los campos todos los labradores y zagales; el caminante se guarece en seguro abrigo, ya en las escarpadas riberas de un río, ya bajo la bóveda de un prominente peñasco, mientras el pedrisco inunda la tierra, para poder luego, cuando reaparezca el sol, volver a la diaria faena; así Eneas, cercado de dardos por todas partes, sostiene aquella nube guerrera que descarga y truena sobre él, y en estos términos increpa y amenaza a Lauso:

—¿Por qué corres así a la muerte u osas a más de lo que tus fuerzas alcanzan? ¡El amor filial te ofusca, incauto mozo!

No por eso mengua la arrogancia del insensato Lauso, y como va ya subiendo de punto la cólera en el capitán troyano, y ya las Parcas han devanado los últimos estambres de la vida del mancebo, clávale Eneas en mitad del pecho su pujante espada hasta la guarnición, atravesándole el escudo, arma leve para tantas bravatas, y la loriga, que su madre le había bordado con hilos de oro. Llenósele el pecho de sangre, y abandonando el cuerpo, voló triste su espíritu por las auras a la región de los manes; y cuando el hijo de Anquises vio el rostro moribundo, aquel rostro ahora cubierto de asombrosa palidez, exhaló un gemido de profunda compasión, y oprimido su pecho por el recuerdo de su hijo querido, tendió la mano a Lauso, diciéndole:

—¿Qué podrá ahora el pío Eneas hacer por ti ¡Oh desventurado mancebo! que sea digno de la gloria que has alcanzado y de tu noble condición? Quédate con tus armas, que te daban tanto gozo; yo haré que vayas a juntarte con los manes y las cenizas de tus padres, si algo es esto para ti: consuele también tu miserable muerte ¡Oh joven infeliz! que has sucumbido a manos del grande Eneas.

Al mismo tiempo increpa a los compañeros de Lauso, que tardan en acudir a recogerle, y le levanta del suelo, chorreándole horrible sangre la trenzada cabellera.

Entre tanto su padre Mecencio, sentado a la margen del Tíber, estaba lavándose la herida en las aguas y daba descanso a su cuerpo, recostado en el tronco de un árbol; lejos de allí pende de una rama su férreo yelmo y yacen en el prado sus ponderosas armas. Rodéale la flor de sus jóvenes guerreros; él doliente, jadeando, sostiene con dificultad el cuello, cayéndole suelta sobre el pecho la peinada barba. A cada instante pregunta por Lauso, y envía mensajeros para que se lo traigan y le lleven las órdenes de su acongojado padre. En esto ya algunos de sus guerreros, anegados en llanto, traían tendido sobre un pavés el cadáver de Lauso, noble y grande mancebo, vencido a impulso de una grande herida. Reconoció de lejos Mecencio aquellos gemidos, y su mente le presagió la

horrible catástrofe; cúbrese de sucio polvo la cana cabellera, y levantando al cielo ambas palmas, se aferra sobre el cadáver de su hijo exclamando:

—¡Tanto me subyugaba el amor de la vida, que consentí, hijo mío, que tú, a quien engendré, cayeses por mí bajo una diestra enemiga! ¡Por esas tus heridas me he salvado yo, tu padre, y por tu muerte vivo! ¡Ay mísero de mí, ahora sí que lamento mi destierro, ahora sí que es profunda mi herida! ¡Yo mismo, hijo mío, yo mancillé tu nombre con mis crímenes; yo, arrojado por el odio de los míos del solio y del imperio de mis padres! Debido era mi castigo al odio de mi patria y de los míos, y ¡ah! de buena gana hubiera sacrificado con todo linaje de muertes mi culpable vida. ¡Y ahora vivo, y aun no abandono a los mortales ni la luz del día, pero los abandonaré!

Esto diciendo, se incorpora sobre su destrozado muslo, y aunque el dolor de la herida le entorpece y retarda, logra sostenerse en pie y manda que le traigan su caballo. Era este su orgullo y su consuelo: caballero en él había vuelto vencedor en todas las guerras. En estos términos habla Mecencio al abatido bruto:

—Mucho tiempo hemos vivido ¡oh Rebo! si algo hay que dure mucho entre los mortales. O vencedor traerás hoy sobre ti la cabeza y los sangrientos despojos de Eneas, y serás conmigo vengador del desastre de Lauso, o si ningún esfuerzo nos abre camino, sucumbiremos junto; porque no creo ¡oh fortísimo caballo! que quieras someterte a ajeno yugo ni tener por amos a los Teucros.

Dijo, y ayudado de los suyos, asentó en los lomos del corcel el acostumbrado peso de su cuerpo, y tomó en ambas manos dos agudas jabalinas, cubierta la cabeza con un refulgente yelmo de bronce, coronado de un penacho de crines. Así armado lanzóse de una carrera en medio de los escuadrones enemigos; en su corazón hierve gran vergüenza, mezclada con rabia y dolor, y juntamente le abrasan el amor paternal, agitado por las Furias, y la confianza en su propio denuedo. Tres veces llamó allí con grandes voces a Eneas, el cual, reconociéndole, invoca, lleno de gozo, a los númenes.

—¡Ojalá hagan el padre de los dioses y el alto Apolo que conmigo trabes batalla...!

Dicho esto, sálele al encuentro lanza en ristre. Y entonces Mecencio:

—¿Cómo quieres amedrentarme, bárbaro feroz, después de haberme arrebatado a mi hijo? Ese solo camino tenías por donde poder perderme; ni me horroriza la muerte ni invoco auxilio de ningún dios. Deja, pues, esas bravatas; a morir vengo, mas antes te traigo estos dones.

Dijo, y arrojó un dardo al enemigo, y luego otro y otro, y vuela en torno de él en ancho giro; pero el áureo escudo de Eneas sostiene el ataque. Tres veces hizo caracolear su caballo con rápidas vueltas a la izquierda de su enemigo, que le aguarda a pie firme; tres veces el héroe troyano hace girar en torno de su cuerpo la horrible selva de dardos clavados en su ferrado escudo. Luego, corrido e irritado de tanta tardanza y de arrancar tantas flechas, viéndose así acosado en aquella desigual pelea, revolviendo mil pensamientos en su mente, arremete, en fin, y arroja la lanza entre las cóncavas sienes del guerreador caballo, el cual se levanta de manos, azota el viento con los cascos y cae de cabeza sobre el derribado jinete, sofocándole con el peso de su cuerpo. Troyanos y Latinos levantan al cielo ardientes clamores; acude volando Eneas, desenvaina la espada, y de pie sobre su enemigo, exclama:

—¿Dónde está ahora aquel fogoso Mecencio? ¿Qué se ha hecho de aquella indómita pujanza?

A lo cual el Tirreno, luego que, alzando los ojos al cielo, hubo aspirado un poco de aire y recobrado el sentido, replicó así:

—¿Por qué me insultas, rencoroso enemigo, y me amenazas de muerte? Mátame, puedes hacerlo sin desdoro; ni vine a la guerra para que me perdonases la vida, ni tales pactos hizo contigo mi Lauso. Una cosa te ruego, si es que hay alguna merced para los enemigos vencidos: permíteme que mi cuerpo sea enterrado; sé que me rodean los acerbos odios de los míos; defiéndeme, te ruego, de su furor, y concédeme tener por compañero a mi hijo en el sepulcro.

Dijo, y sabedor de la suerte que le espera, recibe la espada de Eneas en la garganta y vierte el alma entre raudales de sangre sobre sus armas.

LIBRO XI

Después de consagrar a Marte las armas de Mecencio, envía Eneas con gran pompa a la corte de Evandro los despojos mortales de Palante.—Llegan mensajeros del rey Latino, pidiendo una tregua para enterrar a sus muertos, que les concede Eneas.—Dolor del anciano rey Evandro al recibir el cadáver de su hijo.—Exequias de los guerreros muertos en el anterior combate.—Vuelven Vénulo y los demás embajadores enviados a Diomedes para solicitar su alianza, anunciando que no han podido conseguirla; con lo que, descorazonado el rey Latino, reúne un gran consejo para discutir la paz o la guerra; maltrátanse en él duramente de palabras Drances y Turno.—Llega en esto la nueva de que Eneas, al frente de su ejército, marcha sobre Laurento, y disuelto con esto de pronto el consejo, sólo se piensa en defender la ciudad; con cuyo objeto sale Camila con su caballería de amazonas al encuentro del enemigo.—Cuenta Diana a su ninfa Opis la historia de Camila y le confía el cuidado de vengar a la virgen guerrera destinada a temprana muerte.—Trábase la lid, y en ella muere, después de grandes hazañas, la virgen Camila de un flechazo disparado a traición por el alevoso Arrunte, al cual insulta y da muerte la ninfa Opis.—Dispersión del ejército latino, aterrado con la muerte de Camila; acude Turno en su auxilio, y llega al campo de batalla casi al mismo tiempo que Eneas, pero la oscuridad de la noche impide a los dos ejércitos venir a las manos y ambos acampan en sus respectivos reales, bajo las murallas de Laurento.

Alzábase ya del mar en tanto la naciente aurora, y Eneas, aunque estimulado por la impaciencia de dar sepultura a sus compañeros, y conturbado su espíritu por tantos desastres, estaba ofreciendo vencedor sus votos a los dioses desde el primer rayar del día. Hace hincar en la cima de un collado una corpulenta encina, limpia de todas sus ramas, y suspende de ella las brillantes armas, despojos del capitán Mecencio, trofeo consagrado a ti ¡oh gran dios de la guerra! En él coloca el penacho del guerrero, chorreando sangre, sus rotos dardos y su coraza agujereada y rota por doce partes; enlaza a la izquierda su escudo de bronce y le suspende del cuello la ebúrnea espada. En seguida arenga en estos términos a sus entusiastas compañeros, rodeado de toda la apiñada muchedumbre de sus capitanes:

—Ya está hecho lo más ¡oh guerreros! deponed todo temor; eso sólo nos resta ahora. Ahí tenéis esos despojos, primicias de un rey soberbio; ahí tenéis a Mecencio tal cual le han parado mis manos. Marchemos ahora a la ciudad del rey latino; apercibid las armas y anticipad el fin de la guerra con vuestro esfuerzo y confianza, para que ningún impedimento os conturbe, ni os retrase y amedrente ningún suceso por cogeros desprevenidos, en mandando los dioses que levantemos pendones y saquemos del campamento a nuestra gente. Entre tanto entreguemos a la tierra los insepultos cuerpos de nuestros compañeros, único honor que dura allá en el profundo Aqueronte. Id —añade—, y pagad el postrer tributo a aquellas ilustres almas que con su sangre nos dieron esta patria; mas antes enviemos a la desolada ciudad de Evandro al esforzado Palante, que un aciago día nos arrebató, sumergiéndole en acerba muerte.

Dice así llorando, y encamina sus pasos a los umbrales donde custodiaba los inanimados restos de Palante el anciano Acestes, escudero del árcade Evandro, y a la sazón, bajo menos felices auspicios, ayo de su querido hijo. En torno estaba toda su servidumbre, multitud de Troyanos y las mujeres de Ilión con gran duelo, y destrenzando el cabello según la usanza. Apenas entró Eneas por el alto pórtico, cuando alzaron sus alaridos hasta las estrellas, golpeándose el pecho y haciendo crujir la estancia con sus lamentos: él, en cuanto vio la cabeza sostenida y el rostro blanquísimo de Palante, y la herida abierta por una lanza ausonia en aquel hermoso pecho, exclama así, anegado en

llanto:

—¡Que así me vede la fortuna, cuando más propicia se venía a mí, oh mísero mancebo, que veas mi reinado y restituirte vencedor a tu patria morada! No es esto lo que al partir prometí a tu padre Evandro, cuando estrechándome en sus brazos me prometía la conquista de un vasto imperio, pero advirtiéndome temeroso que iba a pelear con gente brava y tenaz. Acaso ahora, llevado de una vana esperanza, ofrece votos a los dioses y acumula ofrendas en los altares, mientras nosotros, doloridos, tributamos vanos honores a este mancebo exánime, que ya nada debe a dioses algunos. ¡Infeliz, que verás las crueles exequias de tu hijo! ¿Es esto lo que te prometías de mi vuelta? ¿Son estos los triunfos que esperabas? ¿Es esta la gran fe que tenías en mi? Mas al menos ¡oh Evandro! no verás a tu hijo muerto a impulsos de afrentosas heridas, ni desearás para ti crudo fin, viéndole salvo, pero sin honra. ¡Ay de mi! y cuánta fortaleza has perdido ¡oh Ausonia! y tú también ¡oh Iulo!

Luego que en estos términos se hubo lamentado, mandó alzar el mísero cuerpo, confiando el honor de su última custodia a mil guerreros elegidos entre todo su ejército, para que le acompañen y asistan al llanto del triste Evandro, pequeño consuelo en tan grande quebranto, pero debido a un desventurado padre. Otros diligentes entretejen zarzos con flexibles ramas de madroño y de encina a modo de blando féretro, que cubren con un sombrío toldo de verdura, y colocan en aquel rústico lecho al noble mancebo, semejante a la flor cortada por los dedos de una virgen, blanda violeta o lánguido jacinto, que aun conservan su brillo y hermosura, aunque la madre tierra no los sustenta ni les da fuerza. Sacó entonces Eneas dos delicadas túnicas de grana recamadas de oro, que con sus propias manos labró gozosa para él en otro tiempo la sidonia Dido; lleno de dolor viste una de ellas al mancebo por postrimera honra y cubre con un manto su cabellera, destinada a las llamas; en seguida manda reunir y que le traigan con gran pompa multitud de despojos bélicos ganados en los campos de Laurento, a que añade los caballos y las armas arrebatadas a los enemigos. Allí estaban también, amarradas las manos detrás de la espalda, los cautivos destinados al sacrificio por los manes de Palante, y cuya sangre debía regar su hoguera funeral. Manda además que sus capitanes mismos traigan troncos vestidos con las armas ganadas a los enemigos, y que en ellos se escriban los nombres de estos. Síguelos, sostenido por los que le acompañan, el triste Acestes, abrumado por la edad, y que unas veces se desgarra el pecho con las manos, ya el rostro con las uñas, ya desplomado se deja caer cuan largo es en tierra. Va detrás el carro de Palante, regado con sangre rútula; síguele, sin jaez, su caballo de batalla, Etón, triste y regando su faz gruesas lágrimas. Unos llevan su lanza y su escudo, pues sus otras armas están en poder del vencedor Turno; detrás van, afligida falange, los Teucros y los Tirrenos, y los Árcades con las armas vueltas en señal de luto. Cuando iba ya largo trecho delante la fúnebre comitiva, paróse Eneas y así exclamó, lanzando un profundo gemido:

—A otras lágrimas nos destinan todavía los crudos hados de esta guerra; salve por siempre ¡oh noble Palante! adiós para siempre.

No dijo más, y encaminándose hacia los altos muros, dirigió el paso a sus reales.

Ya en esto habían venido de la ciudad latina emisarios ceñidos de oliva, pidiendo por merced se les dejase recoger los cuerpos de los suyos, que muertos a hierro, yacían tendidos en el campo, y darles sepultura, pues, ya no había lid posible con unos vencidos y privados de la luz del cielo, y debía tener piedad de los que le habían dado hospedaje y cuya alianza había solicitado. Juzgando atendibles sus ruegos, concédeles el bondadoso Eneas la merced que piden y así les dice:

—¿Cuál injusta fortuna ¡oh Latinos! os ha lanzado a esta desastrosa guerra y retraídos de tenernos por amigos? Me pedís paz para los muertos, para los que han sucumbido a los azares de la guerra, y en verdad que yo quisiera concedérsela hasta a los vivos. No hubiera venido aquí si los hados no me hubieran designado este territorio para fijar en él mi asiento, ni muevo guerra a esta nación; vuestro Rey fue quien quebrantó las leyes de la hospitalidad, prefiriendo poner su confianza en las armas de Turno: más justo fuera, pues, que Turno arrostrara la muerte que esos han hallado. Si quería dar término a la guerra con su diestra y arrojar de Italia a los Teucros, debió cruzar

conmigo sus armas, y hubiera quedado con vida aquel a quien se la dieran los dioses y su brazo. Ahora volveos y entregad al fuego los cuerpos de vuestros míseros ciudadanos.

Atónitos y en silencio escucharon los emisarios estas razones de Eneas y quedaron mirándose unos a otros, hasta que el más anciano de ellos, Drances, siempre enconoso enemigo del joven Turno, responde en estos términos:

—¡Oh varón troyano, grande por tu fama y más grande aún por tus armas! ¿Con qué loores te ensalzaré en el firmamento? ¿Te admiraré más por tu justicia o por tu esfuerzo en la guerra? Sí, agradecidos llevaremos tus palabras a nuestra ciudad patria, y si algún camino abre para ello la fortuna, te enlazaremos con el rey latino: búsquese Turno otras alianzas. Y a más nos será grato ayudarte a levantar las grandes murallas que te están prometidas por los hados y llevar en hombros piedras para la nueva Troya.

Dijo así, y todos unánimes aplaudieron con entusiasmo sus palabras, ajustaron una tregua de doce días, y, a favor de aquella paz, Teucros y Latinos vagaron juntos impunemente por las selvas y los collados. Resuena el fresno herido del hacha; caen los pinos erguidos hasta las estrellas, y ni cesan de rajar con cuñas el roble y el oloroso cedro, ni de transportar quejigos en rechinantes carros.

Ya en tanto la voladora Fama, nuncia de tan gran desastre, había llevado su noticia a oídos de Evandro y llenado con ella su palacio y la ciudad, después de haber poco antes difundido por el Lacio la victoria de Palante. Precipítanse los Árcades a las puertas asiendo, según la antigua usanza, teas funerales; relumbra el camino una larga hilera de llamas, que ilumina a lo lejos las campiñas. Júntase aquella dolorida muchedumbre a la de los Frigios, que era ya llegada, y las matronas, luego que las vieron entrar en las casas, llenaron de férvidos clamores la desolada ciudad. No hay fuerzas entonces que basten a sujetar a Evandro, el cual, metiéndose por medio de la multitud, se precipita sobre el féretro de Palante, ya puesto en tierra, y abrazándose a él con lágrimas y gemidos, exclama así, apenas el dolor abre por fin camino a la voz:

—¡No era esto, oh Palante, lo que prometías a tu padre, cuando protestabas que serías cauto en confiar tu vida al crudo Marte! No se me ocultaba a mí cuánto seduce el ansia de la primera gloria, cuánto es dulce el triunfo en un primer combate. ¡Oh miserables primicias de tu juvenil ardor! ¡Oh duro, aprendizaje de una vecina guerra! ¡Oh votos y oh ruegos míos, desoídos por los dioses! ¡Oh virtuosísima esposa mía, feliz tú, que con tu muerte, no estás reservada a este acerbo dolor, y a diferencia de mi, triste padre, que, contra orden natural de los hados, sobrevivo a mi hijo! ¡Si yo hubiera seguido las armas de mis aliados los Troyanos, abríanme los Rútulos abrumado con sus dardos, yo solo habría entregado el alma, y esa pompa funeral me traería a mí, no a Palante, a mi palacio! Mas no os acuso ¡Oh Teucros! ni me pesa haber hecho alianza con vosotros, ni de haberos dado la mano en prenda de hospitalidad; esta suerte era debida a mis cansados años, pues ya que tan prematura muerte aguardaba a mi hijo, dichoso fue al menos en morir habiendo antes dado muerte a millares de Volscos y conducido a los Teucros al Lacio. Yo mismo ¡oh Palante! no te hubiera honrado con más digno funeral que el que te aparejan el pío Eneas y los animosos Frigios, y los capitanes tirrenos y todo su ejército, trayendo esos grandes trofeos de los que inmoló tu diestra. ¡Oh Turno! estarías ahora aquí, bajo la figura de un gran tronco vestido de tus armas, si Palante te hubiera igualado en edad y fuerzas. Mas, ¿para qué ¡infeliz! detengo a los Teucros lejos del campo de batalla? Id, y acordaos bien de decir a vuestro Rey, en mi nombre, estas palabras: Si muerto Palante, conservo aún esta odiosa vida, es porque espero en tu diestra; ya ves que debes al padre y al hijo la sangre de Turno: este solo medio os queda a ti y a la fortuna para darme algún consuelo. No anhelo, ni sería justo, las alegrías de la vida; mas quiero llevar esta al hijo mío a la profunda mansión de los manes.

En tanto la aurora había restituido su alma luz a los míseros mortales, trayéndoles nuevamente sus trabajos y ejercicios. Ya el caudillo Eneas, ya Tarcón habían levantado las piras en la corva playa, donde cada cual, según la usanza patria, hizo llevar los cuerpos de los suyos, y al levantarse las llamas funerales, se envuelve el cielo en tenebrosa humareda. Tres vueltas dieron a pie, ceñidos

de refulgentes armas, alrededor de las ardientes hogueras; otras tres dieron a caballo en torno de los tristes funerales, lanzando alaridos, regando sus lágrimas la tierra y sus armas: los clamores de los hombres y el ruido de las trompetas llegan al cielo. Unos echan al fuego los despojos arrebatados a los Latinos vencidos, yelmos, ricas espadas, frenos, rápidas ruedas; otros, prendas conocidas, los escudos de los mismos que ardían en las piras y sus dardos, de que tan sin fortuna habían usado. En derredor inmolan en ofrenda a la muerte multitud de toros; degüellan en las llamas cerdosos puercos y alimañas cogidas en los campos. Por toda la playa contemplan la quema de cuerpos de sus compañeros y guardan las hogueras medio consumidas, sin acertar a arrancarse de aquellos sitios, hasta que la húmeda noche tachona el cielo de rutilantes estrellas.

De la propia suerte los míseros Latinos levantaron en diverso sitio innumerables piras. Entierran una parte de sus cadáveres, llevan otros a los campos inmediatos, y a la ciudad, y queman el resto, sin distinción ni cuenta, en inmenso y confuso montón; por doquiera relumbran a porfía con abundantes hogueras los dilatados campos. Cuando la luz del tercer día ahuyentó del cielo las frías sombras, fueron, desolados, a sacar de entre los altos montones de ceniza los revueltos huesos, para cubrirlos, tibios todavía, con un túmulo de tierra. Pero donde son mayores el túmulo y la desolación es en la ciudad, en el palacio del prepotente rey latino. Allí madres, míseras esposas, allí amorosas y afligidas hermanas y niños huérfanos, maldicen aquella horrible guerra y el proyectado enlace con Turno, pidiendo que él sea, quien corra la suerte de las armas, pues reclama para sí el reino de Italia y los supremos honores. En lo mismo insiste el rencoroso Drances, asegurando que a Turno, sólo a Turno, llama Eneas a la lid. Al mismo tiempo, y por el contrario, muchos hablan en favor de Turno, amparado del gran nombre de la Reina, y a quien apoya además la alta y merecida fama que ha ganado con sus trofeos.

En medio de aquellas turbulencias y en el hervor de aquellos bandos, he aquí que llegan los embajadores enviados a la gran ciudad de Diomedes, tristes con la respuesta que traen de que nada han conseguido después de tantos afanes y de apurados todos los medios; de nada han valido ni las dádivas, ni el oro, ni las más rendidas súplicas; de que es fuerza, en fin, a los Latinos buscar el auxilio de otras armas o solicitar la paz del rey troyano. a esta nueva, desfallece de dolor el rey Latino: la ira de los dioses y tantos túmulos recientes, levantados ante sus ojos, le demuestran que Eneas es en efecto el verdadero dominador que traen los hados a Italia. Llama, pues, a un gran consejo, en su palacio, a los próceres de su reino, que acuden en gran número, llenando todas las calles; en medio de ellos se sienta, nublada de tristeza la frente, el rey Latino, el más entrado en años y el primero de todos en autoridad. Manda introducir a los emisarios recién llegados de la ciudad etolia y que repitan menudamente y por su orden las respuestas que traen; entonces, en medio de un silencio general, Vénulo, obediente, comienza su relato en estos términos:

—Hemos visto ¡oh ciudadanos! a Diomedes y el campamento argivo, y arrostrando los azares del camino, hemos tocado aquella mano a cuyo empuje cayó la ciudad de Ilión en ocasión en que el vencedor estaba edificando en los campos de Yapigia, al pie del monte Gárgano, la ciudad de Argiripa, denominada así en recuerdo de su antigua patria. Introducidos a su presencia y autorizados a hablar, presentamos los regalos que llevábamos y declaramos nuestros nombres y nación; quiénes habían traído la guerra a nuestro suelo, y el motivo que nos llevaba a Arpos. Oído esto, respondiónos así con apacible continente: «¡Oh nación afortunada, reino de Saturno, antiguos Ausonios! ¿Qué destino fatal os inquieta hoy y os impele a guerrear con gente desconocida? Todos los que talamos con el hierro los campos de Ilión, sin contar las desventuras que apuramos peleando bajo sus altos muros, y los guerreros que oprime el Simóis bajo el peso de sus olas, vamos purgando por todo el orbe nuestras culpas con todo linaje de infandos castigos, a tal punto, que el mismo Príamo tendría compasión de nosotros: sábenlo la triste estrella de Minerva y los escollo eubeos y el vengador Cafereo.[44] Desde que concluyó aquella guerra, arrojados a diversas playas, el átrida

44 Hay en esta relación algunas oscuridades y multitud de alusiones a las aventuras que se refieren en la *Odisea*. La *triste estrella de Minerva* significa las tempestades suscitadas por aquella diosa; las *remotas columnas de Proteo*

Menelao se ve desterrado allá en las remotas columnas de Proteo; Ulises ve los Cíclopes del Etna. ¿Recordaré el reinado de Neptólemo; los revueltos penates de Idomeneo; a los Locros, hoy moradores de la playa líbica? El mismo caudillo de los valerosos griegos, el rey Micenas, pereció en el umbral de su palacio bajo la diestra de su pérfida esposa; el adúltero ocupa el trono de la vencida Asia. Y a mí mismo ¿No me han vedado los dioses que, de vuelta en mi patria, volviese a ver a una esposa deseada y a mi hermosa Calidonia? Aun ahora me persiguen espantables visiones, y mis perdidos compañeros, transformados en aves, surcan el éter con sus alas y ¡oh tremendo suplicio de los míos! vagan por los ríos y llenan los riscos con sus lacrimosas voces. A todo debí, en verdad, esperarme desde aquel día en que ¡Insensato! arremetí con mi espada a los númenes y herí a Venus en la diestra. No, ¡no! no me excitéis a la contienda; derruida ya Pérgamo, no quiero ya la guerra con los Teucros, ni me regocijo ya de sus antiguos desastres. Esos presentes que me traéis de vuestro suelo patrio, llevadlos a Eneas: frente a frente nos hemos visto, hierro a hierro, brazo a brazo; creed a quien ha probado por experiencia propia cuán terrible se levanta armado con su escudo, con qué pujanza fulmina el dardo. Si el suelo del Ida hubiera producido otros dos guerreros como Héctor y Eneas, el Dárdano hubiera pasado a las ciudades de Ínaco, y la Grecia llorara trocados destinos. Lo que retrasó por diez años la victoria de los Griegos junto a los muros de la fuerte Troya, fue el valor de aquellos dos, ambos insignes por su esfuerzo y sus proezas, pero superior Eneas por su piedad. Tenedle, pues, por aliado a cualquier costa: mas guardaos bien de trabar batalla con él.» Ya has oído ¡Oh el mejor de los reyes! la respuesta que traemos y lo que Diomedes opina de esta gran guerra.

Apenas hablaron los legados, empezó a circular vario rumor por los turbados labios de los Ausonios, como cuando, atajada con piedras la rápida corriente de los ríos, hácese un sordo murmullo en el obstruido cauce, y con el estrépito de las olas se estremecen las vecinas riberas. Luego que se sosegaron los ánimos y cesó el tumulto, el Rey, después de invocar a los dioses, habló así desde su alto solio:

—Ciertamente ¡oh Latinos! querría yo, y nos hubiera estado mejor, que antes de ahora se tratara de este importantísimo punto; pues no es ocasión de celebrar consejo cuando el enemigo asedia nuestros muros. Empeñados estamos ¡oh ciudadanos! en importuna guerra con varones invictos, descendientes del linaje de los dioses, gentes a quienes ningunas batallas fatigan y que ni aun vencidos pueden deponer la espada. Si alguna esperanza fundabais en los socorros de armas pedidos a los Etolios, renunciad a ella; ponga en sí cada cual toda su esperanza, y ya veis cuán pocas podemos todos abrigar. A la vista tenéis, tocando estáis la gran ruina de todos nuestros recursos. Ni culpo a nadie; cuanto pudo hacer el más heroico valor, lo hemos hecho; hemos peleado con todas las fuerzas del reino. Ahora pues voy a deciros en cuál parecer se fija mi mente incierta; escuchadme; pocas palabras me bastarán para enteraros de él. Poseo de antiguo un dilatado territorio, contiguo a las márgenes del toscano río, que se extiende hacia el ocaso hasta los confines sicilianos; cultívanle los Auruncos y los Rútulos, labrando con la reja sus duros collados, y apacientan sus rebaños en aquellas asperezas. Cedamos a los Teucros, en precio de su amistad, toda aquella región, con su alta montaña cubierta de pinos, y ajustando con ellos equitativa paz, llamémoslos a formar parte de nuestra nación; fijen aquí su asiento, ya que tanto lo desean, y constrúyanse una ciudad. Si es su intento dejar nuestro suelo, cosntruyámosles de roble ítalo veinte naves, o más, si pueden llenarlas: dispuesto está todo el material a la orilla del río; señalen ellos mismos el número y la calidad de las naves; nosotros les suministraremos hierro, operarios y todo lo preciso. Es además mi voluntad que vayan cien legados de las principales familias latinas, con ramos de pacífica oliva en las manos, a llevarles nuestras proposiciones, a ajustar con ellos alianza y ofrecerles en donativo talentos de oro y marfil, y juntamente el solio y la trábea, insignias de mi poder real. Consultad ahora entre vosotros y venid en auxilio de este decadente Estado.

---

son los confines del Egipto, donde reinaba aquel personaje mitológico. *El rey de Micenas*, su *pérfida esposa*, y el *adúltero* que ocupó el trono de la vencida Asia, son Agamenón, Clitemnestra y Egisto. Los númenes a quienes arremetió Diomedes con su espada, fueron Venus y Marte, según se refiere en el libro V de la *Ilíada*.

Levántase entonces Drances, enemigo mortal de Turno, cuya gloria le tenía devorado de secreta envidia; rico de hacienda y aún más de facundia, pero cobarde en la guerra; tenido por hábil en el consejo y diestro en fraguar sediciones; de alta nobleza por su madre, ignorábase quien fuera su padre. Puesto, pues, en pie, agrava más y más con estas palabras la irritación de los ánimos:

—A nadie se oculta, ¡oh buen Rey! ni necesita el testimonio de mi voz, el grave punto de que estás tratando. Todos sabemos, pero ninguno osa decir, lo que reclama el bien de la nación. Dejemos libertad de hablar y rebaje sus fieros aquel cuyos infaustos auspicios y por cuya fatal influencia (lo diré, sí, aunque sus armas me amenacen con la muerte) sucumbieron tantos ilustres caudillos y vemos a toda la ciudad anegada en llanto; mientras él prueba a atacar los reales troyanos, confiado en la fuga, y amenaza con sus armas al cielo. A esos numerosos presentes que dispones destinar a los Dárdanos ¡oh el mejor de los reyes! añade uno, uno solo; y no te retraiga ajena violencia de dar ¡oh padre! tu hija a un esclarecido yerno, digno de ella, y de ajustar así la paz con eterna alianza. Si el terror que Turno te inspira es tal, que no osas hacerlo así, supliquémosle, imploremos de él mismo por merced, que ceda, que deje al Rey usar de su derecho y sacrifique su interés al bien de la patria. ¿Por qué lanzas en inevitables desastres a nuestros míseros ciudadanos, ¡oh tú! origen y causa de todas las desventuras del Lacio? No hay para nosotros salvación posible en la guerra; todos te pedimos la paz ¡oh Turno! y con ella la única prenda inviolable de la paz. Yo el primero, yo, de cuya enemistad estás persuadido, y no niego que con razón, te dirijo esta súplica: compadécete de los tuyos, depón esos bríos, y vencido retírate; bastantes derrotas y desastres hemos sufrido ya; harto desolados están ya nuestros extensos campos. O si tanto te tira el amor de la gloria, si es tan esforzado tu corazón, si aun insistes en que la que sea tu esposa te ha de traer por dote un trono, lánzate y confiado opón tu pecho al enemigo que te aguarda. ¡Bueno fuera que para que Turno obtenga una esposa de sangre real, nosotros, almas viriles, turba insepulta y de nadie llorada, quedáramos tendidos en los campos de batalla! ¡No! si hay alguna fortaleza en ti, si conservas algo del valor de tu linaje, ve a verte cara a cara con el que te está desafiando...

Subió de punto con tales razones el furor de Turno, el cual, bramando de ira, rompió a hablar en estos acentos, arrancados de lo más hondo de su pecho:

—Cierto que siempre ¡oh Drances! tienes gran flujo de palabras cuando la guerra pide manos; siempre acudes el primero a las juntas de los próceres; pero no es ocasión de llenar la sala del Consejo con esa multitud de pomposas palabras, que muy seguro echas a volar, mientras la valla de los muros detiene al enemigo y no rebosan en sangre los fosos. ¡Truene pues, según costumbre, tu elocuencia; motéjame de cobarde; tú Drances, tú, cuya diestra ha aglomerado tantos sangrientos montones de cadáveres teucros y cubierto aquí y allí los campos de tantos insignes trofeos! No estará de más, sin embargo, que probemos lo que da de sí tu impetuoso brío; no tendremos que ir a buscar lejos los enemigos; por donde quiera rodean nuestras murallas. ¿Vamos a su encuentro? ¿Qué te detiene? ¿Siempre tu bélico ardor ha de estar, por ventura, en tu fanfarrona lengua y en esos fugaces pies?... ¡Yo vencido! ¿Y quién, infame, podrá con razón motejarme de vencido, después de haber visto crecer hinchado el Tíber con sangre troyana, derrumbarse con su linaje toda la casa de Evandro y a los Árcades despojados de sus armas? No me encontraron tal como dices Bicias y el corpulento Pándaro y los mil guerreros que arrojé, vencedor, al Tártaro, aquel día en que me vi encerrado en los muros enemigos, cercado de una furiosa muchedumbre. ¡No hay para nosotros salvación posible en la guerra! ¡Insensato! Ve a halagar con esas palabras los oídos del caudillo dárdano y de tus parciales; no te detengas en conturbar a todos con tu gran miedo, en ensalzar la pujanza de unas gentes dos veces vencidas, ni en deprimir las armas de los Latinos. ¿Y por qué no añades que los caudillos de los Mirmidones, y el hijo de Tideo y Aquiles de Larisa, tiemblan de las armas frigias, y que el río Aufido hace retroceder su corriente, medrosa de las ondas adriáticas? ¡Artífice de maldades, aparenta que no se atreve a hablar contra mi causa, y con su fingido miedo encona los ánimos contra mí! No tiembles, no huyas; nunca esta diestra te arrancará esa alma vil; more contigo y quédese en ese pecho, digno de ella. Ahora, ¡oh gran Rey! vuelvo a ti y a tu consulta. Si ninguna esperanza pones ya en nuestras armas, si tan perdidos estamos, y porque una

vez volvimos la espalda, hemos caído tan completamente, que ya la fortuna no tiene desquite para nosotros, imploremos la paz y tendamos al vencedor las inertes manos, aunque... ¡Oh, si aun nos quedase algo de usado brío!... ¡Feliz el que, por no presenciar estas miserias, cayó sin vida en la batalla y con su boca mordió la tierra! Mas su aun nos quedan recursos, si aun está entera nuestra juventud, y las ciudades y los pueblos de Italia pueden darnos auxilios; si los Troyanos han ganado gloria a costa de mucha sangre; si también ellos han tenido sus funerales, y todos hemos corrido igual borrasca, ¿Por qué desfallecemos sin pudor ahora que empieza la guerra? ¿Por qué nos damos a temblar antes de que la trompeta toque el arma? El tiempo y la trabajosa sucesión de los días han traído muchas cosas a mejor estado; a muchos la fortuna, después de hacerlos juguete suyo, asistiéndolos y abandonándolos alternativamente, acabó en fin por colocarlos en una sólida prosperidad. No nos auxiliará el Etolio ni la ciudad de Arpos, pero serán con nosotros Mesapo y el afortunado Tolumnio y tantos caudillos como nos han enviado los pueblos de Italia; no será escasa la gloria en seguir a los elegidos del Lacio y de los campos laurentinos. Con nosotros está también Camila, de la ilustre nación de los Volscos, que acaudilla un escuadrón de jinetes, gente lucida y bien armada de hierro. Mas si sólo conmigo quieren pelear los Teucros, si os place que así sea, y si tan grande obstáculo soy al pro comunal, no es tan esquiva con estas manos la victoria, que me arredre prueba alguna a trueque de tan grandes esperanzas. Contra él iré animoso, y más que supere en esfuerzo el grande Aquiles y, como él, se vista de armas forjadas por Vulcano, yo, Turno, no inferior en valentía a ninguno de mis mayores, os consagro esta mi vida a vosotros y a mi suegro el rey Latino. A mí solo me desafía Eneas; desafíeme, yo lo pido. Si me persigue la cólera de los dioses, no es razón que los aplaque Drances con su muerte; y si hay virtud y gloria que ganar en este trance, tampoco es razón que me las quite.

Mientras de esta suerte disputaban acaloradamente sobre su apurada situación, levantaba Eneas sus reales y ponía en movimiento su ejército, y he aquí que de pronto se precipita en las regias estancias un mensajero con gran tumulto, llenando de espanto a toda la ciudad, con la nueva de que los Teucros y la hueste tirrena, en orden de batalla, han dejado el río Tíber y se acercan, cubriendo las dilatadas campiñas. Contúrbanse los ánimos; la multitud se altera y agita: el furor aguija todos los pechos. Trémulos de ira, todos requieren sus armas, por armas brama la briosa juventud; contristados los ancianos, lloran y murmuran por lo bajo; por donde quiera se alzan en los aires discordes clamores; bien así como cuando se posan en un espeso bosque multitud de aves, o cuando en el río de Padua, abundante en peces, los roncos cisnes atruenan las parleras marismas. Aprovechando Turno aquella ocasión exclama, ":

—Así, ciudadanos, celebrad consejo, y sentados en vuestras sillas, alabad las ventajas de la paz, mientras las armas enemigas invaden el reino.

No dice más, y arrójase rápido fuera de la estancia.

—Tú, Voluso, le dice, haz que se armen las huestes de los Volscos y trae a los Rútulos; Mesapo, y tú Coras, con tu hermano, cubrid los llanos con la caballería.[45] Defiendan unos las avenidas de la ciudad y ocupen las torres, y quédense los demás para seguirme adonde yo los mande.

Con esto, la población entera se precipita a las murallas; el mismo rey Latino abandona el consejo y conturbado con las calamidades de los tiempos, aplaza aquellas grandes deliberaciones. Acúsase agriamente de no haber acogido de buen grado al dárdano Eneas y asociádole en calidad de yerno a su imperio. Otros abren zanjas delante de las puertas, o acarrean piedras y estacas; la ronca bocina da la sangrienta señal de la lid; las mujeres y los niños se suben en tropel a los adarves; a todos concita aquel postrero trance. Rodeada de una muchedumbre de matronas, dirígese la Reina, llevando ofrendas, al templo y al alto alcázar de Palas; a su lado va la virgen Lavinia, causa de aquel tan gran desastre, clavados en tierra los hermosos ojos. Van entrando por su orden las

45 Sigo la interpretación de Servio y Donato, no conforme con la de algunos modernos. El hermano de Coras era Catilo, de quien se habla en el lib. VII, 672. (Véase el *Índice alfabético*, etc.)

matronas en el templo, que perfuman con inciensos y desde el alto atrio comienzan a entonar estos tristes lamentos:

—¡Armipotente árbitra de la guerra, virgen hija de Tritón, quebranta con tu mano las armas del frigio robador, y derríbale en el suelo, y póstrale bajo esas altas puertas!

Entre tanto, ardiendo en ira, cíñese Turno las armas para la pelea; ya se ha vestido la coraza rútula, erizada de escamas de bronce, y se ha rodeado a las piernas las grebas de oro, desnudas todavía las sienes; ya se había ceñido la espada al costado, y rutilante bajaba corriendo desde el alto alcázar, rebosando de ufanía y seguro ya de vencer al enemigo. No de otra suerte, cuando, rotas sus ligaduras, se escapa de la cuadra, libre en fin, un caballo, apodérase del abierto campo, o se dirige a las dehesas y a las yeguadas, o corre a bañarse en las aguas del conocido río, dando botes, relinchando alborozado, aguzadas las orejas y encorvada la cerviz, cayéndole en desorden las crines por cuello y brazos. Sale a su encuentro, seguido de su escuadrón de Volscos, la reina Camila, la cual se apea de su corcel en las mismas puertas de la ciudad, siguiendo su ejemplo toda la cohorte, y dice así a Turno:

—Si puede tenerse confianza en la propia fortaleza, yo la tengo en la mía, y te prometo hacer frente a las huestes de Eneas y marchar sola contra la caballería tirrena. Consiente que yo sea quien arrostre los primeros peligros de la guerra; tú quédate con los peones en las murallas y guarda la ciudad.

Clavados los ojos en la terrible virgen, respóndele así Turno:

—¡Oh virgen, gloria de Italia! ¿Cómo podré agradecerte, cómo podré pagarte tan gran merced? Ven, pues que tu aliento es superior a todo; ven a compartir conmigo estos grandes afanes. Según las voces que corren y las noticias que me han traído mis exploradores, el pérfido Eneas ha adelantado un destacamento de caballería ligera que recorra el campo, mientras él se dirige a la ciudad por las desiertas cumbres del monte. Yo le preparo una celada en el recodo que forma el camino del bosque, cubriendo ambos lados de gente armada; tú lleva tus pendones contra la caballería tirrena; contigo irán el impetuoso Mesapo, las escuadras latinas y la hueste tiburtina; tú acaudillarás esas fuerzas.

Dice así, y con semejantes razones exhorta a pelear a Mesapo y a los capitanes aliados; en seguida marcha al encuentro enemigo. Hay en lo más fragoso del monte una quebrada, lugar adecuado para emboscadas y asechanzas de guerra, que rodean por ambos lados negros y espesos matorrales; conduce a él una angosta senda, encubierta y peligrosa boca. Sobre ella, y en la cumbre de uno de los cerros que la rodean, se extiende una planicie oculta, segura guarida, ya para acometer de improviso a derecha o a izquierda, ya para destrozar desde aquella altura al enemigo, haciendo rodar sobre él enormes piedras. Allí se dirige Turno por caminos conocidos, y apoderado del llano, se embosca en aquellas pérfidas espesuras.

Entre tanto, en las mansiones celestiales, la hija de Latona, llama a la ligera Opis, una de las vírgenes, sus sagradas compañeras, y llena de tristeza le dirige estas palabras:

—Camila ¡oh virgen! se encamina a una guerra cruel, y vanamente ciñe nuestras armas. Camila me es cara más que otra virgen alguna, y no es nuevo este cariño, ni nacido de súbito en el corazón de Diana. Cuando arrojado del trono por el odio de sus vasallos, nacido de su soberbia y tiranía, salió Metabo, su padre, de la antigua ciudad de Triverno, huyendo por en medio de los combates, llévasela niña todavía, por compañera en su destierro, y la llamó Camila, del nombre un tanto alterado de su madre Casmila. Llevándola en brazos, encaminábase por las largas cordilleras de los desiertos bosques, siempre acosado por los fieros dardos de los Volscos, que sin tregua le iban dando alcance. Encuéntrase en esto atajado en su fuga por el río Amaseno, que desbordado con las deshechas lluvias, cubría de espuma sus dos riberas: Metabo se dispone a cruzarle a nado, pero le detiene el amor de su hija; tiembla por aquella querida carga, y discurriendo qué hacer en tal trance, al cabo se fija en esta resolución: en mitad de la robusta y nudosa lanza de roble curado al fuego que blandía en sus batallas, y llevaba a la sazón con pujante brazo, ató mañoso, a su hija bien

rodeada de cortezas de alcornoque silvestre; vibrando fuego la lanza con vigorosa diestra, exclama así, fijos los ojos en el firmamento: «¡Oh alma virgen, hija de Latona, moradora de las selvas, yo te consagro esta niña, de quien soy padre; pendiente por primera vez de tus armas, te implora huyendo de sus enemigos por el viento; acoge, oh diosa, yo te lo ruego, acoge esta prenda tuya, que ahora se confía a las inseguras auras!» Dijo, y echando atrás el brazo, arroja con ímpetu la lanza; resonaron las olas; por cima del rápido río huye la infeliz Camila, asida a la rechinante asta; en seguida Metabo, acosado ya muy de cerca por la turba de sus perseguidores, se precipita en el río, y pronto vencedor, arranca de la hierba su lanza, y con ella la niña, ya consagrada a Diana. Nadie le dio asilo bajo su techo, ninguna ciudad le recibió en sus murallas, ni él, tal era su fiereza, habría admitido hospitalidad alguna; como los pastores, pasaba la vida en los solitarios montes. Allí, entre malezas y cavernosos riscos, criaba a su hija con la leche de una yegua bravía, exprimiéndole las ubres en los tiernos labios de la niña. Apenas empezó esta a afirmar en el suelo las tiernas plantas, armó sus manos con un agudo venablo, pesado para ellas, y suspendió de sus pequeñuelos hombros arco y flechas; en vez de diadema de oro, en vez de flotante manto, una piel de tigre le pendía de la cabeza sobre la espalda. Ya entonces con la tierna mano disparaba infantiles dardos, y blandía en torno de su cabeza la honda de cuero retorcido, derribando, ya la grulla estrimonia, ya el blanco cisne. Vanamente muchas madres de las ciudades tirrenas la desearon para nuera; contenta con ser sólo Diana, abriga intacto en su pecho un invencible apego a las armas y a su virginidad. Bien quisiera que no se hubiese empeñado en esa terrible guerra que quiere hacer a los Teucros, y hoy sería una de mis queridas compañeras; mas ya que pesan sobre ella los crueles hados, ea pues, ¡oh ninfa! deslízate del firmamento y ve a visitar los confines latinos, donde va a trabarse bajo infausto agüero la tremenda lid. Toma este arco, y saca de mi aljaba una flecha vengadora, y armada con ella, sea quien fuere el que ose herir el sagrado cuerpo de Camila, sea Troyano o Ítalo, corra su sangre en mi desagravio; luego yo llevaré a un túmulo en una nube el cuerpo y las intactas armas de la desventurada, y la restituiré a su patria.

Dijo, y deslizándose por las auras la leve ninfa con sonoro vuelo, bajó del cielo, circundada de un negro turbión.

Acércanse entre tanto a los muros el ejército troyano y los capitanes etruscos y toda la caballería, formada en escuadras[46]; hierve el campo todo en briosos corceles, que revolviéndose aquí y allí, van tascando el freno que los oprime; erízase el llano a lo lejos de ferradas lanzas, y todo él centellea con las puntas de las armas. A su encuentro salen Mesapo, los veloces Latinos y Coras, con su hermano, y la hueste de la virgen Camila, formada en alas, todos con las lanzas en ristre y vibrando los dardos: a medida que se acercan crece el ardimiento en hombres y caballos. Páranse uno y otro ejército a tiro de dardo, y prorrumpen en súbito alarido y aguijan los animosos caballos; por ambas partes cae, a manera de apretada nieve, un diluvio de dardos, con cuya sombra se encapota el cielo. Al punto Tirreno y el fogoso Aconteo, enristradas las lanzas, se arremeten los primeros y chocan entre sí con gran ruido, estrellándose sus caballos pecho contra pecho; derribado Aconteo con la rapidez del rayo, o como proyectil lanzado por una catapulta, va a rodar gran trecho y exhala el alma en los aires. Turbadas con esto de súbito las escuadras latinas, échanse a la espalda las rodelas y revuelven los caballos hacia la ciudad, alanceadas por los Troyanos al mando del caudillo Asilas; y ya se acercaban a las puertas, cuando por segunda vez los Latinos alzan gran clamor y hacen volver de pronto a sus caballos los flexibles cuellos. Huyen los Teucros, y a todo escape se repliegan a gran distancia: no de otra suerte el mar en sus continuos vaivenes, ya desborda por las playas y con sus espumosas olas cubre los riscos y anega las últimas arenas, ya retrocede rápido, y sorbiendo en revuelto remolino los arrastrados peñascos, abandona resbalándose la orilla. Dos veces los Toscanos arrollaron a los Rútulos hasta las murallas; dos veces rechazados volvieron la espalda cubriéndose con sus rodelas; y mas al tercer encuentro, trábanse unas con otras todas las escuadras, cada guerrero elige su adversario, y ya entonces se oyen los gemidos de los moribundos,

46 Las *turmas* de que habla el texto, y que traduzco por escuadras, constaban de veinte a treinta caballos.

y en un lago de sangre se revuelcan mezclados hombres y caballos expirantes, entre montones de armas, y se enciende un combate crudísimo. Orsíloco, temeroso de atacar frente a frente a Rémulo, arroja una lanza a su caballo y se la clava debajo de la oreja, a cuya herida empínase furioso el trotón y bracea impaciente enhiesto el pecho; su jinete cae derribado en tierra; Catilo mata a Iolas y a Herminio, grande por su esfuerzo, grande por su corpulencia y sus armas: desnuda lleva la cabeza, que cubre roja cabellera, y desnudos los hombros, pues no le espantan las heridas; siempre se opone por blanco a las armas enemigas. La lanza de Catilo va vibrando a atravesar de parte a parte sus anchas espaldas, y con la violencia del dolor le obliga a encorvarse. Por todas partes corren raudales de negra sangre, todos los combatientes hacen horrible estrago con las armas, y buscan, arrostrando heridas, una honrosa muerte.

Embravécese en lo más recio del combate la amazona Camila, ceñida la aljaba, descubierto un pecho para la lidia, y ora dispara con su mano multitud de flexibles dardos, ora ase con infatigable diestra una poderosa hacha; pendientes de su hombro resuenan el arco de oro y las armas de Diana: si rechazada alguna vez tiene que retroceder, todavía en su fuga vuelve el arco y va asestando flechas. En torno suyo avanza la flor de sus compañeras, la virgen Lavinia, Tula y Tarpeya, que blande una segur de bronce; ítalas todas y que la misma divina Camila eligió para honrarse con ellas, sus fieles auxiliares en paz y en guerra; semejantes a las amazonas tracias, que recorren las márgenes del Termodonte y guerrean con sus pintadas armas ya en derredor de Hipólito, ya cuando la belicosa Pentesilea vuela en su carro, y en pos de ella se embravecen con grandes alaridos sus mujeriles huestes, armadas de lunados broqueles. ¿A quién el primero ¡Oh formidable virgen! a quién el último derribaste con tus dardos? ¿Cuántos cuerpos moribundos postraste en la tierra? Fue el primero Euneo, hijo de Clitio, al cual, como se le pusiese delante, traspasó con su larga pica el descubierto pecho: cae Euneo vomitando arroyos de sangre, muerde la sangrienta tierra, y con las ansias de la muerte se revuelca sobre su herida. Acomete en seguida a Liris y a Págaso, los cuales, en el momento en que el primero, derribado de su caballo, herido en el vientre, se ansía a las riendas, y el segundo acudía en su auxilio, tendiendo al caído una inerme mano, ruedan juntos al suelo. Rueda, a más de ellos, Amastro, hijo de Hipotas, y aunque de lejos, persigue y amaga con su lanza a Tereas, a Harpalico, a Demofoonte y a Cromis. Cada dardo que disparó la virgen costó la vida de un guerrero frigio. Peleaba a gran distancia con desconocidas armas, y montado en un caballo de Apulia, el cazador Ornito: cubría sus anchos hombros una piel de toro, y su cabeza las enormes fauces abiertas de un lobo, con las quijadas guarnecidas de blancos dientes; un agreste venablo arma su diestra: revuélvese en medio de la muchedumbre, y su cabeza entera sobresale por encima de todos. Alcánzale Camila fácilmente, pues ya estaba desbandada su hueste, le atraviesa de parte a parte, y así le dice con saña acerba:

—¿Pensabas Tirreno, que esto era acosar a las alimañas en las selvas? Ya llegó el día en que las armas de una mujer te volviesen al cuerpo tus arrogantes palabras[47]; no será, sin embargo, poca gloria para ti el poder decir a los manes de tus mayores que has sucumbido a las armas de Camila.

Arremete al punto a Orsíloco y a Butes, los dos troyanos de mayor estatura; Butes a caballo hacíale frente, cuando le clavó ella su lanza entre el yelmo y la loriga, en la parte por donde se la descubre el cuello y de que pende la rodela sobre el derecho brazo. Huyendo de Orsíloco a favor de un gran rodeo, córtale de pronto el paso, y a su vez persigue al que la perseguía antes[48]; entonces, irguiéndose en su caballo, descarga su poderosa segur sobre las armas y los huesos del guerrero, que mucho la imploraba; al fiero golpe, rocíanle el rostro los calientes sesos. Sobreviene en esto, y queda inmóvil de terror a la súbita aparición de Camila, un guerrero, hijo de Auno, morador del Apenino, no el último de los Ligures mientras los hados le consintieron ejercitarse en dolos; el cual,

---

47 *Redarguerit*. Podría decirse «te desmintieron», pero lo creo menos expresivo y menos exacto, aunque más noble.

48 Conviene advertir aquí un notable descuido de Hernández de Velasco en su traducción de este pasaje: «Cázale en fin con cauta y diestra maña, / Y cuando vio que era sazón, alzándose / En los estribos...» Los antiguos no conocieron los estribos, cuya invención, a lo que se cree, data del quinto siglo.

en cuanto vio que no le quedaba camino de eludir el combate con la fuga, ni de apartar a la Reina, que ya se le venía encima, discurre un ardid para engañarla, y dícele así:

—¿Qué lauro esperas, mujer, si pones tu confianza en ese brioso caballo? Renuncia a la fuga y ven a probarte aquí en tierra conmigo de igual a igual, en combate de cerca y a pie; pronto verás la gloria que sacas de tu arrogancia.

Dijo. Furiosa Camila y ardiendo en acerbo dolor, da el caballo a una de sus compañeras, y se presta a una lid igual, a pie, desnuda la espada e impertérrita bajo su limpia rodela; mientras el mancebo, persuadido del logro de su estratagema, vuelve las riendas sin perder momento y echa a huir a todo escape, atarazando con los ferrados talones los ijares de su veloz caballo.

—Pérfido Ligur, jactancioso y cobarde, vanamente has recurrido a las mañas propias de tu nación; no te valdrá tu ardid para tornar incólume al lado de tu artero padre Auno.

Dice así la virgen, y veloz como el rayo, se adelanta al caballo en la carrera, y asiéndole el freno, acomete de frente al jinete y se venga de él derramando su enemiga sangre. No con mayor facilidad el gavilán consagrado a Marte persigue, volando desde una alta peña, a la paloma, que en su fuga va a perderse en las nubes, y la ase en fin y la despedaza con sus corvas garras, juntas caen por los aires sangre y arrancadas plumas.

Contemplando en tanto aquellos hechos con cuidadosos ojos el padre de los hombres y de los dioses, sentado en el excelso Olimpo, inflama al tirreno Tarcón en bélico furor y aguija al más alto punto sus iras. Con esto Tarcón, cruzando a caballo en medio de la matanza por entre sus huestes, que ya empezaban a cejar, las alienta con sus palabras, llamando a cada cual por su nombre, y rehace las desbandadas filas.

—¿Qué pavura, qué inercia se ha apoderado de vuestras almas, ¡oh Tirrenos! siempre cobardes, siempre sin vergüenza de vuestra cobardía? ¿Una mujer os dispersa y rompe esas huestes? ¿Para qué esas espadas, qué valen esas inútiles armas en vuestras manos? Pues a fe que no sois flojos en las nocturnas lides de Venus, o cuando la corva flauta os brinda a los coros de Baco y aguardáis los festines y las copas de la abundosa mesa. Sólo eso os gusta; vuestro solo afán es que el favorable arúspice os anuncie los sacrificios y que una pingüe víctima os llame a lo profundo de los sagrados bosques.

Dijo, y decidido a morir, lanza su caballo en medio de los escuadrones enemigos, arremete como un turbión a Vénulo, se abraza con él, le arranca de su corcel y se lo lleva, apretándole con toda su fuerza contra su pecho. Alzase al cielo gran clamoreo, y todos los Latinos fijan sus miradas en Tarcón, que vuela por el campo como un rayo, llevándose al guerrero y sus armas; al mismo tiempo le rompe la ferrada punta de su lanza, y busca los lados descubiertos por donde pueda herirle de muerte, mientras Vénulo relucha y forcejea por apartar de su garganta la mano que le oprime. Cual rojiza águila se remonta llevando clavada en sus garras apresada serpiente, la cual, herida, se retuerce y enrosca, eriza sus escamas y silba, irguiendo la cabeza, sin que por eso la atarace menos el águila con el corvo pico, mientras bate el éter con las alas; no de otra suerte Tarcón triunfante se lleva su presa, arrebatada a la hueste tiburtina. Incitados por el ejemplo y la hazaña de su caudillo, vuelan a la lid los Meonios; entonces Arrunte, predestinado a cercana muerte, empieza a girar cautelosamente alrededor de la veloz Camila, buscando la ocasión propicia de alcanzar con la astucia una fácil victoria. Adonde quiera que se dirige la fogosa virgen por medio de las huestes, allí se dirige Arrunte, siguiendo silencioso sus pisadas; adonde quiera que torna vencedora, dejando atrás al enemigo, allí vuelve el mancebo furtivamente las riendas de su veloz caballo, y por todas partes, sin César un punto, va siempre rodando en pos de ella el traidor, blandiendo en su mano un certero dardo. Por dicha a la sazón se apareció a lo lejos Cloreo, consagrado a Cibeles, y en otro tiempo su sacerdote, todo esplendente con sus magníficas armas frigias, caballero en un espumeante corcel, enjaezado con una piel entretejida de oro y bronce, formando escamas a modo de plumaje: él, vistoso con los vivos colores de su extranjera grana, iba disparando con su ballesta lisia flechas cretenses. Pendiente de los hombros del vate resuena un arco de oro, y de oro es también su almete;

recogidos lleva con un broche de rojizo oro los crujientes pliegues de su amarilla clámide y de su marlota de lino: la aguja había recamado sus vestiduras y sus grebas a la extranjera usanza. Ya fuese por el deseo de suspender en sus templos armas troyanas, ya por el de engalanarse en sus cacerías con aquellas áureas ropas, sólo a Cloreo perseguía la incauta virgen en medio de la recia batalla y por todo el campo, ardiendo en mujeril codicia de aquella presa y de aquellos despojos. Entonces el insidioso Arrunte, que ve llegada la ocasión propicia, blande su dardo, alzando a los dioses esta plegaria:

—¡Oh el más poderoso de los númenes, Apolo! custodio del sagrado Soracte; tú, a quien damos culto los primeros y en cuyo honor hacemos arder perpetuamente hogueras de hacinados pinos; tú, por cuyo favor podemos tus adoradores andar ilesos sobre ascuas, concédeme, Padre omnipotente, borrar este desdoro de nuestras armas. No codicio los despojos ni el trofeo de la debelada virgen ni ningún otro botín; otras proezas me darán fama: con tal que mi dardo destruya esa fiera plaga, me resigno a tornar sin gloria a las ciudades de mi patria.

Oyóle Febo y otorgóle en su mente que lograse una parte de su voto; mas dispersó la otra por las leves auras: concedió a sus preces que postrase con súbita muerte a la desprevenida Camila, mas no que tornase a ver su noble patria: estas palabras se llevaron los notos en sus procelosas alas. Resonó por fin, cruzando las auras, el dispersado dardo; todos los Volscos volvieron hacia la Reina los irritados ánimos y los ojos; ella, empero, no advierte el silbido del dardo en el aire ni le ve venir, hasta que se hincó debajo del cortado seno y se empapó profundamente en su virgínea sangre. Trémulas sus compañeras acuden al punto y sostienen a su desfallecida señora, mientras Arrunte, despavorido, huye de todos, lleno de alegría mezclada con miedo, sin atreverse ya ni a confiar en su lanza ni a arrostrar los dardos de la virgen. Bien así como, antes de que le acosen los enemigos venablos, va corriendo por extraviadas sendas a esconderse en las hondas breñas el lobo que ha dado muerte a un pastor o un gran novillo, y como quien conoce su atrevido delito, todo trémulo, recogida la cola entre las piernas y pegada al vientre, huye a las selvas, no de otra suerte Arrunte, conturbado, se sustrae a la vista de todos, y atento sólo a la fuga, fue a confundirse entre la muchedumbre de los suyos. Camila, moribunda, quiere arrancarse el dardo con la mano; pero la ferrada punta está clavada con honda herida entre las costillas. Doblégase su cuerpo con la gran pérdida de sangre; ciérranse sus ojos con el frío de la muerte, y el color, antes púrpura, abandona su rostro. Entonces, próxima a expirar, habla así a Acca, una de sus compañeras, la que le es más fiel entre todas y con quien solía compartir sus cuidados:

—Hasta aquí, Acca hermana, he tenido fuerzas; ahora me mata esta cruel herida, y todo en torno de mi se cubre de densas tinieblas. Corre y lleva a Turno estas mis postreras palabras; dile que me reemplace en la lid y ahuyente de la ciudad a los Troyanos; ¡y ahora, adiós!

Esto diciendo, suelta las riendas e involuntariamente se desliza del caballo al suelo; luego poco a poco se va la vida desprendiendo de su aterido cuerpo, doblégasele el flexible cuello, su cabeza se rinde al peso de la muerte, deja caer las armas, y exhalando un gemido, huye su indignado espíritu a la región de las sombras. Alzase entonces un inmenso clamor, que va a herir los dorados astros; muerta Camila, enciéndese aún más la lidia; todos a la par, en apiñado tropel se precipitan unos contra otros, los Teucros, los caudillos tirrenos y los escuadrones árcades de Evandro.

Hacía ya tiempo, en tanto, que la ninfa de Diana, Opis, desde la cumbre de un enhiesto monte, contemplaba impávida la batalla. Tan luego como vio a lo lejos, entre los clamores de los enfurecidos mancebos a Camila, víctima de dolorosa muerte, exhaló un gemido y arrancó de lo más hondo del pecho estos lamentos:

—¡Ah! con harto cruel castigo has pagado ¡oh virgen! tu empeño de guerrear contra los Troyanos. No te valió pasar la vida en la soledad de las selvas, dada al culto de Diana, ni ceñir al hombro nuestras saetas. Sin embargo, tu reina no te abandona sin gloria en este último trance, ni tu muerte quedará desconocida y oscura entre las gentes, ni pasarás por la ignominia de no haber sido vengada, pues sea quien fuere el que ha herido tu sagrado cuerpo, lo pagará con la muerte, que tiene

merecida.

A la falda de un alto monte se alzaba un gran túmulo de tierra, sepulcro de Derceno, antiguo rey Laurento, cubierto por una sombría encina; allí fue donde se dirigió primero con rápido vuelo la bellísima diosa, y buscando con los ojos a Arrunte desde el alto túmulo, no bien le hubo visto, resplandeciente con sus armas y muy engreído de su fácil proeza.

—¿Por qué andas así tan huido? —le dijo—; encamina aquí tus pasos, ven aquí a morir, ven a cobrar el premio debido al matador de Camila. ¡Y que tú también hayas de sucumbir a los dardos de Diana!…

Dijo así la ninfa tracia, y sacando de la áurea aljaba una voladora saeta, tendió airada el arco, apartándolo de sí gran trecho, hasta que dobladas sus dos empulgueras, vinieron a juntarse, teniendo ella a la par asido con la mano izquierda el casquillo, y sujeta la cuerda al seno con la diestra: de súbito Arrunte oye a un tiempo mismo el crujir del dardo y el son del aire, y va el hierro a hincarse en su cuerpo; sus compañeros le abandonan, dando entre gemidos las últimas boqueadas en el desconocido polvo de los campos. Opis se remonta en sus alas al etéreo Olimpo.

Huye la primera, perdida su señora, la caballería ligera de Camila; huyen los Rútulos, huye el impetuoso Atinas; desbandados, confundidos, caudillos y escuadrones sólo atienden a ponerse en salvo, y revuelven a escape sus caballos hacia las murallas. Ninguno es poderoso a atacar ni a hacer frente a los Troyanos, que los van acosando y causándoles fiera mortandad; antes todos llevan pendientes de los desfallecidos hombros los arcos desarmados; el casco de los caballos bate en su carrera el polvoroso campo. Rueda el polvo en negros torbellinos hasta los muros, donde las matronas, subidas en las atalayas, alzan hasta los astros sus mujeriles clamores, golpeándose los pechos. Los primeros que en su fuga se precipitan a las puertas francas, caen arrollados por el tropel de enemigos que se les viene encima, y no logran esquivar una miserable muerte; antes en los mismos umbrales, dentro de las murallas de su patria, en el seguro de sus propias casas, exhalan las vidas acuchillados. Unos cierran las puertas y no se atreven a franquear el paso a sus compañeros ni acogerlos en los muros a pesar de sus ruegos; hácese una espantosa carnicería de los que con las armas impiden la entrada y de los que se precipitan sobre ellos. Rechazados de la ciudad, a la vista de sus llorosos padres, unos, arrastrados por las desbandadas reliquias de los suyos, caen despeñados y revueltos en los hondos fosos; otros, ciegos y despavoridos, embisten a rienda suelta contra los muros y van a estrellarse con sus caballos en las herradas puertas. Las mismas matronas, en aquel desesperado trance, luego que vieron desde los muros a Camila, movidas de verdadero amor patrio, empiezan a arrojar proyectiles con trémula mano; a falta de hierro, precipitan maderos y estacas de duro roble, endurecidas a fuego; y son las primeras en el ardiente deseo de morir en defensa de la ciudad.

Acca, en tanto, lleva a Turno, emboscado en la selva, la horrible nueva de aquel gran desastre, que le llena de terror; dícele cómo se habían desbandado las huestes volscas con la muerte de Camila; cómo furioso el enemigo, se venía encima, y con el favor de Marte los arrollaba todo; cómo, en fin, tenía ya consternada a la ciudad misma. ciego de furor (así lo dispone el terrible numen de Júpiter), abandona el angosto desfiladero y sale del fragoso bosque. No bien había dejado aquel punto y ocupado el llano, cuando entra el caudillo Eneas en la espesura, ya libre de celadas, traspone el monte y sale de la opaca selva; de esta suerte ambos se encaminan a la ciudad rápidamente con todas sus fuerzas y separados por pocos pasos de distancia; a un tiempo mismo Eneas descubrió a los lejos los campos cubiertos, a manera de humo, de una espesa polvareda, y divisó los escuadrones laurentinos, y Turno reconoció por sus armas al formidable Eneas, y oyó las pisadas de los peones y el relincho de los caballos. Y en aquel mismo punto hubieran trabado la batalla y probado la suerte de las armas, si ya el rosado Febo no bañara en el mar iberio sus cansados caballos, y declinando ya el día no trajese la oscuridad de la noche. Uno y otro sientan sus reales delante de la ciudad y los cercan de empalizadas.

LIBRO XII

Acepta Turno el combate singular a que le desafía Eneas para terminar la guerra, y se ajustan solemnes pactos, en cuya virtud obtendrá el vencedor la mano de Lavinia y el cetro del Lacio.—Persuade Juno a Iuturna que rompa aquellos tratos y suscitando un falso presagio, con el que mueve a Tolumnio a disparar un dardo contra los troyanos provoca entre los dos ejércitos una furiosa refriega en que es herido Eneas.—Aprovecha Turno su ausencia para hacer espantoso estrago en los troyanos.—Sanado Eneas por unas hierbas que le envía su madre Venus, vuelve al campo de batalla, donde vanamente busca a Turno, a quien su hermana Iuturna, bajo la figura del auriga Metisco, aleja del combate. Irritado con esto Eneas, aproxima su gente a la ciudad para dar el asalto.—Desesperada la reina Amata, se ahorca en su palacio.—Decídese por fin Turno a medir sus armas con Eneas bajo tristísimos auspicios, y después de un largo y terrible combate, sucumbe, traspasado por la espada del héroe troyano, inmolado a los manes de Palante.

Viendo Turno a los Latinos, quebrantados por sus desastres en la guerra, decaer de ánimo, reclamarle el cumplimiento de sus promesas y que todos fijan en él sus miradas, arde con indecible coraje y da nuevos bríos a su esfuerzo. Cual en los campos africanos un león a quien los monteros han abierto ancha herida en el pecho, se apresta a vengarse, pasada la primera sorpresa, sacude arrogante la larga melena en la cerviz, rompe impávido el hincado venablo del artero cazador y ruge con sangrientas fauces; no de otra suerte se desliza el furor en el abrasado pecho de Turno, que fuera de sí, dirige al Rey estas palabras:

—Pronto está Turno a la lid; no hay para qué retracten sus palabras los cobardes Troyanos, ni rehúsen cumplir lo pactado. Yo vuelvo al campo; tú ¡oh padre! ofrece sacrificios a los dioses, y dicta las condiciones del duelo. O con esta diestra precipitaré en el Tártaro al Troyano, desertor del Asia (Latinos, asistid impasibles y confiados al combate), y yo solo con mi espada vengaré el común ultraje, o domínenos vencidos, y suya sea mi prometida Lavinia.

Con reposado continente le responde el rey Latino:

—¡Oh animosísimo mancebo! Cuanto tú descuellas en heroico ardimiento, tanto debo yo proceder con maduro consejo y pesar prudentemente todas las eventualidades. Posees el reino de tu padre Dauno y muchas ciudades ganadas por tu esfuerzo; cuentas también con el oro y la voluntad del rey Latino. Otras vírgenes hay en el Lacio y en los campos laurentinos, cuyo linaje no desmerece del tuyo; permíteme, pues, que, depuesto todo engaño, te diga cosas duras, y grábalas bien en tu mente. No me era lícito unir a mi hija a ninguno de los antiguos pretendientes; así me lo decían a una los dioses y los hombres. Vencido del amor que te profeso, vencido del parentesco que nos une y del llanto de mi afligida esposa, rompí todos los lazos y arrebaté a mi futuro yerno, Eneas, la esposa que le había prometido, y moví contra él impía guerra. Viendo estás ¡oh Turno! cuántos duros trances, cuántas guerras me ha arrancado aquella resolución; cuántos afanes te cuesta a ti el primero. Dos veces vencidos en recia batalla, apenas guardamos seguros en esta ciudad las esperanzas de Italia; todavía están calientes con nuestra sangre las aguas del Tíber y las dilatadas campiñas blanquean nuestros huesos. ¿A qué recuerdo esto tantas veces? ¿Cuál locura tuerce sí mis pensamientos? Si, muerto Turno, estoy dispuesto a llamar a esos nuevos aliados, ¿Por qué más bien no ceso en estas guerras antes de que ellas te paren daños? ¿Qué dirán mis deudos los Rútulos, qué dirá el resto de Italia, si (¡ojalá desmienta la Fortuna mis palabras) te ocasiono la muerte a ti, que me pides mi hija y mi alianza? Considera los varios trances de la guerra; ¡Compadécete de tu anciano padre, que lejos de ti arrastra una triste vida en su patria Árdea!

No se doblega con estas palabras la violenta condición de Turno; antes bien con el remedio se exacerba y encona su mal. Apenas pudo hablar, replicó en estos términos:

—Depón, ¡oh el mejor de los reyes! depón, yo te lo ruego, ese cuidado que te tomas por mí, y déjame morir por la gloria. También yo ¡oh padre! sé esgrimir las armas con no flaca diestra; también brota sangre de las heridas que yo abro. Alguna vez no tendrá al lado Eneas a la diosa su madre para que con una nube le cubra en su medrosa fuga como a una mujer, escondiéndose ella también en vanas sombras.

Lloraba entre tanto la Reina, aterrada con aquellos nuevos aprestos de guerra, y moribunda sujetaba entre sus brazos a su impetuoso yerno, diciéndole:

—¡Oh Turno! por estas lágrimas, por el honor de Amata, si en algo le tienes, yo te ruego que no me arrebates la sola esperanza, el único arrimo de mi desvalida ancianidad; tú eres la gloria y la fuerza del rey Latino; en ti estriba nuestra decadente casa. Una sola cosa te ruego; renuncia a trabar batalla con los Teucros. La suerte, sea cual fuese, que te está reservada en este trance, esa misma ¡oh Turno! me esté reservada a mí; juntamente contigo abandonaré esa odiosa luz del día, ni cautiva veré a Eneas ser mi yerno.

Inundadas de lágrimas las mejillas, oyó Lavinia estas palabras de su madre, y aumentando con ellas el rubor que abrasaba su frente, se extendió en un momento por todo su encendido rostro. Cual el índico marfil se tiñe de roja púrpura, o cual se coloran las blancas azucenas mezcladas entre muchas rosas, tal brillaba encendido el rostro de la virgen. Clava Turno en ella los ojos, y el amor conturba sus sentidos, con lo que inflamado más y más su bélico ardimiento, dirige a Amata estas breves palabras:

—¡Oh madre! yo te lo ruego, no me hostigues con tus lágrimas ni con esos terribles agüeros en el momento en que voy a arrostrar los trances del duro Marte; no es ya en mano de Turno demorar el plazo de su muerte. Idmón, ve de mensajero a anunciar al tirano Frigio estas mis palabras, que a fe no le serán gratas: Cuando la aurora del día de mañana colore el cielo con las púrpuras ruedas de su carro, no saque a los Teucros contra los Rútulos, descansen las armas de Teucros y Rútulos; dirimamos los dos esta guerra con nuestra sangre, y gane en el campo de batalla uno de los dos por esposa a Lavinia.

Dicho esto, retiróse al punto a su palacio, pidió sus caballos y se regocijó viéndolos estremecerse de gozo ante él; caballos preciosos, que la misma Oritia diera en otro tiempo a Pilumno, y que aventajaban a la nieve en blancura, y en velocidad a las auras. Rodéanlos sus diligentes aurigas, que con las huecas palmas les baten el pecho y les peinan las largas crines. Viste en seguida de oro y blanco latón, cíñese la espada, embraza el escudo y corona su cabeza con dos rojos penachos[49]; espada que el mismo dios ignipotente forjara para su padre Dauno y templara aún candente en las ondas Estigias. Ase en seguida con briosa mano recia lanza que pendía de una alta columna en medio de su palacio, despojo del aurunco Actor, y exclama blandiéndola:

—Ya es llegado el gran momento, ¡Oh lanza, que jamás burlaste mis deseos! Tiempo fue en que te empuñaba el grande Actor; hoy te empuña Turno. Concédeme debelar el cuerpo y destrozar con pujante mano izquierda la arrancada loriga de aquel medio hombre frigio, y manchar en el polvo sus cabellos rizados con caliente hierro y perfumados con mirra.

Así se agita furioso, y de su rostro todo saltan chispas; fuego brotan sus feroces ojos. No de otra suerte, cuando se apresta a su primera lucha, lanza un toro terribles mugidos y prueba irritado

---

49 «*Simul aptat habendo / ensemque clipeumque et rubrae cornua cristae.*» Aquí tenemos uno de tantos casos de la inferioridad de nuestras lenguas con respecto a la latina, sobre todo en punto a concisión y nervio. Con un solo verbo —*aptat*— rige el poeta los tres sustantivos —*ensem, clipeum, cristae*—; en castellano, el régimen exige para cada uno un verbo distinto. De aquí la necesidad a veces de emplear varias palabras donde el poeta no pone más que una, lo cual parece redundancia, y no siempre lo es, como en este ejemplo. Tres verbos emplea igualmente aquí Hernández de Velasco: «*Ármase* luego Turno de su cota, / … *ciñe* su espada, / … / Y *pónese* su yelmo y rojas plumas.» Y todavía este hábil traductor añade de su cosecha lo del yelmo, que se supone, pero no está en el texto.

las astas topando el tronco de un árbol, desgarra el viento a cornadas, y con la arena que esparcen sus pies preludia la pelea.

Entre tanto Eneas, vestidas las armas que le diera su madre, se inflama no menos en fiero ardor bélico y da rienda suelta a su ira, regocijándose, empero, a la idea de terminar la guerra con el pactado duelo. Consuela a sus compañeros, y desvanece los temores del afligido Iulo, declarándoles lo que tiene anunciado el destino; en seguida manda que fieles mensajeros lleven su respuesta al rey Latino, y las condiciones de la paz.

Apenas la aurora del siguiente día doró con su resplandor las cimas de los más altos montes, a la hora en que los caballos del sol asoman levantándose del profundo abismo del mar, soplando por la erguida nariz torrentes de luz, Rútulos y Teucros en número igual estaban ya disponiendo bajo los muros de la gran ciudad el palenque para el duelo. Levantan en el centro hogueras y altares de césped en honor de sus comunes dioses; otros, cubiertas las cabezas con velos de lino y ceñidas de verbena las sienes, llevaban el agua y el fuego para los sacrificios. Sale el primero el ejército ausonio, cuyas armadas haces se extienden por el llano desde las puertas que llenan su muchedumbre; en seguida todo el ejército troyano y el tirreno, con diversas armas, se precipitan también de sus reales, no de otra suerte armados cual si los aguardase recia batalla: por entre las apiñadas filas circulan rápidamente, con vistosos arreos de oro y púrpura, los capitanes Mnesteo, del linaje de Asáraco, y el fuerte Asilas y Mesapo, domador de caballos, hijo de Neptuno; luego que a una señal dada, cada cual se retira al espacio que le está señalado, todos hincan las lanzas en tierra y reclinan en ellas los escudos: entonces las matronas, aguijadas de gran curiosidad, y el vulgo inerme y los débiles ancianos se agolpan a las torres y a los tejados de las casas, mientras otros trepan a las más altas puertas de la ciudad y del campamento.[50]

Entre tanto Juno, desde la cumbre del monte que hoy se llama Albano, y que a la sazón no tenía nombre, ni culto, ni gloria, contemplaba todo el campo, y las dos huestes de Laurentinos y Troyanos, y la ciudad del rey Latino; luego de repente habló así a la hermana de Turno, diosa también, que preside en los lagos y en los sonoros ríos; sacro honor que le concediera Júpiter, alto rey del éter, en pago de su robada virginidad:

—Ninfa, ornamento de los ríos, gratísima a mi ánimo, bien sabes cómo entre todas las vírgenes latinas que han subido al lecho infiel del magnánimo Júpiter, tú eres la que he preferido y a quien he dado gustosa un lugar en el cielo; oye ahora, ¡Oh Iuturna! y no me inculpes por ello, el dolor que te aguarda. Mientras la fortuna parecía consentirlo, y permitían las Parcas que todo cediese al Lacio, cubrí con mi égida a Turno y tus murallas; ahora veo al mancebo próximo a arrostrar desiguales trances, y que se acerca el día que le han señalado las Parcas y la enemiga fuerza del hado. Yo no puedo ver con mis ojos esa lid ni los pactos que le seguirán; tú, si algo grande osas hacer por tu hermano, hazlo; debes hacerlo; acaso lleguen mejores días para los desgraciados.

Oído que hubo estas palabras, rompió Iuturna a llorar, y tres y cuatro veces se golpeó con la mano el hermoso pecho.

—No es ocasión esta de lágrimas —prosiguió la hija de Saturno—; date prisa, y si puedes, libra a tu hermano de la muerte, o provoca de nuevo la guerra y rompe los recientes pactos. Mío es este atrevido pensamiento.

Después de exhortarla así, dejóla indecisa y conturbada la mente con tan dolorosas nuevas.

Salen en tanto los dos reyes: Latino, ceñidas las sienes de una corona de doce refulgentes rayos de oro, imagen de su abuelo el Sol, va en un soberbio carro que arrastra una cuadriga, y Turno

---

50 Contra mi costumbre, me he tomado aquí una libertad de interpretación, suponiendo que, aguijadas de igual curiosidad las matronas troyanas y las de Laurento, unas y otras se subieron a las altas puertas para presenciar el combate. El poeta sólo dice *portis sublimibus*, lo cual no excluye, y más bien parece comprender, a las de la ciudad y a las del campamento, sobre todo, después de haber dicho en el verso anterior *turres et tecta domorum*. Los tejados sólo pueden referirse a la ciudad, pero las torres podían muy bien ser las del campamento.

en otro, tirado por dos caballos blancos, blandiendo en su mano dos dardos de anchas puntas de hierro. Deja en seguida los reales y va a su encuentro el caudillo Eneas, origen de la romana estirpe, espléndido con su rutilante escudo y sus divinas armas, acompañado de Ascanio, otra esperanza de la gran Roma[51]; el sumo sacerdote, vestido de blanco, lleva en sus brazos un lechoncillo y una cordera de largo vellón, y los conduce a las encendidas aras. Vueltos los ojos al sol naciente, traen ambos reyes la sagrada mola, cortan con un cuchillo la cerviz de las reses, y con las copas hacen libaciones en los altares. Entonces el piadoso Eneas, desenvainando el acero, prorrumpe en estas preces:

—Sedme ahora testigos, ¡oh sol y oh tierra de Italia, que invoco y por la que tantos y tan grandes afanes he arrostrado! y tú, ¡oh padre omnipotente, y oh Juno, hija de Saturno, diosa a quien ruego que me seas menos adversa! y tú, ¡oh ínclito Marte, que riges con tu numen todas las guerras; y oh fuentes y ríos, y oh vosotras, divinidades todas del alto éter y del cerúleo ponto! Si la fortuna diere la victoria al ausonio Turno, los vencidos se retirarán a la ciudad de Evandro. Iulo abandonará estos campos, y los soldados de Eneas nunca harán armas contra ellos como rebeldes ni talarán a hierro estos reinos; pero si la victoria se declarase en favor de nuestras armas (como lo creo, y ¡ojalá confirmen los dioses mi creencia!), no mandaré a los Ítalos que obedezcan a los Teucros, ni reinaré sobre ellos; regidas por las mismas leyes ambas invictas naciones, se unirán con eterna alianza. Yo daré a Italia nuestro culto y nuestros dioses; mi suegro Latino conservará sus armas, conservará su solemne imperio, y los Teucros me edificarán una ciudad, a la cual dará Lavinia su nombre.

Habló así primero Eneas; luego prosiguió Latino en estos términos, alzando al cielo los ojos y las manos:

—Yo también ¡oh Eneas! juro por la tierra y el mar y las estrellas, por los hijos de Latona y por el bifronte Jano, por el poder de los dioses infernales y por los santuarios del inexorable Dite. Oiga estas palabras el supremo Padre, que sanciona los pactos con su rayo. Con la mano en el ara, pongo por testigos a estos fuegos sagrados y a todos los númenes de que en ningún tiempo, suceda lo que suceda, quebrantarán los Ítalos esta paz, estos pactos, que acepto con libre voluntad; juro que ninguna fuerza bastará nunca a apartarme de ellos, aun cuando un diluvio anegara la tierra y el firmamento se desplomara en el Tártaro. Mi palabra es como este cetro —pues a la sazón lo tenía en la diestra—, que nunca ya brotará ramas, ni dará sombra, desde que, cortado de raíz en la selva, perdió su madre la tierra y a impulso de la segur depuso cabellera y brazos; árbol en otro tiempo, hoy en la mano del artífice le ha guarnecido de magnífico bronce, y dádole a empuñar a los reyes latinos.

Con tales palabras afirmaban aquella alianza, en presencia y en medio de sus próceres; en seguida, conforme a los ritos, degüellan en la llama las sagradas víctimas, arráncanles aún vivas las entrañas y aglomeran en los altares bandejas cargadas de ofrendas.

Tiempo ha ya, empero, que aquel combate empieza a parecer desigual a los Rútulos, agitados de varios movimientos; y ahora, que lo ven tan cercano, consideran más que nunca desproporcionadas las fuerzas de los dos rivales. Aumentan sus temores el aspecto de Turno, que se adelanta con callado paso y se postra ante el altar, bajos los ojos, marchito el rostro y cubierto de palidez su cuerpo juvenil. Apenas vio su hermana Iuturna que iban creciendo aquellos rumores y mudándose las volubles disposiciones de la multitud, tomó la figura de Camerto, guerrero de alta prosapia, cuyo nombre hicieran célebre el gran valor de su padre y su propio esfuerzo, y metiéndose por medio de las filas, va sembrando con maña varios rumores, diciendo:

—¿No os da vergüenza ¡oh Rútulos! exponer por vosotros todos las vida de un solo hombre? ¿No les igualamos en número y fuerzas? Helos a todos allí, Troyanos y Árcades, y la Etruria, hueste fatal, conjurada contra Turno. Si peleamos con ellos uno a uno, apenas tendremos enemigos para todos. Hasta los mismos dioses llegará la fama del que se consagre en sus aras, y su nombre correrá

51 *Magnae spes altera Romae*. La tradición escolar atribuye estas palabras a Cicerón, suponiendo que se las arrancó el entusiasmo, con aplicación al mismo Virgilio, mientras oía leer unos versos suyos. Me parece cuento.

en vida de boca en boca, una vez perdida la patria, tendremos que obedecer a unos soberbios dominadores, en premio de estarnos ahora tendidos y ociosos en nuestros campos.

Estas razones inflaman más y más a la juventud guerrera; sordo murmullo circula por las huestes; múdanse las voluntades, los mismos Laurentinos, los Latinos mismos, que antes esperaban el término de la guerra como la salvación del Estado, piden ahora armas, reclaman el rompimiento de los pactos y se conduelen de la injusta suerte de Turno. A estos elementos de discordia añade Iuturna otro mayor, cuya señal da en el alto cielo, suscitando un prodigio, que exaltó al más alto punto la imaginación de los Ítalos. Ocurrió, pues, que volando por el inflamado éter la roja ave de Júpiter, perseguía a los pájaros de las riberas y a la resonante turba del batallón alado, cuando de pronto, desplomándose feroz sobre las olas, arrebató en sus garras un hermosísimo cisne. Recobráronse los Ítalos al ver ¡oh portento! cómo todas las aves, reuniéndose con grandes clamores y oscureciendo el éter con sus alas, acosan al enemigo, apiñadas a manera de negra nube por las auras, hasta que vencido por su empuje y por el peso de su presa, la soltó de las garras, dejándola caer en el río, y huyendo fue a internarse en el firmamento. Saludan los Rútulos con gran clamoreo aquel agüero y empuñan las armas. El augur Tolumnio el primero exclama:

—Esto era, esto era lo que tantas veces pidieron mis votos; acepto el presagio y reconozco en él la voluntad de los dioses; seguidme, esgrimid las espadas, infelices a quienes un pérfido extranjero tiene aterrados con esta guerra, como a una bandada de débiles aves. A viva fuerza tala hoy vuestras playas; mas pronto apelará a la fuga, dando la vela a lejanos mares. Vosotros unánimes agrupaos en recio tropel y acudid a defender con las armas al Rey que os arrebatan.

Dijo, y adelantándose, disparó un venablo contra los enemigos que tenía enfrente; resuena el rechinante proyectil y certero corta las auras; álzase al propio tiempo un clamor, revuélvense todas las huestes y el tumulto enardece los corazones. Va el asta en su vuelo a caer casualmente en medio de los nueve hermosísimos hermanos, habidos por el árcade Gilippo de una tirrena, su fiel esposa, e hiriendo a uno de ellos, gallardo mancebo, cubierto de lucientes armas, allí donde el sutil tahalí ciñe el vientre y donde la hebilla muerde los dos cabos de la corres, le atraviesa las costillas y lo derriba en la roja arena. Sus hermanos, animosa falange, inflamados por el dolor y ciegos de ira, se precipitan unos con espada en mano, otros blandiendo sus dardos: salen a su encuentro las escuadras laurentinas; en seguida se lanzan como un torrente en apiñado tropel los Troyanos, los Etruscos y los Árcades con sus pintadas armas; un mismo bélico furor arrastra a todos. Ruedan los altares; una tempestad de dardos oscurece el cielo; una lluvia de hierro cae sobre ambos ejércitos. Llévanse las aras y los vasos sagrados; huye el mismo rey Latino, llevándose los dioses ultrajados por el impío rompimiento de los pactos. Unos enganchan los carros o montan de un salto a caballo, y espada en mano acuden a la lid. Mesapo, impaciente por romper las paces, embiste con su caballo al rey tirreno Aulestes, que llevaba las insignias reales; cae este al choque cuando se disponía a retroceder, y tropezando en los altares, va a dar de cabeza y con los hombros en medio de ellos; acude con su enorme lanza el fogoso Mesapo, y cogiéndole entre los pies de su caballo y alanceándole a pesar de sus súplicas, exclama así:

—Muerto es ya; ¡esta es la mejor víctima que hemos ofrecido a los grandes dioses!

Acuden los Ítalos y despojan su cadáver caliente todavía. Corineo coge del ara un tizón y abrasa con él la cara a Ebuso, que acudía sembrando estrago; prende la llama en su larga barba, de que se exhala un fuerte olor; precipítase en seguida Corineo sobre su conturbado enemigo, y asiéndole de la cabellera con la izquierda, lo derriba en tierra, y sujetándolo así con la rodilla, le hinca en el costado la recia espada. Podalirio acosa de cerca con el acero desnudo al pastor Also, que en la primera fila se precipitaba por en medio de los dardos; mas este, revolviendo la segur, le divide por mitad la frente y la barba, y con su vertida sangre riega sus armas. Un duro reposo y un sueño de hierro abruma sus ojos, que se cierran para eterna noche.

En tanto el piadoso Eneas, desnuda la cabeza, tendía a los suyos la desarmada diestra y los llamaba a gritos, diciéndoles:

—¿A do os precipitáis? ¿Qué súbita discordia es esta que se suscita? ¡Ah! ¡Refrenad las iras! ajustados están ya los pactos, arregladas todas las condiciones; sólo yo tengo derecho para lidiar; dejadme que acuda a la lid y deponed todo temor; yo afianzaré el tratado con mi mano; estos sacrificios me aseguran que mediré mis armas con Turno.

Esto decía, cuando de pronto llega silbando y le hiere una saeta, disparada no se sabe por quién, traída no se sabe por qué empuje. Ignórase cuál azar o cuál dios diera a los Rútulos tamaña prez; perdida fue la gloria de aquella proeza, pues ninguno se jactó de haber herido a Eneas.

Turno, viendo a Eneas retirarse del campo y conturbados a sus caudillos, arde en súbita esperanza; pide sus caballos y sus armas, de un salto se precipita soberbio en su carro y ase las riendas. En su rápida carrera da muerte a multitud de fuertes guerreros, derriba a muchos medio muertos, arrolla con su carro los batallones y clava en los fugitivos las lanzas que les ha arrebatado. Cual el sanguinoso Marte, cuando en la margen del helado Hebro golpea enfurecido su escudo y provocando guerras, lanza sus ardientes caballos, que vuelan por el tendido campo dejando atrás a los notos y al céfiro; treme al batir de los cascos la Tracia hasta en sus últimos confines, y giran en torno, comitiva del dios, el negro Miedo, las Iras, las Asechanzas; tal en lo más recio de la pelea aguija Turno ufano sus caballos humeantes de sudor, insultando a sus enemigos miserablemente sacrificados; el rápido casco de sus caballos esparce sangriento rocío y estampa sus huellas en la tierra empapada de sangre. Ya había dado muerte a Esténelo, a Tamiris y a Folo; a estos dos cuerpo a cuerpo, al primero de lejos; de lejos también a Glauco y Lades, hijos de Imbraso, a quienes su mismo padre había criado en la Licia y vestido de iguales armas, y enseñándoles a pelear y a correr a caballo más veloces que el viento. Precipítase por otra parte en medio de la lid Eumedes, hijo del viejo Dolón, raza preclara en armas; revivían en él, con el nombre de su abuelo, el valor y esfuerzo de su padre, el cual, en otro tiempo, habiéndose metido como espía en los reales de los Griegos, osó reclamar por merced el carro del hijo de Peleo; pero otro premio dio el de Tideo a su proeza y ya no aspira Dolón a los caballos de Aquiles. Apenas le hubo divisado turno a los lejos en el dilatado campo, fuéle en vano persiguiendo largo trecho con una ligera lanza; logrando al fin atajar su tiro, salta del carro y derriba a Eumedes medio muerto, se precipita sobre él, y poniéndole un pie en el cuello, le arranca la espada de la diestra y se la hunde centelleante en la garganta, exclamando:

—Estos son, ¡oh Troyano! estos son los campos, esta es la Hesperia que has venido a conquistar y que ahora mides con tu cuerpo postrado en tierra; este es el premio reservado a los que osan provocarme con la espada; ¡así levantan murallas!

Asesta en seguida un dardo y envía a Asbutes a acompañar a Eumudes y también a Cloreo, s Sibaris, a Dares, a Tersíloco y a Timetes, arrojado por la cerviz de su arrodillado corcel. Cual al empuje del Bóreas que sopla del monte Edón, retumba el mar Egeo y refluyen las olas hacia la playa y se disipan las nubes en el cielo, tal cejan y sucumben arrollados los escuadrones troyanos por donde quiera que acomete Turno y se abre paso; su propio ímpetu le arrebata, y el aura que sopla de frente a su carro le agita el flotante penacho. No pudo Fegeo llevar en paciencia tanta audacia y tales bríos y echándose al encuentro del carro, asió del espumante freno a los velocísimos caballos, torciéndoles la carrera; y mientras arrastrado por ellos, y colgado del yugo, descubre el pecho, alcánzale la poderosa lanza de Turno, que rompiéndole la recia loriga, le hiere ligeramente; él, empero, cubriéndose con su broquel y vuelto de cara a su enemigo, dejábase arrastrar espada en mano, gritando socorro, hasta que el rápido empuje del eje le precipita al suelo y le atropellan las ruedas; Turno entonces va a él y de un revés, dado entre el almete y el peto, le corta la cabeza y abandona en la arena el inerte tronco.

Mientras Turno vencedor hace en el campo de batalla tales estragos, Mnesteo, el fiel Acates y Ascanio se llevaban a los reales a Eneas ensangrentado y apoyándose a cada paso en su larga lanza. Lleno de ira, pugna por arrancarse del muslo el roto dardo y pide socorro, pero pronto, ¡pronto! ¡que le sajen la herida con una ancha espada; que le abran un hondo boquete para extraer la punta; que le restituyan pronto a la pelea! Ya se hallaba junto a él Iapis, hijo de Iaso, predilecto de Febo, a

quien en otro tiempo el dios, llevado de un vehemente amor, dio ufano sus artes y todos sus dones, los agüeros, la cítara y las veloces saetas; él, por prolongar la vida de su desahuciado padre, prefirió conocer las virtudes de las hierbas y los usos de la medicina, y ejercer este arte calladamente y sin gloria. Bramaba Eneas rabioso, apoyado en su robusta lanza, rodeado de una multitud de guerreros y del desconsolado Iulo, inmóvil y anegado en lágrimas, mientras el anciano Iapis, recogido atrás el manto a la manera de los alumnos de Esculapio, cata vanamente con trémula y sabia mano la herida y le aplica las poderosas hierbas de Febo; vanamente también tira del dardo con la diestra y aun logra asirle con recia tenaza. Ni la fortuna le abre camino, ni le asiste su maestro Apolo; y en tanto crece por momentos el horror de la batalla, y amenaza más de cerca el peligro. Ya ven el cielo cubierto de polvo; ya llega la caballería de Turno y cae en medio de los reales una densa lluvia de dardos; hasta los astros sube el triste clamor de los guerreros y de los que sucumben al rigor del duro Marte. Entonces Venus, condolida del inmerecido penar de su hijo, va a coger en el cretense Ida las vellosas hojas y la purpúrea flor del díctamo, bien conocido de las cabras monteses, heridas por veloz saeta. Trájolas Venus, envuelta en oscura niebla, las deslíe con agua en una fúlgida copa, les infunde ocultas virtudes y rocía el remedio con el saludable zumo de la ambrosía y con la fragante panacea; lava el anciano Iapis con él la llaga, sin conocer las virtudes, y de pronto huye del cuerpo todo el dolor; restáñase la sangre en el fondo de la herida, y siguiendo de suyo a la mano sin esfuerzo alguno, despréndese la saeta y Eneas recobra el usado vigor.

—¡Luego, luego, aprontad sus armas al héroe! ¿Qué os detiene? —exclama Iapis, el primero en inflamar los ánimos contra el enemigo—; no es obra de humano auxilio ni de arte maestra esto que habéis visto; no es mi mano ¡oh Eneas! la que te salva; obra es de la fuerza superior de un dios, que te reserva a mayores empresas.

Sediento de lidiar, cíñese el héroe las áureas grebas; maldice toda demora y vibra la lanza; luego que ha embrazado el potente escudo y vestido la cota, estrecha a Ascanio entre sus brazos, cubiertos de acero, y besándole amorosamente la cabeza cuanto se lo consintió el ceñido yelmo, le habló de esta manera:

—¡Aprende, hijo, de mí, valor y verdadera fortaleza; de otros fortuna![52] Mi diestra va ahora a lidiar en tu defensa, y luego te asociará al glorioso galardón de estos afanes. Tú, cuando llegues a la edad madura, acuérdate de mis hechos, y alientes tu ánimo a seguir el ejemplo de los tuyos, la memoria de tu padre Eneas y de tu tío Héctor.

Dicho esto, échase fuera del campo en toda su grandeza y majestad, blandiendo una enorme lanza, y con él se precipitan en tropel Anteo, Mnesteo y toda la muchedumbre, abandonando los reales; envuelve el campo densa nube de polvo y retiembla la tierra bajo sus pies. Violes Turno venir desde una altura frontera; viéronlos también los ausonios y un frío terror circuló por la médula de sus huesos. Antes que todos los Latinos, oyólos Iuturna, y conociéndolos por el ruido, huyó despavorida. Vuela Eneas y arrastra su negra hueste por el abierto campo; no de otra suerte rueda hacia la tierra desde la alta mar un turbión desprendido del rasgado firmamento; estremécense los corazones de los míseros labradores, presagiando de lejos ruinas para los árboles, asolación para los sembrados; todo en torno quedará arrasado; delante vuelan los vientos, llevando sus rugidos hasta las playas. Tal el capitán troyano impele su escuadrón contra los enemigos; trábanse todos cuerpo a cuerpo en apretados pelotones. Timbreo hiere con su espada al corpulento Osiris, Mnesteo a Arquetio; Acates inmola a Epulón, Gías a Ufente; cae el mismo augur Tolumnio, el primero que asestó sus armas contra los enemigos. Alzase el vocerío hasta el cielo, y desbandados a su vez los Rútulos por los campos, vuelven la espalda al enemigo en polvorosa fuga. No se digna Eneas ni dar muerte a los fugitivos ni acometer a los que esperan a pie firme y todavía le asestan dardos; sólo a Turno busca con afán entre la densa polvareda, sólo con Turno quiere pelear.

Turbada por su espanto la virgen Iuturna, derriba entre los jaeces a Metisco, auriga de Turno, y le abandona a gran distancia, caído del carro, poniéndose ella en su lugar y tomando en un todo la

52 *Disce, puer, virtutem ex me, verumque laborem; fortunam ex aliis.*

voz, el cuerpo, las armas de Metisco. Cual negra golondrina que revolotea alrededor de la gran casa de un rico, recorriendo en su vuelo los altos atrios en busca de menudo pasto para su gárrulo nido, y ora resuena el batir de sus alas en los desiertos pórticos, ora en torno de los húmedos estanques; tal Iuturna va en su carro por en medio de los enemigos, acudiendo a todos lados en su rápida carrera y ostentando, ora aquí, ora allí su triunfante hermano, mas sin dejarle pelear, y logrando así alejarle del campo de batalla. En fuerza de dar no menos vueltas y revueltas, pónesele Eneas delante a cada momento, siempre ansioso de cerrar con él y llamándole a gritos por medio de los rotos escuadrones; cuantas veces consigue echar la vista a su enemigo, o prueba a alcanzar a sus caballos alados para la fuga, otras tantas Iuturna tuerce el siempre contrapuesto carro. Vanamente fluctúa su espíritu en un mar de confusiones sobre lo que ha de hacer ¡ay! en aquel trance; mil varios pensamientos le impelen a encontradas resoluciones. En esto el rápido Mesapo, que llevaba acaso en la izquierda dos flexibles venablos con puntas de hierro, blande uno de ellos y se lo asesta con certera puntería. Párase Eneas y se cubre con sus armas, doblando una rodilla, con lo que fue el venablo a darle en la cimera del almete, llevándose las más altas plumas del penacho. Subió de punto, con esto, su furor; y hostigando con tales insidias, viendo que no cesaban de huir los caballos y el carro de Turno, toma repetidas veces por testigos a Júpiter y a sus altares de aquella violación de lo pactado, y se precipita en mitad de la pelea; y terrible con el favor de Marte, no pone límites a sus estragos y suelta todas las riendas a su cólera.

¿Cuál dios, cuál, inspirará mis cantos para que diga ahora tantos acerbos casos, tantos estragos diversos y tantos caudillos inmolados en el campo de batalla, ya por Turno, ya por el héroe troyano? ¡En tal conflicto te plugo poner, oh Júpiter, a naciones destinadas a vivir en eterna paz! Eneas sin más demora, arremete por el costado al rútulo Sucrón (y esta primera embestida afirma en su puesto a los Troyanos), y con la fiera espada traspasa las costillas y las junturas del pecho, que es la parte por donde más rápido penetra la muerte. Turno echa pie a tierra y pelea con Amico, derribado de su caballo, y con su hermano Diores, a quienes hiere, a aquel con una larga lanza, a este con la espada, y cuelga de su carro las cortadas cabezas de ambos, que se lleva chorreando sangre. Eneas da muerte, en un solo combate, a tres, Talón, Tanais y el fuerte Cetego, y también al triste Onites, guerrero tebano, hijo de Peridia. Turno inmola a unos hermanos que habían venido de la Licia y de los campos de Apolo, y al joven Menetes, nacido en la Arcadia, que en vano aborrecía la guerra, y cuyo oficio era la pesca a orillas del lago de Lerna, donde habitaba una pobre choza, sin conocer las moradas de los poderosos; su padre cultivaba una heredad arrendada. Cual dos hogueras encendidas en los opuestos límites de una seca espesura, entre resonantes ramas de laurel, o como dos espumosos torrentes derrumbados de los altos montes y corren con estruendo por el llano, arrasando uno y otro su camino, no con menor ímpetu se precipitan Eneas y Turno en medio de la batalla: entonces más que nunca arden sus pechos en ira; de ellos se les saltan los jamás vencido corazones, y echan en la matanza el resto de su brío.

Ase Eneas de un enorme peñón, y con él hiere y derriba en tierra a Murrano, muy preciado de su antiguo abolengo, y que se decía descendiente de los reyes latinos; cae bajo las riendas y el yugo de su carro, y atropellado por las ruedas, pisotéanle los ardientes cascos de sus propios caballos, olvidados de que es su amo. Turno cierra con Hilo, que iba a acometerle ciego de furor, y le asesta una lanza en las sienes, cubiertas de un yelmo de oro, atravesándole con ella y dejándosela hincada en el cerebro. No bastó tu diestra para liberarte de Turno, ¡oh Creteo! el más fuerte de los Griegos, ni protegieron a Cupenco sus dioses cuando vino sobre él Eneas, que le abrió el pecho con su pesada espada, sin que aprovechase al mísero la defensa del herrado broquel. También a tí, Eolo, te vieron caer los campos laurentinos y cubrir gran trecho la tierra con tu cuerpo; ¡tú, a quien no pudieron postrar ni las falanges argivas, ni Aquiles, el destructor del reino de Príamo, sucumbes aquí; aquí había señalado el destino término a tu vida; tenías un gran palacio al pie del Ida, un gran palacio en Lirneso; en el suelo laurentino tienes un sepulcro. Todas las huestes, todos los Latinos, todos los Troyanos se traban en fiera lid; Mnesteo, y el impetuoso Seresto, y Mesapo, domador de caballos, y el fuerte Asilas, y la infantería toscana, y la caballería árcade de Evandro, todos luchan

cuerpo a cuerpo con desesperado brío, sin descanso, sin tregua, en grande y recia batalla.

En esto inspiró a Eneas su hermosísima madre la idea de que se dirigiese a la ciudad de Laurento, de que volviese rápidamente sobre ella sus huestes y con súbito estrago confundiese a los Latinos: él, mientras con vivo afán iba persiguiendo a Turno, por medio de los escuadrones y dirigiendo los ojos por todos lados, vio la ciudad segura al lado de tantos horrores e impunemente sosegada. Inflámale al punto la imagen de mayor batalla, y llamando a los capitanes Mnesteo, Sergesto y el fuerte Seresto, se sube a un collado, al que acude el resto de los Troyanos, sin soltar ninguno el escudo ni los dardos, y puesto en medio de ellos, les habla así desde su altura:

—Hágase al punto lo que voy a decir: Júpiter es con nosotros: nadie tarde en obedecerme, pues la empresa requiere gran diligencia. Si hoy esa ciudad, causa de la guerra y capital del rey Latino, no declara que quiere recibir el yugo y obedecer vencida, la destruiré y arrasaré sus humeantes edificios. ¿Por ventura habré de estar aguardando a que plazca a Turno pelear conmigo, y a que, vencido ya, pruebe fortuna segunda vez? Ahí está ¡Oh ciudadanos! la cabeza, ahí el alma de esta nefanda guerra. Traed pronto hachas, y reclamad con incendios el cumplimiento de lo pactado.

Dijo, y todos, impulsados de igual brío, se forman en cuña, y apretados unos contra otros, se encaminan a la ciudad. Aparecen de improviso escalas y hogueras: unos se precipitan a las puertas y acuchillan a los primeros que encuentran; otros disparan dardos, y con su muchedumbre anublan el cielo. Eneas entre los primeros tiende la diestra hacia las murallas y con grandes voces increpa a Latino; toma a los dioses por testigos de que por segunda vez le obligan a lidiar, de que por segunda vez le hostilizan los Ítalos y de que aquel es el segundo pacto que han roto. Suscita se discordia entre los amedrentados ciudadanos; unos quieren que se le entregue la ciudad, que se abran las puertas a los hijos de Dárdano, y traen por fuerza a las murallas al mismo Rey; otros se arman y corren a defender los adarves. No de otra suerte cuando un pastor busca y descubre un enjambre metido en esponjosa peña, y la llena de amargo humo, azoradas las abejas se agitan y discurren por sus reales y se embravecen con grandes zumbidos; ondea el negro y oloroso vapor por sus moradas, resuenan el interior de la peña con sordo murmullo, y sube el humo por el aire vano.

Sobrevino en esto a los fatigados Latinos un desastre que llenó de aflicción a toda la ciudad. La Reina, que ve desde su palacio venir a los enemigos en son de acometer las murallas; que cunde el incendio por las casas, y que no aparecen por parte alguna las huestes rútulas, ni la gente de Turno, cree, infeliz, que éste ha sido muerto en la batalla, y conturbada su mente con súbito dolor, se acusa de ser la causa primera y criminal de tantas desventuras, y fuera de sí, exhalando en gritos mil su desesperación, rasga con su propia mano, destinada a cercana muerte, su purpúreo manto, y suspende de una alta viga el nudo que ha de poner término horrible a su vida. Apenas las míseras Latinas supieron aquella catástrofe, acudieron al palacio en furioso tropel. Lavinia, la primera, se mesa los rubios cabellos y se desgarra las rosadas mejillas; todas alrededor del cuerpo de la Reina, llenan de lastimeros alaridos el palacio. Cunde de allí la horrible nueva por toda la ciudad; acude el rey Latino, rasgadas las vestiduras, anonadado a la vista del cruel destino de su esposa, y de la ruina de su ciudad, y cubriendo de inmundo polvo su cabellera cana, se acusa una y mil veces de no haber acogido antes al dardanio Eneas, y de no haberle, de grado, admitido por yerno.

En tanto el belicoso Turno, en el otro extremo del campo, persigue a algunos pocos desbandados, ya más lento y cada vez menos ufano de la velocidad de sus caballos. Trájole entonces el aura aquel clamoreo de dolor lleno de vagos terrores e hirieron sus atentos oídos el estruendo y el tristísimo murmullo de la conturbada población:

—¡Ay de mí! ¿Qué desastre aflige a la ciudad? ¿Por qué se elevan tales clamoreos de todo su ámbito? —exclama, y párase como insensato, tirando a sí las riendas.

Entonces su hermana Iuturna, que bajo la figura del auriga Metisco, regía el carro, los caballos y las riendas, se vuelve a él y le habla en estos términos:

—¡Oh Turno! demos alcance a los Troyanos por este camino que nos abre nuestra primera victoria: otros defenderán la ciudad. Eneas embiste a los ítalos y les da recia batalla: hagamos

nosotros fiero estrago en los Teucros; no te retirarás del campo ni con menos gente ni con menos honra que Eneas.

Turno le responde:

—¡Oh hermana! pues ya ha tiempo que te reconocí, desde que a favor de un ardid rompiste mis pactos y tomaste parte en esta batalla, vanamente ¡oh diosa! quieres también engañarme en este instante. Mas ¿quién pudo hacerte dejar el Olimpo y arrostrar tamaños afanes? ¿Vienes acaso a presenciar la cruel muerte de tu infeliz hermano? Porque, ¿qué puedo hacer? ¿Qué esperanza me ofrece ya la fortuna? Yo he visto con mis propios ojos sucumbir a impulsos de una gran herida el gran Murrano, el más querido de mis amigos, pidiéndome auxilio. También cayó el infeliz Ufente por no ver mi deshonra, su cuerpo y sus armas están en poder de los Teucros. ¿He de consentir (esto sólo falta a mi ignominia) la destrucción de esa ciudad? ¿No ha de desmentir mi diestra las palabras de Drances? ¿Habré de volver la espalda? ¿Y esta tierra ha de ver a Turno huir? ¿Por ventura es un mal tan grande la muerte? Sedme propicios vosotros, ¡oh dioses del Averno! pues se ha apartado de mi el favor de los númenes celestiales. Alma santa e inocente de este crimen, descenderé a vosotros, siempre digno de mis grandes progenitores.

No bien hubo pronunciado estas palabras, cuando he aquí que llega a escape por en medio de los enemigos, en su caballo cubierto de espuma, Saces, herido de un flechazo en la cara, implorando el nombre de Turno.

—En ti ¡oh Turno! estriba nuestra postrera esperanza: ten compasión de los tuyos. Rayo de la guerra, Eneas amenaza destruir y asolar los altos alcázares de Italia. Ya el incendio vuela por las techumbres: a ti, sólo a ti vuelven el rostro y los ojos los Latinos; el mismo rey Latino titubea y duda cuál yerno elija, a qué alianza se incline: además la Reina, parcialísima tuya, se ha dado con su propia mano desesperada muerte; sólo Mesapo y el fiero Atinas sostienen el combate en las puertas, cercadas de apiñadas huestes y de una horrible valla de espadas desnudas, mientras tú paseas tu carro por esta solitaria pradera.

Confuso Turno con la imagen de aquellos varios desastres, quedó como petrificado, mudo y con los ojos fijos, hirviendo juntamente en su corazón la vergüenza, el frenesí mezclado de dolor acerbo, su amor exaltado por las furias y el sentimiento de su propio valor. Disipadas aquellas primeras sombras y recobrada la luz del entendimiento, vuelve con sombrío ademán los ardientes ojos a las murallas y contempla desde su carro la gran ciudad. Álzase ondeando, de entre las fortificaciones de madera, un furioso remolino de llamas y envuelve una torre que él mismo había labrado con trabados tablones, sustentada por ruedas y defendida por altos puentes.

—Los hados, exclama, los hados triunfan, ¡oh hermana mía! Renuncia a detenerme: volemos adonde un dios y la fortuna adversa me están llamando. Resuelto estoy a pelear con Eneas; resuelto a arrostrar la muerte, por más acerba que sea; no me verás ¡oh hermana! deshonrado por más tiempo; ¡déjame, te ruego, déjame desfogar, antes de morir, esta rabia que me abrasa!

Dijo, y saltando ligero de su carro, precipítase al encuentro de las armas enemigas; abandona a su afligida hermana, y con rápida carrera rompe por medio de las huestes contrarias. cual peñasco derrumbado de la cumbre de un monte, ya impelido del viento, ya de furioso aguacero, ya carcomido su asiento por los años, rueda al abismo con poderoso empuje y rebota en el suelo, arrastrando en su caída selvas, ganados y hombres; tal se precipita Turno hacia los muros de la ciudad por en medio de los toros escuadrones, hollando un suelo hondamente empapado de sangre, entre innumerables dardos, que van silbando por el viento. Hace una señal con la mano, y dice así en alta voz:

—Teneos, ¡oh Rútulos! y vosotros ¡oh Latinos! deponed las armas; sea cual fuere la fortuna que nos aguarda, esa fortuna es la mía; justo es que yo solo pague por vosotros la pena del quebrantado pacto y que lidie yo solo.

Con esto se retiran todos a los lados, dejando en medio un gran espacio.

Entonces el caudillo Eneas, oído el nombre de Turno, sale de la ciudad, abandonando el ataque de las altas torres; no se da tiempo para nada y suspende los trabajos del asedio y rebosando alborozo, hace retumbar con son horrendo sus armas, tan grande y majestuoso como el monte Atos, como el Erix o como el mismo padre Apenino cuando bate el viento sus relucientes encinas y levanta ufano al firmamento su nevada cumbre. Ya, por fin, Rútulos y Troyanos y los Ítalos todos vuelven los ojos al lugar del combate, lo mismo los que guarnecían los adarves que los que estaban batiendo con el ariete el pie de los muros; todos desciñen de sus hombros las armas; el mismo rey Latino contempla suspenso a aquellos dos grandes guerreros, nacidos en diversas partes del orbe, prontos a cruzar el hierro en fiera lid.

Tan luego como vieron el campo libre, arrójanse de lejos sus lanzas y se arremeten con impetuosa carrera, chocándose escudo con escudo, hierro contra hierro. Gime la tierra, martíllanse uno a otro con las espadas; vense allí en su más alto punto unidos valor y fortuna. Cual en la dilatada selva de Sila o en la cima del Taburno, cuando se topan en furiosa pelea dos toros, se retiran los vaqueros, medrosos, quédase inmóvil, muda de espanto, toda la torada, y dudan las novillas cuál quedará dominador del bosque, a cuál habrá de seguir toda la manada; ellos, en tanto, con brioso empuje se acribillan de heridas, se traban de los cuernos y uno a otro se bañan con arroyos de sangre cuello y brazos; el bosque entero retumba con sus mugidos, que repiten los ecos. No de otra suerte chocan con sus escudos el troyano Eneas y el heroico hijo de Dauno; el gran fragor de sus armas atruena el viento. Júpiter, en tanto, mantiene la balanza en el fiel y pone en ella los hados de los dos combatientes, para ver a cuál condena el resultado de aquella lid, de qué lado se inclina el peso de la muerte. Da Turno un salto, juzgando la ocasión propicia, y erguido el cuerpo, y alta la espada, tira un tajo a Eneas. Prorrumpen en clamores los Troyanos y los trémulos Latinos, y crece la angustia en ambos ejércitos; mas rómpese la pérfida espada, dejando al ardiente Rútulo abandonado en aquel trance, sin haber logrado herir a su contrario y sin más recurso que apelar a la fuga, y huye, en efecto, más rápido que el euro, viendo en su desarmada diestra una empuñadura desconocida. Es fama que cuando precipitadamente subió a su carro para volar a los primeros combates, dejando inadvertido la espada de su padre, asió en su fogosa impaciencia, la de su auriga Metisco, la cual le bastó por mucho tiempo, mientras huían los Teucros desbandados; mas cuando tuvo que cruzarse con las armas forjadas por Vulcano, aquella espada, obra de un mortal, saltó al primer golpe, frágil como el hielo; sus pedazos resplandecen sobre la roja arena. Huye, pues Turno desatentado y sin dirección por todo el campo, en raudos giros, pues por todas partes le está cerrada la salida: de un lado le cerca la espesa muchedumbre de los Troyanos; por aquí una ancha laguna, por allí las altas murallas de Laurento.

Con no menos ligereza le persigue Eneas, aunque a veces se resiente de su herida, dificultándole el correr, y lleno de ardor acosa con su pie el pie de su acobardado enemigo. No de otra suerte el ventor, cuando encuentra a un ciervo atajado por la margen de un río o por el espanto que le produce el valladar de rojas plumas, le persigue y acosa con sus ladridos; huye el venado despavorido del engaño y de la escarpada ribera, y busca mil y mil escapes; mas el ligero sabueso de Umbría se le echa siempre encima, abiertas las fauces, pronto a hacer presa de él a cada momento, dando dentelladas, cual si ya le hubiera asido, y mordiendo en vago. Álzase entonces de los dos ejércitos un gran vocerío, que repiten las riberas y el vecino lago, atronando todo el firmamento. Va Turno en su huida increpando a los Rútulos, llamando a cada uno por su nombre y suplicando que le traigan su acostumbrado acero; pero Eneas amenaza exterminar en el acto al que intervenga en la lid; aterra a todos, jura que reducirá a polvo la ciudad, y herido como está, persigue sin tregua a su enemigo. Cinco veces dan la vuelta entera a la arena en un sentido, y otras tantas emprenderán en otro la misma carrera, como quienes no contendían por cosa liviana o de juego, sino por la vida y la sangre de Turno. Había, por dicha, en aquel sitio un acebuche de amargas hojas consagrado a Fauno, árbol venerado en otro tiempo de los mareantes, que salvados de las olas, acostumbraban clavar en él sus ofrendas a aquella divinidad de Laurento y suspender ropas votivas de sus ramas; mas ignorantes de esto los Teucros, habían derribado el sagrado árbol con los demás,

con objeto de despejar el campo de batalla; en él quedó fija la lanza de Eneas; que, asestada con recio ímpetu, fue a hincarse en las tortuosas raíces. Bajóse Eneas y pugnó por arrancarla para arrojársela a su enemigo, a quien no podía alcanzar a la carrera: entonces Turno, loco de pavura, exclamó:

—¡Oh Fauno!, compadécete de mí; y tú ¡oh tierra excelente! retén esa lanza, si siempre os di el debido culto que los secuaces de Eneas han profanado con esta guerra.

Dijo, y no en vano invocó el auxilio del dios, pues por más que forcejeó contra la tenaz raíz, no pudo Eneas arrancarle su presa, y mientras pugna rabioso y se obstina por conseguirlo, la diosa hija de Dauno, trocada segunda vez en figura del auriga Metisco, acude y entrega a su hermano la espada paterna. Venus, entonces, indignada de lo que había osado hacer la Ninfa, acude también y arranca de la honda raíz la clavada lanza; ellos entonces, erguidos y arrogantes, reparados con nuevas armas y bríos nuevos, fiado uno en su espada, formidable y poderoso el otro con su lanza, recomienzan, jadeando, la empeñada lucha.

En tanto el Rey del omnipotente Olimpo habla en estos términos a Juno, que estaba contemplando la batalla desde una rutilante nube:

—¿Cuál será, esposa mía, el término de esta guerra? ¿Qué resta aún por fin? Bien sabes, y tú misma lo confiesas, que Eneas ha de subir al Olimpo, y que los hados le reservan un asiento encima de las estrellas. ¿Qué tramas, pues? ¿Qué esperanza te tiene fija en esta fría región de las nubes? ¿Estuvo bien, por ventura, que profanase a un numen herida abierta por mano mortal? ¿Fue bien restituir a Turno su espada (pues sin ti ¿que hubiera podido Iuturna?), y acrecer la pujanza de los vencidos? Desiste ya de tu empeño, en fin, y déjate vencer de mis ruegos; no te entregues por más tiempo a esa callada pena que te devora, antes bien tu dulce boca deposite en mí tus tristes cuidados; ya es llegado el momento supremo: hasta ahora pudiste acosar por tierras y mares a los Troyanos, encender esa guerra impía, deshonrar la casa real de Latino y ensangrentar las preparadas bodas: te prohíbo nuevos intentos.

Así habló Júpiter, y de esta manera le responde la hija de Saturno, con sumiso continente:

—Porque sabía ¡oh poderoso Júpiter! esa tu voluntad, abandoné a pesar mío, a Turno y dejé la tierra; de otra suerte, no me verías sola en esta aérea región, devorar indignos ultrajes; antes, cercada de llamas, me presentaría en el mismo ejército y arrastraría a los Teucros a tremendas lides. Confieso que persuadí a Iuturna acudir al socorro de su infeliz hermano y aprobé que intentase aún más para salvarle la vida, pero no que recurriese al arco y a las flechas: lo juro por la implacable fuente de las aguas Estigias, único culto a que están sujetos los dioses celestiales. Cedo, pues, en fin, y abandono esa guerra, que ya aborrezco. Una sola cosa, y que no está subordinada a ley alguna del hado, te suplico por el Lacio, por la majestad de los tuyos, y es que cuando un feliz enlace (¡sea!) venga a ajustar las paces; cuando ya hayan unido a ambos pueblos leyes y pactos comunes, no exijas que truequen su antiguo nombre los Latinos, hijos de este suelo, ni se tornen Troyanos, ni se llamen Teucros, ni tampoco que muden lengua ni traje. Subsista el Lacio; subsistan siglos y siglos los reyes albanos; sea poderoso el linaje romano por el valor de los Ítalos. Troya pereció: permite que con ella perezca su nombre.

Así le replica, sonriéndose, el Hacedor de los hombres y de las cosas:

—Eres hermana de Júpiter, eres como yo hija de Saturno, y ¡tales torrentes de ira revuelves en tu pecho! Ea, pues, aplaca ya ese vano furor; te concedo lo que deseas, y vencido y de grado me rindo a tu voluntad: los Ausonios conservarán su lengua y las costumbres de sus padres; conservarán también el nombre que llevan; los Teucros no harán más que embeberse en ese gran cuerpo de nación; añadiré a su religión algunos de los antiguos ritos troyanos, y formaré de todos ellos un solo pueblo, que se denominará Latino. La descendencia que de ahí nacerá, mezclada con la sangre ausonia, verás que excede en piedad a los hombres y aun a los dioses: ningún linaje celebrará jamás con igual pompa tus honores.

Condescendió con esto Juno, inclinando la frente en señal de anuencia, y llena de gozo, abrió su mente a otros pensamientos; luego, abandonando la nube en que estaba, se remontó al cielo.

Hecho esto, revuelve otras ideas en su mente al Padre de los dioses y se dispone a apartar a Iuturna de las armas de su hermano. Dos plagas hay, denominadas Furias, a quienes la negra Noche dio a luz en un mismo parto con la infernal Megera, y a quienes, como a ella, ciñó de víboras la cabeza y dio alas ligeras como el viento. Estas asisten junto al solio de Júpiter, en los umbrales de su formidable morada, y aguijan el miedo en los míseros mortales, ya cuando el rey de los dioses previene horrible mortandad y enfermedades, o espanta con la guerra a las ciudades culpables. Júpiter envió desde el supremo Olimpo a una de ellas, veloz, y le mandó que se presentase a Iuturna como funesto agüero. Tiende ella su vuelo y se lanza a la tierra en rápido torbellino. No de otra suerte, impelida del arco cruzando las nubes, la saeta, que empapada en la hiel de fiero veneno dispara el Parto o el Cidón, causa de mortal herida, surca de improviso las leves sombras, silbando veloz; tal la hija de la Noche se dirigió a la tierra. Tan luego como vio que las huestes troyanas y los escuadrones de Turno, trocóse de pronto en la figura de aquella avecilla que, posada por las noches en los cementerios o en los tejados de las casas abandonadas, importuna las sombras con su lúgubre canto. Así transformada, empieza la Furia a girar con ruidoso vuelo alrededor de la cabeza de Turno, rozando las alas en su escudo: con esto un desconocido terror embota los miembros del guerrero; erízansele los cabellos y la voz se le pega a la garganta. Apenas Iuturna reconoció de lejos el chillido y vuelo de la Furia, mesóse los destrenzados cabellos arañándose el rostro y golpeándose el pecho.

—¿En qué puede ¡oh Turno! en qué puede tu hermana ayudarte ahora? ¿Qué me queda ya, triste de mí? ¿Con cuál arte me será dado prolongar tu vida? ¿Puedo por ventura oponerme a ese monstruo? Huyo, huyo de este campo de batalla. Dejadme, no me aterréis más, impuras aves; reconozco el crujir de vuestras alas, presagio de muerte; ni se me ocultan tampoco los soberbios mandatos del magnánimo Júpiter: ¡Así me paga mi robada virginidad! ¿Por qué me concedió eterna vida? ¿Por qué me exceptuó de la condición de morir? Ahora podría poner seguro término a tantos dolores y acompañar en la mansión de las sombras a mi mísero hermano. ¿Yo mortal? ¿Y qué dulzura me queda ya en el mundo? ¡Oh hermano mío! ¡Oh si hubiese alguna tierra bastante profunda para tragarme y sumirme, aunque diosa, en los abismos infernales!

Dicho esto, cubrióse la cabeza con un cerúleo manto, y exhalando dolorosos gemidos, fue a ocultarse en el profundo río.

En tanto, el grande Eneas acosa a Turno blandiendo su enorme y refulgente lanza y clama así con sañudo pecho:

—¿Por qué te detienes ahora? ¿Por qué ¡Oh Turno! no acudes a la lid? No es ocasión esta de correr, sino de pelear de cerca con terribles armas. Toma cualesquiera semblanzas; echa mano de todos tus recursos, ya de valor, ya de artificio; pide a os dioses que te den alas para remontarte a los astros o que te sepulten en los huecos senos de la tierra.

Meneando la cabeza, así le responde Turno:

—No me aterran, feroz enemigo tus arrogantes palabras; me aterran los dioses, me aterra el enemigo Júpiter.

No dijo más, y mirando en derredor, vio una enorme piedra que por dicha yacía en el llano, término señalado de antiguo a una heredad para evitar litigios: doce hombres de los más forzudos que hoy produce la tierra, escasamente hubieran podido sustentarla sobre sus cuellos. Turno ase de ella con trémula mano, se empina cuanto puede, y corriendo precipitado la arroja contra su enemigo; mas es tal su turbación, que ni él mismo sabe si corre o acomete, si levanta la enorme piedra con su mano y la arroja. Dóblanse sus rodillas, helada la sangre se le cuaja en las venas: así fue que la piedra, girando por el espacio vacío, ni cruzó todo el trecho que le separaba de Eneas, ni llegó a herirle. Y como de noche, entre sueños, cuando un lánguido letargo abruma nuestros ojos, se nos figura que pugnamos en vano por correr afanosos, y en medio de nuestros conatos sucumbimos

con doliente angustia, y ni acertamos a hacer uso de la lengua, ni sostienen el cuerpo las acostumbradas fuerzas, ni podemos gritar ni hablar; así Turno, por más que se esfuerce con valor por hallar camino para salir de aquel trance, le cierra la infernal Furia toda salida. Entonces mil varias ideas se revuelven en su atribulado pensamiento; tiende la vista a los Rútulos y a la ciudad, pero el miedo le ataja y se estremece al amago de la lanza de Eneas. No discurre cómo escapar, ni se siente con bríos para embestir a su enemigo, ni ve su carro, ni a su hermana, que antes le servía de auriga.

Eneas, aprovechándose de su indecisión, con certera mirada, vibra contra él su fatal lanza y se la arroja desde lejos con toda su fuerza: jamás murallas de piedra batidas por el aire crujieron en tal manera; jamás estalló el rayo con tan horrísono estampido. Vuela a semejanza de negro turbión la mortífera lanza, y traspasando los bordes de la loriga y los siete cercos del escudo, se le entra rechinando por mitad del muslo: dobladas las rodillas, cae en tierra herido el gigantesco Turno. Prorrumpen los Rútulos en gemidos, retumba en torno todo el monte, y los profundos bosques repiten el estruendo con lejanos ecos. Él, humilde y suplicante, tendiendo a Eneas la vista y las manos desarmadas, le dice:

—Merezco lo que me sucede; no te imploro, haz uso del derecho que te da la suerte; mas si alguna compasión puede inspirarte un padre desventurado (y también fue el tuyo Anquises), yo te ruego que te compadezcas de la ancianidad de Dauno: devuélveme a los míos, o a lo menos devuélveles mi cuerpo exánime. Venciste, y ya los Ausonios me han visto tenderte, vencido, las palmas: tuya es Lavinia; no vayan más allá tus rencores.

Detúvose con esto el formidable Eneas, volviendo a una y otra parte los ojos, suspensa la diestra, indeciso sobre lo que debía hacer, y ya las palabras de Turno empezaban a ablandarle, cuando se ofrece a su vista en el pecho caído el infausto talabarte del mancebo Palante, reluciente con sus conocidos resaltos de oro; de Palante, a quien Turno diera muerte después de haberle vencido, y cuyos enemigos y ricos despojos llevaba pendientes de los hombros. No bien Eneas hubo devorado con la vista aquellos despojos, ocasión para él de acerbo dolor, inflamado por las Furias y terrible en su cólera,

—¿De escaparte me hablas, cuando te veo vestido con estos despojos de los míos? —exclamó —. Palante, Palante es quien te inmola con esta herida, y con tu criminal sangre toma venganza."

Esto diciendo, húndele, ciego de ira, la espada en el pecho; un frío de muerte desata los miembros de Turno, e indignado su espíritu, huye, lanzando un gemido, a la región de las sombras.

FIN

ÍNDICE
de todos los personajes de la *Eneida*

ABANTE, rey de los argivos, hijo de Linceo y de Hipermestra. muerto en la guerra de Troya. Desembarcado Eneas junto al monte Leucates, en el promontorio de Apolo, clava el escudo de Abante a la puerta del templo de aquel dios. Es también el nombre de uno de los capitanes ítalos, aliados de Eneas en la guerra contra Turno. Libros III y X.

ABARIS, guerrero rútulo, muerto por Eurílalo. Libro IX.

ACAMANTE. Uno de los guerreros griegos que entraron con Ulises en el famoso caballo de Troya. Libro II.

ACATES, capitán troyano, fiel por excelencia a Eneas (*Fidus Acates*). Libros I, III, VI, VIII, X y XII.

ACCA. Una de las compañeras de la amazona Camila, a quien ésta dirige sus ultimas palabras. Libro XI.

ACESTES, oriundo de Troya. rey de Sicilia en la época en que arribó Eneas a aquella isla, viniendo de Troya con sus compañeros (lib. I), y cuando, de vuelta de Cartago, celebró en su costa juegos fúnebres en honor de Anquises (lib. V). Fue hijo del río Crimiso y de Egesta, hija de Hipotas.

ACETES, escudero del rey Evandro y ayo de su hijo Palante. Libro XI.

ACMÓN DE LIRNESO, guerrero troyano, hijo de Clitio y hermano de Mnesteo. Libro X.

ACONTEO, guerrero latino, muerto a manos de Tirreno. Libro XI.

ACRISIO, rey de Argos, padre de Dánae y uno de los ascendientes de Turno. Libro VII.

ACRÓN, guerrero griego, muerto a manos de Mecencio. Libro X.

ÁCTOR, guerrero aurunco, auxiliar de los troyanos, muerto a manos de Turno. Libro XII.

ADAMASTO, padre de Aqueménides. (Véase este nombre.) Libro III.

ADRASTO. Muchos héroes de la antigüedad llevaron este nombre, pero el que se cita en el lib. VI es un rey de Argos, suegro de Polinice, que en la guerra de Tebas acreditó escaso valor, a lo cual se alude en el referido pasaje, con el oportuno epíteto *pallentis* (pálido).

AFIDNO, guerrero troyano, muerto a manos de Turno. Libro IX.

AGENOR. Hubo muchos héroes de este nombre. Al que se alude en el lib. I, es a un antiguo rey de Frigia, hijo de Neptuno y de Libia y uno de los ascendientes de la reina Dido.

AGIS DE LICIA, guerrero troyano, muerto a manos de Valero. Libro X.

ALCANDRO, guerrero troyano muerto a manos de Turno. Libro IX.

ALCANOR DE IDA, guerrero troyano, padre de los gigantescos Pándaro y Bitias (lib. IX). De otro Alcanor, guerrero rútulo, muerto a manos de Eneas, se habla en el libro X.

ALCATOS, guerrero troyano, muerto a manos de Cedico. Libro X.

ALECTO, una de las tres furias infernales, hija de Aqueronte y de la Noche. Excitada por Juno, provoca el primer rompimiento entre troyanos y latinos. Libros VII y X.

ALETES, anciano guerro troyano, companero de Eneas. Libros I y IX.

ALMÓN, mancebo ausonio, hijo de Tirreo, mayoral de los ganados del rey Latino; sucumbió en la primera escaramuza que se suscitó entre troyanos y latinos con ocasión de la muerte dada al ciervo de su hermana Silvia. Libro VII.

ALSO, pastor latino, muerto a manos de Podalirio. Libro XII.

AMASTRO, hijo de Hippotas, guerrero troyano, muerto a manos de la amazona Camila. Libro XI.

AMATA, esposa del rey Latino. Libros VII, IX y XII.

AMICO, rey de Bebirco, junto al Ponto. Fue padre de Butes y abuelo de Érix, hermano de Eneas por su madre Venus. Murió a manos de Pólux. De un guerrero troyano de este nombre se habla en el lib. XII.

ANA, hermana de la reina Dido. Libro IV.

ANDRÓMACA, viuda de Héctor, robada por Pirro en el saqueo de Troya, y abandonada luego por él, se casó con Héleno, rey de Epiro. Encontrola Eneas en la ciudad de Butroto, poco antes de llegar a Cartago. Libros II y III.

ANIO, hijo de Rea, rey de Delos y sacerdote de Febo. Libro III.

ANQUÉMOLO, guerrero latino del linaje de Reto, muerto a manos de Palante. Libro X.

ANQUISES, príncipe troyano, hijo de Capis y padre de Eneas. Se le menciona prácticamente en todos los libros.

ANSUR, guerrero ítalo, muerto a manos de Eneas. Libro X.

ANTEO guerrero troyano, compañero de Eneas (lib. I). De otro guerrero rútulo de este nombre, que militaba en la vanguardia de Turno, se habla en el libro X.

ANTIFATES, hijo bastardo de Sarpedón y de una tebana; muerto a manos de Turno. Libro IX.

ANTOR, antiguo compañero de Hércules, que venido de Argos, trabó estrecha amistad con Evandro y se estableció en Italia. Murió a manos de Mecencio. Libro X.

AQUEMÉNIDES, natural de Ítaca, hijo de Adamasto, abandonado por los compañeros de Ulises en las costas de Sicilia; después de la guerra de Troya, fue recogido por Eneas, a quien refirió los horrores que había visto en la cueva de Polifemo. Libro III.

AQUÍCOLO, guerrero rútulo, notable por sus vistosas armas (*pucer armis*), en el lib. IX. Algunos comentadores, como el P. La Rue, le llaman *Equicolus*.

ARCENTE, padre de un valeroso guerrero árcade, muerto a manos de Mecencio. Libro IX.

ARCHIPO, rey de los Marsos, cuya capital era Marruvia o Marrubia, según escribe el P. La Rue; poderoso auxiliar de los latinos contra Eneas. Libro VII.

ARQUETIO, guerrero latino, muerto a manos de Mnesteo. Libro XII.

ARRUNTE, guerrero troyano, matador de Camila. Libro XI.

ASÁRACO, rey de Troya, hijo de Tros; fue, con Dárdano, uno de los dos fundadores del linaje de Eneas. En la acción de la *Eneida*, dos guerreros troyanos llevan este mismo nombre. Libros I, VI, IX y XII.

ASBUSTES, guerrero troyano, muerto a manos de Turno. Libro XII.

ASCANIO, por sobrenombre Iulo, hijo de Eneas y de Creúsa. Siguió a su padre en la larga peregrinación de Troya a Cartago e Italia, que da argumento a la Eneida. En toda la obra.

ASILAS, guerrero, sacerdote y adivino ítalo, vencedor de Corineo. Acudió con mil pisanos en auxilio de Eneas. Libro X.

ASIO, hijo de Imbraso, guerrero troyano. Libro X.

ASTUR, hermosísimo guerrero ítalo, aliado de los troyanos. Libro X.

ATINAS, valeroso guerrero rútulo, compañero de Mesapo. Libro XI.

ATIS, niño troyano, grande amigo de Ascanio. Fue capitán, con éste y Polites, en las carreras ecuestres de muchachos, descritas en el libro V.

AULESTES, rey de los tirrenos, muerto a manos de Mesapo. Libro XII.

AULETES. Parece ser el mismo rey de los tirrenos, aliado de Eneas, llamado Aulestes. Libros X y XI.

AUNO. Sólo se le nombra como padre de un astuto guerrero ligur, que a favor de una estratagema elude medir sus armas con Camila. Libro XI.

AVENTINO. Príncipe latino, hijo de Hércules y de la sacerdotisa Rea; poderoso enemigo de los troyanos. Libro VII.

BARCE, nodriza de Siqueo. Libro IV.

BÉROE, matrona troyana, esposa de Doriclo de Ismaro, cuya figura tomó Iris para provocar el incendio de las naves de Eneas. Libro V.

BITIAS, gigantesco capitán troyano, hijo de Alcanor, muerto a manos de Turno. Libro IX. Llamábase también así el capitán de la armada que llevó a Dido a África.

BRONTES. Uno de los cíclopes que forjaron el escudo y las armas de Eneas. Libro VIII.

BUTES, gigantesco guerrero troyano, muerto a manos de la amazona Camila. Libro XI. Hubo en la antigüedad varios famosos atletas de este nombre, y entre ellos, uno muerto a puñadas por Dares. Libro V.

CAICO, capitán de una de las naves de Eneas. Libro I.

CALCAS, famoso agorero griego, hijo de Testor. Libro II.

CAMERTES, hijo de Volscentes, rey de los amicleos. Virgilio le llama *el rubio*. Libro X.

CAMILA, valerosa amazona, hija de Metabo, rey de los volscos, auxiliar de Turno, muerta a manos del alevoso Arrunte. Libro XI.

CAÓN, troyano que dio nombre al Epiro o *Caonia*. Libro III.

CAPIS. Tres personajes se citan de este nombre. Uno fue el troyano, compañero de Eneas, que fundó a Capua; otro un hijo de Asáraco y abuelo de Eneas; otro un rey de Alba, en Italia. Libros I, II, VI, IX y X.

CARMENTA, ninfa de Italia, madre del rey Evandro. Libro VIII.

CARONTE o CARÓN, barquero del infierno, hijo del Erebo y de la Noche. Libro VI.

CASANDRA, hija de Príamo y Hécuba, célebre profetisa troyana, nunca creída de los suyos. Libros II, III, V y XI.

CASMILA, madre de la amazona Camila. Libro IX.

CÁSTOR, guerrero troyano. Libro X.

CATILO, guerrero tiburtino, hermano de Coras. Libro VII.

CAYETA, nodriza de Eneas. Libro VII.

CÉCULO, fundador y rey de Prenesta, en Italia. Libro VII.

CEDICO: «... y su tahalí chapado de oro, prendas que el opulento Cedico enviara años atrás al tiburtino Rémulo, en recuerdo de hospitalidad.» Libro IX. Un guerrero latino de este nombre se cita en el lib. X; con cuyo motivo recuerda oportunamente el P. La Rue que algunos críticos acusan al poeta de gran confusión en los nombres.

CELENO. Una de las arpías, cuyo encuentro con Eneas se describe en el lib. III.

CENEO, guerrero troyano, muerto a manos de Turno y matador del rútulo Ortigio. Libro IX.

CETEGO, guerrero rútulo, muerto a manos de Eneas. Libro XII.

CIDÓN, guerrero latino. Libro X.

CIMODOCE, una de las ninfas del mar. Libro V.

CIMODOCEA, una de las ninfas del mar, hija de Nereo. Libro X.

CIMOTOE, ninfa del mar, hija de Nereo. Libro I.

CINIRA, fuerte caudillo de los ligures, aliado de Eneas. Libro X.

CITEREA, uno de los nombres de Venus, madre de Eneas.

CLARO, guerrero licio, hermano de Sarpedonte y de Temón. Libro X.

CLAUSO, capitán sabino, poderoso auxiliar de Turno. Libro VII.

CICLIO, guerrero latino. Libro X.

CLITIO, padre de Acmón de Lirneso y de Mnesteo. Libro XI.

CLOANTO, capitán troyano, uno de los compañeros de Eneas, denominado por Virgilio *el fuerte*. Mandaba la galera *Escila* en las regatas descritas en el libro V.

CLONIO, guerrero troyano, muerto a manos de Turno. Libro IX. De otro guerrero del mismo nombre, muerto a manos de Mesapo, se hace mención en el libro X.

CLONO, famoso artífice cincelador, hijo de Eurites. Libro X.

CLOREO, sacerdote de Cibeles. Acosado de cerca por la amazona Camila, llevada del mujeril afán de arrebatarle sus espléndidas vestiduras, el traidor Arrunte, que la iba acechando, la disparó un dardo que la quitó la vida. Murió a manos de Turno en uno de los últimos encuentros entre troyanos y rútulos. Libros XI y XII.

CORAS, guerrero tiburtino, denominado *el impetuoso*, hermano de Catilo y auxiliar de Turno. Libro VII.

COREBO, joven guerrero troyano, enamorado de Casandra. Libro II.

CORINEO, sacerdote rútulo; fue el que en la escaramuza que se describe en el libro XII quemó la barba a Ebuso.

CRETEO, guerrero griego, insigne poeta y cantor, muerto a manos de Turno. Libro IX y XII.

CREÚSA, esposa de Eneas, madre de Ascanio. Libros II y IX.

CROMIS, guerrero troyano. Libro XI.

CUPAVO, hijo de Cicno y auxiliar de Eneas en la guerra contra Turno. Libro X.

CUPENCO, guerrero rútulo, muerto a manos de Eneas. Libro XII.

DARES, fuerte atleta en el pugilato. Murió a manos de Turno. Libro XII.

DAUCO, padre de los guerreros latinos Laris y Timbro, muertos a manos de Palante. Libro X.

DEÍFOBE. Nombre propio de la Sibila de Cumas, hija de Glauco, sacerdotisa de Apolo, y de Diana. Acompañó a Eneas en su bajada al infierno. Libro VI.

DEÍFOBO, príncipe troyano, hijo de Príamo y de Hécuba. Muerto Paris, se casó con Helena, la cual, en la última noche de Troya, le entregó indefenso a los griegos vencedores, que le dieron muerte después de mutilarle horriblemente. Libro VI.

DEMODORO, guerrero árcade, compañero de Palante, muerto a manos de Haleso. Libro X.

DEMOFOONTE, guerrero troyano. Libro XI.

DERCENO, antiguo rey de Laurento. Libro XI.

DIANA, hija de Júpiter y Latona. Vengó a la guerrera virgen Camila, haciendo dar muerte a su matador Arrunte, por mano de la ninfa Opis. Libro XI.

DIDIMAÓN, insigne artífice armero. Libro V.

DIDO, fundadora y reina de Cartago. Muerto su esposo Siqueo a manos de su hermano, el avaro Pigmalión, rey de Tiro, huyó acompañada de muchedumbre de tirios y fue a fundar una colonia en aquella parte de la costa de África. Libros I, IV, V, VI, IX. Sus desgraciados amores con Eneas y su trágica muerte dan asunto al libro IV.

DIMANTE, joven guerrero troyano. Libro II.

DIOMEDES, hijo de Tideo y de Deifile, rey de la Etolia, en Grecia. Después de la guerra de Troya, fundó en Italia la ciudad de Arpos o Argiripa, en la Apulia, y se negó a entrar en la liga que a instigación del rey Latino formaron contra Eneas algunos pueblos de Italia. Libro XI.

DIONE, uno de los nombres de Venus, madre de Eneas.

DIORES, guerrero troyano, descendiente de Príamo. Uno de los competidores en las carreras que se describen en este libro; alcanzó el tercer premio. Libro V.

DIOXIPO, guerrero troyano, muerto a manos de Turno. Libro IX.

DOLICAÓN, padre de Hebro, guerrero tracio. Libro X.

DOLÓN, guerrero troyano, padre de Eumedes. Habiéndose metido como espía en los reales de los griegos, reclamó por merced el carro de Aquiles, y murió a manos de Diomedes. Libro XII.

DORIS, madre de las nereidas, ninfas marinas, hijas de Nereo.

DORICLO DE ÍSMARO, marido de Béroe. Libro V.

DOTO, una de las nereidas. Libro IX.

DRANCES, guerrero y orador latino, grande enemigo de Turno; personaje imitado del Tersites de Homero. Libro XI.

DRIOPE, guerrero troyano, muerto a manos de Clauso. Libro X.

EBUSO, guerrero ítalo. Libro XII.

ELENA [HELENA], hija de Júpiter y de Leda, y esposa de Menelao, rey de Esparta. Robada por Paris y casada luego con Deífobo, dio ocasión a la guerra de Troya. Libros I, II y VII.

ELENO [HELENO], hijo de Príamo y de Hécuba, y rey de Epiro. Libros III y VIII.

ELIMO, joven siciliano, competidor en las carreras descritas en el libro V. Obtuvo el segundo premio.

ELISA. Otro nombre de la reina Dido. Es voz fenicia y dicen que significa mujer fuerte.

EMATIO, guerrero troyano. Libro IX.

ENEAS, príncipe troyano, hijo de Anquises y de Venus. Después de la destrucción de Troya por los griegos, condujo a Italia los restos de su nación, que al cabo de largas guerras fundaron allí la ciudad de Alba Longa, cuna de la gran Roma. Tal es, en resumen, el asunto de la Eneida.

ENTELO, célebre atleta troyano; aunque ya muy viejo, venció a Dares en la lucha al cesto descrita en el libro V.

EOLO, gigante troyano, muerto a manos de Turno. Libro XII. Es también el nombre del dios de los vientos, que, excitado por Juno, desató contra los troyanos la terrible tempestad que se describe en el libro I.

EPEOS. Uno de los griegos que labraron el famoso caballo de Troya. Libro II.

EPITIDES, ayo del niño Ascanio. Libro V.

EPITO, anciano guerrero troyano. Libro II.

EPULÓN, guerrero latino, muerto a manos de Acates. Libro XII.

ERICETES, guerrero de la Licaonia, muerto a manos de Mesapo. Libro X.

ERIMANTO, guerrero troyano, muerto a manos de Turno. Libro IX.

ÉRIX, rey de Sicilia, hijo de Butes y de Venus, y en tal concepto, hermano de Eneas. Fue célebre por su fuerza y destreza en las luchas del cesto, y en una de ellas le mató Hércules. Dio su nombre a un monte de Sicilia, en el que se supone que fue enterrado, y hoy se llama monte de San Julián. En él hizo Eneas enterrar a su padre Anquises. Libro V.

EESTEROPES. Uno de los cíclopes que forjaron el escudo y las armas de Eneas. Libro VIII.

EUMEDES, hijo de Dolón; guerrero troyano, muerto a manos de Turno. Libro XII.

EUMELO, guerrero troyano, probablemente inválido, pues fue el que llevó a Eneas la nueva de que las mujeres troyanas, a instigación de Iris, habían prendido fuego a la armada, lo cual mueve a creer que se hallaba entre ellas y la demás muchedumbre imbele, mientras se celebraban los juegos en honor de Anquises descritos en el libro V.

EUMEO, hijo de Clitio, guerrero troyano, muerto a manos de la amazona Camila. Libro XI.

EURÍALO, joven troyano, grande amigo de Niso. Competidor en las carreras descritas en el libro V, obtuvo el primer premio.

EURÍPILO, guerrero griego, que, enviado por los suyos a consultar el oráculo de Febo durante el sitio de Troya, les llevó por respuesta que era forzoso sacrificar a Ifigenia. Libro II.

EURITES, padre de Clono, famoso artífice cincelador. Libro X.

EURITIÓN, hermano de Pándaro. Fue uno de los vencedores, el tercero, en la lucha al tiro descrita en el libro V.

EVANDRO, rey de los árcades, padre de Palante y fiel aliado de Eneas. Libros VIII, X-XII.

EVANTE, guerrero frigio, muerto a manos de Mecencio. Libro X.

FADO, guerrero rútulo, muerto a manos de Euríalo. Libro IX.

FÁLERIS, guerrero troyano, muerto a manos de Turno. Libro XII.

FAMA, deidad de segundo orden, hija de la Tierra. Virgilio la describe admirablemente en el libro IV.

FARO, guerrero rútulo, muerto a manos de Eneas. Libro X.

FAUNO, padre del rey Latino. Libro VII.

FEGEO, uno de los escuderos de Eneas, muerto a manos de Turno. Libros V y IX.

FERETO, guerrero árcade, compañero de Palante, muerto a manos de Haleso. Libro X.

FILOCTETES, rey de Melibea. Después de la guerra de Troya pasó a Italia, donde fortificó la ciudad de Petelia. Libro III.

FLEGIAS, hijo de Marte, rey de Tesalia, cuya lastimera sombra se encuentra Eneas en los infiernos. Libro VI.

FOLO, guerrero troyano, muerto a manos de Turno. Libro XII.

FOLOE, esclava cretense, dada en premio a Sergesto, como vencedor en las regatas que se describen en el libro V.

FORBAS. Hubo muchos personajes de este nombre en la antigüedad; llevolo entre ellos uno de los numerosos hijos de Príamo, cuya figura tomó Morfeo para adormecer a Palinuro. Libro V.

FORCO, padre de siete guerreros latinos. Libro X. Es también el nombre de uno de los dioses del mar, hijo del Ponto y de la Tierra, padre de las tres gorgonas: Medusa, Euríale y Estenio.

GALATEA. Una de las nereidas. Libro IX.

GALESO, anciano ausonio, muerto en la primera refriega entre troyanos y latinos. Libro VII.

GÍAS, capitán troyano, uno de los compañeros de Eneas, denominado por Virgilio *el fuerte*. Mandaba la *Quimera* en las regatas descritas en el libro V. Con el mismo nombre se designa a un terrible guerrero rútulo o latino muerto a manos de Eneas. Libro X.

GIGES, guerrero troyano, muerto a manos de Turno. Libro XII.

GILIPO, guerrero árcade, padre de nueve hermosísimos mancebos. Libro XII.

GLAUCO, guerrero licio, hijo de Imbraso, muerto a manos de Turno. Libro XII.

HALESO, hijo de Agamenón y poderoso auxiliar de Turno. Libro VII.

HALIO, guerrero troyano, muerto a manos de Turno. Libro IX.

HALIS, guerrero troyano, muerto a manos de Turno. Libro XII.

HAMÓN, padre del rey africano Iarbas, uno. de los pretendientes a la mano de Dido. Libro IV.

HARPÁLICO, guerrero troyano. Libro XI.

HEBRO, guerrero tracio, hijo de Dolicaón, muerto a manos de Mecencio. Libro X.

HÉCTOR, príncipe troyano, hijo de Príamo, muerto a manos de Aquiles en el sitio de Troya. Su sombra se aparece a Eneas para anunciarle el desastre de Troya, y le entrega la estatua de Vesta y el fuego sagrado. Libros I, II y VI.

HÉCUBA, esposa del rey Príamo. Libro II,

HELENA, cf. Elena.

HELENO, cf. Eleno.

HELENOR, guerrero árcade, hijo del rey de Meonia y de la sierva Licimnia. Libro IX.

HELIMO, mancebo siciliano, uno de los competidores en las carreras que se describen en el libro V.

HEMÓN, guerrero rútulo. Libro IX.

HERBESO, guerrero rútulo, muerto a manos de Euríalo. Libro IX.

HERMINIO, esforzado guerrero rútulo. Libro XI.

HICETAÓN, padre de Timetes, guerrero troyano. Libro X.

HIDASPES, guerrero árcade, muerto a manos de Sacrator. Libro X.

HILO, guerrero troyano, muerto a manos de Turno. Libro XII.

HIPANIS, joven guerrero troyano. Libro II.

HIPPOCOONTE, hijo de Hírtaco, y uno de los competidores en el tiro al blanco que se describe en el libro V.

HIPOTAS, guerrero troyano, padre de Amastro. Libro XI.

HÍRTACO, padre de Hippocoonte. Es también el nombre del padre de Niso. Libro V.

HISBÓN, guerrero rútulo, muerto a manos de Palante. Libro X.

IARBAS, rey de los gétulos, uno de los pretendientes a la mano de Dido. Libro IV.

IASIO, padre de Palinuro, piloto de la armada de Eneas. Libro V.

IDA, guerrero troyano, muerto a manos de Turno. Libro IX.

IDEO, fuerte guerrero troyano, con cuya sombra se encontró Eneas en los Campos Elíseos. Libro VI.

IDMÓN, mensajero rútulo. Libro XII.

IFITO, anciano guerrero teucro. Libro II.

ILIONEO, uno de los principales capitanes compañeros de Eneas. Libros I, VII y IX.

ILO, guerrero rútulo. Libro X.

IMAÓN, guerrero rútulo. Libro X.

IMBRASO, padre de los guerreros Sio, Glauco y Lades. Libro XII.

IOLAS, guerrero rútulo. Libro XI.

IOPAS, músico y cantor troyano, discípulo de Atlante. Virgilio le llama *el crinado*. Libro I.

IRIS, mensajera de los dioses. Libros IV, V, IX y X.

ITIS, guerrero troyano, muerto a manos de Turno. Libro IX.

IULO. (Véase Ascanio.)

IUTURNA, hija de Dauno, hermana de Turno; seducida por Jupiter, fue convertida en numen de una célebre fuente inmediata a Roma. Libros X y XII.

JOVE. Lo mismo que Júpiter.

JUNO, reina de los dioses, esposa de Júpiter, grande enemiga de los troyanos.

JÚPITER, hijo de Saturno y de la ninfa Opis, rey de los dioses.

LADES, guerrero licio, hijo de Imbraso, muerto a manos de Turno. Libro XII.

LADÓN, gaerrero árcade, compañero de Palante, muerto a manos de Haleso. Libro X.

LAGO, guerrero rútulo, muerto a manos de Palante. Libro X.

LAMIRO, guerrero rútulo, muerto a manos de Niso. Libro IX.

LAMO, guerrero rútulo, muerto a manos de Niso. Libro IX.

LAOCOONTE, sacerdote de Apolo, hijo de Príamo y Hécuba, cuya horrible muerte se describe en el libro II.

LARIS, guerrero latino, hijo de Dauco, muerto a manos de Palante. Libro X.

LATAGO, guerrero troyano. Libro X.

LATINO, rey del Lacio, hijo de Fauno y de la ninfa Marica. Libro VII.

LAUSO, hijo del soberbio Mecencio, pero enteramente distinto de éste por sus hermosas prendas. Murió, como su padre, a manos de Eneas. Libro X.

LAVINIA, hija del rey Latino, con la cual se casó Eneas, ajustando así paces con los pueblos de Italia, después de vencido y muerto a sus manos el rey Turno. Libros VI, VII, XI y XII. Es también el nombre de una de las amazonas compañeras de Camila. Libro XI.

LEUCAPSIS, guerrero troyano, compañero de Eneas, uno de los que murieron ahogados durante la gran tempestad descrita en el libro I. Libro VI.

LICAÓN, célebre espadero cretense. Libro IX.

LICAS, guerrero latino, consagrado a Febo y muerto a manos de Eneas. Libro X.

LICIMNIA, esclava árcade, madre de Helenor. Libro IX.

LICO, guerrero árcade, muerto a manos de Turno. Libro IX.

LÍGER, guerrero rútulo, vencedor de Ematio. Muerto a manos de Eneas. Libros IX y X.

LINCEO, guerrero troyano, muerto a manos de Turno. Libro IX.

LIRIS, guerrero troyano, muerto a manos de la amazona Camila. Libro IX.

LUCAGO, impetuoso guerrero rútulo, hermano de Líger, muerto, como éste, a manos de Eneas. Libro X.

LUCECIO, guerrero ítalo, muerto a manos de Ilioneo. Libro IX.

MACAÓN. Uno de los guerreros griegos que entraron con Ulises en el famoso caballo de Troya. Libro II.

MAGO, guerrero rútulo, muerto a manos de Eneas. Libro X.

MARICA, ninfa de Laurento, madre del rey Latino. Libro VII.

MÁSICO, capitán ítalo, aliado de Eneas. Libro X.

MECENCIO, rey de Etruria, destronado por su impiedad y grandes crueldades. Fue padre de Lauso y murió a manos de Eneas. Libros VII-XI.

MEDONTE. Uno de los guerreros troyanos, cuya sombra se encontró Eneas en los Campos Elíseos. Libro X.

MELAMPO, compañero de Alcides y padre de los guerreros Ciseo y Gías, muertos a manos de Eneas. Libro X.

MENELAO, rey de Esparta y marido de la hermosa Helena, cuyo rapto dio ocasión a la guerra de Troya.

MENETES, piloto de la *Quimera*. a quien su capitán Gías arrojó al mar en las regatas celebradas en honor de Anquises. Libro V.

MEON, guerrero rútulo, hermano de Alcanor, muerto a manos de Eneas. Libro X.

MERCURIO, mensajero de los dioses, enviado por Júpiter a Eneas para intimarle la orden de abandonar a Cartago y dirigirse a Italia. Libro IV.

MÉROPE, guerrero troyano, muerto a manos de Turno. Libro IX.

MESAPO, famoso guerrero rútulo, de origen griego. Virgilio le llama indistintamente hijo de Neptuno y domador de caballos. Libros VII-XII.

METABO, rey de los volscos, padre de la guerrera Camila. Libro XI.

METISCO, auriga de Turno, cuya figura tomó Iuturna para sacar su hermano Turno del campo de batalla en que debía pelear con Eneas y morir a sus manos. Libro XII.

MIMANTE, hijo de Amico y de su esposa Teano, compañero de Paris, muerto a manos de Mecencio. Libro X.

MISENO, guerrero troyano, habilísimo en tocar el clarín, de quien tomó nombre, que todavía conserva, un promontorio y cabo inmediato a Nápoles. Libros III y VI.

MNESTEO, hijo de Clitio, capitán troyano, uno de los compañeros de Eneas. Mandaba la galera *Priste* en las regatas celebradas en honor de Anquises. Libro V.

MURRANO, poderoso guerrero latino, muerto a manos de Eneas. Libro XII.

NAUTES, prudente anciano, compañero de Eneas. Fue cabeza de la familia romana *Nautia*, a la que por juro de heredad estaba confiada la custodia del Paladión de Roma, o sea, la estatua de Palas. Libro V.

NEALCES, guerrero troyano, insigne flechador. Libro X.

NEMÓN, guerrero troyano, muerto a manos de Turno. Libro IX.

NEPTÓLEMO (lo mismo que *soldado bisoño*). Nombre que se dio a Pirro, hijo de Aquiles, por lo muy joven que era cuando le llevó su padre a la guerra. Dio muerte a Príamo. Libro II.

NEPTUNO, dios del mar. Calmó la gran tempestad que se describe en el libro I.

NESEE, una de las nereidas. Libro V.

NIFEO, guerrero rútulo, muerto a manos de Eneas. Libro X.

NISO, joven troyano, hijo de Hírtaco, grande amigo de Eurílalo. Libro IX.

NUMANO, por sobrenombre Rémulo; guerrero rútulo, cuñado de Turno y el primero a quien dio muerte Ascanio. Libro IX.

NUMITOR, guerrero rútulo. Libro X.

OBALO, hijo del rey Telón y de la ninfa Sabétida, poderoso auxiliar de Turno. Libro VII.

OCNO, hijo de la adivina Manto y del río Tiber, fundador de Mantua y aliado de Eneas. Libro X.

OFELTES, padre de Euríalo. Libro IX.

ONITES, guerrero tebano, hijo de Peridia, muerto a manos de Eneas. Libro XII.

OPIS, ninfa de Diana, vengadora de la muerte de Camila. Libro XI.

ORNITO, robusto cazador tirreno, muerto a manos de la amazona Camila. Libro XI.

ORODES, guerrero árcade, muerto a manos de Mecencio. Libro X.

ORONTE, compañero de Eneas y capitán de la escuadra licia. Murió ahogado durante la gran tempestad que se describe en el libro I. Libro VI.

ORSES, forzudo guerrero árcade, muerto a manos de Rapo. Libro X.

ORSÍLOCO, guerrero troyano, vencedor de Rémulo. Libro XI.

ORTIGIO, guerrero rútulo, muerto a manos del troyano Ceneo. Libro IX.

OSINIO, rey de Etruria, en cuya nave se metió Turno, creyendo perseguir a Eneas en el vano fantasma del héroe troyano, suscitado por Venus. Libro X.

OSIRIS, corpulento guerrero rútulo, herido por Timbreo. Libro XII.

PAGASO, guerrero troyano, muerto a manos de la amazona Camila. Libro XI.

PALANTE, príncipe árcade, hijo de Evandro, poderoso auxiliar de Eneas. Murió a manos de Turno. Libros VIII-XII.

PALINURO, hijo de Iasio, piloto de la nave de Eneas. Según se refiere al final del libro V, cayó al mar, vencido del sueño; anduvo tres días errante a merced de las olas, y al cuarto logró arribar a las costas de Italia (Lucania), cuyos naturales le dieron muerte. Castigada por los dioses esta maldad con una gran peste, erigiósele un sepulcro al pie del promontorio que lleva su nombre.

PALMO, guerrero troyano, muerto a manos de Mecencio. Libro X.

PANDARO, hermano de Euritión. Propuso terminar la guerra de Troya con un combate singular entre Paris y Menelao. También, el nombre de un gigantesco guerrero teucro, hermano de Bitias e hijo de Alcanor. Libros V, IX y XI.

PANOPES, joven siciliano (véase HELIMO), citado en el mismo verso. Libro V.

PARIS, príncipe troyano, hijo de Príamo y robador de la hermosa Helena, ocasión de la guerra y destrucción de Troya.

PATERNIO, guerrero árcade, muerto a manos de Rapo. Libro X.

PATRÓN, joven árcade, competidor en las carreras que se describen en el libro V.

PENELEO, guerrero griego, matador de Corebo. Libro II.

PENTESILEA, reina de las amazonas; durante el sitio de Troya acudió con un poderoso ejército en auxilio de los troyanos. De esta hermosa creación de Homero se inspiró Virgilio para su no

menos bella figura de Camila.

PEÓN, insigne médico tracio, que dio nombre a unas hierbas a que se atribuían grandes virtudes. Es fama que con ellas resucitó a Hipólito. Aunque este personaje no interviene en la acción de la Eneida, se le cita en ella algunas veces con referencia a sus principales personajes.

PERIDIA, madre del guerrero tebano a quien Virgilio llama el triste Onites. Libro XII.

PICO, padre de Fauno y abuelo del rey Latino. Libro VII.

PIGMALIÓN, rey de Tiro, hijo de Belo y hermano de la reina Dido.

PILUMNO, abuelo de Turno y divinizado en Italia como inventor del arte de moler el trigo. Libro XII.

PIRACMÓN, uno de los cíclopes que forjaron el escudo y las armas de Eneas. Libro VIII.

PIRGO, nodriza de los hijos de Príamo. Libro V.

PIRRO, lo mismo que Neptólemo (véase).

PODALIRIO, guerrero troyano, matador de Also. Libro XII.

POLIDORO, hijo de Príamo, enviado desde niño al rey de Tracia para que cuidase de su crianza y muerto por éste miserablemente. Se cuenta su lamentable historia en el libro III.

POLIFEMO, gigante cíclope, hijo de Neptuno. Libro III.

POLIFETES, guerrero troyano, consagrado a Ceres. Libro VI.

POLITES, nieto de Príamo e hijo de aquel otro Polites muerto por Pirro a la vista de sus padres en el incendio y saco de Troya. Fue uno de los tres capitanes niños que mandaban las compañías de muchachos en las carreras descritas en la Eneida. Libros II y V.

POTICIO, fundador de las fiestas instituidas en honor de Hércules, por la muerte dada a Caco. Libro VIII.

PRÍAMO, ultimo rey de Troya, muerto a manos de Pirro.

PRÍMOLO, guerrero troyano, muerto a manos de Turno. Libro IX.

PRITANIS, guerrero troyano, muerto a manos de Turno. Libro IX.

PRIVERNO, guerrero rútulo, muerto a manos de Capis. Libro IX.

PRÓMOLO, guerrero troyano, muerto a manos de Turno. Libro IX.

PROSERPINA, hija de Júpiter y Ceres y esposa de Plutón, a la cual ofreció Eneas un ramo de oro al bajar a los infiernos conducido por la Sibila, según se refiere en el libro VI.

QUERCENTE, guerrero rútulo. Libro IX.

RAMNETES, rey y augur, auxiliar de los rútulos, grande amigo del rey Turno; murió a manos de Niso. Libro IX.

RAPO, guerrero rútulo, matador de Partenio y del forzudo Orses. Libro X.

REMO, guerrero rútulo, muerto a manos de Niso. Es también el nombre del hermano de Rómulo, fundador de Roma y del linaje romano. Libro IX.

RÉMULO. Dos guerreros de este nombre suenan en la *Eneida*, uno toscano y otro latino. Libros IX y XI.

RETEO, guerrero rútulo, muerto a manos de Palante. Libro X.

RETO, guerrero rútulo, muerto a manos de Eurídalo. Libro IX.

RIPEO, llamado el más justo de los troyanos. Murió a manos de Peneleo. Libro II.

SACES, guerrero latino. Libro XII.

SACRATOR, guerrero latino. Libro X.

SAGARIS, uno de los escuderos de Eneas, muerto a manos de Turno. Libro IX.

SALIO, competidor en las carreras descritas en el libro V; natural de la Acarnania. Es también el nombre de un guerrero latino, muerto a manos de Nealces. Libro X.

SARPEDÓN, famoso guerrero troyano, padre de Antífates, muerto a manos de Turno. Libro IX.

SERESTO. capitán troyano, denominado *el fuerte*. Libro IV.

SERGESTO, capitán troyano, uno de los compañeros de Eneas. Mandaba la galera Centauro en las regatas que se describen en el libro V.

SERRANO, guerrero rútulo, muerto a manos de Niso. Libro IX.

SIBARIS, guerrero troyano, muerto a manos de Turno. Libro XII.

SILVIA, hija de Tirfeo. La muerte que a un hermoso ciervo criado por ella dio Ascanio inadvertidamente, en una cacería, fue ocasión de la cruda guerra que se movió entre latinos y troyanos. Libro VII.

SINÓN, astuto griego, que persuadiendo a los troyanos que dejasen introducir en su ciudad el gran caballo de madera, fabricado por Ulises, causó la destrucción de Troya. Libro II.

SIQUEO, príncipe tirio, esposo de Dido.

SPIO, una de las ninfas del mar. V

STÉNELO, guerrero troyano, muerto manos de Turno. Libro XII. Es también el nombre de uno de los griegos que entraron con Ulises en el caballo de Troya. Libro II.

STRIMÓN, guerrero árcade, compañero de Palante. Libro X.

SUCRÓN, guerrero rútulo, muerto a manos de Eneas. Libro XII.

SULMÓN, guerrero rútulo, uno de los que prendieron a Eurídalo; muerto a manos de Niso. Libro IX.

TAGO, guerrero rútulo, muerto a manos de Niso. Libro IX.

TALÍA, una de las ninfas del mar. Es también el nombre dado a la musa de la comedia. Libro V.

TALÓN, guerrero rútulo, muerto a manos de Eneas. Libro XII.

TAMIRIS, guerrero troyano, muerto a manos de Turno. Libro XII.

TARAIS, guerrero rútulo, muerto a manos de Eneas. Libro XII.

TARCÓN, caudillo de los etruscos, aliados de Eneas. Libro VIII.

TARPEYA, amazona compañera de Camila. Libro XI.

TARQUITO, guerrero rútulo, hijo de Fauno y de la ninfa Dríope, muerto a manos de Eneas. Libro X.

TEANO, esposa de Amico y madre de Mimante, guerrero frigio. Libro X.

TEMILA, guerrero troyano. Libro IX.

TEMÓN, guerrero licio, hermano de Sarpedonte y de Claro. Libro X.

TEREAS, guerrero troyano. Libro XI.

TERSÍLOCO, guerrero troyano, muerto a manos de Turno. Libro XII. Es también el nombre de uno de los guerreros troyanos cuyas sombras se encontró Eneas en los Campos Elíseos. Libro VI.

TESANDRO. Uno de los guerreros griegos que entraron con Ulises en el famoso caballo de Troya. Libro II.

TEUTRA, valerosísimo guerrero árcade. Libro X.

THERÓN, gigante latino, muerto a manos de Eneas. Libro X.

TIMBREO, guerrero troyano. TIMBRIS, anciano guerrero troyano. Libro XII.

TIMBRO, guerrero latino, muerto a manos de Palante. Libro X.

TIMETES, guerrero troyano, hijo de Hicetaón. Libro X.

TIRES, guerrero árcade. Libro X.

TIRREO, mayoral de los ganados del rey Latino. Libro VII.

TMARO, guerrero rútulo. Libro IX.

TOANTE, guerrero árcade, compañero de Palante. Libro X.

TOAS. Uno de los guerreros griegos que entraron con Ulises en el famoso caballo de Troya. Libro II.

TOLUMNIO, augur rútulo, muerto en la última batalla entre troyanos y latinos. Fue el que provocó el rompimiento del pacto para el combate singular entre Eneas y Turno, disparando un dardo contra los desprevenidos troyanos. Libro XII.

TRONIO guerrero troyano, muerto a manos de Salio. Libro X.

TULA, amazona compañera de Camila. Libro XI.

TURNO, rey de los rútulos, rival y terrible enemigo de Eneas, a cuyas manos muere en singular combate. Con su muerte termina la acción de la *Eneida*. Libros VII-XII.

UFENTE, rey de los equícolas, poderoso auxiliar de Turno. Libro VII.

UMBRO, sacerdote de la nación Marruvia (los marsos), enviado por el rey Archipo en socorro de Turno. Libro VII.

VALERO, esforzado guerrero rútulo, vencedor de Agis de Licia. Libro X.

VENILIA, madre del rey Turno. Libro X.

VÉNULO, mensajero rútulo, enviado por Turno a la corte de Diomedes en demanda de auxilios contra los teucros. Libro VIII.

VENUS, diosa de la hermosura, madre de Eneas.

VIRBIO, hermosísimo mancebo hijo de Hipólito, natural de Aricia, auxiliar de Turno. Libro VII.

VOLSCENTES, capitán rútulo. Fue el que descubrió y prendió a Niso y Eurílalo después de su expedición nocturna al campamento de los rútulos, que se describe en el libro IX.

VOLUSO, guerrero rútulo. Libro XI.

VULCANO, dios del fuego, hijo de Júpiter y Juno y esposo de Venus, a cuyos ruegos forjó para Eneas la maravillosa armadura que se describe en el libro VIII.

CLÁSICOS DE HISTORIA

http://clasicoshistoria.blogspot.com.es/

581 Alphonse Daudet, *Tartarín en los Alpes. Nuevas hazañas del héroe de Tarascón*
580 George Orwell, *La Bomba Atómica y tú. Artículos para después de una guerra*
579 Gilbert Keith Chesterton, *El hombre que fue Jueves. Una pesadilla*
578 Rajani Palme Dutt, *Los cambios de rumbo del comunismo británico en los años treinta*
577 Edgar Allison Peers, *La tragedia española 1930-1936. Dictadura, república, caos*
576 Víctor de Tunnuna, *Cronicón*
575 Isidoro de Sevilla, *Varones ilustres*
574 Gareth Jones, *Un periodista galés en la Unión Soviética (1930-1935)*
573 Malcolm Muggeridge, *La denuncia de la Hambruna soviética*
572 Amador de los Ríos, *Estudios históricos, políticos y literarios sobre los judíos de España*
571 Joaquim Pedro de Oliveira Martins, *Brasil y las colonias portuguesas*
570 Joaquim Pedro de Oliveira Martins, *Historia de Portugal*
569 Jorge de Sena, *El polígrafo barroco Manuel de Faria e Sousa*
568 Manuel de Faria y Sousa, *Epítome de las historias portuguesas*
567 Carlos Pereyra, *El mito de Monroe*. Seguido de *El crimen de Woodrow Wilson*
566 Johannes Scherr, *Germania, dos mil años de historia alemana*
565 José María Salaverría, *El instante dramático y otros artículos*
564 Eduardo Barriobero, *Un tribunal revolucionario. Cuenta rendida por el que fue su Presidente*
563 Winston S. Churchill, *La guerra civil española. Artículos y discursos 1936-1939*
562 Francisco Javier Simonet, *La mujer arábigo-hispana y otros estudios andalusíes*
561 Godefroid Kurth, *¿Qué es la Edad Media? y otros artículos polémicos*
560 Juan Valera, *Sobre el concepto que hoy se forma de España y otros artículos*
559 Ramón del Valle-Inclán, *Visión estelar de un momento de guerra*
558 Hans Holbein el Joven, *Danza de la Muerte*
557 Megástenes, *La India (fragmentos)*
556 Beroso, *Babilonia (fragmentos) seguido del Falso Beroso de Annio de Viterbo*
555 Leonor López de Córdoba, *Memorias (1368-1412)*
554 Herrada de Lansberg, *Hortus deliciarum. Calcos de las miniaturas*
553 Augustin Cochin, *Las sociedades de pensamiento y la democracia en la revolución francesa*
552 Manetón, *Historia de Egipto (fragmentos)*
551 Horace Greeley, *La Administración Lincoln y la Guerra Civil (1860-1865)*
550 DeBow, Lagdon, Van Dyke, *Defensa de la esclavitud. Un panfleto antiabolicionista de 1860*
549 John L. O'Sullivan, *El destino manifiesto (artículos)*
548 Pedro Sarmiento de Gamboa, *Historia de los Incas*
547 Francis Yeats-Brown, *La jungla europea*
546 E. A. Wallis Budge, *La literatura de los antiguos egipcios*
545 Yevgeny Ivanovich Zamiatin, *Nosotros*
544 *La epopeya de Gilgamesh*
543 Joaquín Costa, *Reconstitución y europeización de España*
542 Ricardo Macías Picavea, *El problema nacional: hechos, causas, remedios*
541 Julio Cejador y Frauca, *Tierra y alma española*
540 Havelock Ellis, *El alma de España*
539 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los Césares*

538 Jacob Burckhardt, *La época de Constantino el Grande. Del paganismo al cristianismo*
537 Rufo Festo, *Breviario de las victorias del pueblo romano*
536 Lucio Cecilio Lactancio, *Cómo mueren los perseguidores*
535 Luis Zapata de Chaves, *Miscelánea o Varia historia*
534 Nicolás de Condorcet, *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*
533 Martin Hume, *Historia del pueblo español, su origen, desarrollo e influencia*
532 François Plaine, *Los pretendidos terrores del año mil*
531 Juan Ximénez Cerdán, *Letra intimada al Justicia de Aragón*
530 Andrés de Mena y Francisco de Rioja, *Sobre el Conde Duque de Olivares, en su caída*
529 Luis Suárez, *Grandes interpretaciones de la Historia*
528 *La falsa vida del falsario Saavedra (relatos y refutaciones)*
527 Eusebio Jerónimo de Estridón, *Varones ilustres*
526 Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*
525 Pedro Mártir de Angleria, *Décadas del Nuevo Mundo*
524 Carlos Pereyra, *Tejas: la primera desmembración de Méjico*
523 Lorenzo Zavala, *Viaje a los Estados Unidos del Norte de América en 1830*
522 Frances Trollope, *Costumbres familiares de los norteamericanos*
521 Jesse Ames Spencer, *Historia de los Estados Unidos* (2 tomos)
520 Benjamín Franklin, *Esclavos y razas (1751-1790)*
519 Alejandro Manzoni, *Historia de la Columna Infame*
518 Alejandro Manzoni, *Los novios. Historia milanesa del siglo XVII*
517 Fernando Patxot, *Las ruinas de mi convento*
516 Marqués de Ayerbe, *Memorias sobre la estancia de D. Fernando VII en Valençay*
515 Jerónimo Münzer, *Viaje por España y Portugal en los años 1494 y 1495*
514 Conde de Robres, *Historia de las guerras civiles de España desde 1700 hasta 1708*
513 Isidoro de Sevilla, *Historia de los reyes godos, vándalos y suevos*
512 Ángel Salcedo Ruiz, *Contra el regionalismo aragonés (1918-1920)*
511 Juan Moneva y Puyol, *Disertaciones políticas (republicanas y regionalistas)*
510 Andrés Nin, *Las dictaduras de nuestro tiempo*
509 Francisco Cambó, *Las dictaduras*
508 Manuel Chaves Nogales, *La vuelta a Europa en avión; los reportajes del Heraldo*
507 Guillén de Lampart, *Proclama por la liberación de la Nueva España y otros textos*
506 Carlos Pereyra, *La obra de España en América*
505 Pedro Mártir de Angleria, *Cartas del Nuevo Mundo 1493-1525*
504 Juan Moneva y Puyol: *Política de represión y otros textos*
503 Francisco Cambó: *Un catalanismo de orden; textos 1907-1937*
502 Macalister y otros, *Palestina en 1911 (Encyclopædia Britannica)*
501 George Robinson, *Viaje a Palestina y Siria en 1830*
500 Augusto Conte, *Recuerdos de un diplomático*
499 Pere M. Rossell, *La Raza*
498 *Las razas europeas en la antropología racista. Textos, mapas y gráficos*
497 Marco Aurelio, *Soliloquios*
496 Cayetano Barraquer, *Quema de conventos y matanza de frailes en la Barcelona de 1835*
495 Francisco Raull, *Historia de la conmoción de Barcelona en... julio de 1835*
494 Eugenio de Aviraneta y Tomás Bertrán Soler, *Mina y los proscriptos*
493 Ramón Xaudaró y Fábregas, *Bases de una constitución política… y otros textos*
492 Joaquín del Castillo, *Las bullangas de Barcelona o sacudimientos de un pueblo oprimido...*
491 John Tanner, *Narración de su cautiverio y aventuras con los indios de Norteamérica*
490 Alphonse Daudet, *Tartarín de Tarascón*
489 Gustave de Beaumont, *Estado Unidos en 1831: Esclavitud, racismo, religión, tribus indias...*

488 William Jay, *Causas y consecuencias de la guerra de 1847 entre Estados Unidos y Méjico*
487 Manuel Gil Maestre, *El anarquismo, hechos e ideas*
486 Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*
485 Richard F. Burton, *Peregrinación a La Meca y Medina*
484 Romualdo Nogués, *Aventuras y desventuras de un soldado viejo natural de Borja*
483 Vicente de la Fuente, *La sopa de los conventos*
482 John Leech, *Grabados de la Historia cómica de Roma*
481 José García de León y Pizarro, *Memorias*
480 Gustavo Adolfo Bécquer, *Desde mi celda. Veruela. Costumbres de Aragón*
479 Washington Irving, *Cuentos de la Alhambra*
478 Manuel de Galhegos, *Obras varias al real palacio del Buen Retiro*
477 Évariste Huc, *Recuerdos de un viaje a la Tartaria, el Tíbet y la China en 1844, 1845 y 1846*
476 Rafael Torres Campos, *Esclavitud e imperialismo en el África árabe*
475 Rosendo Salvado, *Memorias históricas sobre la Australia*
474 Juan Fernández de Heredia, *Libro de los fechos et conquistas de la Morea*
473 *Crónica del rey de Aragón Pedro IV el Ceremonioso*
472 Plinio el Joven, *Cartas. Libro I al IX*
471 Thomas Macaulay, *Revolución de Inglaterra*
470 Manuel Fraga Iribarne, *Razas y racismo*
469 Juan Bautista Pérez, *Parecer sobre las planchas de plomo que se han hallado en Granada*
468 G. Lenotre, *Historias íntimas de la Revolución Francesa*
467 Pierre Gaxotte, *La España de los años treinta. Artículos de «Je suis partout»*
466 Lucio Marineo Sículo, *Crónica de Aragón*
465 Gonzalo de Céspedes, *Excelencias de España y sus ciudades*
464 Plinio el Joven, *Panegírico de Trajano y correspondencia con el emperador*
463 *Auca de l'Estatut de Catalunya*
462 Thomas Macaulay, *Constructores del imperio británico en la India*
461 *Los ilustrados y la esclavitud*
460 José Pascasio de Escoriaza, *La esclavitud en las Antillas*
459 Alonso de Sandoval, *Mundo negro y esclavitud*
458 Claudio Claudiano, *Elogio de Serena*
457 *Concilio IV de Toledo (año 633)*
456 Pedro Bosch Gimpera, *España, Para la comprensión de España, y otros textos*
455 Ramón Menéndez Pidal, *Lenguas y nacionalismos. Artículos y polémicas*
454 Charles Van Zeller, *Guerra civil en España. Esbozos y recuerdos*
453 Antonio Pirala, *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista* (6 tomos)
452 Plinio el Viejo, *Hispania antigua en la Naturalis Historia*
451 Benvenuto Cellini, *Su vida escrita por él mismo en Florencia*
450 *Propaganda y doctrina. Editoriales y oros textos de la revista Escorial (1940-1942)*
449 Diego Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*
448 Nuño de Guzmán, *Jornada de Nueva Galicia y otras cartas*
447 Alfredo Chavero, *Explicación del lienzo de Tlaxcala*
446 Ramón Menéndez Pidal, *Tres artículos sobre Bartolomé de las Casas*
445 Américo Vespucio, *Tres cartas sobre el Nuevo Mundo*
444 Publilio Siro, *Sentencias*
443 Aulo Gelio, *Noches áticas*
442 Tito Lucrecio Caro, *De la naturaleza de las cosas*
441 Aurelio Prudencio Clemente, *Psicomaquia o Pelea de las Virtudes y los Vicios*
440 Luciano de Samósata, *Historias verdaderas*
439 Concepción Arenal, *La cuestión social*

438 Benjamin Constant, *De la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos*
437 Emilio Mola Vidal, *Memorias de mi paso por la Dirección General de Seguridad*
436 Manuel García Morente, *Idea de la Hispanidad*
435 Vaclav Schaschek y Gabriel Tetzel, *Viaje de León de Rosmital por España en 1466*
434 Andrea Navagero, *Viaje por España 1524-1528*
433 Georg von Ehingen, *Viaje por España en 1457*
432 Francesco Guicciardini, *Relación de España 1512-1513*
431 Santiago Ramón y Cajal, *Patriotismo y nacionalismos. Textos regeneracionistas*
430 Julián Ribera, *Lo científico en la historia*
429 Juan Gálvez y Fernando Brambila, *Ruinas de Zaragoza en su primer sitio*
428 Faustino Casamayor, *Diario de los Sitios de Zaragoza*
427 Georges Desdevises du Dézert, *Ideas de Napoleón acerca de España*
426 Wenceslao Fernández Flórez, *Columnas de la República 1931-1936*
425 Berman, Low y otros, *Antes de la catástrofe. Caricaturas políticas en* Ken *1938-1939*
424 Dolores Ibárruri "Pasionaria", *Artículos, discursos e informes 1936-1978*
423 Gregorio Marañón, *Artículos republicanos 1931-1937*
422 Emil Hübner, *La arqueología de España*
421 Alexandre de Laborde, *Grabados del Voyage pittoresque et historique de l'Espagne*
420 Pompeyo Trogo, *Los asuntos de España*
419 Frederick Hardman, *Escenas y bosquejos de las guerras de España*
418 Fustel de Coulanges, *Alsacia alemana o francesa, y otros textos nacionalistas*
417 Theodor Mommsen, *A los italianos (la guerra y la paz)*
416 Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua. Estudio sobre el culto, el derecho y las instituciones*
415 *Historia Augusta. Vidas de diversos emperadores y pretendientes desde el divino Adriano...*
414 Anténor Firmin, *La igualdad de las razas humanas (Fragmentos)*
413 Fermín Hernández Iglesias, *La esclavitud y el señor Ferrer de Couto*
412 José Ferrer de Couto, *Los negros en sus diversos estados y condiciones*
411 *Textos antiguos sobre el mito de las edades: Hesíodo, Platón, Ovidio, Virgilio, Luciano*
410 Tertuliano, *Apologético*
409 Flavio Arriano, *Historia de las expediciones de Alejandro*
408 Luciano de Samósata, *Cómo ha de escribirse la Historia*
407 Vasco de Quiroga, *Información en derecho sobre algunas Provisiones del Consejo de Indias*
406 Julián Garcés, Bernardino de Minaya y Paulo III, *La condición de los indios*
405 Napoleón Colajanni, *Raza y delito*
404 Ángel Pulido, *Españoles sin patria y la reza sefardí*
403 Ángel Pulido, *Los israelitas españoles y el idioma castellano*
402 George Dawson Flinter, *Examen del estado actual de los esclavos de la isla de Puerto Rico*
401 Vicente de la Fuente, *Historia de las sociedades secretas antiguas y modernas en España*
400 Francisco Guicciardini, *Historia de Italia… desde el año de 1494 hasta el de 1532* (2 tomos)
399 *Anti-Miñano. Folletos contra las Cartas del pobrecito holgazán y su autor*
398 Sebastián de Miñano, *Lamentos políticos de un pobrecito holgazán*
397 Kenny Meadows, *Ilustraciones de Heads of the people or Portraits of the english*
396 *Grabados de Les français peints par eux-mêmes* (2 tomos)
395 *Los españoles pintados por sí mismos* (3 tomos)
394 Ramón de Mesonero Romanos, *Memorias de un setentón natural y vecino de Madrid*
393 Joseph-Anne-Marie de Moyriac de Mailla, *Histoire generale de la Chine* (13 tomos)
392 Fernando de Alva Ixtlilxochitl, *De la venida de los españoles y principio de la ley evangélica*
391 José Joaquín Fernández de Lizardi, *El grito de libertad en el pueblo de Dolores*
390 Alonso de Ercilla, *La Araucana*
389 Juan Mañé y Flaquer, *Cataluña a mediados del siglo XIX*

388 Jaime Balmes, *De Cataluña (y la modernidad)*
387 Juan Mañé y Flaquer, *El regionalismo*
386 Valentín Almirall, *Contestación al discurso leído por D. Gaspar Núñez de Arce*
385 Gaspar Núñez de Arce, *Estado de las aspiraciones del regionalismo*
384 Valentín Almirall, *España tal cual es*
383 *Memoria en defensa de los intereses morales y materiales de Cataluña (1885)*
382 José Cadalso, *Defensa de la nación española contra la Carta Persiana... de Montesquieu*
381 Masson de Morvilliers y Mariano Berlon, *Polémica sobre Barcelona*
380 Carlo Denina, *¿Qué se debe a España?*
379 Antonio J. de Cavanilles, *Observaciones sobre el artículo España de la Nueva Encyclopedia*
378 Eduardo Toda, *La vida en el Celeste Imperio*
377 Mariano de Castro y Duque, *Descripción de China*
376 Joseph de Moyriac de Mailla, *Cartas desde China (1715-1733)*
375 Dominique Parennin, *Sobre la antigüedad y excelencia de la civilización china (1723-1740)*
374 Diego de Pantoja, *Relación de las cosas de China (1602)*
373 Charles-Jacques Poncet, *Relación de mi viaje a Etiopía 1698-1701*
372 Thomas Robert Malthus, *Ensayo sobre el principio de la población*
371 Víctor Pradera, *El Estado Nuevo*
370 Francisco de Goya, *Desastres de la guerra*
369 Andrés Giménez Soler, *Reseña histórica del Canal Imperial de Aragón*
368 *Los juicios por la sublevación de Jaca en el diario "Ahora"*
367 Fermín Galán, *Nueva creación. Política ya no sólo es arte, sino ciencia*
366 Alfonso IX, *Decretos de la Curia de León de 1188*
365 *Codex Vindobonensis Mexicanus I. Códice mixteca*
364 Sebastián Fernández de Medrano, *Máximas y ardides de que se sirven los extranjeros…*
363 Juan Castrillo Santos, *Cuatro años de experiencia republicana 1931-1935*
362 Louis Hennepin, *Relación de un país que... se ha descubierto en la América septentrional*
361 Alexandre Olivier Exquemelin, *Piratas de la América*
360 Lilo, Tono y Herreros, *Humor gráfico y absurdo en La Ametralladora*
359 Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*
358 *Revolución y represión en Casas Viejas. Debate en las Cortes*
357 Pío Baroja, *Raza y racismo. Artículos en Ahora, Madrid 1933-1935*
356 Diego de Ocaña, *Ilustraciones de la Relación de su viaje por América del Sur*
355 Carlos de Sigüenza y Góngora, *Infortunios de Alonso Ramírez*
354 Rafael María de Labra, *La emancipación de los esclavos en los Estados Unidos*
353 Manuel de Odriozola, *Relación... de los piratas que infestaron la Mar del Sur*
352 Thomas Gage, *Relación de sus viajes en la Nueva España*
351 De la Peña, Crespí y Palou, *Exploración de las costas de la Alta California (1774-1799)*
350 Luis de Camoens, *Los lusíadas*
349 Sabino Arana, *Artículos de Bizkaitarra (1893-1895)*
348 Bernardino de Sahagún, *Las ilustraciones del Códice Florentino*
347 Felipe Guaman Poma de Ayala, *Ilustraciones de la Nueva Crónica y Buen Gobierno*
346 Juan Suárez de Peralta, *Noticias históricas de la Nueva España*
345 Étienne de la Boétie, *Discurso de la servidumbre voluntaria*
344 Tomás de Mercado y Bartolomé de Albornoz, *Sobre el tráfico de esclavos*
343 Herblock (Herbert Block), *Viñetas políticas 1930-2000*
342 Aníbal Tejada, *Viñetas políticas en el ABC republicano (1936-1939)*
341 Aureger (Gerardo Fernández de la Reguera), *Portadas de "Gracia y Justicia" (1931-1936)*
340 Paul Valéry, *La crisis del Espíritu*
339 Francisco López de Gómara, *Crónica de los Barbarrojas*

338 *Cartas de particulares sobre la rebelión de Cataluña (1640-1648)*
337 Alejandro de Ros, *Cataluña desengañada. Discursos políticos*
336 Gaspar Sala, *Epítome de los principios y progresos de las guerras de Cataluña*
335 *La Flaca. Dibujos políticos de la primera etapa (1869-1871)*
334 Francisco de Quevedo, *La rebelión de Barcelona ni es por el huevo ni por el fuero*
333 Francisco de Rioja, *Aristarco o censura de la Proclamación Católica de los catalanes*
332 Gaspar Sala y Berart, *Proclamación católica a la majestad piadosa de Felipe el Grande*
331 François Bernier, *Nueva división de la Tierra por las diferentes especies o razas humanas*
330 Cristoph Weiditz, *Libro de las vestimentas (Trachtenbuch)*
329 Isa Gebir, *Suma de los principales mandamientos y devedamientos de la ley y sunna*
328 Sebastian Münster, *Cosmographiæ Universalis. Mapas y vistas urbanas*
327 Joaquim Rubió y Ors, *Manifiestos catalanistas. Prólogos de Lo gayter del Llobregat*
326 Manuel Azaña, *La velada en Benicarló. Diálogo de la guerra en España*
325 François Bernier, *Viajes del Gran Mogol y de Cachemira*
324 Antonio Pigafetta, *Primer viaje en torno del Globo*
323 Baronesa D'Aulnoy, *Viaje por España en 1679*
322 Hernando Colón, *Historia del almirante don Cristóbal Colón*
321 Arthur de Gobineau, *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*
320 Rodrigo Zamorano, *El mundo y sus partes, y propiedades naturales de los cielos y elementos*
319 Manuel Azaña, *Sobre el Estatuto de Cataluña*
318 David Hume, *Historia de Inglaterra hasta el fin del reinado de Jacobo II* (4 tomos)
317 Joseph Douillet, *Moscú sin velos (Nueve años trabajando en el país de los Soviets)*
316 Valentín Almirall, *El catalanismo*
315 León Trotsky, *Terrorismo y comunismo (Anti-Kautsky)*
314 Fernando de los Ríos, *Mi viaje a la Rusia Sovietista*
313 José Ortega y Gasset, *Un proyecto republicano (artículos y discursos, 1930-1932)*
312 Karl Kautsky, *Terrorismo y comunismo*
311 Teofrasto, *Caracteres morales*
310 Hermanos Limbourg, *Las muy ricas Horas del duque de Berry (Selección de las miniaturas)*
309 Abraham Ortelio, *Teatro de la Tierra Universal. Los mapas*
308 Georg Braun y Franz Hogenberg, *Civitates orbis terrarum (selección de los grabados)*
307 Teodoro Herzl, *El Estado Judío*
306 *Las miniaturas del Códice Manesse*
305 Oliverio Goldsmith, *Historia de Inglaterra. Desde los orígenes hasta la muerte de Jorge II.*
304 Sor Juana Inés de la Cruz, *Respuesta de la poetisa a la muy ilustre sor Filotea de la Cruz*
303 *El voto femenino: debate en las Cortes de 1931.*
302 Hartmann Schedel, *Crónicas de Nuremberg* (3 tomos)
301 Conrad Cichorius, *Los relieves de la Columna Trajana. Láminas.*
300 Javier Martínez, *Trescientos Clásicos de Historia (2014-2018)*
299 Bartolomé y Lucile Bennassar, *Seis renegados ante la Inquisición*
298 Edmundo de Amicis, *Corazón. Diario de un niño*
297 Enrique Flórez y otros, *España Sagrada. Teatro geográfico-histórico de la Iglesia de España.*
296 Ángel Ossorio, *Historia del pensamiento político catalán durante la guerra… (1793-1795)*
295 Rafael Altamira, *Psicología del pueblo español*
294 Julián Ribera, *La supresión de los exámenes*
293 Gonzalo Fernández de Oviedo, *Relación de lo sucedido en la prisión del rey de Francia...*
292 Juan de Oznaya, *Historia de la guerra de Lombardía, batalla de Pavía y prisión del rey...*
291 Ángel Pestaña, *Setenta días en Rusia. Lo que yo vi*
290 Antonio Tovar, *El Imperio de España*
289 Antonio Royo Villanova, *El problema catalán y otros textos sobre el nacionalismo*

288 Antonio Rovira y Virgili, *El nacionalismo catalán. Su aspecto político...*
287 José del Campillo, *Lo que hay de más y de menos en España, para que sea lo que debe ser...*
286 Miguel Serviá († 1574): *Relación de los sucesos del armada de la Santa Liga...*
285 Benito Jerónimo Feijoo, *Historia, patrias, naciones y España*
284 Enrique de Jesús Ochoa, *Los Cristeros del Volcán de Colima*
283 Henry David Thoreau, *La desobediencia civil*
282 *Tratados internacionales del siglo XVII. El fin de la hegemonía hispánica*
281 Guillermo de Poitiers, *Los hechos de Guillermo, duque de los normandos y rey de los anglos*
280 Indalecio Prieto, *Artículos de guerra*
279 Francisco Franco, *Discursos y declaraciones en la Guerra Civil*
278 Vladimir Illich (Lenin), *La Gran Guerra y la Revolución. Textos 1914-1917*
277 Jaime I el Conquistador, *Libro de sus hechos*
276 Jerónimo de Blancas, *Comentario de las cosas de Aragón*
275 Emile Verhaeren y Darío de Regoyos, *España Negra*
274 Francisco de Quevedo, *España defendida y los tiempos de ahora*
273 Miguel de Unamuno, *Artículos republicanos*
272 *Fuero Juzgo o Libro de los Jueces*
271 Francisco Navarro Villoslada, *Amaya o los vascos en el siglo VIII*
270 Pompeyo Gener, *Cosas de España (Herejías nacionales y El renacimiento de Cataluña)*
269 Homero, *La Odisea*
268 Sancho Ramírez, *El primitivo Fuero de Jaca*
267 Juan I de Inglaterra, *La Carta Magna*
266 *El orden público en las Cortes de 1936*
265 Homero, *La Ilíada*
264 Manuel Chaves Nogales, *Crónicas de la revolución de Asturias*
263 Felipe II, *Cartas a sus hijas desde Portugal*
262 Louis-Prosper Gachard, *Don Carlos y Felipe II*
261 *Felipe II rey de Inglaterra, documentos*
260 Pedro de Rivadeneira, *Historia eclesiástica del cisma de Inglaterra*
259 Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades* (6 tomos)
258 Joaquin Pedro de Oliveira Martins, *Historia de la civilización ibérica*
257 Pedro Antonio de Alarcón, *Historietas nacionales*
256 Sergei Nechaiev, *Catecismo del revolucionario*
255 Álvar Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios y Comentarios*
254 Diego de Torres Villarroel, *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras*
253 *¿Qué va a pasar en España? Dossier en el diario* Ahora *del 16 de febrero de 1934*
252 Juan de Mariana, *Tratado sobre los juegos públicos*
251 Gonzalo de Illescas, *Jornada de Carlos V a Túnez*
250 Gilbert Keith Chesterton, *La esfera y la cruz*
249 José Antonio Primo de Rivera, *Discursos y otros textos*
248 *Citas del Presidente Mao Tse-Tung (El Libro Rojo)*
247 Luis de Ávila y Zúñiga, *Comentario de la guerra de Alemania… en el año de 1546 y 1547.*
246 José María de Pereda, *Pedro Sánchez*
245 Pío XI, *Ante la situación social y política (1926-1937)*
244 Herbert Spencer, *El individuo contra el Estado*
243 Baltasar Gracián, *El Criticón*
242 Pascual Madoz, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España...* (16 tomos)
241 Benito Pérez Galdós, *Episodios Nacionales* (5 tomos)
240 Andrés Giménez Soler, *Don Jaime de Aragón último conde de Urgel*
239 Juan Luis Vives, *Tratado del socorro de los pobres*

238 Cornelio Nepote, *Vidas de los varones ilustres*
237 Zacarías García Villada, *Paleografía española* (2 tomos)
236 Platón, *Las Leyes*
235 Baltasar Gracián. *El Político Don Fernando el Católico*
234 León XIII, *Rerum Novarum*
233 Cayo Julio César, *Comentarios de la Guerra Civil*
232 Juan Luis Vives, *Diálogos o Linguæ latinæ exercitatio*
231 Melchor Cano, *Consulta y parecer sobre la guerra al Papa*
230 William Morris, *Noticias de Ninguna Parte, o una era de reposo*
229 *Concilio III de Toledo*
228 Julián Ribera, *La enseñanza entre los musulmanes españoles*
227 Cristóbal Colón, *La Carta de 1493*
226 Enrique Cock, *Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en 1592*
225 José Echegaray, *Recuerdos*
224 Aurelio Prudencio Clemente, *Peristephanon o Libro de las Coronas*
223 Hernando del Pulgar, *Claros varones de Castilla*
222 Francisco Pi y Margall, *La República de 1873. Apuntes para escribir su historia*
221 *El Corán*
220 José de Espronceda, *El ministerio Mendizábal, y otros escritos políticos*
219 Alexander Hamilton, James Madison y John Jay, *El Federalista*
218 Charles F. Lummis, *Los exploradores españoles del siglo XVI*
217 Atanasio de Alejandría, *Vida de Antonio*
216 Muhammad Ibn al-Qutiyya (Abenalcotía): *Historia de la conquista de Al-Andalus*
215 *Textos de Historia de España*
214 Julián Ribera, *Bibliófilos y bibliotecas en la España musulmana*
213 León de Arroyal, *Pan y toros. Oración apologética en defensa del estado... de España*
212 Juan Pablo Forner, *Oración apologética por la España y su mérito literario*
211 Nicolás Masson de Morvilliers, *España (dos versiones)*
210 *Los filósofos presocráticos. Fragmentos y referencias (siglos VI-V a. de C.)*
209 José Gutiérrez Solana, *La España negra*
208 Francisco Pi y Margall, *Las nacionalidades*
207 Isidro Gomá, *Apología de la Hispanidad*
206 Étienne Cabet, *Viaje por Icaria*
205 Gregorio Magno, *Vida de san Benito abad*
204 Lord Bolingbroke (Henry St. John), *Idea de un rey patriota*
203 Marco Tulio Cicerón, *El sueño de Escipión*
202 *Constituciones y leyes fundamentales de la España contemporánea*
201 Jerónimo Zurita, *Anales de la Corona de Aragón* (4 tomos)
200 Soto, Sepúlveda y Las Casas, *Controversia de Valladolid*
199 Juan Ginés de Sepúlveda, *Demócrates segundo, o… de la guerra contra los indios.*
198 Francisco Noël Graco Babeuf, *Del Tribuno del Pueblo y otros escritos*
197 Manuel José Quintana, *Vidas de los españoles célebres*
196 Francis Bacon, *La Nueva Atlántida*
195 Alfonso X el Sabio, *Estoria de Espanna*
194 Platón, *Critias o la Atlántida*
193 Tommaso Campanella, *La ciudad del sol*
192 Ibn Battuta, *Breve viaje por Andalucía en el siglo XIV*
191 Edmund Burke, *Reflexiones sobre la revolución de Francia*
190 Tomás Moro, *Utopía*
189 Nicolás de Condorcet, *Compendio de La riqueza de las naciones de Adam Smith*

188 Gaspar Melchor de Jovellanos, *Informe sobre la ley agraria*
187 Cayo Veleyo Patérculo, *Historia Romana*
186 José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*
185 José García Mercadal, *Estudiantes, sopistas y pícaros*
184 Diego de Saavedra Fajardo, *Idea de un príncipe político cristiano*
183 Emmanuel-Joseph Sieyès, *¿Qué es el Tercer Estado?*
182 Publio Cornelio Tácito, *La vida de Julio Agrícola*
181 Abū Abd Allāh Muhammad al-Idrīsī, *Descripción de la Península Ibérica*
180 José García Mercadal, *España vista por los extranjeros*
179 Platón, *La república*
178 Juan de Gortz, *Embajada del emperador de Alemania al califa de Córdoba*
177 Ramón Menéndez Pidal, *Idea imperial de Carlos V*
176 Dante Alighieri, *La monarquía*
175 Francisco de Vitoria, *Relecciones sobre las potestades civil y ecl., las Indias, y la guerra*
174 Alonso Sánchez y José de Acosta, *Debate sobre la guerra contra China*
173 Aristóteles, *La política*
172 Georges Sorel, *Reflexiones sobre la violencia*
171 Mariano José de Larra, *Artículos 1828-1837*
170 Félix José Reinoso, *Examen de los delitos de infidelidad a la patria*
169 John Locke, *Segundo tratado sobre el gobierno civil*
168 Conde de Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*
167 Miguel Asín Palacios, *La escatología musulmana de la Divina Comedia*
166 José Ortega y Gasset, *España invertebrada*
165 Ángel Ganivet, *Idearium español*
164 José Mor de Fuentes, *Bosquejillo de la vida y escritos*
163 Teresa de Jesús, *Libro de la Vida*
162 Prisco de Panio, *Embajada de Maximino en la corte de Atila*
161 Luis Gonçalves da Câmara, *Autobiografía de Ignacio de Loyola*
160 Lucas Mallada y Pueyo, *Los males de la patria y la futura revolución española*
159 Martín Fernández de Navarrete, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*
158 Lucas Alamán, *Historia de Méjico… hasta la época presente* (cuatro tomos)
157 Enrique Cock, *Anales del año ochenta y cinco*
156 Eutropio, *Breviario de historia romana*
155 Pedro Ordóñez de Ceballos, *Viaje del mundo*
154 Flavio Josefo, *Contra Apión. Sobre la antigüedad del pueblo judío*
153 José Cadalso, *Cartas marruecas*
152 Luis Astrana Marín, *Gobernará Lerroux*
151 Francisco López de Gómara, *Hispania victrix (Historia de las Indias y conquista de México)*
150 Rafael Altamira, *Filosofía de la historia y teoría de la civilización*
149 Zacarías García Villada, *El destino de España en la historia universal*
148 José María Blanco White, *Autobiografía*
147 *Las sublevaciones de Jaca y Cuatro Vientos en el diario ABC*
146 Juan de Palafox y Mendoza, *De la naturaleza del indio*
145 Muhammad Al-Jusaní, *Historia de los jueces de Córdoba*
144 Jonathan Swift, *Una modesta proposición*
143 *Textos reales persas de Darío I y de sus sucesores*
142 Joaquín Maurín, *Hacia la segunda revolución y otros textos*
141 Zacarías García Villada, *Metodología y crítica históricas*
140 Enrique Flórez, *De la Crónica de los reyes visigodos*
139 Cayo Salustio Crispo, *La guerra de Yugurta*

138 Bernal Díaz del Castillo, *Verdadera historia de... la conquista de la Nueva España*
137 *Medio siglo de legislación autoritaria en España (1923-1976)*
136 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los varones ilustres de la ciudad de Roma*
135 *Códigos de Mesopotamia*
134 Josep Pijoan, *Pancatalanismo*
133 Voltaire, *Tratado sobre la tolerancia*
132 Antonio de Capmany, *Centinela contra franceses*
131 Braulio de Zaragoza, *Vida de san Millán*
130 Jerónimo de San José, *Genio de la Historia*
129 Amiano Marcelino, *Historia del Imperio Romano del 350 al 378*
128 Jacques Bénigne Bossuet, *Discurso sobre la historia universal*
127 Apiano de Alejandría, *Las guerras ibéricas*
126 Pedro Rodríguez Campomanes, *El Periplo de Hannón ilustrado*
125 Voltaire, *La filosofía de la historia*
124 Quinto Curcio Rufo, *Historia de Alejandro Magno*
123 Rodrigo Jiménez de Rada, *Historia de las cosas de España.* Versión de Hinojosa
122 Jerónimo Borao, *Historia del alzamiento de Zaragoza en 1854*
121 Fénelon, *Carta a Luis XIV y otros textos políticos*
120 Josefa Amar y Borbón, *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*
119 Jerónimo de Pasamonte, *Vida y trabajos*
118 Jerónimo Borao, *La imprenta en Zaragoza*
117 Hesíodo, *Teogonía-Los trabajos y los días*
116 Ambrosio de Morales, *Crónica General de España* (3 tomos)
115 Antonio Cánovas del Castillo, *Discursos del Ateneo*
114 *Crónica de San Juan de la Peña*
113 Cayo Julio César, *La guerra de las Galias*
112 Montesquieu, *El espíritu de las leyes*
111 Catalina de Erauso, *Historia de la monja alférez*
110 Charles Darwin, *El origen del hombre*
109 Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*
108 Bartolomé José Gallardo, *Diccionario crítico-burlesco del... Diccionario razonado manual*
107 Justo Pérez Pastor, *Diccionario razonado manual para inteligencia de ciertos escritores*
106 Hildegarda de Bingen, *Causas y remedios. Libro de medicina compleja.*
105 Charles Darwin, *El origen de las especies*
104 Luitprando de Cremona, *Informe de su embajada a Constantinopla*
103 Paulo Álvaro, *Vida y pasión del glorioso mártir Eulogio*
102 Isidoro de Antillón, *Disertación sobre el origen de la esclavitud de los negros*
101 Antonio Alcalá Galiano, *Memorias*
100 *Sagrada Biblia* (3 tomos)
99 James George Frazer, *La rama dorada. Magia y religión*
98 Martín de Braga, *Sobre la corrección de las supersticiones rústicas*
97 Ahmad Ibn-Fath Ibn-Abirrabía, *De la descripción del modo de visitar el templo de Meca*
96 Iósif Stalin y otros, *Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.*
95 Adolf Hitler, *Mi lucha*
94 Cayo Salustio Crispo, *La conjuración de Catilina*
93 Jean-Jacques Rousseau, *El contrato social*
92 Cayo Cornelio Tácito, *La Germania*
91 John Maynard Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz*
90 Ernest Renan, *¿Qué es una nación?*
89 Hernán Cortés, *Cartas de relación sobre el descubrimiento y conquista de la Nueva España*

88 *Las sagas de los Groenlandeses y de Eirik el Rojo*
87 Cayo Cornelio Tácito, *Historias*
86 Pierre-Joseph Proudhon, *El principio federativo*
85 Juan de Mariana, *Tratado y discurso sobre la moneda de vellón*
84 Andrés Giménez Soler, *La Edad Media en la Corona de Aragón*
83 Marx y Engels, *Manifiesto del partido comunista*
82 Pomponio Mela, *Corografía*
81 *Crónica de Turpín (Codex Calixtinus, libro IV)*
80 Adolphe Thiers, *Historia de la Revolución Francesa* (3 tomos)
79 Procopio de Cesárea, *Historia secreta*
78 Juan Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*
77 Ramiro de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad*
76 Enrich Prat de la Riba, *La nacionalidad catalana*
75 John de Mandeville, *Libro de las maravillas del mundo*
74 Egeria, *Itinerario*
73 Francisco Pi y Margall, *La reacción y la revolución. Estudios políticos y sociales*
72 Sebastián Fernández de Medrano, *Breve descripción del Mundo*
71 Roque Barcia, *La Federación Española*
70 Alfonso de Valdés, *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*
69 Ibn Idari Al Marrakusi, *Historias de Al-Ándalus* (de *Al-Bayan al-Mughrib*)
68 Octavio César Augusto, *Hechos del divino Augusto*
67 José de Acosta, *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo*
66 Diógenes Laercio, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*
65 Julián Juderías, *La leyenda negra y la verdad histórica*
64 Rafael Altamira, *Historia de España y de la civilización española* (2 tomos)
63 Sebastián Miñano, *Diccionario biográfico de la Revolución Francesa y su época*
62 Conde de Romanones, *Notas de una vida (1868-1912)*
61 Agustín Alcaide Ibieca, *Historia de los dos sitios de Zaragoza*
60 Flavio Josefo, *Las guerras de los judíos.*
59 Lupercio Leonardo de Argensola, *Información de los sucesos de Aragón en 1590 y 1591*
58 Cayo Cornelio Tácito, *Anales*
57 Diego Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*
56 Valera, Borrego y Pirala, *Continuación de la Historia de España de Lafuente* (3 tomos)
55 Geoffrey de Monmouth, *Historia de los reyes de Britania*
54 Juan de Mariana, *Del rey y de la institución de la dignidad real*
53 Francisco Manuel de Melo, *Historia de los movimientos y separación de Cataluña*
52 Paulo Orosio, *Historias contra los paganos*
51 *Historia Silense, también llamada legionense*
50 Francisco Javier Simonet, *Historia de los mozárabes de España*
49 Anton Makarenko, *Poema pedagógico*
48 *Anales Toledanos*
47 Piotr Kropotkin, *Memorias de un revolucionario*
46 George Borrow, *La Biblia en España*
45 Alonso de Contreras, *Discurso de mi vida*
44 Charles Fourier, *El falansterio*
43 José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*
42 Ahmad Ibn Muhammad Al-Razi, *Crónica del moro Rasis*
41 José Godoy Alcántara, *Historia crítica de los falsos cronicones*
40 Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles* (3 tomos)
39 Alexis de Tocqueville, *Sobre la democracia en América*

38 Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación* (3 tomos)
37 John Reed, *Diez días que estremecieron al mundo*
36 *Guía del Peregrino (Codex Calixtinus)*
35 Jenofonte de Atenas, *Anábasis, la expedición de los diez mil*
34 Ignacio del Asso, *Historia de la Economía Política de Aragón*
33 Carlos V, *Memorias*
32 Jusepe Martínez, *Discursos practicables del nobilísimo arte de la pintura*
31 Polibio, *Historia Universal bajo la República Romana*
30 Jordanes, *Origen y gestas de los godos*
29 Plutarco, *Vidas paralelas*
28 Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España*
27 Francisco de Moncada, *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*
26 Rufus Festus Avienus, *Ora Marítima*
25 Andrés Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*
24 Pedro Antonio de Alarcón, *Diario de un testigo de la guerra de África*
23 Motolinia, *Historia de los indios de la Nueva España*
22 Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*
21 *Crónica Cesaraugustana*
20 Isidoro de Sevilla, *Crónica Universal*
19 Estrabón, *Iberia (Geografía, libro III)*
18 Juan de Biclaro, *Crónica*
17 *Crónica de Sampiro*
16 *Crónica de Alfonso III*
15 Bartolomé de Las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*
14 *Crónicas mozárabes del siglo VIII*
13 *Crónica Albeldense*
12 *Genealogías pirenaicas del Códice de Roda*
11 Heródoto de Halicarnaso, *Los nueve libros de Historia*
10 Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes del almirante*
9 Howard Carter, *La tumba de Tutankhamon*
8 Sánchez-Albornoz, *Una ciudad de la España cristiana hace mil años*
7 Eginardo, *Vida del emperador Carlomagno*
6 Idacio, *Cronicón*
5 Modesto Lafuente, *Historia General de España* (9 tomos)
4 *Ajbar Machmuâ*
3 *Liber Regum*
2 Suetonio, *Vidas de los doce Césares*
1 Juan de Mariana, *Historia General de España* (3 tomos)